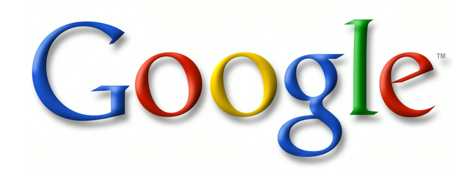



ET
VE RI
TAS
CHRISTO
ECCLESIAE

POESÍAS

DE

TASSARA.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.
1872.

POESIAS

DE

DON GABRIEL GARCIA Y TASSARA.

POESIAS

DE

DON GABRIEL GARCIA Y TASSARA.

COLECCION FORMADA POR EL AUTOR.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPÍA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.
1872.

La mayor parte de estos versos vieron la luz desde 1839 á 1842,—fecha ya algo larga,—en el *Correo Nacional*, el *Heraldo*, el *Sol*, el *Semanario Pintoresco*, el *Pensamiento* y otros varios periódicos de aquel tiempo en Madrid y en las provincias; pero no se publicaron en otra forma, y, salvas algunas excepciones, quedaron olvidados, no sólo del público, sino del autor. Unos pocos sin embargo habian llegado á nuestra antigua América donde habian tenido bastante aceptacion, y áun parece que ya por entónces se formó allí de ellos un pequeño tomo de que se hicieron várias ediciones. Lo cierto es que más adelante, por los años de 1861 y 1862, fueron impresos y reimpresos en Nueva Granada, anunciándose la intencion de hacer nuevas publicaciones á medida que se fuesen allegando los muchos que faltaban, é instándose en várias ocasiones al autor para que hiciese por sí ó facilitase los medios de hacer una coleccion más completa y correcta que las que hasta entónces se habian publicado. El autor, ausente á la sazon de su patria, no tenía ni proporcion ni vagar para reunirlos; pero, vuelto á España, y juntándose á aquellas instancias las de algunas personas que habian guardado buena memoria de ellos, se ocupó en aquella tarea que ántes nunca habia emprendido con formalidad, y tal es el motivo de esta publicacion que diversas circunstancias han retardado.

Al hacerla, y siempre con relacion á aquellos primeros versos, algo se ha corregido y se ha suprimido más; pero, tratándose cabalmente de las composiciones que, acaso por la fortuna

que suele acompañar á las primicias, son más conocidas en España mismo, y, siendo notorios los inconvenientes de toda correccion que no se hace, por decirlo así, sobre el yunque, ni las correcciones ni las supresiones han podido ser tantas como la crítica más favorable habria aconsejado. Por lo demas, la parte suprimida está más que compensada, no sólo con composiciones inéditas de aquella época, sino tambien con otras de una época posterior, y áun alguna de fecha bien reciente.

El resultado ha sido formarse un libro más voluminoso de lo que se habia pensado, y en cuya presentacion al público el autor, viejo y nuevo, conocido y desconocido al mismo tiempo como poeta, experimentando tal vez las desventajas, no goza las ventajas ni de quien, al presentársele por la primera vez, tiene derecho á contar con su indulgencia, ni de quien, familiarizado ya con él, sabe hasta qué punto puede contar con ella. Lícito ha de serle por tanto advertir que para él, como para tantos otros ingenios más privilegiados, la poesía ha estado bien léjos de ser una verdadera dedicacion; ha sido sólo una distraccion de su ánimo, un desahogo de su inteligencia en los primeros años de su juventud y en otra época aún más pasajera de su vida. Y al hablar así no se entienda que en su lenguaje va envuelto el desden que hombres de ciertas escuelas han mostrado hácia lo que será siempre una de las más altas ocupaciones del entendimiento humano, y que está por cierto bien en contradiccion con la influencia que á la misma poesía y á la literatura en general se atribuye en las revoluciones del siglo. Tanto ménos es así cuanto que, dejando aparte la cuestion del materialismo y del prosaismo de la sociedad actual, y por más que en algun sentido pocos hayan manejado tanto como él este tema, su conviccion es que hoy, en medio de este inesperado naufragio de todos los modernos sistemas, en medio de este irremediable derrumbe de todas las antiguas instituciones, en medio de este creciente eclipse del mundo moral é intelectual que, formando contraste con el desenvolvimiento del mundo material, se está revelando como el carácter de la época que atravesamos, acaso

fuera la poesía la que aún tendria algo que decir al corazon y á la inteligencia de las generaciones contemporáneas. La historia del pensamiento humano en períodos correspondientes al que hoy corre la Europa, está bien léjos de desmentir esta suposicion; y, si bien esa historia nos enseña tambien que á esos períodos suceden otros de una profunda enervacion intelectual, triste sería haber de recelar que la musa de Goethe y de Byron, de Lamartine y de Leopardi, de Quintana, de Espronceda y de Zorrilla, no tuviese ya más vocacion que el silencio ante el espectáculo de un mundo que se desmorona.

No es pues á justificarse de haber hecho versos, sino á disculparse de no haberles consagrado mayor atencion y de no haberlos hecho mejores, á lo que el autor destina esta advertencia. Desde el advenimiento del romanticismo, expresion, como todas las transformaciones literarias, de una transformacion social, la poesía, adelantándose ó siguiendo los pasos de la literatura y áun de una parte de la ciencia en general, ha seguido dos principales caminos que han determinado dos diferentes tendencias; la una, más popular, más tradicional, más peculiar de cada país, reproduccion de la primitiva poesía teocrática y feudal de los trovadores, grito instintivo de las antiguas nacionalidades próximas á transformarse, y que pudiera muy bien considerarse como una especie de idealizacion de lo pasado; la otra, más reflexiva, más razonadora, más cosmopolita, reproduccion á su vez en más de un sentido de aquel otro movimiento del renacimiento clásico y de la reforma alemana contra el cual las dos protestaban por una cuestion de formas, y que ha tenido todos los caractéres de una aspiracion á lo porvenir; ambas, especialmente la última, profundamente revolucionarias en la acepcion elevada de esta palabra, ambas enemigas y hasta calumniadoras de lo presente, como si hubiese momentos en que la palabra humana fuese un gas comprimido que no pudiese resonar en la sociedad sin causar explosion en la atmósfera inflamable que la rodea.

De estas dos tendencias, cada una de las cuales ha tenido y

tiene en España más de un ilustre representante, el autor siguió por instinto la última, y, prescindiendo de toda consideracion puramente literaria, no ha sido de los que ménos han participado de ese espíritu de invasion intelectual que la caracteriza y que tanto ha contribuido á la anarquizacion moral de la Europa. Y no es, no, que él se formase de esto un propósito; ántes al contrario, si algun propósito se descubre en él, si algo de propio y de personal hay en este libro, es la idea de no contribuir á esa obra; hasta su educacion clásica le apartaba de ese camino, y en todas sus composiciones se encontrará el sello de ese pensamiento; pero la inspiracion no se manda, y, aunque creyendo siempre que tal es el carácter fundamental de sus versos, no es él bastante hipócrita para negar que ha sentido la fiebre y con la fiebre todos los delirios de la generacion á que pertenece. Ni ¿dónde está hoy el poeta inocente que, cualesquiera que hayan sido su creencia y su escuela, pueda jactarse de no haber puesto una mano profana en alguno de los principios de la antigua ortodoxia social? ¿Dónde está hoy el escritor impecable que no haya contribuido á desmoronar alguna piedra del desmantelado monumento de esta sociedad europea que, como las plazas en que ha penetrado ya el enemigo, como las fortalezas en que el combate es ya dentro de los muros, sus propios defensores están ayudando á arruinar con los mismos proyectiles de la defensa? Una consideracion hay que halaga vivamente al autor, y esta consideracion es que si, como él lo espera, fuesen en este punto ciertos algunos juicios que se han publicado sobre sus versos y que no están desmentidos ni por el escepticismo ni por la ironía que suelen resaltar en algunos de ellos, no sería de sus manos de las que más acabados de despedazar saldrian los grandes sentimientos y las grandes ideas, ó, lo que es lo mismo, el sentido moral que es el mayor cadáver de nuestra época.

Esto por lo que hace al libro en general.

Por lo que hace al poema, ó más bien á la parte del poema que se publica, y cuya fecha se remonta tambien á 1851 y 1852, muchas fueron las personas, algunas de las cuales han

desaparecido ya de la escena del mundo en tanto que otras figuran todavía en las eminencias de la política y de la literatura; muchas fueron, decimos, las personas de todas las escuelas y de todos los partidos que la vieron con otros trozos al tiempo de su composicion, no faltando entre ellas quienes pusiesen empeño en que, formando por sí un todo, se publicase desde luégo con las explicaciones preliminares que requeria en su juicio la índole del asunto. Esta necesidad ha sido en alguna manera satisfecha con el prólogo tambien en verso que se escribió hace tres años, y en que van referidas su ocasion y su historia. El autor en efecto, léjos de proponerse ningun objeto formal, no pensó siquiera en hacer los versos buenos ó malos, pero generalmente serios, que habia acostumbrado en sus primeros años; sino que bajo el influjo de una correspondencia constante é íntima con un hombre ilustre que de París le hablaba á menudo de aquellos acontecimientos, y que en una de sus cartas le exhortaba á volver á la poesía, en el respaldo mismo de la carta comenzó á escribir lo que despues fué una serie de epístolas extrambóticas como las que á la sazon andaban muy en boga entre nuestros literatos; saliéndole al paso la idea de un poema satírico ó humorístico sobre las cosas de Europa, estimulándole los que lo oian con el aliciente que entónces le prestaban las circunstancias, y prosiguiendo él hasta que otras ocupaciones vinieron á interrumpirle en aquella tarea después de haber escrito algunos millares de versos que al cabo vinieron á sufrir la suerte de los anteriores en el olvidado rincon de sus mamotretos.

Ahora bien: llegado á este punto, y no experimentando hácia su obra sino el escozor de haber malogrado un argumento digno de la más alta poesía, ¿qué puede él decir que no sea convertir en una disertacion ridícula lo que, supuesta la índole del poema, no esté dicho en él bajo una ú otra forma? Así como la primera revolucion francesa habia sido la señal del advenimiento de las clases medias, la revolucion de 1848 fué desde luégo á sus ojos la señal del advenimiento omnímodo y definitivo de las clases democráticas al dominio de la sociedad y á

la direccion del gobierno en estas naciones occidentales de Europa que se ha convenido en llamar la Europa latina; y, partiendo de esta idea cuyo gérmen ya estaba en sus primeros versos, pero no concibiéndola bajo la forma de ninguno de los sistemas que durante medio siglo se habian estado disputando la dominacion del mundo de la política, sino bajo una sucesion, hoy tal vez no más que inaugurada, de dictaduras sociales como aquellas de que la historia nos ofrece tantos ejemplos, y como la que el segundo imperio napoleónico vino á ejercer en Francia durante veinte años; partiendo de esta idea, decimos, la fué desenvolviendo en una serie de diálogos y de cuadros que acabaron por ser como el enorme boceto de una de esas remodelaciones humanas que ha visto ya el mundo, y que, si para la humanidad en conjunto podrán no ser sino transformaciones y progresos, por lo que hace á las sociedades que sienten esterilizarse en su seno el antiguo principio civilizador, no han sido, no son, no serán jamas sino lo que la historia los ha llamado al fijar sus ojos en la desaparicion de los grandes pueblos de la antigüedad; descomposiciones y decadencias.

Hasta qué punto es posible la verificacion de semejante fenómeno histórico, la Europa lo ha dicho ya cuando, herida por una súbita luz y nunca desacostumbrada á las grandes guerras, ha visto en la guerra entre Francia y Prusia algo más que una guerra como las anteriores. Pero no es ésta aquí la cuestion. El autor ha sido siempre lo que ahora se entiende genéricamente por conservador, y á primera vista se advertirá en su obra este criterio. Dado sin embargo su asunto, las consecuencias se han sacado por sí mismas, y estas consecuencias no han sido siempre las que él hubiera querido sacar. Y aquí hay que repetir lo que se ha dicho arriba: á tiempos hemos llegado en que, una de dos cosas; ó hay que condenarse á no hablar y á no escribir, ó hay que resignarse á coadyuvar fatalmente á la obra de un siglo por esencia y potencia demoledor; porque lo mismo las afirmaciones que las negaciones, lo mismo los sistemas antiguos que los modernos, lo mismo la

evocacion de lo pasado, que la conservacion de lo presente, que la aspiracion al porvenir, todas las ideas, todas las teorías, al pasar por el crisol de la química intelectual estos tiempos, todo se convierte hoy en instrumento de destruccion del antiguo edificio; todo contribuye á empujar y á precipitar por la pendiente del espacio y del tiempo que parecen plegarse á nuestras plantas y sobre nuestras cabezas, la carroza incendiada de aquella civilizacion omnipotente que los hombres de este siglo habiamos coronado con todas las coronas de una adoracion verdaderamente pagánica, cuando, atribuyéndonos á nosotros mismos la infalibilidad de los oráculos que habiamos derribado, le atribuiamos á ella el poder de resolver pacífica y definitivamente el problema insoluble de las revoluciones humanas. Y no hay distinciones que hacer aquí; el error ha sido comun á todos los que hemos partido de ciertos principios, y nuestra orgullosa inteligencia experimenta hoy una profunda humillacion al mirar otra vez delante de sí las catástrofes de las antiguas civilizaciones.

No se ocultan al autor los inconvenientes que en cualquier posicion activa puede tener una publicacion de esta especie; pero, alejado hoy de la vida pública, y áun suponiendo el caso poco probable de que hubiese de volver á ella, no tiene por qué detenerse ante consideraciones que sólo le tocan á él mismo. Ni es, no, una sátira del gobierno representativo, es decir, del gobierno que él defenderia siempre en la ocasion, lo que él se ha propuesto escribir. Lo que sentiria haber hecho es su elegía. Veinte años van á cumplirse desde que se escribieron estos versos, y, si no se tratase sino de una cuestion de formas, no cabe duda en que el gobierno representativo habria adelantado algo en el mundo; pero si ese gobierno debió ser, como de cierto lo fué en la mente de sus fundadores, el medio eficaz de abolir, á lo ménos por largos períodos, la intervencion de la fuerza en las cuestiones de la política, menester es confesar que la práctica ha correspondido bien mal á la teoría en las naciones del continente. El único país donde el gobierno representativo ha cumplido

su objeto es la Inglaterra, — si es que el sistema «esencialmente parlamentario» inglés, y nótese bien la diferencia, tiene de comun sino ciertas formas con el sistema «rigorosamente constitucional» de la Europa moderna; — y se ve ya el dia en que la constitucion inglesa, aquella constitucion empírica é irregular, pero tradicional y espontánea, verdadero molde de la sustancia de un gran pueblo, comience á degenerar en una de estas constituciones doctrinales y simétricas, pero artificiosas y poco elásticas, que en las naciones recientemente constituidas no han sido hasta ahora sino la dictadura de los partidos y el instrumento de las revoluciones. Sea como quiera, el autor que ni escribia para el público, no es de los que tienen nada mejor que sustituir al gobierno representativo áun tal como existe, y lo que sí desearia es alimentar la confianza en que parecen persistir hombres políticos de diferentes escuelas de que en este otro molde, ora más ancho, ora más estrecho, han de caber todavía las futuras revoluciones de Europa.

Por lo demas, está bien seguro de que, al presentar en cierto jocoso predicamento á varios personajes de aquella época, algunos de los cuales, como Mr. Guizot, Mr. Thiers y Napoleon III, no sólo viven, sino que han representado ó representan aún gran papel en la historia contemporánea, ni más ni ménos que cuando ha tratado de la multitud de personajes históricos que más ó ménos ocasionalmente ha ido encontrando en su camino, nadie descubrirá en él el espíritu de denigracion é injusticia de las pasiones políticas del momento; sino que, prescindiendo por regla general de todo género de personalidad, lo que ha hecho ha sido calificar en ellos con acierto ó error las ideas, los sistemas, las situaciones de que han sido y serán representacion y personificacion en la historia. El mayor ejemplo de esta verdad es el amigo ilustre á quien iban dirigidas estas cartas, y al cual estaba tanto más acostumbrado á considerar cuanto que, ademas de profesarle una profunda estimacion y un sincero cariño, admiraba en él al grande escritor, al grande orador, al hombre de genio de que podia enorgullecerse la España; al verdadero jefe

intelectual en fin de este nuevo partido del catolicismo político y militante que con el nombre de neo-catolicismo se presentaba á la sazon inesperadamente en la lucha; partido que tiene á lo ménos la significacion y el valor de ser la absoluta y solemne, aunque tal vez tambien impotente y postrera, protesta de la Europa tradicional y antepasada contra la Europa moderna y revolucionaria de nuestros dias. Á mayor abundamiento, trozos serios hay en que están salvados estos inconvenientes, y á los cuales se remite con entera confianza el autor para el caso de que sus juicios valiesen la pena de ser tomados en cuenta por algunos de sus lectores.

Hechas estas salvedades, poco ó nada habria que añadir aún sobre la totalidad del poema. De él se ha hablado alguna vez con el título de «Luzbel»; pero este que hoy lleva ha parecido más adecuado á la parte que se publica, y que sale á luz tal como se escribió sin más diferencia que alguna adicion muy accidental en la tercera epístola. Bastante más podria publicarse, y quizás habria en ello cierta oportunidad, porque los vientos del mundo intelectual, como los otros vientos, se han vuelto ya contra esa grande y noble Francia que naturalmente era el primer cadáver de la mortandad de la Europa; pero nunca sería éste el éxito á que aspirase el autor, y, no siendo en realidad todo ello sino un vasto embrion con grandes vacíos aún en lo que puede considerarse ya hecho, la publicacion en fragmentos, salvos los ya publicados y que tambien van aquí, sería renunciar definitivamente á la terminacion de una obra que tal vez está destinada á quedar donde está, pero que, tal como es, pudiera concluirse en una de esas temporadas de estro en que los versos y las prosas se forman, como por combustion espontánea, en una cabeza poseida de un pensamiento.

En resúmen, si cierta clase de estímulos fuesen suficientes para justificar una publicacion, pocas estarian más justificadas que la presente; pero para versos hechos hace veinte y treinta años la generacion actual es ya posteridad, y la posteridad no

se deja seducir por amistosas parcialidades. La misma actualidad que los acontecimientos del mundo han venido á dar á los asuntos tratados en ellos con preferencia, no bastan á comunicar el interes y la vida del momento presente á la forma en que entónces podian ofrecerse á la fantasía. Algunas composiciones,—fuerza es repetirlo,—no han hallado cabida en este libro sino por su ya irremediable notoriedad. En él se incluyen otras de circunstancias políticas, en las cuales no hay nada de que retractarse ni de que arrepentirse, pero cuyo lenguaje se resiente algun tanto de la pasion de partido. El autor en fin siente una desconfianza que sólo mitiga la idea de la poca responsabilidad que hay hoy en arrojar un libro á esta corriente, cada vez más impetuosa, de la publicidad que todo lo recibe en su seno, y cuya ola inexorable es la que se encarga de decir lo que ha de sobrenadar en los océanos tranquilos de la inteligencia.

Una sola cosa falta añadir, y es rogar á la juventud hispanoamericana que dispense á esta coleccion el favor que dispensó hace ya años á algunos de sus versos. Al autor le sería tanto más lisonjero su voto cuanto que, sin haber podido nunca cumplir el deseo de visitar aquellas regiones, pocos han tenido más ocasion de aprender con el trato y el ejemplo de muchos de sus hombres más eminentes que, no sólo no está extinguido aquel noble patriotismo de familia cuya inspiracion nos hubiera ahorrado graves errores, sino que ahora como siempre es un orgullo escribir en una lengua que se habla en tanta parte de la tierra civilizada, y que, á pesar de todas las preocupaciones y de todas las profecías, no sólo no desaparecerá de la América, sino que será uno de los idiomas dominantes de la nueva era en que hoy entra la civilizacion del mundo, y cuyo principal teatro ha de ser aquel continente.

POESÍAS LÍRICAS.

PARA UNA COLECCION

DE LOS PRIMEROS VERSOS DEL AUTOR

QUE DEBIÓ HACERSE EN 1844.

Memorias son del alma: los placeres
Que el amor me brindaba en copa de oro,
El ¡ay! de la pasion envuelto en lloro,
Y la dulce ilusion de las mujeres.
Vertí en el mundo de mis propios seres
De la imaginacion el gran tesoro;
Tal vez levanto el vuelo al Dios que adoro,
Y oso á sus plantas exclamar: «¿Quién eres?»
Pero volví mi vista á las naciones;
Inmenso mar en tempestad sombría,
Las vi sin Dios ni libertad turbarse;
Y si vuelven á oirse estas canciones,
No serán sino un himno de agonía
Á esta Europa que corre á suicidarse.

LA NOCHE.

Como gigante armado
De coraza inmortal de escamas de oro,
De las lindes del mar que con sonoro
Cántico le saluda alborozado,
He visto yo lanzado
Al astro rey en el inmenso Oriente:
Impetuosamente
En la rojiza diestra
Alzó el arpon de su flamante lumbre;
Lo vibró, lo arrojó, y escandeciente
Rehiló del cielo en la zafírea cumbre
Y se clavó en los muros de Occidente.

Todo fué luz y animacion y vida,
Como ahora es todo oscuridad y muerte;
Repliégase en la sombra entumecida,
¡Noche de horror! naturaleza al verte.
Envuelven la extension tus negros velos;
Calla el mundo ante tí, callan los cielos
Al tocarlos su cetro funerario;

Y enlutada con tétricas preseas,
Del desierto cenit te enseñoreas,
Como yo de este campo solitario.

¿Qué es el mundo en tus brazos? ¿Qué es el mundo
Cuando no se le ve? Sombras te ciñen,
Te cerca inmensidad. Tu voz silencio,
Oscuridad tu luz. Inmensa fuente
De alta contemplacion brota en tu seno,
Y en tí se goza reposando el alma,
Ya apénas turbe el céfiro tu calma,
Ó ya te arrulle retumbando el trueno.

Yo gozo ¡oh noche! en tí. Velada en sombras
La faz sublime, revolando en torno
La veste densa que los mundos cubre,
Las horas de su imperio
Anuncia el querubin y en tu presencia
Se llena inmensamente el hemisferio.
¡Oh noche! Tú el misterio
De la creacion. Sepulta en Occidente
Tu mano al sol, y fúlgidas y bellas
Con tibio resplandor tantas estrellas
De tus sombras ¡oh noche! arrebatadas
En el glacial torrente,
Á los piés de tu trono están brillando,
Y á tu invisible frente
En espléndido círculo formando
Magnífica aureola:
Sola en el mundo estás y reinas sola.

En pos la blanca luna,
Extendiendo su disco de topacio,
De invisible cadena suspendida,
Baña en su luz los senos del espacio.
Retiembla ya perdida
En la vaga extension del firmamento,
Y al desplomarse el viento
Arrastrarla parece en su caida.
Tiembla otra vez. Las nubes
Velan su clara faz; mas prosiguiendo
Su eterno rumbo en el cenit trazado,
Torna en su luz á esclarecer la esfera,
Y en las ondas del piélago argentado
Cien prismas luminosos reverbera.

Gózate ¡oh noche! en su esplendor. No há mucho
El sol mi frente ardia,
Y la tierra en cien rayos revolvia
Su rayo abrasador. El aire era
El humo de un volcan. Pero estos auras.....
En la oscura caverna de la fiera,
Ó á la sombra tal.vez del sauce amigo,
No busco ya un abrigo
Á la intemperie y al calor..... Es puro
El aire que respiro
Como las brisas del Abril, es puro
Como un dulce suspiro
Que vagase en los labios de natura,
Como tambien es pura
Esa alba luna que en su lento giro
Aman mis ojos contemplar.....

¡Vosotras,
Almas de hielo sin placer, sin pena
Y sin felicidad! Entre el perfume
De la esencia asiática que exhala
En bacanal festin el pebetero,
Al fulgor de magnífica bujía,
Al eco de la orquesta placentero
Que atruena la espaciosa galería,
Gozad, yo no os envidio; que en el lecho
De ébano y oro y de damascos hecho,
En los brazos de frágil cortesana,
Bajo el dorado techo
Os sorprenda el albor de la mañana.
Si no nacisteis para ser felices,
Volad tras el placer. Yo aquí contento
Más que en áureo salon entre tapices,
Levanto mi cabeza al firmamento,
Y engrandecerse siento
Mi corazon, mi sér. Entusiasmado
Al Dios que me ha criado
Alzo los ojos y la voz, le veo;
Su dedo omnipotente
Ha tocado flamígero mi frente.

Yo soy mayor. Un mundo
Á mi placer me creo,
Y solo estoy en él, que no me arredra
El graznido del cárabo que yerto
Entre el ramaje muerto
Del cipres melancólico, en la piedra
De la entreabierta tumba

De losa en losa hasta en el alma zumba.
¿Qué me dice tu voz, cantor supremo?
¿Qué me dice? ¿La muerte? Y ¿yo la temo,
Yo que soy inmortal?—Aunque la huesa
Mi polvo mezcle con su polvo un dia,
Esta llama, esta luz que al cielo guia,
Y hasta el trono de Dios, hasta su seno,
Remonta la inflamada fantasía,
No se apaga jamas..... Retumba, ¡oh trueno!
Y anuncia ya mi hora.....
Vén, rayo, vén..... Ahora
Que entre tumbas estoy..... ¿Cuándo más lleno
De la sublime idea
De eternidad, de muerte?
Mi sien el aire de la tumba orea,
Un túmulo es mi asiento;
La niebla de la noche
Entre la hueca calavera humea,
Y silba en ella pavoroso el viento.

¡Meditacion sublime!
¡Genio de paz y de entusiasmo! El vuelo
Dejas atras del águila: las nieblas
Del valle son tu manto,
La soledad tu atmósfera y tu encanto,
Y el foco de tu lumbre las tinieblas.—
Tu voz el elocuente
Silencio de los bosques ó el bramido
En la negra montaña del torrente:
Te da su colorido
El íris encantado

De la imaginacion y de la mente,
Y es el mundo en que habitas lo pasado
Y el hondo porvenir y lo presente.
¿Tú abandonarme? Nunca,
Nunca jamas.—Mi alma
No busca ya en el sueño,
En el olvido de mi sér la calma,
Y altiva, libre, ardiente,
Sacude de mi sien la adormidera:
¡Harto en la tumba que dormir la espera!

Mil siglos han rodado
En columnas de fuego sobre el mundo,
Y el mundo amedrentado
Ha visto presagiarle su caida
De la nada en el piélago profundo
Media creacion hundida.
Cimbráronse los polos
Bajo la inmensa mano
Del gigante huracan, y el peregrino
Entre el betun volcánico ya en vano
Del Vesubio el escombro pulveriza
Para hallar entre pálida ceniza
El escombro fulgente de Herculano.
¿Dónde estuvo la Atlántida? Buscadla
En el fondo del férvido Oceano:
Sin norte los navíos
Que en sus playas recónditas surgieron,
Las férreas anclas al azar botaron,
Y entre escombros de Atlántida se hundieron,
Y en las torres de Atlántida se hincaron.

Profunda como el mar, en todas partes
Del tiempo que ya fué la huella veo,
Y en el destrozo universal que existo,
Que existir puedo aún apénas creo.
Tronó de Dios la maldicion. Se alzaron
Los pueblos de la tierra,
Y al grito heróico de venganza y guerra
Á la liza en tropel se abalanzaron.
Su consagrado acero
Alcanzó bajo el sólio á los monarcas,
Y al tremendo vaiven se desplomaron
Los frágiles colosos
De la infamada humanidad. ¿Qué resta
De su esplendor primero,
De su grandeza ya? Sólo el reguero
De sus inultas víctimas. Un hombre
Es ya vencido el formidable atleta,
Y el brillo de su nombre
La ráfaga sangrienta de un cometa
Que en los anchos espacios errabundo
Corrió, yermó la inmensidad del mundo.

¿Quién sabe si este polvo
Que en humo se levanta
Al asentar mi planta
No es el polvo tal vez, no es la ceniza
Que ayer llorosas á exhumar corrieron
Con vanas é impotentes oblaciones
Al redor de una pira cien naciones?

. . . .
. . . .

. . . .

. . . .

¡Oh vanidad! ¡oh escarnio! ¡oh impotencia!
¡Oh dón de una terrible providencia!
¡Vivir para morir! Y alza en su orgullo
La dominante sien. Y entona un canto
De amor y gratitud. Y miéntras huellas
De cien humanidades las reliquias,
Ensálzate ¡oh mortal! en la alta idea
De tu inmortalidad. Sobre mi pecho
Cruzo los brazos yo. Tiendo mis ojos
Sobre la tumba universal y á todo
Le pregunto por Dios. ¿Dónde está, dónde?
Y nadie me responde.

¿Nadie? ¿Es verdad? ¿En lo interior del alma
Una voz no sonaba hace un momento
Que al corazon sediento
En su eterno anhelar con sed de calma,
De Dios estaba y como Dios hablando?
¿Quién esa voz pudo acallar? ¡Ah! ¿Cuándo
Venceré estos rebeldes pensamientos
Que á merced de los hados iracundos
Me arrastran ¡ay! por ignorados mundos,
Como á ramo tronchado inquietos vientos?
¿No hay para el alma luz y eternamente
Será la humana mente,
De paz, de dicha y de ilusion desnuda
De la tierra y del cielo en los senderos,
Pasto de estos buitres carniceros,
La horrible negacion, la horrible duda?

Vén y muéstrate, ¡oh Dios! y sepa el alma
Que para ella no hay muerte. Rodeadme,
Visiones de otros mundos, y decidme
Que es algo más la eternidad que un nombre,
Que hay algo de inmortal y que es el hombre.
Venid, cercadme y removed la tierra,
Los sepulcros abrid, lanzadme en ellos;
Que sepa yo cuanto la tumba encierra,
Y ¡oh arcanos de la muerte! revelaos.
¡Ah! sí. Mi alma es un cáos
Lleno de inmensos gérmenes y sabe
Que en la tumba no cabe.

LA FIEBRE.

Esto es morir..... Mi corazon, mi frente
La fiebre quema y el afan devora,
Y el rayo azul de la naciente aurora
Penetra en tanto hasta mi lecho ya.
Despierta el mundo como yo despierto:
Él despierta al placer y á la alegría;
Yo despierto al dolor, á la agonía
Que mi existencia atormentando está.

¡Ah! sí; que el mundo de la paz el sueño
En su lecho de sombras ha dormido,
En tanto que mi lecho han combatido
Negros fantasmas de inquietud y horror.
Ni una ilusion entre celajes de oro
Vino á templar mi bárbaro martirio,
Ni á engañar con ensueños mi delirio
Cándida vírgen de celeste amor.

No escucho yo de las volantes auras
El trémulo batir entre las flores,
Ni al són del viento la cancion de amores
Que las hijas del valle entonarán.

En vano el pino doblará en los montes
Sus plumeros flotantes de esmeralda,
En vano su magnífica guirnalda
A los vientos los sauces ondëarán.

Yo que de esa feliz naturaleza,
Tan pura y tan hermosa en la mañana,
Las nubes de oro y de zafiro y grana
Flotar en torno de mi frente vi;
Yo que siempre ante el sol sentí exhalarse
De mi cítara un canto de alegría,
Y redoblarse la existencia mia
En el placer de la creacion sentí;

Yo en este lecho me revuelco ahora,
Yo maldigo mi lúgubre existencia,
Y ¡oh, si no hubiese en mi letal demencia
Dulce esperanza de vivir y amar!
Un principio de vida inagotable
Late en mi corazon, piensa en mi mente:
¿Quién alcanza esta sangre tan ardiente
En este ardiente corazon á helar?

La muerte..... ¡Ah! sí. ¡Desesperada, horrible
Necesidad del sér! ¡Brazo de hierro
Que al mísero mortal en su destierro
Lleva al sepulcro hasta dejarle en él.
Arrastramos la vida por el mundo
Entre espinas y víctimas y escombros;
Inmensa carga en nuestros flacos hombros,
Aun nos la haces amar, ¡oh hado cruel!

Y en tanto á no volver pasan las horas
Y no pasa el dolor. ¡Oh, si á lo ménos
De esos campos espléndidos, serenos
Pudiese yo los aires respirar!
Una corona de nacientes flores,
Empapadas en gotas de rocío,
Viniera allí con delicioso frio
Mi turbulenta sien á refrescar.

En fresco lecho de oreantes hojas
Mis miembros de dolor reposarian;
Como nubes los bosques cimbrarian
Sus retemblantes copas sobre mí.
En ellos la salud, y si la muerte
En los bosques tambien fuera entre flores,
No con tantos tormentos y dolores
Como me están despedazando aquí.

Naciera yo, naciera en las montañas,
Yo que admiro su rústica belleza,
Más cercano de tí, ¡naturaleza!
Con tu luna, tu sol, tu inmensidad.
Y salvando las breñas y torrentes
De las fieras salvajes al bramido,
No hubiera con su aliento corrompido
Mi falleciente sér la sociedad.

Y no que estoy con rabia contemplando,
Desde el profundo abismo de mi suerte,
El triste pensamiento de la muerte
Las horas de mi vida presidir.

Si es lo que suena mi tremenda hora,
Llevaré hasta la tumba mi deseo.
¡Crepúsculo oriental! yo no te veo,
Ya para mí no hay sol..... Esto es morir.

DIOS.

Mírale, Albano, y niégale. Es Dios, el Dios del mundo,
Es Dios, el Dios del hombre. Del cielo hasta el profundo
Por medio de los cielos deslízase veloz.
Mírale en ese carro de arrebatadas nubes:
Mírale entre esos grupos de espléndidos querubes:
Oye en el són del trueno su omnipotente voz.

¿Adónde va? ¿Qué dice? Como le ves ahora,
De la creacion atónita en la suprema hora
Precipitando mundos bajo sus piés vendrá.
Al aquilon postrero que aguarda en el abismo,
Tal vez le está diciendo en este instante mismo:
«Levántate», y mañana la tierra no será.

¡Ah, miserable el hombre que dice que no existe!
¡Desventurada el alma que á esta vision resiste,
Y no levanta al cielo los ojos y la voz.
¡Señor! ¡Señor! te escucho. ¡Señor! ¡Señor! te veo.
¡Oh tú, Dios del creyente! ¡Oh tú, Dios del ateo!
Aquí tienes mi alma..... Tómala..... Tú eres Dios.

A JUSTA.

¡Divinidad feliz! ¡Alma belleza!
Bajo todas tus formas yo te adoro:
Ansiando contemplarte en tu pureza,
En todas partes sin cesar te imploro:
Tu templo la inmortal naturaleza,
Los prodigios del mundo tu tesoro,
Y envuelto en nubes de perpétuo incienso,
Amor te rinde el sacrificio inmenso.

Amor, amor que ante tus piés rendido,
Dichoso esclavo en tu dichoso imperio,
Con la magia secreta de un latido
Las almas liga al blando cautiverio.
El mundo que es amor, porque él ha sido
Su ley primera y su primer misterio,
Bello es por tí. ¿Qué es ¡ay! naturaleza
Sino el amor que abraza á la belleza?

La aurora ardiendo en luz que al mundo llueve,
La hermosa primavera orlada en flores,
La onda azul que las riega, el aura leve
Que empapa la alba pluma en sus olores,

La frente del invierno envuelta en nieve
Y la sien del verano en resplandores,
El cielo, el sol que desde el cielo envia
En torrentes de ráfagas el dia;

Todo cuanto en la faz de la existencia,
Ora en la vida ó en la muerte existe,
Es la belleza en su divina esencia
Que luz y formas y colores viste.
El alma es el amor. Su omnipotencia
Del tiempo edaz al ímpetu resiste,
Y en el mundo sin fin yaciendo interno,
Con juventud eterna lo hace eterno.

Vedla: en el cielo, en la mitad del cielo
La esposa del crepúsculo aparece,
Y astro de paz y nuncio de consuelo,
Entre las sombras y la luz se mece.
Al alba el manto y á la noche el velo
Ciñe y se ruboriza y se oscurece,
Y entre tantas creaciones la más bella,
El mundo es del amor, de amor la estrella.

Belleza, amor que para ser hermanos
Unisteis al nacer vuestra existencia,
Y al mundo su esplendor y á los humanos
La dicha da vuestra inmortal presencia;
¿Dónde, decid, los hados soberanos
Vuestro gérmen han puesto y vuestra esencia?
¿Dónde el tipo magnífico, el modelo
Fijó de amor y de beldad el cielo?

Miradla; es la mujer. El gran momento
Fué de su animacion. Naturaleza
Bañó la faz en celestial contento
Y admiró la beldad en su pureza.
Amor en su más dulce sentimiento
Y en su forma más bella la belleza
Del seno de los ángeles manaron,
Y ¡oh admiracion! á la mujer formaron.

Solo el mortal en la creacion yacia,
De las manos de Dios salido apena,
Y en su estupor las horas consumia
Mudo, insensible, sin placer, sin pena:
Faltaba el lazo que de unirle habia
De los séres del mundo á la cadena,
Y en la vida comun él solo inerte,
Nacido él solo pareció á la muerte.

Vió empero á la mujer. Por vez primera
Blando placer su corazon ungía.
Sintió y amó. Naturaleza entera
Con su más bello sér se embellecia.
Su mirada tendiendo por la esfera
De la mujer al cielo las volvia,
Y ella fué el lazo, el eslabon divino
Que á Dios le unió y á su inmortal destino.

Habla y habla el amor, y el grande arcano
Su propio sentimiento le revela
Del sér eterno que la eterna mano
En las entrañas de los mundos cela.

Lanza un suspiro: el céfiro liviano
A las cavernas de los ecos vuela:
Lo aprende un eco y al mortal lo envia,
Y el hombre ya comprende la armonía.

Ya es poeta, ya canta. Allá en su cuna
Lazaba íris de paz los elementos:
Tranquilo el sol, espléndida la luna,
Sin furia el mar, sin tempestad los vientos.
Reposando el mortal en su fortuna,
La mente, el alma de admirar sedientos,
Su admiracion con nueva idolatría
De la mujer al seno le volvia.

Despliega el bosque su ramaje umbrío,
La gruta se abre de perfumes llena,
Y entre las flores vuela á su albedrío
Del aura leve la gentil sirena.
Tal vez henchido ostenta de rocío
Su cáliz de alabastro la azucena,
Y enlazándola en ramos de esmeralda,
El amor al amor da su guirnalda.

Y allí en los valles del Eden sereno,
Bajo el sauce gentil que al aura ondea,
Del aura el són que el agitado seno
Con el vapor de la mañana orea;
Al són de la onda que en el cauce ameno
Bajo un dosel de flores serpentea,
Alzan, los corazónes palpitantes,
Sus cánticos de amor los dos amantes.

¡Amor! ¡Felicidad! ¡Ah! sed dichosos,
Agotad ese cáliz de delicias;
Guirnaldas son los lazos venturosos
Que enlazan vuestro cuello en sus caricias.
El mundo en vuestro tálamo, ¡oh esposos!
El universo os brinda sus primicias:
Amad, gozad del cielo en la presencia:
Esa felicidad es la inocencia.

Venid, volemos. De la edad primera
Quiero habitar las blandas soledades,
Do vió á sus piés brotar la primavera
La hermosa juventud de las edades.
Gozoso el mundo en donde el hombre impera,
Levanta como el hombre á las deidades
De inocencia y de paz los dulces nombres.....
El puro amor de los primeros hombres.

¡Oh Justa! deja que mi mente vague
Por un mundo de encanto y poësía,
Donde el amor de la inocencia halague
Con celeste ilusion el alma mia.
¡Ah! nunca, nunca mi entusiasmo apague
La impotente verdad que el alma enfria:
Lejano el mundo en mis delirios miro,
Y soy feliz, feliz miéntras deliro.

No es ilusion. Para el amor nacida
Fué la mujer la inspiracion primera;
La mujer y el amor fueron la vida,
Y amor llenaba la creacion entera.

Abierto el pecho á la ilusion querida,
La voz del hombre resonó en la esfera,
Y el genio que es un Dios ornó de flores
La cítara inmortal de los amores.

Así rendido al yugo lisonjero,
Y en dulce esclavitud el alma esclava,
Cantaba yo con himno placentero,
La lucha, el ánsia de mi amor cantaba.
Fué el primer ¡ay! mi cántico primero
De aquel primer amor que me inspiraba,
Y hoy con nuevo placer, con nueva pena
Del alma herida en lo profundo suena.

Resuena, sí; y al canto, á la armonía,
Como el fénix, mi espíritu revive;
Crece en la exaltacion mi fantasía,
Mi corazon del entusiasmo vive.
Recibe tú la que mi voz te envia,
La ofrenda de mi cántico recibe;
Y á mi blando laud ciña otra rosa,
Dón de amistad, la mano de una hermosa.

MEDITACION RELIGIOSA.

Yo te adoro, gran Dios. El alma mia,
Como exhalada nube,
En alas de mi ardiente fantasía
Hasta el Empíreo sube.

Sube, y el trono del Querub mi asiento,
Y el cielo es mi morada,
Y contemplo á mis piés el firmamento,
Los mundos y la nada.

Sube, y el rayo de la eterna lumbre
Cual un perfume aspira,
Y reina en la creacion y allá en la cumbre
Como un planeta gira.

¿Quién dijo: «El mundo se engendró á sí mismo,
Su Dios es el acaso»?
¿Quién, que no halló bajo su pié el abismo
Al avanzar su paso?.....

¡Ay! Es verdad: en mi razon la duda
Se apacentó algun dia;
Yo quise ver la realidad desnuda
Del mundo en que vivia.

Y en mi estéril razon desencantados
El mundo y su belleza,
À un confuso tropel de ciegos hados
Di la naturaleza.

¿Dónde ya la ilusion si la esperanza
Desparecido habia,
Al fenecer en su feliz bonanza
De la creencia el dia?

Ciego embrion de seres abortados
Por un fatal destino,
Por la muerte en la tumba despeñados
En medio á su camino;

Trasformacion sin límites del lodo
En que mi planta hundia,
Naciendo todo y pereciendo todo
Allí donde nacia;

Eso fué el mundo para mí. Un abismo,
Y en ese abismo nada:
Yo llevé la impiedad al fanatismo,
La voz del alma ahogada.

¡Perdóname, Señor! Hálito inmundo
Bebiendo de impureza,
Sobre la tumba universal del mundo
Doblé yo mi cabeza.

Y la noche pasó, y el claro dia
Con su luz, con su velo,
Y yo no levanté la frente mia
Para mirar al cielo.

Pero tu voz que en la extension resuena,
En cántico sonoro,
El alto són que el universo llena
De tus cien arpas de oro;

El eco melancólico que vaga
Por la extension vacia,
Cuando la tarde en Occidente apaga
Con la tiniebla el dia;

Ese acento inmortal que en la mañana,
Cuando el Oriente dora,
Resbala sobre el tálamo de grana
De la naciente aurora;

Esa voz, voz del cielo, de otro mundo
Vago, inmortal sonido,
Volvió, volvió á sonar en lo profundo
Del corazon herido.

Yo te adoré sin sondear tu arcano,
Y sobre el alma mia
Vertió, Señor, tu omnipotente mano
Tu cáliz de ambrosía.

En todas partes ya mi vista asombra
De tu poder la muestra;
Yo contemplo en la luz, busco en la sombra
El sello de tu diestra.

Del universo en los profundos senos
Tu nombre allí, tu gloria,
Llenos están de tu grandeza, llenos
Los siglos y la historia.

¡Triste razon! En su mezquino vuelo
Hasta la tumba alcanza;
De la tumba á los ámbitos del cielo
La senda es la esperanza.

Ni es dogma, nó, la religion del hombre,
Ó ciencia ó pensamiento:
Si el alma tiene para Dios un nombre,
Dios es un sentimiento.

Esta gran sed del corazon ardiente,
Este afan, este anhelo
De un sér más grande á quien rendir la frente
De un bautismo en el cielo;

El instinto inmortal de un gran destino
Que ignora y que desea,
¿No son, Señor, de tu poder divino
La inapagable idea?

¡Oh sér del sér! Los astros y los mundos
Te cantan y obedecen,
La tempestad, los piélagos profundos
Á tu voz se estremecen.

Tu providencia que el misterio vela
Desde la inmensa altura
Sobre las alas del arcángel vuela
Y encarna en la natura.

Y da la luz al sol con tu mirada
Y al mar los aquilones;
Mueves tu voluntad y la honda nada
Se puebla de creaciones.

¿Adónde, adónde volveré los ojos
¡Oh Dios! que no te vea?
De los mundos que han sido en los despojos
La mano está que crea.

«Dios» en la tumba en que la noche mora
Grabó tu ardiente mano;
«Dios», al mecer la cuna de la aurora,
Exclama el Oceano,

«Dios», graba el rayo al encender su lumbre
Del huracan el seno;
«Dios», clama el eco de la ardiente cumbre
Que despedaza el trueno.

De la extension espléndida en la frente
Está su nombre escrito;
El alma en todas partes y la mente
Encuentran lo infinito.

¡Oh! ¿Qué es el hombre cuando rompe el lazo
Que le une á su alta suerte,
Y de la madre tierra en el regazo
Siente latir la muerte?

Yo con la fe del corazon venero
Tu santa omnipotencia;
Yo exclamo: «Dios», y el universo entero
Se inclina en mi presencia.

Solo, gran Sér, como tu gloria es sola,
Do quiera te contemplo;
Tu altar el sol, los astros tu aureola,
La inmensidad tu templo.

Sí: que, aunque nunca la razon comprenda
Que á tí la fe conduce,
Que á los ojos cubiertos con su venda
Un sol eterno luce;

Lo sabe el alma y en su luz enciende
La osada fantasía,
Y las tinieblas del misterio hiende
Tras el eterno dia.

Lo sabe ¡oh Dios! y á conquistar se lanza
Desde el mezquino suelo,
Exhalada en dulcísima esperanza,
Su altar, su patria, el cielo.

Allá en la inmensidad fulgente ondea
De eternidad la palma:
Bajo su copa que al Eden sombrea
Va á reposar el alma.

Y en el seno de mil eternidades
Blandamente adormida,
La alimenta el maná de las deidades
Y hasta la muerte olvida.

AL SOL.

El carro de oro y el bridon de llama
Lanzas ¡oh Sol! á la celeste cumbre,
Y á torrentes vivífica tu lumbre
Por los mundos que laten se derrama.
En medio al cielo que tu luz inflama
Pareces sostener su pesadumbre,
Y de seres sin fin la muchedumbre
En himnos mil su procreador te aclama.
¡Gigante de los astros! ¡Rey del cielo!
¿Qué extraño ¡oh Sol! que el hotentote rudo
Su Dios te implore y tu piedad demande?
Si con la mente ó el sentido el velo
Que le oculta á su Dios rasgar no pudo,
¿Qué obra de Dios adorará más grande?

LA ENTRADA DEL INVIERNO.

Á ALBANO.

Ya viene, ya, con su celeste coro
De brumas y de nieblas y aquilones:
Ya viene, Albano, la estacion que adoro
Con su entrañal tesoro
De profundas y agrestes emociones.

Oye los robles de la selva anciana
Que en airado vaiven el viento impulsa,
Sonar como una lira sobrehumana
Que en la extension lejana
De la ignea tempestad el genio pulsa.

Mira en el vasto cielo los nublados
Precipitarse en impetüoso vuelo
Como ejército de ángeles alados,
Y en el cenit alzados
Al sol velar en la mitad del cielo.

Míralos entre eléctricas vislumbres
Abarcar los opuestos horizontes,
Y amontonados en las altas cumbres,
Formar sus pesadumbres
Pirámides de montes sobre montes:

Miéntras rodando por la nube ardiente
El trueno, voz del Hacedor eterno,
El campo en torno sollozar se siente,
Y clamar el torrente
Y la tierra clamar: «¡Invierno! ¡Invierno!»

Balad, ovejas, retirad, pastores,
El ganado al redil. Naturaleza,
Da un adios á tus brisas y á tus flores,
Recoge tus verdores
Y reclina en la escarcha tu cabeza.

Mas ¿por qué abandonar esta morada
De paz y bienandanza y alegría,
Y el blando despertar con la alborada,
Y el aura perfumada
Y el fragor de la ardiente montería?

¿Por qué desamparar la abastecida
Mesa de blanca leche y pan moreno,
Y el vino fulvo que á ensoñar convida,
Y el hambre bendecida
Que el más rudo manjar nos hace bueno?

¿Por qué, por qué trocar el noble oficio
De tanta agitacion en tanta calma,
Y el sueño siempre á nuestro afan propicio,
Y el áspero ejercicio
Que al cuerpo da salud, salud al alma?

¿Adónde, caro Albano, adónde vamos?
¿Qué nos da la ciudad ó quién nos llama,
Que este rústico albergue abandonamos,
Y á consumirnos vamos,
Mariposas incautas, en la llama?

Allí el estudio ingrato y la vigilia,
No ya á los goces de la mente dada,
Sino á aquella escolástica familia
Cuya incesante homilia
La mente oprime, el corazon enfada.

Allí las graves aulas, Capitolios
De la ignorancia con sus triunfos vana,
Los ergos, los digestos, los escolios,
Los bárbaros infolios,
Insano pasto de la mente insana.

Allí esa ciencia de las rancias leyes,
Urdimbre de la fuerza en su victoria,
Con que entretejen las humanas greyes
Los mantos de los reyes
Y los falsos telones de la gloria.

No, Albano, no, de mi desden te asombres:
¿Acaso el ánsia que tu mente agita
Lograrás aplacar con esos nombres
En que juzgan los hombres
Del Criador encerrar la obra infinita?

Te engañas, pobre amigo. Más se aprende
Como Rioja y Leon mirando al cielo,
Y la mano inmortal que el sol enciende
Y del polo suspende
Esta admirable máquina del suelo;

Más se aprende adorando los arcanos
Hechos de Dios y su poder fecundo,
Que removiendo con incautas manos
Los esqueletos vanos
De la ignorante ciencia de este mundo.

Deja las aulas pues. Aula es el campo
Donde se aprende á Dios que es toda ciencia;
Lo mismo el sol que de la nieve el ampo,
Destellan aquí un lampo
Del sol de la divina inteligencia.

Deja las aulas, sí, y el libro inmenso
Estudia de esos cielos de diamante;
Yo aquí siento, aquí gozo y aquí pienso,
Y á mi alma le es bastante
La ciencia y la verdad que está delante.

Ya vimos á la blanca primavera
Tender sus alas de amaranto: vimos
Flotar la mies en la aventada era,
Y pámpano y racimos
La viña orlar donde áun otoño impera.

Sentados ora en el hogar seguro
Donde la encina recinosa cruje,
Miéntras en torno al combatido muro
El aquilon oscuro
Cual sierpe silba y como toro muge;

Miremos á esta gran naturaleza
Que del año fugaz en los despojos
Como una anciana á recostarse empieza,
Mostrar otra belleza
Y otra magnificencia á nuestros ojos.

Y abandonando su erial tesoro
De los sabios del mundo al vulgo necio,
Exclamemos en cántico sonoro:
«¡Oh sábia Providencia! yo te adoro.
»¡Oh ciencia, humana ciencia! te desprecio.»

VENECIA.

I.

¡Venecia! ¡Allí Venecia! Del golfo trasparente
Se abren las blancas olas con armonioso hervor,
Y una ciudad de mármol alza la tersa frente,
Herida por la vara de un mago encantador.

No en la desnuda arena la roca ántes desnuda,
Ludibrio de las olas la abandonada red,
O cuna y patrimonio, mansion de gente ruda,
La barca miserable del viento á la merced.

Nacida de las aguas, bajada de los cielos,
Dichoso encantamiento, fluctúante aparicion;
Nidos del aura leve los ondulantes velos
Que en torno le murmura con apacible són;

En nubes reclinada de claros arreboles,
Del aterido dálmata sereno luminar,
Su seno trasparentan cien irradiados soles,
Ciudad que el viento arrulla cuando la mece el mar.

En las serenas playas aparecióse un dia,
Movió rumor del pueblo donde silencio fué;
El caracol marino su parabien le envia,
Del Adria los delfines se enroscan á su pié.

Venid y contemplemos la nueva Galatea
Que en el cerúleo espejo ostenta su beldad;
La cándida nereyda de amores se rodea;
Más bella pescadora no vió la antigüedad.

¡Oh, cómo el sol derrama sus ráfagas más puras,
El más bello crepúsculo, la aurora más gentil,
En esas blancas playas que, ardientes y seguras,
Las conchas son las flores de su perpétuo Abril!

¡Oh, cómo si esas playas agita la tormenta,
La luna, difundiendo su lumbre en derredor,
Con su inmortal mirada la tempestad ahuyenta,
Y atando el mar parece con su albo ceñidor!

En las serenas noches, al tembloroso rayo
Que argenta el alto cielo, que argenta el bajo mar,
En rápidos bateles que en lánguido desmayo
Las voluptuosas linfas parecen arrullar;

Pintándose en la blanca llanura cristalina
Con fúlgido, temblante, fantástico vaiven,
Como impalpables formas de aparicion divina,
Se ven sombras y sombras, cruzar, cruzar se ven.

Y vuelven, huyen, giran, y piérdense á lo léjos,
Y rompen la distancia, y vienen y se van,
Y el golfo iluminado del astro á los reflejos
Semeja red de perlas donde fluctúando están.

Y un canto melodioso de suaves barquerolas
Turba el misterio apénas con lánguido rumor,
Y el arpa de los genios, del viento y de las olas
Resuena con los ecos : «¡Amor, amor, amor!»

«¡Amor hasta la aurora!» Mas vedla : el inflamado
Soplo en los cielos prende la llama celestial;
Se viste la mañana su manto nacarado
Y vierte sobre el mundo su risa de coral.

El sol despeña el carro de la alta cumbre de oro;
La tierra alza en ofrenda sus nubes de arrebol;
Y el mar es una llama y el aire un meteoro,
Y un trono el universo en donde triunfa el sol.

¿No son aquellas playas que nunca holló la bruma,
Las playas donde Vénus apareció al mortal?
¿No es esa la que orlaba, iluminada espuma,
De la flotante diosa la frente virginal?

¿Cuál viento pudo nunca más blando y más sereno
Secar en sus cabellos el cristalino humor,
Y dar carmin y aromas al labio, al rostro, al seno
De la celeste madre del genio del amor?

¡Venecia, oh tú, Venecia! ¡Ciudad de los placeres,
De crápula elegante, de liviandad gentil,
Más que lo fué en los siglos el templo de Citéres
Ó de la verde Gnido el lúbrico pensil!

Tú eres la diosa antigua que un pueblo marinero
De ilustres marcadantes un genio trasformó,
Y á recibir los dones del universo entero
La playa de esos mares por concha la cedió.

Mecida por las brisas del blando clima ausonio,
Altiva con tu orígen, murada por la mar,
La fiera independencia de ecuóreo patrimonio
Cantando entre las olas del remo al golpear;

Vagando por los mares donde áun resuena el canto
De la sirena antigua que oyó la edad gentil,
Las costas recorriendo de Europa y Asia en tanto,
Cuna de mil imperios, sepulcro de otros mil;

Bebiste allá en Bizancio, cadáver de la Grecia,
De tu belleza rara la ardiente inspiracion,
Y puedes tú decirles ¡oh espléndida Venecia!
A los incautos pueblos que tus amantes son:

«Yo soy la Vénus griega, la Vénus soberana
»Que atravesé el Oriente y á Europa aparecí;
»La Vénus del Olimpo con veste italiana,
»Y el fuego y los deleites de la oriental hurí.»

Mas ¡ay! ¿sólo eres bella? ¡Venecia! ¿sólo risas
Hay para tí en el mundo y liviandad y amor,
Y cantos que resuenen tus ondas y tus brisas,
Y máscaras que al rostro perdonen el rubor?

Como la antigua diosa que en el Olimpo griego,
Por mensajero el Iris, por armas la beldad,
Mudaba al blando antojo que disculpaba el ruego
De los supremos dioses la eterna voluntad;

Como la antigua Vénus que en manos del Tonante
Los rayos encendidos sonríendose apagó,
Y á cuyo dulce encanto del inmortal semblante
De la carroza de oro Mavorte descendió;

Que recogiendo amores y derramando rosas,
Cercada de un enjambre de cupidillos mil,
Encanto de los dioses, envidia de las diosas,
Llevaba por los cielos su carro de marfil;

Tú así, Vénus impúdica ó Vénus seductora,
O pérfida, ó amable, ó caprichosa ya,
Astuta consejera que las traiciones dora,
O impávida amazona que á los combates va;

Tú así, Vénus de Europa, con plácido embeleso
Vertiendo las palabras del labio seductor,
De las naciones fieras en el marcial congreso
Pediste el noble asiento, conquista del valor.

Pedístelo; y subiendo con vencedora planta,
La púrpura ceñida con dulce majestad,
Desnuda la alba frente, desnuda la garganta,
Entre las mallas férreas de tu iracunda edad;

Con el ardid ganoso rigiendo á las naciones,
Cual Vénus sus palomas con cintas de color,
Abriendo ante sus plantas abismos de traiciones,
Y en oro rellenando los cauces del honor;

La espada de los pueblos tuviste en la pelea,
Alzándola unas veces, bajándola otra vez:
Amiga y enemiga, asiana y europea,
Tu orgullo y tu fortuna fué igual á tu doblez;

Y en el atroz consejo de tu ambicion sombría
Que al ruido de sus fiestas la Europa nunca oyó,
La paz ó las batallas, terrible mercancía,
Un pueblo ú otro pueblo ¡Venecia! te compró.

«¿Quién es», se preguntaron los pueblos y los reyes,
«Esta insolente reina, vil pescadora ayer,
»Que mueve en són de guerra para imponernos leyes
»Las miserables barcas de un pueblo mercader?

»¿Dónde aprendió», dijeron los reyes y naciones,
«A levantar su frente á nuestra frente igual,
»Ella, que el férreo casco no ostenta en sus blasones,
»Ni el asta, ni el escudo, ni el pabellon feudal?

»¿Cuál raza de plebeyos que cambia y que trafica
»Desde el confin del Asia de Europa hasta el confin,
»En nuestras nobles lides viene á clavar su pica
»Y á hacernos la figura del bravo paladin?

»Ella la industria ejerce del mísero judío
»Y le abre sus comarcas el otomano infiel,
»Y hoy llega en aparato de gloria y poderío,
»Hoy viene á que nosotros le alcemos un dosel.

»Sepamos pues, sepamos en cuál cimiento funda
»Esta marina foca la osada pretension
»De revolver su cuello sin la fatal coyunda
»Que sobre el débil pesa cual negra maldicion.»

Dijeron las naciones, y sus magnates fieros
Saltaron en las naves que les brindabas tú,
Y en las mullidas popas doblaron altaneros
Los miembros sobre alfombras de púrpura y tisú.

Y hollando los caminos del piélago domado,
Vuelto en mudez y asombro el áspero desden,
Al nuevo astro contemplan llevar desde un mercado
Al cénit de la Europa la vencedora sien.

II.

¡Oh cuánto deslumbrabas! ¡Oh cuánto á las fulgentes
Galas y al oro y perlas debiste majestad!
Coqueta venturosa de las incautas gentes,
¡Cuán caros no vendiste tu halago y tu beldad!

Un pueblo que fué griego de un lecho de molicie
Estímulos te pide á su último festin,
Y turba al Adria fúlgido la argéntea superficie
El nauta veneciano, del ponto paladin.

Cayó aquel pueblo: el lábaro rompieron los alfanges,
Turbó el caballo tártaro las aguas de aquel mar,
Y el genio de Mahoma, contando sus falanges,
Se pone frente á frente la Europa á contemplar.

¿Tembló Venecia? En armas previene el pecho fuerte;
Su inmensa ala de naves extiende hácia Estambul:
Golpe dará por golpe, muerte dará por muerte,
Rojas serán las olas del Helesponto azul.

Y el dia de Lepanto cuando la fiera España
En nombre de la Europa arreste al osmanlí,
Á compartir el triunfo con vengativa saña
En su alto Bucentauro Venecia estará allí.

¿Quién vió á la cortesana jugar con los rivales
Y, Aspasia de los pueblos, tenerlos á su umbral,
Sus dones repartiendo y su desden iguales
Entre el rival vencido y el vencedor rival?

«Hé aquí», dijo la historia, «de la grandeza el dia
»Sobre Venecia tiende su rayo protector,
»Y suenan en los bríndis de su elegante orgía
»La artera diplomacia y el cortesano amor.

»Los Césares y Antonios de la soberbia Europa
»En la encantada nave de esa Cleopatra van:
»Las perlas desleidas que beben en su copa
»Honor, gloria y tesoros costándoles estan.»

República mercante de esclavos y tiranos
¿En cuál secreta magia se funda tu poder?
Mas ¡ay! que para el tiempo no existen los arcanos;
¡Venecia! de tu trono apréstate á caer.

No es la terrible, oscura, insomne tiranía
Cuyos pesados brazos pesaron sobre tí;
Te lanza de tu trono, te arrastra á la agonía
La ley de las naciones que lo decreta así.

¿Quién vió pueblos eternos? ¿Quién dijo que era en pena
Tu muerte de un imperio fundado en la maldad?
El tiempo es el gran crímen que á perecer condena
Y sólo en los sepulcros está la eternidad.

Allá pasen las noches velando en su quimera,
De la entusiasta mente fantástica creacion,
Los que hacen de los pueblos imágenes de cera
Que al molde de un sistema materia blanda son:

Los que del mundo quieren en su ignorante ciencia
La liga necesaria borrar del bien y el mal,
Allá pasen sus noches trazando la experiencia
Que el vil metal separe del más noble metal.

Desvelos ménos tristes tus noches consumian;
Venecia, los desvelos del néctar y el placer:
Tu Homero es Maquiavelo, tu historia es una orgía,
Las olas tu muralla, el oro tu poder.

Y envuelta en sedas áureas, perdida entre tus fiestas
Y alzando en tus festines un cántico de amor,
Te hallaron ¡Reina hermosa! te hallaron las funestas
Horas del triste ocaso de tu astro seductor.

Mas ¿qué legas al mundo? ¿No dejas más que el drama
De un carnaval sombrío que cubren velos mil,
Los crímenes que mueven las lenguas de la fama
Y agitan los pinceles, la lira y el buril?

¡Ah! no; que allá en el fondo de esa curiosa historia,
Velada de ocho siglos en la honda bacanal,
Hay algo que es la vida, hay algo que es la gloria,
Algo que inmortal llama la humanidad mortal.

Piratas mercaderes en un trono de naves,
Hay pueblos que heredaron tu potestad de ayer;
Quizá de tí aprendieron la ciencia que hoy no sabes
Y extienden el imperio del oro por do quier.

Y en el consejo oscuro de los pequeños reyes
Que sobre tí velaban con ojo suspicaz,
Nació el que al mundo rige, nunca sujeto á leyes,
Gobierno de secretos, arte de guerra y paz.

No, no; grandeza tanta no fué del ciego acaso
Vision que ante la Europa fantástica pasó:
Guarda del sol que llevan las nubes al ocaso
Un rayo que fecunda la tierra que alumbró.

Así camina el mundo. Un genio al hombre lleva
En pos de sus destinos sin descansar jamás:
Para labrar la tumba del pueblo que se eleva,
La tumba del que muere es una piedra más.

¡Oh, cuántas tumbas, cuántas! En sus tremendas losas
Los nombres de los pueblos que Europa alimentó:
Levántate, Venecia, del sueño en que reposas,
El astro de la Europa la tempestad veló.

De hoy más serán sus horas frenéticas é inquietas
Y de ambiciones vanas y de embriaguez serán:
De este edificio viejo en las crujientes grietas
Las aves de la muerte su nido haciendo están.

Alégrate, Venecia. Levanta en tu agonía
La frente vengativa con bárbaro placer:
Tambien la Europa tiene su estrepitosa orgía,
Tambien esta gran Reina del trono va á caer.

Osada, omnipotente para hacinar escombros
Su demagogia bárbara los frenos rompe ya,
Y en vano cien Atlantes aplicarán sus hombros
Á sostener la mole que á desplomarse va.

¿No escuchas el suspiro que exhala todo un mundo,
Titan que al cielo áun turba con sueños de ambicion?
¿No ves ante sus plantas con eco gemebundo
De las naciones muertas abrirse el panteon?

Hoy ciegos visionarios si apóstoles un dia,
Y quién sabe si mártires en la futura edad,
Generacion terrible, generacion impía,
Cien férvidos tribunos gritaron libertad.

Y alzóse un gran tirano, y el águila francesa
Su garra en la melena de tu leon clavó,
Y otra águila del Norte te hizo despues su presa
Y viva en su sepulcro Venecia no existió.

¡Oh Italia! ¡Excelsa madre! ¡Cielo del sol latino!
Y ¿ya no hay esperanza, ¡oh Italia! para tí?
¿Vencida ó vencedora servir es tu destino,
Cual te cantó algun vate con santo frenesí?

¿Quién sabe los misterios que Dios guarda en su arcano
Y si áun fulgente un hora el sol te alumbrará?
Mas éstos son los dias del estertor romano,
Y á Europa que le llama Atila volverá.

EL RAMO DE FLORES.

Versos me pides pues, flores te envio;
Que, aunque tú misma tu intencion ignores,
Lo mismo es en tus labios, dueño mio,
Pedirme versos que pedirme flores.

Ni ¿qué son, dime tú, ¡oh encantadora
Laura! los versos cuando son el canto
De una beldad en su primera aurora,
De una pasion en su primer encanto;

Qué son los versos, di, cuando respira
Delicias sólo el corazon en calma,
Qué son cuando eres tú quien los inspira
Sino las flores del jardin del alma?

Versos ó flores pues, todo su arte
Es ser hijos del sol y la mañana:
Un gran poëta que aprendió á admirarte,
Una gran musa que en tu amor se ufana;

Otra musa mayor, no la del hombre,
Entusiasmada en tu beldad suprema,
Sólo al oirme pronunciar tu nombre
Para tí me ha enviado ese poema.

¿Sabes quién es? La primavera misma.
¿Quién tiene sino ella esos colores?
¿Quién ese rico y deslumbrante prisma
De sombra y de matiz y resplandores?

¿Quién tiene, di, quién tiene á su albedrío
La inspiracion del sol, la blanda lira
Del aura, el vago murmurar del rio,
Y el ruiseñor que modulando espira?

¿Quién este palpitar, este conjunto
De fulgores y esencias y sonidos
Que de un mundo feliz son el trasunto
Y embebecen el alma y los sentidos?

¿Quién tiene este magnífico idioma
Para hablar y cantar á sus amores?
¿Quién ¡ay! la castidad, quién el aroma?
¿Quién, Laura, sino ella tiene flores?

HIMNO AL SOL.

Levanta ¡rey del mundo y de los astros!
Tu cabeza de rayos coronada;
Extiende sobre el mundo tu mirada,
Y restituye el celestial calor:
Que el dardo de tu luz la sombra densa
Rasgar no pudo en las tinieblas frio,
Y se helaron las gotas del rocío
En el rígido cáliz de la flor.

Alzate ¡oh sol! En las mayores cumbres
Ya tu rielante ráfaga prendia,
Y áun el caos de las sombras envolvia
La falda y llano en vaga oscuridad.
Y un momento pasó, y hendió vibrando
La distancia inferior tu rayo de oro,
Y fué toda la tierra un meteoro,
Y sonrió gozosa tu deidad.

Alzate ¡oh sol! El ruiseñor del bosque
Tu presencia en los cielos solemniza:
El aura blanda que su pluma riza,
Canta en himnos alegres tu ascension.

El pino ondeando su gentil plumero,
Se inclina en tu presencia reverente,
Y en su cauce de rocas el torrente
Se despeña clamando: «¡Bendicion!»

Hasta las ondas de la mar se elevan
Cuando en las cumbres del Oriente rayas;
Y rebosando en las turgentes playas,
Se adelantan gozosas ante tí.
Palpita el orbe. Cielos, tierras, mares
Que en la luz esperada se coronan,
El himno excelso de tu gloria entonan,
Y el hombre siente la creacion en sí.

¡Oh inagotable engendrador del dia!
¡Manantial de la luz, trono del rayo!
Vén y del torpe y frígido desmayo
Alanza con tu fuego la creacion.
¡Guerrero inmenso del escudo de oro
Como al bardo Osian apareciste!
Vén y al imperio de las sombras triste
Precipita el flamígero bridon.

¡Oh, cuán hermoso entre los mundos eres
Con eterna y magnífica hermosura!
La omnipotencia se cifró en tu hechura;
Dios á sí mismo se admiraba en tí.
Corre, corre, ¡alto sol! Ya por los montes
Tu derramada cabellera ondea:
Que yo en tu hermosa plenitud te vea,
Y el rayo sienta de tu lumbre en mí.

Pura, feliz, voluptuosa, rica
De aromas, de colores, de frescura,
Rebosando abundancia y hermosura
Su almo regazo, templo del placer;
Contempla tú desde el radiante solio
Los campos de la hermosa Andalucía;
En vano busca en su carrera el dia
Mansion más bella en que su luz verter.

La vista se reposa en las llanuras
Sobre ramos de rosa y esmeralda;
Cíñenla en torno su feraz guirnalda
Bosque de mirto y lauro y arrayan.
Suaves colinas por do quier se ofrecen
Al ojo inquieto en movimiento blando,
Que al horizonte diáfano ondulando
Cual si la tierra palpitase, están.

Ceñida allá de iluminadas brisas,
En la márgen sonora reclinada,
Tendiendo por sus campos su mirada
Entre raudales de infinita luz;
Alza la frente arábiga Sevilla,
De mil ciudades imperial matrona;
La perla más brillante en la corona
Del imperio magnífico andaluz;

Y arrollando á sus plantas vencedoras
El gran tributo del raudal lejano
Que se adelanta el dios del Oceano
En su concha marina á recibir;

Bajo un dosel de retemblantes bosques
Do la palma gentil recuerda al moro,
Sus olas vuelca de diamante y oro
Sobre alfombras de flor Guadalquivir.

¡Oh sol, gran sol! He aquí la encantadora
Region de los suavísimos placeres:
Aquí se nace amando; aquí á los seres
Les falta vida para tanto amor;
Y esta Vénus del mundo á tí levanta
De un lecho de deleites su semblante,
Como á un amante más, como á un amante
Que le estás prodigando tu esplendor.

¡Ah! Siento yo bajo tan dulce clima
Letargo ardiente, enamorado sueño,
Y busco en ánsia eterna un halagüeño
Rostro y un seno que doblar mi sien.
Lleva el amor las horas de mi vida,
Ora me arranco de sus dulces brazos,
Preso en la red de seductores lazos
Que llaman ¡ay! felicidad y bien.

Mas al sentir tu influjo soberano,
Vaga ambicion en mi alma se despierta,
Dormida siempre, pero nunca muerta
En la inercia fatal del corazon.
¡Oh sol! ¡Oh excelso sol! Tú eres muy bello
Bajo el cielo feliz de Andalucía;
Pero ánsio verte yo ¡padre del dia!
Desde lejana incógnita region.

En donde enciende el trópico su antorcha,
En la plaga hiperbórea de la tierra,
De cuanto grande el universo encierra
Corre á mi vista el puro manantial.
Al corazon cansado de sí mismo
Patria será la inmensidad del mundo:
Huya de mí por siempre este infecundo
Goce que engendra tras del tedio el mal.

¿No hay más felicidad que un cerco impuro
De enervantes y estúpidos placeres?
¿No hay en el mundo ya sino mujeres
Que hagan tambien del hombre una mujer?
¿Dará alimento de emociones grandes
La tediosa inaccion al alma inquieta?
¿Es un alma inmortal la que vegeta
Tan pequeña mañana como ayer?

Corre ¡gran sol! Lo mismo que las flores
Renazco yo á tu luz, vivo y me aliento;
Hervir instintos poderosos siento
Con infinita aspiracion en mí.
Al alma llega tu infinito rayo,
Y me enseña el horror de su vacío;
La luz es el espíritu y el mio
Recibe altos estímulos de tí.

Corre, y mis ojos, en tu lumbre ciegos,
Te siguen al cenit. Yo me figuro
Que al levantarme de este suelo impuro
A la patria suprema é inmortal;

Posará en tus espléndidas regiones
Mi alma inmortal el infinito vuelo,
Y en tu árdua hoguera á conquistar el cielo
Se purgará del polvo terrenal.

¡Antorcha de los tiempos y los orbes!
¡Luz de la inmensidad, de Dios espejo!
El coro de los astros tu cortejo,
El hombre tu incesante adorador.
Mi arpa y mi voz conciertos melodiosos
Esparcen á las auras matutinas;
El alma, no los ojos, iluminas,
¡Astro inmortal! de tu feliz cantor.

Y ¡ojalá, y ojalá que roto un dia
El eslabon que el ánima encadena,
Océanos sin fin de agua ó de arena
Atravesando en honda soledad;
Desde la cumbre de lejanos montes,
De la cumbre del mar á tí se eleve
Mi acento ¡oh sol! y el cántico renueve
De entusiasmo, de gloria y majestad!

EL INSOMNIO.

El rayo azul de la naciente aurora
Penetra ya la espesa celosía,
Y huye al sonar el cántico del dia
De las tinieblas la glacial señora.
Y en vano el sueño y la quietud implora
Del cielo sordo la plegaria mia;
Sufra tambien del mundo en la alegría
El que del mundo la tristeza llora.
Fiebre, insomnio y delirio y mi despecho
Los genios son que sus fatales teas
En torno vibran de mi ardiente lecho.
Vén con la eternidad si esto deseas,
Hiere mi sien, sepúltate en mi pecho,
Y ¡oh sueño! vén aunque la muerte seas.

INVOCACION.

Dame la trompa de oro, ¡oh soberana
Deidad que el alto pensamiento inspiras,
Y del tumulto de la gente humana
El corazon magnánimo retiras!
Ya de mi vida en la feliz mañana,
Sonando musas y escuchando liras,
La inspiracion sentí con que te imploro:
Dame, excelsa deidad, la trompa de oro.

No vano ensueño de lujosa mente,
Capricho de movible fantasía,
Ociosa concepcion del alma ardiente,
Forma y color prestando á la armonía:
Alto manjar del corazon que siente,
Del cielo es voz la hermosa poësía:
Dios pulsó el arpa eterna y á sus sones
La nada ignota se pobló en créaciones.

¿Qué si hermosa ilusion la representa
Sobre aéreo trono espléndida matrona,
Y de la historia en la mansion ostenta
El laurel de la fama y la corona?

Ella los héroes y los siglos cuenta,
El tiempo fugitivo la perdona,
Y un instinto feliz hablaba al hombre
Al darle forma, al consagrarle nombre.

Así con fervoroso desvarío
Yo me figuro en el Olimpo griego
Del rudo atleta enaltecer el brío
Sonoro aplauso de entusiasmo ciego:
Pulsar la lira ebúrnea miro á Clío,
La mirada inmortal vibrando fuego,
Y aprendo en su semblante soberano
La religion del pensamiento humano.

¡Oh celeste deidad que la memoria
Mueves al arduo y generoso empleo,
Y el sepulcro cerradó de la historia
Coronas con espléndido trofeo;
Tú que el placer de conquistar la gloria,
Del alma grande ingénito deseo,
Ilustre objeto á la ambicion presentas
Y la llama santísima alimentas!

Vén, elévame tú. Mi alma sonora
Con tu brillante inspiracion se llene,
Y agitada la cuerda tembladora
Con magnánimos cánticos resuene:
Tu luz, como la luz de la alba aurora,
Cuando tormentas ahuyentando viene,
La tiniebla disipe honda y sombría
Donde ahogándose está la mente mia.

¿Cantar, sólo cantar vanos amores
Fingiendo risas y fingiendo llanto,
Y mecerse en los brazos tentadores
Do nunca hallé ni seduccion ni encanto?
¿Siempre gemir los íntimos dolores
Que enardece el afan con que los canto?
¿Siempre correr tras míseros objetos,
Que los voy á abrazar y hallo esqueletos?

No así á los muros en redor ardidos
El sacro Homero de Ilión subia,
Y los dioses al canto suspendidos,
La alta ceja de Júpiter movia:
Y la materna Grecia, removidos
Héroes y pueblos en su tumba, oia
Con alto gozo y entusiasmo interno
De su olímpica lira el són eterno.

Ni así, trayendo entre contrarios vientos,
Domado el Ponto, al fundador Enéas,
Asentaba Virgilio en sus cimientos
Las columnas de Roma giganteas;
Y el orígen narraba y los portentos,
Y el valor y las bélicas tareas,
Y al canto que llenaba el Capitolio
Marte latino se movió en su sólio.

Faltó su voz á la espirante Clío,
Cayó el Olimpo de la antigua gente,
Estatua rota, sobre el polvo frio
El mundo heroico doblegó su frente;

Mas heredando el generoso brío,
Fénix divino entre ceniza ardiente,
Arpa de más sublimes armonías,
Musa de Europa, á modular nacias.

No del profano Pindo habitadora,
Amansando las fieras de Tesalia,
Cantando guerras si á Mavorte implora,
Siguiendo á Vénus en su dulce Idalia:
Tu Pindo el cielo, ¡oh Musa vencedora!
La voz del corazon tu onda Castalia;
Y otra fe y otro amor y estro más santo
Vibra en tu inspiracion, suena en tu canto.

¿Quién no te vió de Europa los confines
Correr velada en ígneos resplandores,
Entre la airada hueste, en los festines,
Cantando hazañas, suspirando amores?
¿Quién no te vió de ardientes paladines
El yelmo orlar en amorosas flores,
Rindiendo á un tiempo con la ofrenda pura
Culto al valor y culto á la hermosura?

¿Quién no escuchó si la nacion cristiana
El ánimo inflamado convertia,
Y rescataba de la gente asiana
El sepulcro del Hijo de María;
Quién la alta empresa en que á la estirpe humana
Espíritu mayor fortalecia,
No oyó en los labios del cantor egregio
Á quien diste el osado privilegio?

¿Quién del nativo Eden la adversa historia,
De la humana tragedia orígen triste,
No grabó, excelsa musa, en la memoria
Cuando tú le cantaste y le gemiste?
¿Cuál resonaba el cántico de gloria
Si el delito y la pena referiste
Del fiero arcángel que tentó en su encono
Encadenar á Dios sobre su trono?

La musa antigua en su terreno imperio
No el cielo del espíritu veia;
Pero á su mente osada el gran misterio
Como al través de un velo aparecia:
El caso enorme y el combate aërio
Del padre Jove y del Titan fingia,
Y de la estirpe diva al enemigo
El Osa y el Pelion fueron castigo.

Más grande tú, nacida entre las nieblas,
Musa inmortal, del Septentrion oscuro,
Que de visiones impalpables pueblas
Inmensos campos de idealismo puro;
Tal vez arrebozada en las tinieblas,
Otro mundo evocando á tu conjuro,
Ó en hondos bosques apartada y sola
La inmensidad por única aureola;

Ora levantes las celestes alas
Donde luce más claro el claro dia,
Con dulces tintas y brillantes galas
Animando la ardiente fantasía;

Que en gracia ¡oh musa! y en riqueza igualas
El gentílico verso y poesía,
Y bebiste en purísimos raudales
La pompa de los genios orientales;

Ora cubras de espléndidos laureles
La tumba de los bravos campeones,
Prez de la edad que, á ejemplo de Cibéles,
Su frente coronó de torreones;
Ó á las riberas de Erimanto vueles
Ó en el Tabor congregues las naciones,
Musa del vate que el gentil respeta,
Musa del trovador ó del profeta;

Siempre en tu hermosa inspiracion domina
Una voz de esperanza y de consuelo;
Rayo de un sol eterno te ilumina,
Tus ojos están fijos en el cielo:
Vestida en majestad, con tu divina
Presencia llenas el absorto suelo,
Y acompaña en concierto sacrosanto
La lira de los ángeles tu canto.

Mas ¡ay! ¿qué nube oscureció tu frente
Y veló el resplandor del lampo de oro?
¿Cuál soplo heló tu inspiracion ferviente,
Y empañó tu magnífico decoro?
¿Quién en los senos de tu inmensa mente
Del amor y la fe ciega el tesoro,
Y arrastra tus solemnes vestiduras
Y conmueve tu asiento en las alturas?

Muerta es la fe, manchóse tu inocencia:
Cómplice funeral de un siglo ateo,
¡Musa excelsa del alma y la creencia!
Tocar el polvo con la sien te veo.
Ludibrio es ya tu antigua omnipotencia,
Los despojos del alma tu trofeo;
Cayó la copa de tu mano impía,
Y secaron los vientos la ambrosía.

¿Eres tú, hija del cielo, engendradora
De mi antigua ilusion? Desden y hastío
Del altar donde un ídolo se implora
Aportaron la voz del canto mio.
Sierpe fatal mi corazon devora,
El cáliz del placer está vacío;
El alma empero, de ilusion sedienta,
Con manjares divinos se alimenta.

Áun puedo yo si el entusiasmo alcanza,
Áun puedo yo la majestad volverte:
Dame cantos de gloria y de esperanza,
Triunfarémos unidos de la muerte.
Á los cielos mi espíritu se lanza;
Ya siento el estro hervir, hablarte, verte
Pienso en tus formas de beldad primera,
Y mi alma con tu fe se regenera.

¿Quién sino tú la que en mis raptos bellos
De alta ilusion y celestial ventura
Vision radiante en fúlgidos destellos
Á mi exaltada mente se figura;

Alta la frente, el lauro en los cabellos,
Igneo el mirar, solemne la hermosura,
En súaves ondas desceñido el manto
Y reclinada en nubes de amaranto?

¿Quién derrama otra vez en mis oidos
Torrentes de riquísima armonía,
Que halagan dulcemente los sentidos
Y encantan la anhelosa fantasía?
¿Quién torna el mundo á abrir de los perdidos
Sueños que ávida invoca el alma mia,
Como en los años que por siempre fueron
En redor de mi cuna aparecieron?

Al pié de esas soberbias catedrales,
Dogma monumental del cristianismo,
Que elevaron sus formas colosales
Sobre el altar del ciego paganismo;
Allí donde con rasgos inmortales
La esperanza, el misterio, el idealismo,
De inspiracion sublime arrebatado,
El genio de otros siglos ha trazado;

Ó en medio á esa genial naturaleza,
Templo mayor de quien gobierna el mundo,
Pródiga en seres de inmortal belleza,
Rica en escenas de terror profundo;
Inclinando en las aras mi cabeza,
Ó del céfiro al són y al tremebundo
Fragor del trueno, descubriendo nombres
Con que dé Dios hablarles á los hombres;

Yo cantaré. Y acaso los imperios
Me dirán sus catástrofes extrañas:
Moveré de la historia los misterios
Del sepulcro en las lóbregas entrañas.
El llanto de sus tristes cautiverios,
El himno vencedor de sus hazañas
Dirá mi voz; y su horizonte oscuro
Abrirá ante mis ojos lo futuro.

¡Madre del canto, vén! No al que te implora
El estro niegues con que el pecho alientas;
Dame las tintas de la súave aurora,
Y la sombra y negror de las tormentas:
Dame la voz del aura encantadora
Y la voz de las olas turbulentas:
Viertan mis labios, con tu aliento ungidos,
Raudales de colores y sonidos.

Yo he visto alzarse al águila. Ella guia
Su rumbo incontrastable por el viento;
Emperadora en la region del dia,
Los palacios del aire son su asiento,
Tal vez desciende tempestad sombría;
Se conturba el diáfano elemento,
Y ella al compás del aquilon que truena
Cierne con majestad su ala serena.

Águila más audaz que el trueno incita,
Nacida á remontar más raudo vuelo,
La mente humana como Dios habita
La inmensidad, la eternidad, el cielo.

Imperecible, osada é infinita,
¿Qué mundos bastan á saciar su anhelo?
Su instinto la levanta de la tierra
Y lo posible y lo imposible encierra.

Tú eres su encarnacion, ¡Musa sublime,
Entre Dios y los hombres mediadora!
Humano ó celestial asunto dime
Y un canto superior comience ahora.
Aguila excelsa que entre lazos gime,
Al cielo mire el que en la tierra mora,
Y eleve de esta patria de los males
Mi alma inmortal sus alas inmortales.

LAS CRUZADAS.

FRAGMENTOS.

I.

¿Qué Cristo es ése por que cien naciones,
Por conquista un sepulcro y lazo un voto,
Cruzando, ántes rivales, sus pendones,
Turban venciendo el término remoto?
¿Quién es que de tan fieros campeones
Lleva en su mano el corazon devoto,
Por quien Asia infeliz los ojos fijos
Clava en la tumba abierta de sus hijos?

¡Silencio! En esas cumbres inmortales
Aun dura el libro de Moisés abierto,
Y el ángel del Oreb sus celestiales
Alas vuelve á tender sobre el desierto.
En las rúinas del templo sepulcrales
El alma santa de Judá no ha muerto,
Y al través de los tiempos Dios ha unido
Los pueblos que ora son y los que han sido.

El Cristo es Dios. De Godofredo el alma.
¿Quién sino él cercó de fortaleza?
Y ya del triunfo eterno con la palma
Glorifica en el cielo su cabeza.
Allí cesa el combate, allí la calma
De los que triunfan en su nombre empieza,
Y allí sobre su frente vencedora
Radia en eterna luz eterna aurora.

Pudo olvidarlo el Nazareno, y pudo
Por los frágiles tronos de la tierra,
Cortando con su espada el santo nudo,
Contra sí, contra Dios volver la guerra.
Cayó Salen, que removió su escudo
Cuanta infiel muchedumbre el Asia encierra;
Voz es de Cristo la que en torno zumba,
Que ha vuelto á hollar el musulman su tumba.

La ha vuelto á hollar. Y aterrador, sombrío,
Mostrando, roto el manto, la honda herida,
Alentador del tímido, al impío
Volviendo en el terror la fe perdida,
Fantasma inmenso, alzado en el vacío,
Se aparece á la Europa estremecida;
Y entre las sombras de su noche vaga,
Y con estrago y mortandad la amaga.

¡Ay! es Salen. La suplicante mano
Tiende á la cristiandad, santa cautiva;
Debelador del Asia, el mahometano
De su adorada libertad la priva.

A su gemido el infanzon cristiano
Los muelles brazos del placer esquiva;
Y la misma belleza que le adora
Le señala á Salen y á Dios implora.

Con armas y caballos los feudales
Castillos sordamente en torno suenan;
Los campos con estrépitos marciales
El hacha, el yunque y el clarin atruenan.
De esperanzas y glorias inmortales
Los ministros de Dios los pechos llenan,
Y alientos les infunde superiores
El ejemplo y la voz de sus mayores.

La gente cubre los serenos mares,
Inunda de la tierra los caminos:
La espada y el valor de sus hogares
Trae, y la alta cruz que cifra sus destinos.
A su lado en los bíblicos lugares
Pelearán los espíritus divinos,
Y á la enemiga hueste en la refriega
El sol su luz porque sucumba niega.

Marcha en tanto el ejército cristiano,
La fe en el corazon, la cruz al pecho,
Inspirado de aliento sobrehumano,
A la conquista celestial derecho.
Hollando va la que su propia mano
Multitud de cadáveres ha hecho:
La planta mal segura entre despojos,
En Dios el alma y en Salen los ojos.

Al tender su ancho manto la alba aurora,
Cuando se alza la noche del profundo,
Tiene el rápido pié, y al cielo implora
Moviendo el labio en devocion fecundo.
Su canto es fe. Y al resonar la hora
En que espiraba el Redentor del mundo,
Sin atreverse á levantarla al cielo,
Hunde la frente pálida en el suelo.

Mas ¡ay! el ángel que sus pasos guia
Del polvo acerbo su cerviz levanta,
Y armando en fortaleza su alma pía,
Remueve más veloz la firme planta.
Todos verán la que su pecho ansía
Conquistada ciudad, Solima santa:
Dios les presta su escudo de victoria,
Y todos la verán radiando en gloria.

Viéronla ya los que entregó en despojos
A las fieras y al hambre su destino,
O sus tristes cabezas como abrojos
Segó la cimitarra en el camino.
Viéronla, sí, que á sus dolientes ojos,
Velados ¡ay! en resplandor divino,
En medio de su estática agonía,
La Sion de su alma aparecia:

Las visiones del sueño, los sagrados
Deliquios de la fe que los alienta,
Les hablan á esos hombres inspirados
La voz de la ciudad que se lamenta.

Ella á sus ojos, de llorar cansados,
Bajo formas divinas se presenta:
Vírgen nupcial que desespera y ama,
Madre infeliz que por sus hijos clama.

O ya cual hermosísima matrona
Que en su trono de inmensos pabellones,
Levanta sobre el mundo su corona
Y cubre con su manto á las naciones.
El cielo mismo, la invisible zona
Que anhelan sus ardientes corazones,
No es más que otra Sion nunca vencida,
Patria del alma por su mal perdida.

«Marcha, marcha á Sion ¡oh pueblo mio!
»Quebrantad ¡dulces hijos! sus cadenas;
»Torne, libre por vos, del yugo impío,
»Bajo el manto á dormir horas serenas.
»Maná en el hambre y en la sed rocío,
»Y altos consuelos os daré en las penas:
»Ella á quien ya vuestra presencia tarda,
»Con los brazos tendidos os aguarda.»

Así, bajando del celeste asiento
La alma voz de la tierra á los confines,
Infunden á la hueste heroico aliento
En el nombre de Dios los serafines:
Y respondiendo al celestial concento
Aquellos venturosos paladines,
Resuenan las montañas y llanuras
«¡Hosanna, hosanna, hosanna!» en las alturas.

Oreb, Siná y Tabor la frente inclinan,
Se estremecen al són los hemisferios,
Las sombras de la noche se iluminan,
Abre el cielo el raudal de sus misterios;
Y el genio funeral de los que arrúinan
El Asia en derredor muertos imperios,
Clama con voz que lúgubre retumba,
«¡Tú no mueres, Sion!» desde su tumba.

II.

¡Ay, quién naciera en los antiguos dias!
¡Quién pudiera tener cien fanatismos,
Y en horas ó apacibles ó sombrías,
Viera siempre ante sí cielos ó abismos!
¡Quién pudiera ahuyentar sombras impías
Que al alma ciega en sus arcanos mismos,
Sin comprender ni la virtud ni el crímen,
Como á un cadáver que sintiese oprimen!

Mirar al cielo, hallar una esperanza,
Imponerse un heroico sacrificio,
Vestir la cota y empuñar la lanza
O los miembros ceñir con el cilicio;
Espirar en Sion y la alianza
Con la muerte sellar de un Dios propicio,
O en el silencio y soledad del yermo
Cerrar al mundo el corazon enfermo;

Oir la voz del Señor en el oscuro
Raudal de rayo y trueno y torbellinos,
Mirar sobre las nubes en el puro
Rapto de la ilusion seres divinos;
A las cumbres subir do en lo futuro,
Del hombre adivinando los destinos,
Derrumbarse Pitágoras veia
Los robles de la antigua idolatría;

Llamar á Dios con fervorosas preces
Al rendir y al alzar la sien del sueño,
De la existencia embalsamar las heces
De la contemplacion con el beleño;
Amar, gozar, creer, vivir dos veces.....
En el cielo, en la sierra..... ¡oh halagüeño
Extasis de la mente! ¿Aquellos dias
No encerraban más puras alegrías?

No, nunca, nunca en lo presente alcanza
Ni hombre ni humanidad el bien soñado;
Vive en lo porvenir con la esperanza,
Vive con el recuerdo en lo pasado.
Del caos eterno en su ilusion lo alanza:
La losa funeral que lo ha tragado
Se alza á su voz: los túmulos se agitan,
Y heroes, pueblos y siglos resucitan.

¿No veis con vuestros ojos esa historia
Que allá en los lindes de la edad se estrella,
Con sus grandes pasiones, con su gloria,
Ardiente, heroica, y entusiasta y bella?

Despierta de su sueño la memoria
Los siglos que pasaron sobre ella;
El Asia lleva en sus maternos brazos
La humanidad haciéndose pedazos.

¡Oh gran rivalidad! ¡Oh encono! ¡Oh guerra
Antigua como el hombre y como el mundo,
Que á los pueblos que pasan por la tierra,
Impele, arrastra en su raudal profundo!
Ella es la historia; entre su estrago encierra
Un principio de bien alto y fecundo;
Y esas luchas que ceban sus pasiones,
Son la vida tambien de las naciones.

Ved al Asia y la Europa. Sus escudos
Siempre anunciando lágrimas chocaron;
De su clava fatal los golpes rudos
Los ecos de sus montes fatigaron.
Una enfrente de otra, en sus desnudos
Miembros jamas las llagas se cerraron,
Y si acaso cesaron un momento,
Cesaron ¡ay! para tomar aliento.

Los siglos al nacer piedad imploran,
Piedad sobre la estirpe maldecida,
Y bajan á la tumba donde moran,
De vergüenza y terror la sien çeñida.
Las dos cual dos leones se devoran:
A ahogar parece, á sepultar nacida
En este mar de sangre que la asedia
¡Ay! media humanidad á la otra media.

Y ¿siempre lucharán? ¡Ah! Yo las veo
Del porvenir en la region serena
Cesar en el combate giganteo
Y las armas dejar sobre la arena.
¡Oh Europa! ¡Oh Asia! Al heredado empleo
No más el cielo plácido os condena:
Lazarán vuestra sien las mismas palmas
Y la misma creencia vuestras almas.

El gran combate en el Eden empieza:
Se lanzó entre vosotros la serpiente,
Y hondo gérmen de estrago y de impureza
En vuestros pechos escupió su diente.
Tiempo será que rompa su cabeza
El brazo protector de un Dios clemente:
De un Dios. ¿Le conoceis? Su nombre santo
¿No fué la causa en que luchasteis tanto?

«Dios es mi Dios», clamabais, «es el mio»,
Y era el Dios de las dos. ¡Sombras del templo!
¡Cadáver del que fué pueblo judío!
¡Manes de Egipto y Grecia! Al alto ejemplo
La frente levantar y el polvo frio
Sacudir de las tumbas os contemplo.
¡Ah! ¿no es verdad que en los antiguos dias
Esperabais ya todos un Mesías?

Vedle allí, que allí está. Dios, se hizo hombre;
Inmortal, él murió con muerte dura;
Cielos, tierras y mar cantan su nombre;
Cerca la humanidad su sepultura.

Él volverá porque Luzbel se asombre,
Redimirá otra vez la criatura,
Y extendiendo su cruz de polo á polo,
Será la humanidad un pueblo solo.

MONOTONÍA.

Es bella ¡oh Laura mia!
Es bella Andalucía,
Su luz, su sol, su firmamento de oro;
Sus nubes de colores
Y de auras y de flores .
El rico, inmenso, perenal tesoro.

Bella es la primavera
Que esmalta la pradera
Con bosques de naranjos y rosales;
Las cándidas auroras,
Las aves bullidoras,
Los vivos horizontes de corales.

Es bella esa verdura
Nunca igual, siempre pura,
Que se extiende del valle á los oteros;
Y los revueltos mares
De blancos azahares
Que llueven de su sien los limoneros.

Bello es el mediodia,
Bella es la tarde umbría,
Bella es la noche con su sombra y calma;
Y en plácida indolencia
Es bella la existencia
En este Eden fascinador del alma.

Mas ¡ay! naturaleza
Con su genial belleza
Bajo este cielo que el deleite envia,
Se postra y se adormece,
Y lamentar parece
Su eterna, su inmortal monotonía.

Dame, Laura, otro suelo,
Dame, Laura, otro cielo,
Otro sol, otro mundo, otros colores:
Y que mis ojos vean
Campos donde no sean
Primavera sin fin las estaciones.

Dame nevados montes,
Ceñudos horizontes
Y bosques ¡ay! de la creacion hermanos:
Y playas y arenales
Y fieros vendavales,
Y siempre embravecidos Oceanos.

Dame, dame el eterno
Bramido del invierno,
Allá en el polo donde el mundo empieza;
Y el hiperbóreo clima
Donde de espanto gima,
Y no de languidez naturaleza.

No, Laura, no te asombre:
Tan mísero es el hombre
Que le cansa hasta el bien que tanto ansía;
Y en tan feliz sosiego,
Con este aire de fuego,
Bajo este ardiente sol mi alma esta fria.

El ala vagorosa
Pidamos, Laura hermosa,
Al ave que en los cielos se apresura;
Tomémosla y volemos
Allá donde encontremos
Otro mundo, otro sol, otra hermosura.

Que en esta ánsia secreta
En que mi mente inquieta
Y mi insaciable corazon se abisma,
Mudar, mudar prefiero:
Á tí sola te quiero,
Como se quiere á Dios, siempre la misma.

LA PRIMAVERA.

¡Oh campos! ¡oh deleite! ¡oh hermosura!
¡Oh rica aurora en rosicler y en gualda!
¡Oh flores que en balsámica guirnalda
Os derramais por la feraz llanura!
¡Oh bosques de prolífica espesura
Que de los montes recamais la espalda!
¡Oh vivas auras que de falda en falda
La fragancia llevais y la frescura!
¡Oh hermoso rio que el genial tesoro
Dilatas por la espléndida ribera,
Fluctüante espejo del naciente dia!
¡Oh claro cielo de amaranto y oro!
¡Oh mañana del año! ¡Oh primavera!
¡Oh alma esposa del sol! ¡Oh Andalucía!

CLASICISMO Y ROMANTICISMO.

EPÍSTOLA Á ALBANO.

Anoche, Albano mio,
De tu mansion volviendo,
Halléme, no sé cómo,
Á Horacio, mi maestro.
—¿Adónde vas? me dijo;
¿Adónde vas, mancebo,
Tan ocupado el ánimo
Con graves pensamientos,
Que pasas tu camino
Sin ver al pobre viejo
Que te dictó al oido
Tus infantiles versos?
—Maestro, respondíle
Con grande acatamiento;
Cabalmente me hallasteis
Volviendo y revolviendo
Vuestro divino nombre
En mi febril cerebro.
—¿Lo invocas? replicóme;
¿Sientes hervir el estro?
—Siento hervir una furia

Del literario Averno.
—Pues ¿cómo así? ¿de dónde
Vienes?—Maestro, vengo
De un tribunal nefando
De Radamantos fieros
Que, en nombre de una especie
De Santo Oficio nuevo,
De lesa poesía
Me declararon reo,
Y con tenazas luengas
Mis versos recogiendo,
Dieron hermosamente
En el hogar con ellos.
—Grave es el caso, grave,
Repuso sonriendo,
No hay otro desde aquella
Catástrofe de Atreo.
Mas vamos, habla, cuenta
Los lances del incendio.
¿Qué Santo Oficio es ése
Del auto de fe nuevo?
¿Tal vez la hidra Lernea,
Tal vez el leon Nemeo,
Ó la tebana esfinge
Ó el Minotauro fiero?
—Señor, todo eso junto
Y áun inferior me quedo:
«El Clasicismo.»—Basta.
—¿Le conoceis?—Entiendo.
—¿Sabeis de la Gran Bestia
De que habla el Evangelio?
Pues ésa..... ¡El Clasicismo!

¡El Clasicismo!—Hablemos.
—El caso fué juntarnos
Por permision del cielo
Diez clásicos de un lado,
Yo solo del adverso;
Pegarla ellos al punto
Con mis incautos metros,
Y sentenciar ex-cátedra
Sin tregua ni rodeo
Romanticismo, malo,
Y clasicismo, bueno.
Yo pues, arrebatado
Por el amor paterno,
Trepé raudo á una mesa
Con iracundo ceño.
«Sois un coro de asnos
»Que estais pidiendo un pienso»,
Díjeles; y entre todos
Tumbándome en el suelo,
Dieron principio al auto
Que referido os llevo,
Y á no ser porque ahorcan
Me queman á mí mesmo.
Mas no, no es esto solo;
Pues lo que más yo siento
Es que os hicieron cómplice
Del atentado horrendo.
Apellidando Horacio
Fué como me prendieron,
Y con textos de Horacio
Ligáronme los miembros.
Dijéronme ¡oh calumnia!

¡Oh mental vilipendio!
Que yo no os entendia,
Que ni os leí ni os leo.....
¡Yo que os sé de memoria
Tal como el Padre nuestro!
En fin la atroz sentencia
Firmóse en nombre vuestro,
Y la hecatombe horrenda
En vuestro nombre hicieron.
—En cuanto á la hecatombe,
Dijo, y sonrió de nuevo,
Recelo yo que Apolo
No se apesare de ello.
Y como quier, muchacho,
Sabe que, en punto á versos,
Si son plumas de ganso
No han menester de incendio;
Si son plumas de fénix
Los acrisola el fuego.
Mas dime, ¿tan montado
Estás en ese nuevo
Pegaso que te expones
Á tanto vapuleo?
—Maestro, respondíle,
No lo sé yo de cierto,
Pues la verdad..... soy franco.....
Cuando por dicha os leo,
Soy clásico y muy clásico;
Mas me pongo á hacer versos,
É involuntariamente
Romántico me vuelvo.
¿Por qué?..... no lo adivino.

Debe de ser el viento
Que por el mundo sopla
Al tiempo que corremos.
—Tú lo has dicho, hijo mio,
Es el viento, es el viento:
El viento que el gran Jove
Envia desde el cielo.

Calló luégo el gran vate,
Miró en torno y suspenso,
Cual si en su mente excelsa
Se fuèsen confundiendo
Las cosas que ora via
Con las que vió otro tiempo,
—Sí, repitió, hijo mio,
Es el viento, es el viento
Que trae Grecias y Romas
Y se las lleva luégo.
—Mas á la fin, le dije,
Señor..... yo que os venero.....
Románticos ó clásicos,
Gibelinos ó güelfos,
¿Cuáles, pregunto, cuáles
Los malos y los buenos?
Los buenos, hijo mio,
Los buenos son aquellos
Que no buscan el molde
Del vivo pensamiento
Ni en el enteco vaso
De un arte contrahecho
Que yo y el de Stagira
Ya apénas conocemos,

Ni en la salvaje copia
De este brusco universo
Que áun las informes huellas
Guarda del caos primero.
El tipo soberano
Del soberano ingenio
Está en el gran sentido
Del ideal supremo,
Que es de un divino mundo
Intelectual reflejo,
Y siendo siempre el mismo
Se muda con los tiempos.
—¡Viva! El señor Horacio
Medio aleman se ha vuelto.
—Calla, gran mentecato,
¡Qué aleman ni qué cuerno!
¿Y Platon? ¿Y Aristóteles?
Y aparte los preceptos,
¿Y Homero? ¿Y el demonio?
¿Y los bíblicos vuestros?
La *Epístola ad Pisones*
¿Qué dice? Dice eso;
Sino que no la entienden
Los críticos modernos.
¿Piensas tú por ventura
Que lo ideal es nuevo?
Mi ideal fué el Olimpo
Cual tu ideal el cielo.
Pues qué, ¿yo que te hablo,
No estoy desde aquí viendo
La Catedral que es gloria
Del hispalense suelo?

Y bien, ¿por qué otra sea
Que el Capitolio excelso,
Entrambos no convienen
En ser como bosquejos
De un templo inmensurable,
De un colosal modelo
Que el hombre á ver no alcanza
Claro, cabal, entero,
Y á trozos va copiando
Conforme lo va viendo
Entre el flotante pliégue
Del velo de los tiempos?
Sí, sí, templos son ambos
Y ambos á dos son buenos:
Ayer gigante símbolo,
Hoy colosal misterio.
Así se compadece
Lo mudable y lo eterno:
Así yo hablé romano
Y hoy hablo como puedo.
—Gusto me da escucharos.
¿Con que es decir, maestro,
Que no soy un hereje
Cuando en mi fe protesto
Que me revienta Jove,
Que me empalaga Vénus,
Que me encocora Marte
Y de Pálas reniego?
—Verdad.—Que soy romántico.
—Eso ya no, no es eso.
En fin cuida la forma.
—¡La forma! ¡El tema eterno

De aquestos ululantes
Canes del Pindo Viejo!
Maestro, y ¿qué es la forma?
Porque, segun yo entiendo,
Son, bien examinados,
Fondo y forma uno mesmo;
O ya se me figuran
Tales como alma y cuerpo,
Que nadie áun ha trazado
Fronteras entre ellos.
—Cuerpo y alma no es símil
Aquí muy verdadero:
Más bien sustancia y modo
En teologal dialecto.
En eso que tú dices
Hay algo en que convengo:
Nunca habrá forma buena
Donde no hay fondo bueno.
Mas abreviar es fuerza,
Y si oyes mi consejo,
No apartes de tu mente
Este sumario ejemplo:
Diamante es el diamante
Aun sin pulir, es cierto;
Pero el diamante en bruto
Para guardado es bueno:
Con que adios y sé clásico.
—Señor, señor, ¿qué es esto?
¿Tan gran contrasentido
Con lo que estais diciendo?
¿Así os burlais de un pobre
Religionario vuestro?

—Sé clásico á tu modo,
Que es el mayor secreto.
—En fin, ¿en qué paramos?
¿En que á merced yo quedo
De esta insensata turba
De Heródes parnasescos
Que me amenaza ahora
Con nuevos contratiempos,
Si no hago incontinenti
Una égloga en tercetos
Con Coridon por nombre
Y Fílis por cortejo,
Y el cielo por montera
Y por lucerna Febo?

Sonrïóse el noble anciano,
Y con gentil gracejo,
Cogiéndome la oreja
Como á él en otro tiempo
(No sé si á él ó á Virgilio)
El mismo Dios de Délos;
Y en mi irritada mano
Poniendo un corpulento
Garrote en que apoyaba
Sus ya vetustos miembros,
—¿Églogas? ¿Eh? me dijo:
¿Egloguitas tenemos?
Pues si de tal se trata
Y siguen en su empeño,
Ahí tienes el cayado
Que ha de regir tu apero.
De un árbol es del Tíbur,

Vulgo llamado *quercus* :
Con él sacudí el polvo
Y contundí los huesos
A muchos criticambrios
De la calaña de éstos.
Tómala, y cuando llegue
El zampoñil momento,
Mídeles las costillas
Y di que ése es mi cetro :
Y adios, que se hace tarde
Y voy teniendo sueño.

Albano, esto me dijo
Aquel de los excelsos
Pindo y Parnaso antiguos
Legislador supremo.
Me hizo tambien confianzas
Que para mí reservo,
Acerca de unas cuantas
Notas que está poniendo
A esa famosa epístola
Que invocan á destiempo
Quienes leer no saben
Lo que hay bajo su texto.
Habrá de sus resultas
En ambos hemisferios
Más mortandad de críticos
Que si lloviera fuego.
Yo imprimiré la obra
Por donacion del dueño:
Saldrán mil ediciones
Y haré buenos dineros.

Aun me añadió otras cosas
Que callo por respetos :
Verbi gratia, que á todos
Esos sanguinolentos
Doctores que en retóricos
Gimnasios y liceos
A Horacio representan
Como un apaga-ingenios,
Les diga de su parte
Que son unos zopencos,
Y á tí que, si persistes,
Acabarás por serlo.
Con lo cual, y sentado
Que son malos mis versos,
Mas no es mala la tranca
Que ilustremente heredo,
Y haré de ella en un trance
Maravilloso empleo;
Aquí fino, abundando
En el feliz concepto
Que de vosotros forma
Nuestro imparcial maestro,
Y repitiendo ahora
Con mayor ardimiento :
«Sois un coro de asnos
»Que estais pidiendo un pienso.»

EL CREPÚSCULO.

Ya estoy aquí..... Sobre mi frente el cielo,
Bajo mis piés la tierra y el abismo;
Solo conmigo en mi dolor me duelo,
Mi dolor embellece mi idealismo.
Cubra ante mí la sociedad un velo:
Mi Dios soy yo, mi sociedad yo mismo:
Ni su voz, ni su imágen, ni su nombre:
Léjos de mí la sociedad y el hombre.

¡La soledad! Respiro. Y entre tanto
Se abre ante el sol la tumba de Occidente,
Y velan ya las sombras del espanto
Su frente de oro y mi inflamada frente.
¡Oh cuántas veces escuchó mi canto
Allá en las playas de la mar rugiente!
¡Cuántas sobre la sien hermosas flores
Secó de un niño que cantaba amores!

¡Y va á morir! Él huye cual los dias
De mi ventura y de mi amor huyeron;
Muere como las vanas alegrías
De aquella edad dulcísima murieron.

Hondas memorias, vagas fantasías
Recuerdan ¡ay! al corazon que fueron.
¡Hermosos sueños de mi edad temprana,
¡Oh! si volvierais como el sol mañana!

Pero no volveréis. Éste que llevo
Siempre en el corazon dolor sombrío,
Amargo cáliz que en mis noches bebo,
Nube que empaña el horizonte mio,
Éste es el bien y la ilusion que os debo
¡Sueños de un mundo que arrojé al vacío!
Un mundo ¡ay Dios! de serės tan pequeños
No, no es el mundo que soñé en mis sueños.

¡Ah! No volvais, que tornaréis á huiros
Y otro pedazo arrancaréis del alma,
Y otro nuevo dolor y otros suspiros,
Si no el placer, me robarán la calma.
Aunque yo en mi ilusion torne á pediros
De amor, de gloria ó de ambicion la palma,
Nunca volvais, que rotos vuestros lazos,
Mi propio corazon se hará pedazos.

Léjos aquí de cuanto ayer amaba,
Trocadas ya mis flores en abrojos,
Á un inmenso placer que yo ignoraba
Abro mi corazon, alzo mis ojos.
Sello de gloria mis potencias graba,
Soltar parece el alma sus despojos,
Y para el mundo de los hombres müerto,
Al mundo de los ángeles despierto.

¡Ah! cuando el mundo sin beldad, sin brillo
Sobre su frente y á sus plantas mira,
Sobre el escombro del feudal castillo
Se apoya el bardo en su temblante lira.
Con la luz del crepúsculo amarillo
De sombras en un mar el viento gira,
Y meciendo á sus piés la adormidera
Hace el viento ondular su cabellera.

«Hijo del entusiasmo y las pasiones,
»Que diste á las pasiones tu existencia,
»¿Tienes felicidad?»—«Mis ilusiones.»—
«¿Tienes inspiracion?»—«Ella es mi ciencia,
»Mi encantada creacion son mis creaciones:
»El hombre llama mi dolor demencia:
»¿Qué importa? Mi dolor es mi consuelo:
»Yo soy mi propio Dios solo en mi cielo.»

Y alza la frente y lleva en su mirada
La fuerza del arpon, la luz del rayo,
Y hace oscilar su mente enajenada
Ora la exaltacion, ora el desmayo.
Oye la voz del ábrego irritada
Ó respira los céfiros de mayo,
Y al vaiven de contrarias emociones
El universo amolda á sus pasiones.

Tal vez la imágen de su amor impía,
De un amor que aborrece le importuna;
Él lanzará del corazon la arpía
Como Alcídes las sierpes de su cuna.

Ya todo corazon y fantasía,
Encadena á sus plantas la fortuna,
Ó ya tal vez en su arrogante idea
La muerte anima y universos crea.

¡Bardo, tu lira! El entusiasmo quiero
Que tu existencia en resplandor inunda,
La inmensa voz que por el mundo entero
Mi inspiracion como la luz difunda.
Pueda exclamar: «En la creacion impero»
Donde mi sien la inmensidad confunda,
Y al són del himno que mi labio entone
La tempestad del polo me corone.

No soy el bardo yo. Mi labio invoca
La inspiracion del trovador y el vate,
Y ya burlada mi esperanza loca
Desalentado el corazon se abate.
Mi castillo de encantos se derroca
Dé la atroz realidad al fiero embate,
Y tocando en mi engaño mi deseo
Un sér de más en la creacion me creo.

¿Dónde está mi entusiasmo? ¿Dónde, dónde
La hermosa luz de la esperanza mia?
¿Dónde aquel genio de ilusion se esconde
Que bañaba mi pecho de ambrosía!
¿Dónde está, dónde está que no responde
Con sus ecos divinos de armonía
Al ¡ay! de un triste la que amante y bella
Fué de mis noches de placer la estrella?

Tambien despareció. No amor, placeres
De la beldad los senos me brindaron;
Corrí tras el amor de otras mujeres
Y no yo las amé ni ellas me amaron.
Del mundo bello de mis bellos seres
Los genios del dolor me despeñaron,
Y sin que ya la realidad me asombre
Dudé del hombre al conocer al hombre.

Gozo yo en escuchar en las montañas
El férvido ondear de los torrentes,
Que en torno orlados de silvestres cañas
En rocas de coral rompen sus frentes.
Tal vez miro en el valle las cabañas,
Mansion de paz, asilo de inocentes,
Y el alma un punto la ilusion encierra
De que hay seres felices en la tierra.

¿Los hay tal vez? La soledad imploro
Para dar libre rienda á mis congojas:
El viento del crepúsculo sonoro
Sus raudales despeña entre las hojas.
¡Hora de paz en que del cetro de oro,
De tu manto de fuego te despojas!
¡Naturaleza inmensurable! El hombre
A esta gran sensacion no encuentra nombre.

Y otra vez, y otra vez mi vista inquieta,
Ansiosa de lo grande y lo sublime,
Se vuelve hácia el magnífico planeta
Que el Occidente con su peso oprime.

Venid, venid. La lira del poeta
Que bajo el peso de su mente gime,
Lanzará sobre el piélago profundo
Himnos sin fin al Hacedor del mundo.

Y áun retiembla su rayo en los sonantes
Bosques de la erizada cordillera,
Que enclava sus pirámides gigantes,
Horadando las nubes, en la esfera.
En lluvias de topacios y diamantes
Desenvuelven su ráfaga postrera
Los vientos de la tarde y en su tumba
Del universo el cántico retumba.

Adios, gran rey de la creacion. La tierra,
De la noche en los brazos recostada,
En la profunda oscuridad se encierra
Cual si durmiese el sueño de la nada.
Sus cumbres dobla sobre el mar la sierra,
El valle cubre la tiniebla helada,
Y pliega en tanto sobre el cauce frio
Su manto de olas en silencio el rio.

Y rueda y gime por la sombra el viento
Como en el fondo del sepulcro helado,
Al eterno vaiven de su tormento,
El alma sin quietud de un condenado.
Tal vez resuena un ¡ay!, se oye un lamento
De la eterna region de lo increado,
Se levantan los muertos de las tumbas,
Puebla el terror las negras catacumbas.

¡Oh poder de la humana fantasía,
Que á mundos del mortal desconocidos,
Encadena con férvida energía
El corazon, la mente y los sentidos!
¿Quién sabe ¡oh Dios! si la ilusion impía
De esos fantasmas de terror vestidos,
El gran misterio de tu suerte encierra
Más allá ¡frágil hombre! de la tierra!

¡Ah! los que el aire respirando impuro
Del salon que iluminan las bujías,
Del tedio buscan el falaz conjuro
En la hediondez de impúdicas orgías,
Esos levanten en la tierra un muro
Entre su alma de hielo y las sombrías
Meditaciones que despierta un mundo
En brazos de la noche moribundo.

Si no el placer, la inspiracion al ménos,
Este rapto del alma y de la mente,
Baña en su luz del corazon los senos
Y el hombre piensa porque el hombre siente.
No son los campos de hermosura llenos
Los que él encuentra al revolver su frente;
Es la noche, mortales, prosternaos:
Dios en la inmensidad llenando el caos.

Tú ¡oh sol! que ya no escuchas mis clamores,
Reposa en paz en el confin del dia;
Aunque el espacio con tu luz no dores,
Otro sol tengo yo, mi fantasía.

Yo dormiré sin ilusion de amores,
Yo dormiré como dormir solia,
Sin locos sueños de esperanzas locas,
El sueño de las fieras en las rocas.

AL REVERENDO PADRE MAESTRO EXCLAUSTRADO

FRAY MANUEL SOTELO,

CATEDRÁTICO QUE FUÉ DE LATINIDAD EN EL COLEGIO DE SANTO TOMAS DE SEVILLA.

1839.

¡Tú, gran levita del que santo aclaman
Y en su profunda omnipotencia eterno,
Dios de los hombres y los pueblos todos,
Cielos y mundos!

¡Tú, gran maestro en las humanas artes
Que, la genial severidad templando,
Con tierno amor que con amor te paga
Grato mi pecho;

Cual tronco rudo horticultor paciente
Al rico ingerto que responda en fruto,
A tu doctrina fecundante abriste
La mente mia!

¡Tú por quien dado en prematuro verso
Con ritmo hispano remedar me fuera
Los nobles vates de la madre Roma,
Virgilio, Horacio!

¡Tú que adiestrarme en tu fervor tentaste
A interpretar en su nativo ritmo
Los grandes genios de la hermosa Grecia,
Píndaro, Homero!

Adios, adios. Abandonar es fuerza
Los aureos campos do rodó mi cuna,
La blanda orilla del paterno rio,
Fúlgido Bétis.

Y lo que más el corazon me aqueja,
Cuando este adios el corazon te envia,
Es ¡ay! dejarte en la orfandad del mundo,
Náufrago anciano.

¡Era terrible la que el mundo corre!
«¡Esclavitud y libertad!» nos dicen,
Y el labio exclama: «¡Libertad!» y luégo
Pregunta: ¿En dónde?

¿En dónde está la soberana diosa,
De mi ilusion engendradora? Suyo
Fué el primer canto de mi lira y suyo
Será el postrero.

Mas al mirarla cual procaz Bacante
Vilipendiada en el revuelto foro,
Ante mis ojos su semblante augusto
Se vela en nubes;

Y con la espada goteando sangre,
En su marmóreo pedestal vacilan
Los que adoré como supremos héroes,
Caton y Bruto.

Víctima en tanto del civil tumulto,
Del templo y aula y del hogar lanzado,
Donde á la infancia y juventud abriste
Sendas de gloria;

Entre el fragor, como el varon Horacio,
Levantas tú la imperturbable frente,
Iluminada por el nuevo rayo
Del Evangelio.

Dios que á los hombres y á los pueblos juzga,
Y estas tormentas sobre el mundo suelta,
Y que su fin y su principio sabe,
Será tu escudo.

Él velará por tus ancianos dias:
A su morada que será la tuya,
Por tí en constante y fervoroso ruego
Irán mis votos;

Y donde quiera que en la senda oscura
Del porvenir por la region ignota,
Llanos ó cumbres, tempestad ó calma,
Me arrastre el hado;

Do quier tu noble y paternal recuerdo,
Do quier tu imágen guardará esculpida
El que tú solo adoctrinar supiste,
Ánimo indócil.

Do quier tus altos de virtud ejemplos,
Do quier tus altas de saber lecciones
Conservarán en religioso culto
Mi alma y mi mente.

Y al enviarte mi filial recuerdo,
Si no en la lengua de Maron divino,
En los que tanto de mi musa amaste,
Números patrios;

Siento ¡ay de mí! que mis mejillas surca,
Como el metal que en el crisol se funde,
El que no fácil de mis ojos brota,
Férvido llanto.

NAPOLEON EN SANTA ELENA.

Miradle allí, miradle cómo alienta:
Baten las rocas truenos y nublados:
Su alma, dominadora de los hados,
En la pasion del mundo se alimenta.
Campo es el mar en que sus huestes cuenta;
Sus banderas los vientos desplegados:
Las olas sus corceles y soldados,
Y su carro de triunfo la tormenta.
Goza en la tempestad, tú que la calma
En el mundo á encontrar no eras nacido:
El fuego inmenso que te abrasa el alma
¡Cuántas vidas no hubiera consumido!
Muere, que áun para tí queda otra palma.
Napoleon, ¿cuántos siglos has vivido?

AL CONVENIO DE VERGARA.

(*Correo Nacional:* 14 Setiembre 1839.)

Ellos son. Los que el yelmo del romano,
Que nunca impunes las naciones vieron,
Al reblandir del brazo sobrehumano
Con el hacha fortísima rompieron.
Ellos son. Los que el águila de Jano
Cuyas garras el mundo sostuvieron,
Temblando ante sus fieras alimañas,
Vieron rendida al pié de sus montañas.

Ellos son. Ellos son. Los descendientes
De aquellos impertérritos vascones
Que buscaron del mar las hondas fuentes
Entre brumas y hielos y aquilones;
Los hijos de los cántabros valientes
Que en su escudo marcial cuentan blasones
Desde que Iberia padeció el estrago
De la antigua Fenicia y de Cartago.

Vedlos allí. La esclavitud que un dia
Los pueblos á los tronos aherrojaba,
Vió sucumbir su furibunda arpía
Al rudo golpe de su ingente clava :

Y en tanto ¡oh Dios! que en la opresion gemia,
Presa del mal, la humanidad esclava,
En el hogar reinó de los vascones
La libertad de antiguas tradiciones.

Id á arrancarles la deidad que imploran,
Id á romper las tablas de sus fueros,
Id á violar la libertad que adoran
Aquellos pueblos con su orígen fieros.
Las peñas erizadas donde moran
Brotarán á torrentes los guerreros,
Y atronando en redor los horizontes
Trompa de guerra sonará en sus montes.

Y la escuchasteis ya. Que aquel que encierra,
Infausto procer, la infeliz España,
Hizo bajar en confusion de guerra
La fiera multitud de la montaña.
Seis luengos años fatigó la tierra
El propio encono y la ambicion extraña;
La libertad al ímpetu violento
Hondamente temblaba en su cimiento.

Mas ¡ay! venid, venid. ¿Quién despedaza
La infausta enseña que agitó el tirano?
¿Por qué el escudo protector que embraza
Pone el hermano al pecho del hermano?
¿Por qué el guerrero que al guerrero abraza
Restaña el corazon que hirió su mano?
Esos amigos ya y un tiempo amigos
¿No eran ayer soldados y enemigos?

Éranlo, sí; pero olvidadlo. El cielo,
Dispensador de tan excelsos hados,
Manda un ángel de paz que tiende el vuelo
Sobre la haz de los pueblos vascongados.
La oliva crece en el sangriento suelo
Que el roble sustentó, donde arrancados
Por la mano fatal de la venganza
Fueron ya tanto dardo y tanta lanza.

¡Vascongados! Oid. No hay vencedores:
No hay más que un pueblo en derredor de un trono.
Donde áun niña Isabel duerme entre flores,
Más Reina y más sagrada en su abandono.
So el árbol de Garnica no hay traidores:
Un abrazo inmortal ahogó el encono:
La ambicion, el valor, todo se inmola
Al grande empeño de la fe española.

Y no se romperá. Mas ¡ay! que áun arde,
Aun arde en torno la caliente hoguera,
Y el soplo de un traidor ó de un cobarde
A volverla á encender bastante fuera.
No es tarde aún; á la ambicion no es tarde;
Aun puede revivir la atroz quimera,
Y sobre el ara de las leyes santas
Más sangre vomitar sus cien gargantas.

¡Ah! ved á España de dolor transida,
Mal firme la corona en su cabeza,
Con bálsamo de paz curar su herida
Junto á la palma que á nacer empieza.

Y ¿será que otra vez sangre querida
Deslustre su magnífica belleza,
Y en lágrimas más tristes aneguemos
La dulce patria que ofendido habemos?

¡Oh poetas! cantad. Mas no resuene
El guerrero clarin de los Tirteos;
Que ya harta sangre en manantial perene
De un crímen de hermandad nos hizo reos.
No ya el cañon de la discordia truene:
En la lid de los pueblos europeos
Harto excelso lugar os da la historia.
¡Oh con inmenso mal comprada gloria!

Cantad himnos de paz. Por vez primera,
Generacion de la naciente España,
Alza una voz que el corazon no hiera
Con roncos ecos de exterminio y saña;
Y si áun quieres orlar esa bandera
Con lauro más feliz de nueva hazaña,
De otra España hablarán á tus guerreros
Gran Colon, gran Gonzalo y gran Cisneros.

¡Oh! si por dicha ó por desdicha un dia
Mueve el mundo sus miembros giganteos,
Y retumba en la atmósfera sombría
El cañon de los pueblos europeos;
Cuando el volcan que en torno removia
Napoleon ceñido de trofeos,
Vuelva á tronar y con su llama encienda
Pueblos y reyes en marcial contienda;

III

Cuando esa guerra cuyo germen cunde
Por el gran corazon de las naciones,
Y cual tromba en el Ponto se difunde
Esperando otra vez Napoleones;
Cuando esa ley de providencia inunde
De náos el mar, la tierra de legiones,
Y eleve al fin en libertad fecundo
Al genio audaz del porvenir del mundo;

Entónces ¡oh momento! en esa guerra
Miraréis á las huestes españolas,
De los galos á par turbar la tierra,
A la par del inglés domar las olas:
Renovarse la página que encierra
Lepantos, Garellanos, Ceriñolas,
Grande, invencible al español guerrero,
De la España que fué digno heredero.

Y «¿quiénes son?» al recibir sus leyes
Preguntarán los pueblos espantados:
«Son de la Europa los antiguos reyes»,
Responderán los pueblos admirados.
«¿En dónde esos leones que cual greyes
»Lleva ante sí los pueblos conquistados,
»Volvieron á afilar la fuerte garra?»
En los montes del Vasco y de Navarra.

Escrito está. Con su buril divino
En letras refulgentes como el dia,
Grabólo el Dios que al vuelco del destino
Delante de la paz la guerra envia.

Tal vez á nuestro afan está vecino
Esa que ve llegar la fantasía,
Momento nuevo de bonanza y gloria
Que á España guarda la futura historia.

Y entónces los espléndidos laureles
Del siglo de Isabel desvanecido,
Sombrearán renaciendo los laureles
De cuanto de España y español ha sido.
Estos que llora aún triunfos crueles
Del combate civil cubra el olvido,
Y ante la imágen de la patria cara
No haya aquí más laurel que el de Vergara.

Esto cantad, los que en el alma ardiente,
Como en mágico espejo retratadas,
Las glorias reflejais de lo presente,
Las glorias que serán y las pasadas.
Esto cantad, y vuestro labio cuente
A cien generaciones asombradas
El valor inmortal de los guerreros:
Los Aquíles ¿qué son sin los Homeros?

Tú ¡Reina hermosa, en el oriente hispano
Brillante sol tras tempestad sombría!
¡Astro feliz que al término cercano
La rota nave entre aquilones guia!
¡Al cielo plegue bendecir tu mano!
¡Pluguiese al cielo levantarte un dia,
Tú en quien España su esperanza adora,
Del mundo arrodillado emperadora!

A LA GUERRA DE ORIENTE.

1839 Y 1840.

FRAGMENTOS DE UN CANTO.

I.

INTRODUCCION.

¿Cuál en los aúreos climas que la aurora
Con sus rayos primeros abrillanta,
Estremeciendo el mundo se levanta,
Decid, decid, insólito rumor?
¿Cuál del Indo al Eufrates, de las cumbres
Del Líbano sagrado giganteas,
Retumba en las Pirámides Nileas
Voz de exterminio, acento de terror?

¿Qué tempestad los misteriosos rios,
Qué nubes ¡ay! los valles enlutaron
Donde su blanda grey apacentaron
Los hijos patriarcales de Abrahan?
¿Por qué á las puertas del haren resuena
El relincho del árabe caballo,
Y ahondando el polvo con el férreo callo
Llama á la guerra al héroe musulman?

¿Son otra vez los sacrosantos dias
Que á su planta Israel, Dios en la cumbre,
Ancha aureola de celeste lumbre
Coronaba de gloria el Sinaí?
¿Ó en que abriendo y cerrándose los mares,
Cual la palma de un hombre, en su hondo seno,
Retumbó del Señor la voz de trueno
Y dijo á Faraon: «Yo estoy aquí»?

¿Se ha alzado otra Babel y para alzarse
Los montes hacinó sobre los montes,
Y del mundo llenó los horizontes
Sombreando con su mole la extension?
¿Ha vuelto á levantarse Babilonia
Y á sembrar en sus torpes liviandades
Con palacios mayores que ciudades
Del profanado Eufrates la region?

¿Es Dios, es Dios que sorprendió á los pueblos
En el festin del crímen y el pecado,
Y el torrente soltó de fuego alado
Que en ceniza los torne y vanidad?
¡Qué voz! ¡Qué horrenda voz! ¿Será Isaías?
¡Ay de los pueblos que el Señor maldijo!
La madre estrecha en su regazo al hijo
Y en su dolor le anuncia la orfandad.

¡Asia! ¡Patria comun! ¡Cuna del mundo!
¡Profetisa inmortal de las naciones!
¿Quién desgarró tus blancos pabellones?
¿Quién tu guirnalda con su aliento ajó?

Puso el Señor sobre tu frente excelsa
¡Asia inmortal! sus manos inmòrtales;
De la luz del Eden los manantiales
En tu regazo inmaculado abrió.

El mundo fué. Del primitivo caos
El gran principio se alanzó fecundo:
Dios empezó por tí la obra del mundo
Y aplacióse en tu hechura su deidad.
En tí brotó la primordial semilla
Que mordió la serpiente del pecado.
¡Árbol de vida que la muerte ha dado
Y debió cobijar la humanidad!

El mal su sombra fué: pero á su sombra
Revolaba un espíritu divino,
Y bajó de los cielos el destino
Y les dijo á los hombres: «Por aquí.»
El canto oscuro del primer profeta
Áun resuena del mundo en la memoria,
Y el hombre vuelve, al recordar su historia,
Llena su faz de admiracion, á tí.

La religion con sus altares de oro,
Con su arpa omnipotente la poesía,
Cuanto el mortal divinizaba un dia,
Dogma, belleza, tradicion, verdad;
Todo fué tuyo. Un siglo y otro siglo
Amasó los magníficos cimientos:
En tí vertió su mundo de portentos
El genio de la osada humanidad.

Yo sobre el libro de oro de tu historia
¡Madre del hombre! en mi niñez dormia,
Y en mi entusiasmo y mi ilusion sentia
Los siglos palpitar bajo mi sien.
Yo he visto en los abismos y en los cielos
El surco eterno de tu huella ardiente:
De combates sin fin largo torrente
Cauces de sangre abrir en el Eden.

He visto arder y consumirse á Troya
De la Europa invasora al lento fuego,
Rodar el carro del terrible griego
Sobre el cadáver de la antigua Ilion.
Seguí á Alejandro que hácia tí llevaba
El azote fatal de sus conquistas;
Volaron tus imperios como aristas
Al soplo del antiguo Macedon.

Mahomet tendió sus brazos á tus tronos
Como á las presas fáciles las fieras,
Cual las sierpes de Libia á las palmeras,
Cual rayo al cedro, como tromba al mar.
Y has escuchado tú cien Tamorlanes
Á sus hordas gritar de hambrientas hienas:
«No lleveis armas, no; llevad cadenas
»Con que á esos pueblos sin coraje atar.»

Tú, que despues te adormeciste un dia
Bajo el laurel de tus brillantes siglos,
Y ahuyentaste de tí como vestiglos
Los genios de tu gloria y tu ambicion;

Tú, que arrojando el libro de tu historia
A los piés de tus bárbaras legiones,
Olvidaste en el ocio tus blasones
Como Dios en su tumba á Faraon;

Tú, que en mal hora recordaste un dia
Que el primitivo Eden brilló en tu seno,
Que de ventura y de inocencia lleno
Se alzó aquel mundo inmaculado en tí;
Y las sombras dolientes evocando
Del bien perdido en cuyo afan te inquietas,
Junto al ara que alzaron los profetas
Del placer te entregaste al frenesí;

Tú, que de afeites sórdidos ungida,
Sierva infeliz y adúltera sultana,
Ni en la noche ¡Asia infiel! ni en la mañana
Volviste al cielo en oracion tu voz;
Y el alma entre pereza y el sentido
Envuelto por las mirras de tu suelo,
¡Hija del cielo! abandonaste al cielo,
¡De tu Dios primogénita! á tu Dios;

¡Esposa del infiel! ¿por qué del lecho
De tus blandos placeres te levantas?
¿Por qué los que á tus pechos amamantas,
Leones del desierto de Ismael,
Por qué afilan sus garras carniceras
De Abrahan en la santa sepultura?
¿Por qué suena tu bélica armadura,
Brilla tu alfanje y salta tu corcel?

Tus montes han temblado. El nublo oculta
Tu inmóvil sien de sempiternos hielos:
Llevando entre sus garras los hijuelos
El águila del Líbano voló.
Sangre vuelçan las fuentes de tus rios,
Tus cavernas mefíticos vapores;
Sobre el manto esplendente de tus flores
Honda esterilidad se recostó.

Del antro oscuro en que los siglos yacen
Sellados ya con sempiterno olvido,
Alzaron sobre el seno estremecido
Tígris y Eufrates la violenta sien;
Y extendieron los brazos y las aguas
Movieron en sus fuentes perenales;
Turgente el cauce vomitó raudales,
Bagdad la santa retembló al vaiven.

Y allá do el Gánges sus torrentes claros
Bajo un dosel de témpanos sepulta,
Donde en la sombra del misterio oculta
A los ojos mortales su deidad;
En el silencio de la noche vaga
Hondo clamor de horrenda profecía;
Chocar de haces y de armas y agonía,
Voz de exterminio en són de tempestad.

¡Asia! ¿Qué es esto, di? Tú has escuchado
La trompa de los célicos querubes;
Tú has oido rodar sobre las nubes
El flamígero carro del Señor.

El dedo augusto que la muerte escribe
Te selló con el sello del infierno;
El manto de las iras del Eterno
Arde tu seno en fuego abrasador.

¿Temes al Dios que abominaste? ¿Temes
Que se abra el cielo sobre tí? ¡La guerra!!!
Oprimid con ejércitos la tierra,
Hijos, los que áun lo sois, del Alcoran;
Renazcan las antiguas muchedumbres
Que en sus brazos llevaban el destino;
Despierte un Soliman ó un Saladino
La raza fiera del soberbio Islam.

Y ore el iman en la mezquita y llamen
A la oracion postrera los muecines:
Que retumbe del Asia en los confines
¡Arma, guerreros! ¡Fieles, religion!
La fe en el corazon, la cruz al pecho,
La cristiandad en Palestina impera;
Vuelve á clavar la cristiandad entera
En la tumba de Cristo su pendon.

Romped la losa, levantaos ¡profetas!
¡Vírgenes de Salem! Templad la lira:
El ángel que en el Gólgota suspira
Las alas tiende á la feliz señal.
Torna á lucir de la nacion cristiana
El claro sol en su fulgente cuna;
Arded, rayos de Dios, la media luna
Caña será que tronche el vendaval.

Y otra vez y otra vez..... Mas no, perdieron
Su calor celestial los corazones:
Impulso de magnánimas pasiones,
No hay ya en el alma de los pueblos fe.
El genio excelso de la antigua Europa
En el Jordan se bautizó dos veces:
Hoy va á agotar de su vivir las heces
Y olvida ya que Jesucristo fué.

II.

MEHEMET ALÍ.

Cien Sesóstris y cien su cimitarra
Ya en la antigua pirámide afilaron:
Del Nilo vencedor se derramaron
Torrentes mil de guerra y de invasion.
Los gigantes del Átlas que han blandido
Su maza atroz del Asia en las contiendas,
Descansaron tal vez bajo sus tiendas
Del Nilo sacro en la feliz region.

Hoy de alto esfuerzo y de esperanza henchido,
Con su ambicion de porvenir fogoso,
Alza la frente impávida un coloso,
Un pié en el Asia, en África otro pié.
Abre el Corán, le arranca el fatalismo
Que al Oriente impulsó miéntras vencia:
Sus fuertes naves al Ocaso envia
De sus artes en pos, no de su fe.

Vedle: es Egipto que renace. En torno
Las ruinas aparta con su mano:
Europa da la muerte al Otomano
Y al Egipcio le infunde su vigor.

Movióse al fin y el déspota del Asia
Le dijo ya : «Tu esclavitud mi herencia»;
Y él gritó con magnánima insolencia :
«Tu esclavo no; si acaso tu señor.»

Y ensilló sus caballos y sus tiendas
Sobre el lomo cargó de sus camellos :
Él como espigas segará los cuellos
De los que al paso del cobarde van.
En vano el Turco en muchedumbre inmensa
Como nubes agolpa sus falanges;
Los hados iracundos sus alfanjes
Contra su mismo pecho volverán.

¿Quién eres tú, que el manto ensangrentado,
Y ensangrentado el estandarte ostentas?
¿Quién eres, di, que por tus glorias cuentas
Las horas de una vida de ambicion?
¿Quién eres tú, cuya terrible frente
Las nubes velan del afan interno,
Y vuelves á la tierra y al infierno
Tu ojo de fuego y tu mirar de arpon?

¿Acaso en la honda noche, cuando vagan
De Faraon y de Moises las sombras,
Con terribles imágenes te asombras
Como el genio fatídico del mal?
¡Bárbaro inmolador del mameluco!
¡Bajá que abriste á la traicion tu pecho!
¿Saltan, di, revolcándose en tu lecho,
Las víctimas sin fin de tu puñal?

¡Ah! no. ¿Dónde no hay crímenes que arrastren
En cadena infinita á los culpados?
La sangre pide sangre. Así purgados
Los tristes pueblos de sus monstruos son.
   Estrella fué de tu azarosa vida
Llevar sobre cadáveres su planta;
Segar con tu cuchilla la garganta
Del que á tu genio amenazó traicion.

   Mira en torno de tí; mira ese trono,
Astro del Asia al declinar de Roma:
La sombra le ha cubierto de Mahoma:
Duermen las razas del Oriente allí.
   ¿No ves, Alí, de los que en él vencieron
Sangre y más sangre destilar las manos?
¿No has visto rodearse á los tiranos
De un muro de cadáveres, Alí?

   Pregunta á ese Sultan. Que él te responda
Si la ambicion arrepentirse debe:
Ese tu gran rival que en torno mueve
De un trono más excelso su broquel,
   Con las cabezas que cortó una noche
Ciñó las torres del Serrallo un dia:
En vano á su genízaro pedia,
Al pasar á otros dueños, el corcel.

   El muro de su imperio en los combates
Mahamud en su enemigo derribaba:
Tú, tú al que un trono á tu valor cerraba
De que fué su cadáver tu escalon.

Álzate pues, ¡Napoleon del Asia!
Invade á esa decrépita Turquía:
Tu pueblo es jóven, en tu lanza fia:
¡Alí! desencadena tu leon.

Tú eres el sol que anuncia á las naciones
De su grandeza y su esplendor la aurora;
Mahamud el sol que á refulgir un hora
Asoma entre tormentas y á morir.
Mahamud de la progenie vencedora
De sus padres los héroes el postrero;
Tú, padre de hijos que en el gran sendero
Tu alma en su alma sentirán latir.

¡Rebelde! ¿Quién? ¿El que á la tierra envias
De un pueblo ¡oh Dios! á inaugurar la historia?
Los héroes, instrumentos de tu gloria,
Esos ¿rebeldes ante tí serán?
¿Lo serán ante el hombre los que vencen,
Que hasta en el crímen la grandeza admira?
La gloria es la virtud. En su alta pira
Héroes, naciones á purgarse van.

Marcha ¡excelso Bajá que un nuevo Egipto
Con las reliquias de los siglos creas!
Tú vencerás, aunque vencido seas,
Que no te vence una batalla á tí.
Dios, al rendir la edad tu fuerte diestra,
Alienta un sucesor en tu regazo.
Turbe el Asia Ibrahim. Él es tu brazo.
Marcha á la empresa de tu gloria, Alí.

Tú vencerás, porque tu causa vence;
Tú vencerás, aunque te arrastre un crímen;
Los pueblos con la sangre se redimen;
Su bautismo es la sangre, es pelear.
Tú vencerás, aunque en la atroz contienda
El hado funeral de las batallas
Destroce tu pendon, rompa tus mallas,
Tus hijos lance á la region de Agar.

Aunque rompa tu alfanje el Otomano,
Se alzarán en tu tumba cien Alíes;
Y en el Eden las cándidas houríes
El himno de tu gloria cantarán.
Así la providencia de los pueblos
Grabólo ya con su buril divino:
Cien campeones de tu gran destino
En tu sagrada tumba se alzarán.

III.

LA EUROPA EN ORIENTE.

¡Delito no, fatalidad del Asia,
Dormida en sus antiguos mausoleos,
Abrir á los avaros europeos,
Su entraña de oro y de diamante abrir:
Librar á la ambicion y á la codicia
Los abundosos ámbitos de Oriente;
El golfo claro del coral ardiente,
Las áureas venas del oculto Ofir!

La Europa en todas partes. Esta Europa
Que, el dolor de la muerte en sus entrañas,
Lleva do quier por márgenes extrañas
De sus crímenes ¡ay! el paladion;
Esta Europa sin fe que al recostarse
En la tumba de cien generaciones,
Quisiera inocular en las naciones
El gérmen de su propia destruccion.

Allí está, allí. Del sórdido egoismo
Por quien su gloria y su entusiasmo abjura,
Corrompe la funesta levadura,
Del Asia el corazon corrompe ya.

Arranca el estertor de la agonía
El Alcoran en tu mayor cimiento;
Dócil el cuello al eslabon sangriento,
El leon de Mahomet no rugirá.

¡Ay! que la Europa su inquebrable escudo,
Señora al fin del Dardanelo, embraza!
¡Ay! que levanta su terrible maza
Para imponer los grillos de su ley!
¡Ay! que ya tiende al solio del Oriente
Desde el seno del Bósforo sus brazos,
Y ata en la red de sus traidores lazos
De tantos pueblos la turbada grey!

En las comarcas de recuerdo santo
Donde su hueste el musulman divide,
Ella el gran sol de las batallas mide
Y clava en medio al campo su pendon;
Y en aquel mar á cuyas blancas olas
Olas de sangre llevarán los rios,
Inmobles como rocas los navíos
El trueno aguardan del primer cañon.

Pueblos que en las pasiones de los pueblos
Negocian como viles mercancías,
Que sin la fe de sus antiguos dias
No adoran otro Dios que el interes;
Los hijos de Ricardo y Godofredo
Recorren esa mística ribera,
Sin recordar en su estupor siquiera
¡Ay! que la tumba de sus padres es.

¡La tumba de su Dios! Vedla, esa Francia,
Madre de los tribunos y tiranos,
Lleva hasta allí, blandiéndola en sus manos,
Su hacha de agitadora libertad;
Francia, esa Francia en cuyo vasto seno
Remueve Dios el porvenir del mundo,
Y amamanta á su pecho moribundo
Hado feliz de venidera edad.

En vil mercado trastrocando el orbe
Para hacinar el oro en sus hogares,
Allí tambien, pirata de los mares,
Su púnica amistad vende Albion;
Y abriendo el ala que al rozar los tronos
La envidia de los déspotas despierta,
Impele hácia Stambul la garra abierta,
Su águila blanca el Czar del Septentrion.

El ruso y el inglés, los dos colosos
Que aprietan á la Europa entre sus brazos:
La Francia tricolor que hace pedazos
Cuanto la empresa de los siglos fué.
En pos caminan al fatal despojo
Pueblos y reyes en ansiosa muestra,
Y tiembla en derredor la gran palestra
Del asiano confin bajo su pié.

¿Por qué oprimió el inglés con sus navíos
Del Indo sacro la inviolada espalda?
¿Qué esperan ya del Caúcaso en la falda
Esas fieras estúpidas del Don?

¿Por qué no desplomaron los sultanes
El trueno de su antigua omnipotencia?
¿Por qué no fué su ambicionada herencia
Aquella Europa que temblaba al són?

¿Por qué? La historia abrid. Porque á los pueblos
Brazo fatal sobre la tierra guia:
Dios un arcángel á su cuna envia,
Manda otro arcángel á su tumba Dios.
Habla el destino en las tremendas horas
Y á los pueblos detiene en su camino:
Ora en los pueblos fulminó el destino
De invencibles catástrofes la voz.

¡Voz de lo que será! ¡Voz que á los hijos
Del Redentor y del Profeta llama;
Que en guerra el Asia y en tumulto inflama,
Que á Europa lleva al oriental confin!
Ved á las fieras que abortó el desierto
De las haces seguir las hondas huellas;
Ved congregarse y revolar sobre ellas
Bandas de buitres al mortal festin.

«¿Quién vencerá?» los pueblos á los pueblos
«¿Quién vencerá?» preguntan asombrados.
«¿Adónde, adónde van esos soldados,
»Instrumentos de ajena esclavitud?»
Pueblos que exentos de opresion respiran,
Pueblos donde los déspotas imperan,
Que surjan desde allí temen ó esperan
Raudales de exterminio ó de salud.

¿Veis con ojos inmóviles sentado
En su nueva Termópila al Heleno?
¿No está el abismo de sus males lleno
Y el alfanje y la cruz apresta ya?
Y con la fe de su martirio eterno,
Al grito sordo que en el orbe zumba,
Se levanta Polonia de su tumba
Y pregunta tambien: «¿Quién vencerá?»

¡Oh Dios, gran Dios que en tu furor retiras
De la doliente humanidad la diestra,
Y en la vida, en la muerte larga muestra
Das ¡ay! de tu grandeza y tu poder!
Dos grandes razas que en la historia humana
Caín y Abel sobre la tierra fueron,
Y en su ódio vengativo se creyeron
Hechuras ambas de distinto sér;

A decidir la inmemorial contienda
Convocaron por fin sus naciones.
¡Oh Dios! ¿Se abrazarán los campeones?
¿Sucumbirán las dos en su furor?
Tal vez va á levantarse sobre el mundo
El Leviatan del postrimero dia;
Se cumplirá, Señor, la profecía:
La nada en tus creaciones ¡oh Creador!

IV.

EL ÁRBOL DE LA HUMANIDAD.

Y vino un ángel y me dió sus alas,
Y yo en sus alas me elevé hasta el cielo,
Y vi crecer en su nativo suelo
El árbol de la triste humanidad.
Lo vi tender por la anchurosa tierra
Su aurea copa de ramas inmortales,
Y beber del Eden en los raudales
Santo jugo de alteza y majestad.

Del mismo Dios la omnipotente mano
¡Asia inmortal! lo fecundó en tu seno,
Al alumbrar pacífico y sereno
El primer luminar de la creacion.
Aura de gloria murmuró en sus ramas;
Profundizó en la tierra sus raíces;
Padres, hijos no más, pueblos felices
Nació á cubrir en tu feliz region.

Nació á criar en primavera eterna
Pimpollos tiernos y olorosas flores,
Y al soplar de favonios protectores
Nunca el rigor del huracan temer;

Mas al brotar en su inmortal guirnalda
El pimpollo gentil, la flor más bella,
Viento de culpa marchitaba en ella
El dulce gérmen del humano sér.

Creció, creció. Mas su raíz mordia
Con el diente letal reptil interno:
Su primavera se trocó en invierno,
La espina del pecado en él brotó.
Creció. Pero en su tronco carcomido
La serpiente fatal se retorcia,
Y en sus frutos el tósigo vertia
Que el Eden primitivo arideció.

¿Qué importa ¡oh Dios! que entre sus ramas cante
Himnos del cielo un viento soberano,
Si á su pié sólo suena del humano
Dolor el ¡ay! eterno, el ¡ay! fatal?
¿Qué importa ¡oh Dios! que se levante al cielo
Y cubra con su sombra inmensidades,
Si á su sombra han de estar las tempestades
Que arrasaron la choza patriarcal?

Sacerdotes, profetas y caudillos
A su sombra fatídica espiraron;
Con sangre de sus venas lo regaron
El genio y el valor y la virtud.
De sus ásperos brotes las naciones
La lanza de guerra construyeron;
Mas ¡ay! en vano fabricar quisieron
Un arca de alianza y de salud.

¿Dónde están ya las patriarcales chozas
Que protegió su primitiva sombra?
Babilonia á su pié tiende su alfombra
Y el delito levanta su ciudad.
Sí: ya vendrá la tempestad postrera
Y la copa caerá y el trono ingente,
Y de la nada arrastrará el torrente
El árbol de la triste humanidad.

Á ROMA.

No hay salvacion: al último romano
En el gran Ciceron el hierro amaga:
Entre las tumbas de los Penos vaga
La sombra de Caton republicano.
El manto imperatorio alza una mano,
La hoguera popular con él apaga,
Y Bruto, en el furor que lo embriaga,
A César matará, mas no al tirano.
Sé emperador, ¡triunviro! En Roma hay sólio:
Venga á la Roma tú que holló las gentes
De la Roma que aborta Catilinas:
Y á otros Dioses abierto el Capitolio,
Láncense pueblos mil que alcen sus frentes
De ese pueblo insensato en las ruinas.

EN EL CAMPO.

¡Con qué placer respiro
El aire de los campos! ¡Cuán gozoso
Por las montañas y las selvas giro
Mi vista ansiosa de espaciarse! El cielo,
La tierra, el sol, la creacion entera
Resplandece á mis ojos admirados
Con nuevo resplandor, y por la esfera,
Cual fecundante llama,
De la existencia universal el gérmen
En torrentes de vida se derrama.

Yo te siento tambien, ¡oh tú, gran genio
Que en los misterios del Creador te inspiras,
Y por los orbes que su sien coronan,
La calma en pos ó la tormenta, giras!
¡Oh tú, inmortal naturaleza! El lecho
Deja á tu voz el mundo,
En que la flaca mano
Le abandonó del árido verano.
¿En dónde el infecundo
Polvo que la brillante lozanía

Marchitó de su faz y su regazo
Cual tumba abandonada aridecia?
¿Dónde el calor inerte
Que en los sedientos prados
A la feraz vegetacion postraba
Y en estupor de muerte
Y honda inmovilidad la sepultaba?
¡Campos! reverdeced. ¡Flores! alzaos.
¡Céfiros! respirad.
Há sólo un hora
La ancha tierra á mis plantas extendia
Su manto seco de áridos abrojos,
Y donde en vano reposar buscaban
Miradas tambien áridas mis ojos;
Y en la tristeza mia
Como ardiente perfume respiraba
El polvo que mi planta removia.

Hórrida simpatía
El alma adivinaba
Entre la estéril sequedad del suelo
Y la aridez del corazon. No hallaba
De amor ó de amistad un sentimiento
Ni en los otros ni en mí; y en torno, en torno
Yermado y triste y sin vigor el campo
Con un placer estúpido miraba
De su vivaz fecundidad vacío
Cual volcan bajo piélagos de lava:
Mustia la flor estaba
Sin céfiros, sin lluvia; sin rocío,
Los sauces en la orilla desmayados,

Y en los antros profundos recostados
Los genios melancólicos del rio.
Aquel placer sombrío
Gustaba yo del propio sufrimiento
En el ajeno padecer. Mi alma
Esas horas amargas discurria
Que anhelamos tal vez que todo sienta
Porque padezca con nosotros todo;
Y á la pálida flor y al árbol seco
Daba yo un alma en mi dolor profundo,
Para tener en mi dolor un eco
Y consolarme en el dolor del mundo.
Un instante no más, y ante mis ojos
Se alzó de su letargo el universo
Y mi frente á par dél. Mi pecho heria
De agitacion vivífica un latido,
Y á mi vista un momento confundido
Cuanto el orbe en sus ámbitos encierra,
Con el fervor del entusiasmo oia
De los cielos la voz llenar la tierra.

¡Oh sublime placer! El viento, el viento
De la inflamada tempestad. Las furias
De los aires y el mar se levantaron,
Y ministros del fuego, los querubes
Sobre el mundo sin fin precipitaron
Su ardiente carro de polares nubes.
Y el trueno y el relámpago y el rayo
Y torrentes de lluvia y huracanes
Y la vida con ellos. ¿Dónde, dónde
¡Furia del mundo! huiste

Que en tu abrasado vuelo
No me arrancaste al suelo?

En los fugaces dias
En que niño yo fuí, ya palpitaba
Mi pecho enardecido
¡Sublime tempestad! á tu rugido,
Y un placer siempre nuevo
Cuando me envuelves en tus alas pruebo.
Ahora te vas. Tus nublos desbandados
Se alejan como leones fatigados,
Para volver tal vez. Sí, vuelve, vuelve,
Y la comarca áun hervorosa inunda
Con torrentes sin fin de agua fecunda.
En tanto, de placer embebecidos
Mis ojos, mis sentidos,
En el cuadro magnífico se gozan
De la creacion regenerada. El prado
Su ancho feston de renacientes flores
Despliega en derredor, y sacudiendo
Con el ala gentil el polvo leve,
Espira en torno suavidad y olores
El aura blanda que los bosques mueve.

Mas ¿dónde estás, oh sol? Hé allí su lumbre:
En la celeste cumbre,
Deshechos ya los tempestüosos velos,
El glorioso monarca de los cielos
Aparece otra vez. Su rayo de oro
Que el manto de las nubes envolvia,

Las nubes rompe y á la tierra envia
De su luz el vivífico tesoro;
Miéntras con más vigor reverdecientes,
Sus coronas de pinos agitando,
Le están los altos montes saludando
Con la sonora voz de los torrentes.

Y esta vida sin fin y esta frescura
Tambien refresca el corazon. ¡Oh, cuántas
Ilusiones de dicha unidas tengo
A la paz de los campos, á una vida
De celestial contemplacion! Lejano,
Lejano aquí de cuanto enciende ahora
En fuego de dolor el pecho mio,
¡Ay! tras el bien que ansío
Correr mi vida por los años viera
Como el raudal que el céfiro arrebata
En limpio cauce de bullente plata
De su cítara al són por la pradera.

¿Qué se aprende en la vida? Que la vida
Es ¡ay! la eterna lucha
Del desengaño y la ilusion. Amores,
Placeres, juventud, sueños dorados,
Cuantos tal vez nos ofreció el destino,
Pasan cual luminoso torbellino
Por el tiempo en su flor arrebatados.
¿Qué es la gloria tampoco si la frente
Que orla el laurel fulgente,
En la ardiente palestra recogido,

Más grave el peso de la suerte abate?
La vida es un combate,
Y el hombre lucha para ser vencido.

Ondead á mis plantas, oceanos
De árboles y de flores. Yo á mis solas
Miro temblar al soplo de los vientos
La vária inmensidad de vuestras olas.
Alzad, rosas de estío,
La frente virginal y el cáliz lleno
Del vivífico humor de las tormentas
Ofreced á las sílfides del aura.
¡Oh, cómo se restaura
Mi perdido vigor al dulce aliento!
Conforto y alimento
Busca y encuentra el alma
En la dichosa calma
De estos valles tranquilos que á mis ojos
Ofrecen con más vida y más colores,
De la misma tormenta en los despojos,
La imágen de la paz entre las flores.
Y en tu feliz regazo,
Madre naturaleza, adormecido,
La pena y el temor dado al olvido,
Roto del mundo engañador el lazo,
Paréceme que siento
Con íntimo contento
De un invisible sér el dulce abrazo:
El abrazo de un ángel que en su vuelo
Quiere arrancarme al suelo.

OCTAVAS.

Almas, almas ardientes que el destino
Ó el acaso tal vez dotó en mal hora
Con ese dón que apellidais divino,
La fiebre que os abrasa y os devora;
Que atropellando el valladar mezquino
En donde el vulgo de las almas mora,
Vivis en la region del pensamiento
Toda una eternidad cada momento;

Decid: ¿os comprendeis? En ese mundo
Que correis y correis en vuestro vuelo,
Del infierno en el báratro profundo,
En las cumbres espléndidas del cielo,
Entre tanto fantasma vagabundo
Como cruzó vuestro inmortal desvelo,
¿Vuestro sér, vuestro Dios, vuestra fortuna,
Ninguna voz os reveló? Ninguna.

Tal vez en las fronteras de la nada,
Prodigando á torrentes la existencia,
Lo eterno y lo infinito por morada,
Creeis del mundo adivinar la esencia;

Pero tiembla delante y se anonada
De vuestro propio sér vuestra omnisciencia:
Sondeais el cielo y el infierno en vano:
Vosotras sois vuestro insondable arcano.

¡Oh, si el poder os concediera el cielo
De dar vida y calor á esas creaciones
Que os forjasteis tal vez en el anhelo
De vuestras soberanas ambiciones!
¡Si desgarrado el misterioso velo
De tantas y tan bellas ilusiones,
Pudiese contemplar la absorta tierra
El mundo idéal que vuestra frente encierra!

Pero no, no podeis. La fantasía
Color no tiene igual á sus colores,
Ni los vientos del mundo su armonía,
Ni el sol, ni el mismo sol sus resplandores.
No alcanza el hombre en su mayor porfía
Esferas á esta esfera superiores,
Ni á expresar la belleza soberana
Palabras hallará la lengua humana.

LA NUEVA MUSA.

¡Ay! Entre nubes cándidas velando
Las formas que le dió la fantasía,
Muerto el sol que en su frente refulgia
Con resplandor de eterna juventud;
Tendiendo al cielo las dolientes palmas,
Al aire sueltos los cabellos de oro,
Mudos los ecos del celeste coro
Que sonaban vibrando en su laud;

Vedla del mundo ingrato abandonada,
Intérprete de un Dios que el mundo olvida,
Con horrible sarcasmo escarnecida
Y desgarrado el manto protector;
Vedla tender las alas inmortales
Y el aire hender y abandonar el suelo.
Huye del mundo, sí, vuélvete al cielo,
¡Genio de paz y de virtud y amor!

La Musa fué de la verdad. Un dia,
Eterno en los anales del destino,
Apartó del pacífico camino
Su incierto pié la ciega humanidad.

Abismos á sus piés, sobre su frente;
Abismos encontraba en todas partes:
Cien Esfinges, cien Hidras y cien Martes
Abortó en su furor la sociedad.

Ella, la hermosa, la celeste Musa
Soltó su voz en el feroz tumulto:
La voz de la verdad, la voz del culto,
El ¡ay! de la ofendida religion.
Y al pié se arrodilló de los verdugos,
Y en el polvo se hundió de las ruinas,
Y en canciones tristísimas, divinas,
Exhaló ¡vírgen pura! su afliccion.

No la escucharon, no. Bárbaros pueblos,
Con furor de locura enfurecidos,
Su corazon, su labio, sus oidos
Al acento cerraban de la paz.
Ahogó la tempestad de las pasiones
Aquel clamor en libertad fecundo:
Sacerdotisa del altar del mundo
¿En dónde estás ¡oh Musa! en dónde estás?

Pasaron ya con su entusiasmo fiero,
Pasaron ya con su grandeza impía,
Noche de tempestad que el nuevo dia
Con su lumbre vivífica ahuyentó;
Pasaron ya los ciegos fanatismos
Que un siglo asolador llamó su ciencia:
Dogma de destruccion, feroz creencia,
A su impulso fatal ¿qué resistió?

Mas busco en vano tus brillantes aras,
Musa de la verdad. Pálido, inerte,
Esqueleto abrazado con la muerte,
Ídolo sin grandeza ni virtud;
El genio de un helado escepticismo
Alza do quier su lívido semblante:
A sus plantas se arroja palpitante
El alma de una triste juventud.

Ignorancia la fe, Dios un fantasma,
Ceguedad la virtud, la dicha un nombre,
Inmundos goces que devora el hombre
Las creaciones divinas del amor.....
¡Ah! ya no más. El cáliz de amargura
Hasta el borde fatal se ostenta lleno:
Vuestros labios abrid. ¡Sólo veneno!
Abrid el corazon. ¡Sólo dolor!!

Yo lo siento tambien. Tambien yo dudo
Y me atormento yo. Dadme mi lira;
Fantasma atroz ante mis ojos gira:
Yo con cantos de paz lo ahuyentaré:
Mas no, que entre sus cuerdas destempladas
Sólo la voz del desengaño suena.
¿Cuándo me aliviaré de esta cadena?
¿No hay ya esperanza ni virtud ni fe?

Mis ojos tiendo con horror de muerte
Sobre esta Europa cuyo sol se apaga:
Su corazon es una inmensa llaga
Podredumbre, ruina, liviandad:

10

Y en esta grey de incrédulas naciones
Que entre la duda y el terror se agita,
Ni una esperanza de virtud palpita,
Ni se siente un impulso de piedad.

¡Oh! ¡cuánto, cuánto á padecer nacida,
Generacion que sobre tumbas creces!
¿No encuentras, di, para endulzar las heces
De ese cáliz de hiel algun licor?
¿No hay para tí creëncias ni entusiasmos?
¿No hay para tí ni gloria ni sosiego?
Juguete del vaiven de un hado ciego,
¿No abrigas más pasiones que el furor?

¡Ah! Si la historia de su gran cadena
No soldase en el mundo los pedazos,
La frente doblegar, cruzar los brazos,
Desesperar debieras y morir;
Mas si es verdad que el alma de los pueblos
En la tumba del tiempo resucita,
¡Oh juventud! la humanidad te grita
Que abras delante de ella el porvenir.

¡Dichosos ¡ay! los que debeis al cielo
La inspiracion y el genio del poeta,
El alma ardiente, impetuosa, inquieta,
Sublime hasta en la calma como el mar!
El fuego que os devora os alimenta,
Por la tierra pasais mirando al cielo,
Dais como el sol vuestro esplendor al suelo,
Podeis ¡oh dioses! como Dios crear.

¿Qué es el genio? ¿Es ser Dios? Sobre este mundo
Arrastrando en su espléndida miseria
Un eslabon de terrenal materia
Que ata al suelo su espíritu inmortal;
No lo comprende en su ignorancia el hombre
Por más que el peso de su mano siente;
¿Por qué no has puesto ¡oh Dios! sobre su frente
Al genio como al ángel tu señal?

Cometas del terror, hijos del caos,
Inflamados gigantes del vacío,
Vense tal vez con resplandor sombrío
Sobre el mundo en los siglos descender;
Y en la sombra y terror de la insondable
Religion del espanto el hombre ciego,
Ve á Dios sobre esos témpanos de fuego
El mundo entre sus manos resolver.

Así en el cuadro refulgente, inmenso
En que los pueblos que en el mundo han sido
Se arrancan á la noche del olvido
Al bajar de la historia al panteon;
El profeta, el guerrero, esas deidades
De la asombrada humanidad descuellan;
Un pueblo, un siglo con su nombre sellan
Y astros de pueblos y de siglos son.

Los pueblos fueron. En su infancia oscura
De su propia existencia se asombraron,
Y en portentos magníficos buscaron
El gran principio á quien su orígen dar:

Y enlazando la tierra con el cielo,
Buscando religion ántes que hazañas,
En su cuna de bosques y montañas
Vieron un Dios y alzaron un altar.

Vedlos despues la lanza de la muerte
Al laurel arrancar de la victoria.
¿Quién en su ardiente juventud la gloria
Como al nacer la religion les dió?
¿Quién sino el genio fué? ¡Pueblos del mundo
Que sin romper los hierros que os oprimen,
A la venganza, á la impiedad, al crímen,
La furia de los pueblos entregó!

¡Pueblos que osais á par de las cadenas
Romper tambien de la deidad los lazos!
El velo de la muerte entre sus brazos,
Abre ya Dios la tumba á vuestros piés.
La duda es el buitre que os devora:
Júpiter que atormenta á Prometeo.
¿Quereis un himno? Os nacerá un Tirteo.
¿Quereis un Dios? Os lo dará un Moises.

¿Ni un canto ya ni un Dios? ¿Quereis la muerte?
Homeros, despertad. Que las naciones
Escuchen vuestra voz. Sus altos sones
Lance la lira en santa inspiracion:
En brazos del amor la paz descienda
Y abra el seno fecundo á los mortales:
Cegad la catarata de los males:
De paz y amor vuestros destinos son.

Para tan alto fin en otros dias
Llamó la Europa al Partenon de Aténas,
Y entre góticas torres y entre almenas
De su tumba se alzó la antigüedad.
Para labrar el porvenir del mundo
Que la sangre iba ahogar de las batallas,
Inerme el pecho entre feudales mallas,
Volvió la inteligencia á ser deidad.

Otro Olimpo la Europa. De esos pueblos,
Cuyo recuerdo engrandeciendo asombra,
Del Lacio, Aténas evocó la sombra
Con los cantos de Píndaro y Maron.
La epopeya magnífica de Cristo
Desde el Pindo sonó con otro acento:
De aquellas musas aprendió el talento
Su nueva, su más grande vocacion.

¡Ay! ¡Ojalá que en el supremo instante
Por los siglos y el hombre preparado,
Cuando el que fué con víctimas colmado
Se abrió terrible abismo más voraz;
Ojalá que el Bautista á quien guiaba
Hácia el nuevo Jordan la Providencia,
Sin manchar los raudales de la ciencia
En paz cumpliese su mision de paz!

Mas al poner en las celestes aras
Las nuevas tablas de las nuevas leyes,
Las coronas sagradas de los reyes
Vió en el altar sobre la misma ley:

Las vió y al polvo las volvió en su ira,
La espada asiendo en sus robustas manos;
De esclavos y verdugos y tiranos
Se alzaba ya la enfurecida grey.

Brilló el puñal y la segur del pueblo
Al resplandor de incendiadoras teas:
Ostentando sus formas giganteas
El nuevo Alcídes á la lid corrió.
Tronó su voz; tribunas los altares,
Cadalsos fueron los antiguos solios:
Reyes, dioses, palacios, Capitolios
Su cuadriga de furias arrolló.

Viérase entónces el infierno abrirse
De una generacion bajo las plantas:
Abrir la eternidad sus cien gargantas,
Ser la muerte la paz, la única paz.
Los siglos al clamor despavoridos
A contemplar la lucha se pararon;
Las naciones atónitas tornaron
Al grito inmenso la espantada faz.

¡Ay, que á los piés del bárbaro tribuno
Rodó en escombros el altar del cielo!
¡Ay, que de sangre y de ceniza un velo
El porvenir del mundo oscureció!
¡Ay, que otra vez entre sangrientas llamas
Se elevaron los genios de Sodoma!
La Europa entera, cual la antigua Roma,
Brenos y Atilas sobre sí llamó.

¿Dónde estabas ¡oh Dios! en dónde estabas
Que así del hombre mísero olvidado,
Al furor y á la duda abandonado
Le dejabas correr hácia su fin?
¿Dónde que la garganta de los pueblos,
Olvidados quizá de ser mortales,
No segó en sus inmundas bacanales
De tu venganza ¡oh Dios! el querubin?

La libertad cual fiera Pitonisa,
Con vil prostitucion abierto el manto,
En el templo soltó su voz de espanto
Y en las tumbas habló la maldicion;
Y aquellos francos y la Francia aquella
Que el sepulcro de Cristo redimieron,
Sangre en el cáliz del altar bebieron,
Sangre de un himno de impiedad al són.

No: nunca ya, Dios de los hombres, nunca
Tornára el hombre á su primer creencia,
Ni en tí ni en tu olvidada omnipotencia,
Nunca á esperar volviera ni á creer;
Si al borde ya del precipicio el mundo,
Por cien y cien tormentas sacudido,
No hubiese en la hora horrenda detenido
El brazo ¡oh Dios! de tu inmortal poder.

Mas le detuvo, sí. Y un sol más bello
Apareció tras la tormenta brava:
La onda saltó sobre la ardiente lava,
La palmera en el yermo floreció.

¿Quién á gustar conducirá á los pueblos
El agua de salud y el pan de vida?
¿A quién el cielo la quietud perdida
Volver al mundo y á los hombres dió?

Dejad, hijos del canto, como ensueño
De enferma y delirante fantasía,
Como horrenda vision de un alma impía
Que el infierno en sus raptos presintió;
Dejad pasar los hórridos fantasmas
De esa fatal cuanto insondable historia,
Que atormentando está vuestra memoria
Desde que el pueblo rey os la contó.

El pueblo que es un niño á quien llevaron
A romper los objetos de su culto;
El pueblo que el cadáver insepulto
Del monstruo que abortó no osa tocar;
Ese inocente criminal que un dia
Provocaron al crímen los tiranos,
Y hoy vuelve á Dios las suplicantes manos
Y espera á su profeta en el altar.

Cantad, cantad los que sentis el alma
Arder, hervir en conmocion secreta.
Cantad, cantad. El genio es el profeta,
El alma que teneis la inspiracion.
¡Seres que ois los célicos conciertos
Sonar y resonar en vuestra lira!
¡Intérpretes de un Dios! En esa pira
Arrojad como ofrenda el corazon,

Ved á la flaca humanidad que acosan
Las furias todas del profundo Averno,
Correr, llevarse con impulso interno
Cual torrente sin dique á perecer:
Miradle entre la tumba que se abre
Y el camino de gloria que se cierra:
El lazo que une al cielo con la tierra,
Iris que fué de paz, se va á romper.

¡Oh poetas! cantad. Si á vuestros ojos
La historia del mortal no es un arcano;
Si á su pesar el corazon humano
Abre su inmenso abismo á vuestra voz;
Decid al hombre que maldice y duda,
Decid al hombre que bendiga y crea;
Cantad, creed, y vuestro canto sea
La fe en el alma, la esperanza en Dios.

¿No es más grande, decid, no es más hermoso,
Si ya la gloria humana es más que un nombre,
En vez de abismos ofrecer al hombre
Alas para volar á la Deidad?
¡Cuántos á los apóstoles del mundo
Nombres de amor en la futura historia!
¡Cuán grande en las edades la memoria
Del genio que cantó la humanidad!

Callad, voces del mal, y el universo
No más de un hado ciego el templo sea:
Pueblos sin Dios y libertad atea.....
Imposible ¡gran Dios! todo sin tí.

Mas no será: las almas que te sienten
Repudiarán el inaudito ejemplo:
Tu hermoso arcángel volverá á tu templo
Y hablarán las creencias desde allí.

Con lazo eterno, en hermandad eterna,
Tocados de un espíritu divino,
Caminarán á su inmortal destino
Cien pueblos con un solo corazon.
Padres, hijos no más, los hombres todos
Al seno estrecharán la paz perdida:
Semillas nuevas de esperanza y vida
Les da ese Dios con quien ingratos son.

Profetas, vuestra voz. Suenen en torno
Los conciertos del arpa y del salterio;
A Israel que salió del cautiverio
Llueve el maná la nube del Querub.
Dios sobre el pueblo que purgó sus culpas
La gran columna de su fuego envia,
Y á la alba aurora y en la noche umbría
Lleva su pié por senda de salud.

¿No ois? ¿No ois? Los cánticos se elevan,
El corazon se exhala en blando incienso:
La aureola de nubes del Inmenso
Torna la sien del hombre á iluminar:
En paz y amor regenerado el mundo
Del Hacedor las maravillas canta,
Y al prodigio del canto se levanta
La tierra absorta, palpitante el mar.

No es ya la musa del Olimpo antigua,
Triunfando en Grecia, arrebatando á Roma;
Las musas del Oriente y de Mahoma
Allá en su tumba enmudecieron ya.
Musa del alma y de la fe, otra musa
Viene hoy del hombre á consolar el llanto:
Alzad, voces de Dios, alzad el canto,
La obra del genio á consumarse va.

Y es vuestro el porvenir. A vuestra planta
La tumba está de mil generaciones:
La lanza se tronchó de las naciones,
De sudario les sirve su pendon;
Y los pueblos que viven recostados
De los pueblos que fueren en la tumba,
No oyen la eterna voz que dentro zumba,
El ¡ay! terrible, la fatal leccion.

Mas vosotros lo ois. Para vosotros
No es muda la quietud ni el polvo inerte;
La elocuencia terrible de la muerte
Os habla allí la humanidad que fué.
La palabra arrojad de las creencias
Entre el clamor de la incesante lucha:
Cantad, cantad, la humanidad escucha:
¡Pueblos, la libertad! ¡Hombres, la fe!

Ni ante esos monstruos que en la Europa rugen
Retrocedais en la contienda un paso:
Huye la dicha de la gloria acaso,
El genio es una gran fatalidad.

Mas aprended del infortunio mismo
La fe que templa y regenera el alma.
¡Genios del bien que ambicionais la palma!
El martirio del genio soportad.

¡Ah! ¡Bendicion sobre vosotros! Ornan
Las ofrendas del hombre vuestra lira,
Aura de paz entre sus cuerdas gira
Ó en sus cuerdas se agita el aquilon:
Y al velarse en las sombras de la muerte
En la cumbre del cielo su planeta,
Es un templo la tumba del poeta,
Su alma es un astro, el cielo su mansion.

LA HISTORIA.

«Tiranos, pereced. La omnipotencia
No es vuestra ya, que os vence la anarquía:
La frente que á los pueblos desafia,
De los pueblos hundid en la presencia.»
«Pueblos, callad. Reposa en vuestra esencia
El gérmen ¡ay! que los tiranos cria:
La humanidad no es más que tiranía
Y los siglos proclaman su sentencia.»
«¡La libertad!» «¡La esclavitud!» «¡Victoria!»
Gritan á un tiempo pueblos y tiranos;
Y arrollando los títulos de gloria
De los dos grandes monstruos soberanos,
Pasando sin mirar clama la historia:
«El combate es la ley de los humanos.»

LA TEMPESTAD.

Viéndote estoy; mirando
Tu excelsa majestad. Dijiste «abríos»,
Y se abrieron las puertas de los cielos:
El coro eterno enmudeció temblando,
Aprestó el querubin los atavíos,
Desplegó el huracan los negros velos
Con que la oscura tempestad se viste,
Y en el carro flamígero subiste.

La rueda volvedora,
Despeñada en las cumbres inmortales,
Engendró los estrépitos del trueno:
En donde el fuego entre prisiones mora
Se abrió profunda boca á sus raudales,
Y los rayos hirvieron en su seno:
Tus bridones la llama respiraron;
Tus bridones volaron y volaron.

De astro en astro, de cielo
En cielo descendiste. Sus regiones
Abrió la inmensidad bajo tu planta:
Al ronco són de tu inflamado vuelo

Se congregaron nubes y aquilones,
Y abrieron los abismos su garganta:
De la tierra á los términos llegaste
Y extendiste tu brazo y te paraste.

Ahí estás: en un templo,
Fábrica de tu mano, do no aspira
Ciego el mortal en tu presencia y mudo:
Yo con pavor te escucho y te contemplo;
Yo siento los latidos de tu ira;
Yo miro arder las ascuas de tu escudo:
En tus manos ¡gran Dios! al mundo vueltas
Tienes la tempestad y no la sueltas.

La tierra en torno gime;
No gime, sino calla. En calma el viento,
El bosque inmóvil, aplanado el rio;
Nublo sin fin la atmósfera comprime;
Los montes se hunden en su propio asiento;
Negros fantasmas cruzan el vacío;
Tocando el sol la meridiana cumbre,
Cual si fuese á morir veló su lumbre.

¡Oh Dios! ¡Oh Dios! ¿No miras
Cual vuelve á tí su faz naturaleza,
Con inmenso terror desemblantada?
El brazo que en tu enojo le retiras,
¿Por qué á mover la tempestad no empieza
Y de una vez nos vuelves á la nada?
¿Por qué, si es éste de la muerte el dia,
Te complaces del mundo en la agonía?

Tal vez suena el graznido
Del ave audaz que al huracan espera
Y en la region de las tormentas boga:
Tal vez con ardentísimo bramido
Asorda el bosque la ardorosa fiera
Que el bochorno tenaz del aire ahoga:
Zumba el viento en la gruta, el pino estalla,
Y el silencio otra vez y todo calla.

Mas súbito en vaivenes
Se columpia la esfera y rompe el trueno
La inmóvil masa de la nube oscura:
Tibia humedad discurre por mis sienes;
Del aire rueda en el convulso seno
Menuda gota que el torrente augura:
Va á henchir la lluvia los etéreos cauces
Y la tierra en su sed abre las fauces.

Hélo allí, que ya agita
Su inflamada cimera de huracanes,
El ángel que los rayos atesora:
A su voz inmortal se precipita
La cohorte de horrendos leviatanes
Que en las regiones de lo oculto mora:
Lanzó el abismo cuanto nublo encierra;
Los cielos se han juntado con la tierra.

¿En dónde están los montes?
¿Dónde la selva está y el verde llano,
Que no los ven mis anhelantes ojos?
¿Quién conturba horizontes y horizontes,

Que el campo desparece y busco en vano
O su lujo y su pompa ó sus despojos?
¿Quién al furor de los contrarios vientos
En uno confundió los elementos?

Raudales y raudales,
Precipitados con impulso ciego,
Bajan del cielo y suben del profundo;
La tierra se columpia en sus quiciales:
Serpiente inmensa de tonante fuego
Circuye en torno la extension del mundo:
La voz de las catástrofes eternas
Va á despertar al tiempo en sus cavernas.

Hé aquí, hé aquí el postrero,
¡Region triste del hombre! ¡Oh tierra, oh tierra!
De tu breve existir postrero dia
No tornarás á tu esplendor primero:
El ceño que á los ángeles aterra
Muestra ante tí su majestad sombría:
Dios á los hombres grita: «Arrodillaos.»
Torna á hablar y te dice: «Vuelve al caos.»

LEYENDO Á HORACIO.

Aquí del sauce á la movible sombra,
Nido del ruiseñor cuyos amores
El céfiro acompaña con su lira;
Sobre el lecho silvestre y blanda alfombra
De hojas y arbustos y odorantes flores
Que el ojo vago y errabundo admira;
Aquí donde respira,
Miéntras la cumbre aún con sus rayos arde
El sol postrero á trasmontar cercano,
Los puros vientos de la fresca tarde
Naturaleza en brazos del verano;

Vén, dulce libro, vén. Mi blando acento
La antigua voz de la latina musa
Haga sonar en estas soledades.
Siempre la amé yo en tí. Fije un momento
El tono amigo que en tus cantos usa,
De un ciego corazon las veleidades.

Encantos y deidades
Torne el mundo á brotar; pueblen la tierra
A la voz de la fábula movidos;
Y admire yo cuánta hermosura encierra
La religion que hicieron los sentidos.

Cruza la inmensidad mi mente inmensa;
Vuela y vuela sin fin, y en su osadía
Nunca el secreto de los mundos halla.
Late mi corazon, mi frente piensa:
A las tinieblas y á la luz del dia
Les hablo, les pregunto y todo calla.
¿Dónde encontrar la valla
De esta infinita soledad? Acaso
La mente vaga en la ilusion recreo;
La tierra brota genios á mi paso,
Y una familia de deidades creo.

¿Cuál mundo empero que á tu Olimpo exceda,
De una y otra ficcion capricho humano,
Vate inmortal, á producir bastára?
¿Dónde el bello ideal que darle pueda
Al hombre, ya de la deidad cercano,
Objetos tantos de beldad más rara?
La tierra templo y ara.
Volved, abridme el penetrable cielo,
¡Profanos dioses que el mortal fingia!
Muy grande es Dios para habitar el suelo,
Pero vosotros sois la fantasía.

Céfiro sus palacios abandona,
Mensajero de amor. Amor suspira,
Y á amar le enseña y modular su canto:
Él de mirto y de flor la sien corona,
Y en torno, en torno de las ninfas gira,
Y derrama en su seno el dulce encanto:
Suena la lira en tanto;
Corre el Fauno veloz tras la adorada
Ninfa gentil que la belleza engrie,
Y sobre el bosque, en nubes reclinada,
Vénus, alma del mundo, se sonrie.

Así estos campos animarse veo,
Y el mudo espacio de las selvas triste
Poblarse ya de genios protectores:
Tal, si mis ocios delirando empleo,
Ante mis ojos admirados viste
Una y otra ilusion forma y colores.
El trono de las flores
Ocupa una deidad; otra domina
La mar ó el viento ó el zenit ó el polo;
Me habla en la noche de su amor Lucina,
Y contemplo en el sol la faz de Apolo.

¡Oh, cómo las imágenes serenas,
Los gustos breves de mi tierna infancia
Recuerdas hoy á la memoria mia!
Entónces del oscuro verso apénas
En mi dulce y pacífica ignorancia
La verdad y el sentido comprendia.

La tierna fantasía,
Vate feliz, te adivinaba empero
Con temprana ansiedad del estro santo;
Y al poder de tu ritmo placentero
El oido y la voz formaste al canto.

Tal la risueña fábula fingia
Abierto el seno de la casta Flora
De Favonio gentil al beso leve:
Tal la copa en que Júpiter bebia,
De manos de la bella escanciadora
Recibe el néctar que á raudales llueve.
Así la tierra embebe
Fecundo rayo y manantial rocío
Que el gérmen productor hincha en su seno;
Abril lo ve brotar y en el estío
Es ya pompa y dosel del bosque ameno.

Yo amo volver á las pasadas horas
En que el estro insonoro y balbuciente
Se ensayaba en dulcísimas canciones.
¿La luz de aquellas rápidas auroras
Fué más pura quizás, que el alma siente
Perdidas ¡ay! sus caras ilusiones?
Tú, que el alma dispones,
Templando el ceño á la razon austera,
Dulce poeta, al meditar suave;
¿Es la edad más feliz la edad primera,
Que siente el bien y el mal y no lo sabe?

¡Oh infancia, infancia, esclavitud del hombre!
Clamé yo veces mil. Mas por ventura
¿Qué sino eterna esclavitud la vida?
Yo aprendo en tí para quien más que un nombre
La dicha fué, y al gozo y la blandura
Tu amable canto el ánimo convida.
Lleva en veloz huida,
Con envidia y piedad, contento y pena,
El tiempo robador á su Leteo;
Y hacer más leve la fatal cadena
Sólo alcanzó quien rige su deseo.

Tú cantas, y el amor y alegre vino
Suena tu voz; campestre apartamiento,
Y del vulgo falaz la lejanía.
Vivir, gozar. Empero yo adivino,
Cuando el halago de tu ritmo siento,
Más que el placer, su amable hipocresía.
¿Siempre te sonreia
Felicidad, donde secreto espanto
Turbaba á Roma con dolientes sones?
¿No hay en tu corazon, no hay en tu canto
Del romano dolor palpitaciones?

Vé, poeta feliz, vé murmurando
Sentencias de gentil filosofía,
Los gustos á buscar que en Roma imperan:
Te va el dedo de Roma señalando;
Tus palabras más dulces que ambrosía
Las Táis y Aspasias de tu edad esperan.

Alégrate y no mueran
El aplauso, la gloria y los placeres,
En tanto duren voluntad y espacio;
Oye clamar á Roma y sus mujeres:
«¡Horacio, el gran poeta, el dulce Horacio!»

¡Amor, belleza, de placer tesoro!
¿No responde su voz? Rugas asoma
Su frente que la edad orló de canas.
Horacio está en el Foro. El sacro Foro
Se tornó en lupanar y allí ante Roma
Prostituye el romano á las romanas;
Imágenes lejanas
De la antigua virtud ardiendo en ira,
Secreta indignacion do quier renueva:
La que á sus plantas arrastrarse mira,
Es otra Roma que á morir se lleva.

Víctima y héroe del orgullo humano,
Muere y triunfa Caton. Ya no retumba
Aquella voz funesta á Catilina.
Despojo criminal de heroica mano,
Sangrienta veste en la cesárea tumba
Al pueblo incauto á la venganza inclina.
Triunfante en la ruina,
La sombra de los Gracos se levanta
Sobre el altar de las violadas leyes,
Y en temor de sí mismos la garganta
Al yugo dan los ciudadanos reyes.

Tú lo sientes, ¡ah! sí, noble poeta,
Cuando ese imperio ves, con raudo paso
Volar el tiempo á sus grandezas breve.
¿No te dice una voz honda y secreta
Que el sol latino al entreabierto ocaso
Turbado el disco en tempestades mueve?
Sí; que tu voz se lleve
A esas deidades cuyo Olimpo espira,
Cuyo altar sin ofrenda se desploma:
Yo oigo clamar los sones de tu lira:
«¿Quién sois ¡oh Dioses! que os hundis con Roma?»

¡Oh! Dado á Roma contemplar te fuera,
Ya de una cruz fatídica pendiente,
Eternizada en el Calvario eterno.
Correr la raza indomeñable y fiera,
Volcar los pueblos con la maza ingente
Su falso Olimpo, su turbado Averno.
Embriágate en Falerno,
¡Horacio! ¡Horacio! Tu cantar liviano
Pienso yo que presagia los Nerones,
Como al són de los versos de Lucano
Se oyen trotar los góticos bridones.

Amo yo empero figurarte acaso
No en Roma, no en el Foro; en las cascadas
Y alamedas de Tívoli sombrías.
Allí á la clara aurora, al tibio ocaso
Extiendes tus patéticas miradas,
Y el ave y flor te alegran y ondas frias.

«Gocemos», repetias,
«Huye la edad. ¡Feliz el que se aleja
»Del grave cargo y vulgo removido,
»Y á la ambicion con el insomnio deja
»Y mañana y ayer pone en olvido!»

¡Dichoso tú cuanto dichoso el hombre,
Que al sueño ó á la lira tus afanes
Das reposando en plácida enramada!
El tiempo vividor dirá tu nombre
Cuando en torno al ciprés vaguen tus manes
Y otro dueño suceda en tu morada.
Ora, si la indignada
Sombra de aquella Roma se te ofrece
Que asesinó la libertad de Graco,
El néctar milagroso la adormece
Y ensalzas á Caton brindando á Baco.

¡Estoico Anacreon! ¡Dulce maestro!
¡Alentador de mi aficion natía
Que en el canto armonioso persevera!
¡Ah! Siga yo con el poder del estro
El vuelo igual de tu alma poësía
Donde bebí la inspiracion primera.
Audaz, docta ó ligera,
Risueño jóven que al placer se mueve,
Como un licor sus cánticos apura,
Y á ella en la pena y en los ocios debe
Documento y solaz la edad madura.

¿Cuál de tus versos cantaré? ¿La gloria
Del constante varon de ánimo entero,
Despreciador del vulgo y del tirano?
Aquel guarda entre todos mi memoria,
Y á Augusto, á Baco y al Amor prefiero
Tu apoteosis del orgullo humano.
Poeta cortesano,
Tú lo dijiste : Entre el fragor y el lloro
El hombre alcanza á contrastar la suerte.
¿Dirélo yo que en el orgullo adoro
La última religion del alma fuerte?

Á ELVIRA.

¡Noche de amor y de deleite, Elvira!
¡Noche de amor y de ventura y calma!
El mundo todo en derredor suspira:
Tambien naturaleza tiene un alma:
Sí, Elvira, tambien ella
Ama y ama sin fin, y así es tan bella.

La luna tiende su sereno vuelo
Como un bajel por el amor guiado,
Que amarse eternamente lleva al cielo
Las almas que en la tierra se han amado.
¡Oh, cómo se extasía
En su plácido albor el alma mia!

Mi alma y tu alma tambien. Dime ¿no sientes
Algo dentro de tí que está pidiendo
Alas para volar á esas fulgentes
Regiones de la luz que, circuyendo
La esfera cristalina,
Nos bañan en su atmósfera divina?

Volemos y esos mundos recorramos:
Esta tierra infeliz, cuando es más bella,
No, no es la estrella en cuya luz soñamos,
De la dicha ideal no es, no, la estrella:
De amor no es la morada,
No es el centro del alma enamorada.

Y en aquellos dulcísimos instantes
Que reclinado en tu feliz regazo,
Se estrechan nuestros pechos palpitantes
Y se une nuestro sér en un abrazo,
Y entre nosotros mana
Todo el torrente de la dicha humana;

Es cuando siento más aquí en mi seno
Esta de un sumo bien sed infinita,
La mezquindad de nuestro sér terreno,
El rugido del alma que se irrita,
El peso, la miseria
Del espíritu preso en la materia.

Entónces es cuando presiento y veo,
Sueltos ya nuestros lazos terrenales,
Un mundo más hermoso que el deseo,
Patria de los amores inmortales,
Donde entre etéreas palmas
Eternamente se amarán las almas.

CANTO BÍBLICO.

Dame el arpa ¡oh Señor! de los profetas,
El arpa de Moisés y de Isaías,
El arpa en que anunciaron tus poetas
La venida y el triunfo del Mesías.

Dame el arpa ¡oh Señor! á cuyos sones,
Cuando todo en el mundo era la nada,
Fué el tiempo, fué el espacio, y las regiones
De innumerable sér cuna y morada.

El arpa celestial. Ya el torpe humano
La oyó sonar por el confin del mundo;
Patente fué tu incomprensible arcano,
Gimieron las potencias del profundo.

Y levantado el Líbano en su asiento,
Sobre la frente del Profeta ungido
El cedro altivo, insultador del viento,
Se inclinó en reverencia al sonido;

Dame el arpa ¡oh Señor! el arpa santa
No usada á mundanales armonías;
Mi alma es digna de tí, y á tí levanta
Sus alas ¡ay! con el dolor sombrías.

Ella ambiciona un fin desconocido;
De su oscura mansion huye la calma;
El mundo no responde á su latido;
¡Infinito dolor el de mi alma!

La roca empero que aridece estío
Brota el raudal que refrigera el suelo,
Y de la roca del quebranto mio
Brotan tambien raudales de consuelo.

Porque horas son que la ambiciosa mente
Se aparta ¡oh Dios! del apetito humano,
Y vuelvo á tí mi corazon, mi frente,
La humilde voz, la suplicante mano.

Porque horas son que mi esperanza llevo
Más allá de esta patria de los males,
Y contigo y conmigo á solas pruebo
El manjar de los gustos celestiales.

Aura nativa de region ignota
Me halaga con su dulce resonancia;
El campo de la vida en torno brota
Eternas rosas de inmortal fragancia;

Y entre aérea, iluminada, ondëante niebla
De mi alma ¡oh Dios! las vastas soledades,
Y entre misterios de misterios puebla,
Silenciosa familia de deidades.

Suspenso entónces el profano oido
Escucha el són del célico instrumento,
Y en éxtasis divino adormecido
Rodar á su compas los orbes siento.

Tú la pulsaste ¡oh Dios! La fantasía
Te ve la esfera atravesar del caos:
Ni noche ni crepúsculo ni dia;
Pero suena tu voz: «¡Iluminaos!»

Y son luz las tinieblas. Y el concierto
Infinito prosigue. Y el espacio
Pueblan en torno, en torno, ántes desierto,
Astros de lumbre, esferas de topacio.

Dame el arpa ¡oh Señor! la eterna lira
Que de la cumbre de los cielos pende,
Cuyo alto són que majestad respira,
Inmensidad de inmensidades hiende.

En ella hay sones para el raudo viento,
Del mar para la fuerza movedora,
Para el aéreo compas del firmamento,
Para los himnos de la alegre aurora.

Obediente á su ingénita armonía,
Se mueve el universo al són divino,
Y ella tambien...... ¿No es ella la que guia
La ciega humanidad en su camino?

Yo el libro abrí de la primera historia;
Allí está el canto de tu excelso nombre;
Para la ofrenda de tu inmensa gloria
La tierra altar y sacerdote el hombre.

Brilla el Eden con celestial verdura
Miéntras vive el mortal en tu presencia,
Y en torno agita de su frente pura
Tu arpa inmortal los sueños de inocencia;

Pero al vibrar la cuerda de tu ira
La primavera se cubrió de abrojos;
El hombre ciego por la luz suspira,
Fantasmas del terror cercan sus ojos.

Veló su frente pálida la aurora,
Brotó la fuente del quebranto eterno,
La inocencia se huyó que el mundo llora,
Nació la muerte, se pobló el infierno.

Aletargada en su aterido espanto
La tierra cadavérica gemia;
El bronco trueno retumbaba en tanto
Y la cuerda fatal se estremecia.

El diluvio cayó. Fueron tus nubes
Orla y sudario funeral del suelo,
Y entonaron temblando los querubes
El himno de la cólera del cielo.

¡Oh Dios! ¿Dónde está el hombre? De repente
Aplaca el ronco són la eterna lira,
La tierra vuelve á levantar su frente,
El aura del perdon vaga y suspira.

Himnos de amor el universo canta,
Se corona de flor la primavera,
Torna á mover la humanidad su planta
Y prosigue en el mundo su carrera.

¿No es verdad, santo Dios, que en el acento
De tu arpa celestial el soberano
Espíritu, el interno movimiento
Está de las creaciones de tu arcano?

Di, ¿no es verdad que de tu mano eterna
Hombre y humanidad son alta hechura,
Y un concierto infinito los gobierna
Al són de tu furor ó tu dulzura?

¿No era tu canto un canto de esperanza
Cuando á Israel mandabas tu ambrosía?
¿La cuerda no vibró de tu venganza
Cuando el diluvio su torrente abria?

¿No lanzas tú sobre los pueblos, dime,
Que con las sombras del pecado inquietas,
Como raudal de inspiracion sublime,
La voz providencial de tus profetas?

Dame tu arpa ¡oh Señor! El alma mia,
Desdeñosa del mundo y de los hombres,
Mi alma ¡oh Dios! mi alma ¡oh Dios! está vacía
Y á expresar su dolor no encuentra nombres.

Llénala ¡oh tú! de tí. Dame tu canto;
Tu inspiracion, tu inspiracion, Dios mio;
Halle en el ara de tu templo santo
El alimento celestial que ansío.

Yo tiendo por doquier mis ojos tristes;
Tu altar caterva de ídolos corona;
La fe divina que á los hombres distes
Sus aras combatidas abandona.

El templo es soledad ó ya en el templo
Suelta impúdica voz la raza impía,
Y abierto el corazon al torpe ejemplo,
El ara es Dios y el mundo mercancía.

¡Sufrimiento, dolor, error eterno!
¡Ceguedad en la mente y sombra espesa!
El ángel de las iras del infierno
Que se anticipa á devorar su presa.

¡Ay! así fué como el linaje humano
De su seno abortó razas de ateos,
Rompió del mundo antiguo el grande arcano
Y ante el ara movió sus vicios feos.

Así como asomados al abismo
Los de la edad gentil pueblos gigantes,
Paseó blasfemando el paganismo
Por su desierto Olimpo sus bacantes;

Así como entre lúbricos misterios,
Cual segunda Babel, nueva Sodoma,
Se volcó en el panteon de los imperios
La inmensa estatua de la antigua Roma.

Otra vez, otra vez color de espanto
Tomó la humanidad. Sobre la tierra
Descienden otra vez horas de llanto,
Horas de destruccion, horas de guerra.

Hoy disputan su fe con ciencia vana
Los pueblos que á la Europa enaltecieron:
El ángel del Señor vendrá mañana,
Vendrá y exclamará: «¿Dónde estuvieron?»

EL CRISTIANISMO.

El hombre fué y al misterioso anhelo
De un sér del sér que en su interior sentia,
Divinizaba el mundo que veia,
En la tierra buscando al Dios del cielo.
Mas no le halló, y en la aridez del suelo
Su planta removiéndose sin guía,
Los ojos á su espíritu volvia,
Rico de fe, sediento de consuelo.
Entónces fué cuando del negro abismo
Brotó una luz y á un nuevo santuario
Llevó el mortal sus súplicas inquietas.
Y exclamó la deidad del paganismo
Al morir con el Hombre del Calvario:
«Sócrates y Platon fueron profetas.»

AL EJÉRCITO ESPAÑOL

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DEL CONVENIO DE VERGARA.

(*Correo Nacional*: 31 Agosto 1840.)

Alzad un monumento que lo diga;
En la piedra grabad la gran palabra:
En bronce relevad la mano amiga
Que tanto bien desde su trono os labra.
El genio de la paz su obra bendiga;
España el templo de las leyes abra,
Y clame descollando entre blasones:
«Contemplad y leed ¡generaciones!»

Reinó la paz hermosa. Los aceros
Cayeron al blandirse de las manos,
Palpitó el corazon de los guerreros
Y les dijo una voz que eran hermanos.
Llanto corrió por los semblantes fieros,
Se apagaron los odios inhumanos,
Y al borde de la tumba que se abria
España venturosa renacia.

El mismo sol que amaneció en Vergara
Torna á bañar en su esplendor el cielo,
Y extraña tierra de la muerte ampara
La adversa hueste en vergonzoso duelo.

En vano, en vano al espirar prepara
Luto más grande en que cubrir el suelo:
El eco de Vergara en torno zumba,
Y allí donde nació se abre su tumba.

Soldados: ¿qué haréis ya que de la gloria
Se os acaba el magnífico alimento,
Y el brillante laurel de la victoria
Y el himno santo que arrebata el viento?
El excelso lugar que os da la historia
No basta á vuestro bélico ardimiento,
Y áun en los fuertes corazones late
El amor del peligro y el combate.

¿Adónde os volveréis? Por dicha el mundo
En saludable convulsion se agita,
Y removido el ámbito profundo,
La Europa por doquier se precipita.
De inmenso porvenir gérmen fecundo
En su atrevido corazon palpita,
Y los vientos del mar y de la tierra
Repiten por do quier cantos de guerra.

¡Guerra feliz! Su venturosa llama
No es la hoguera que abrasa á los humanos:
Las gotas de la sangre que derrama,
Son los dientes de Cadmo á los tiranos.
La libertad que vuestro pecho inflama
Su pendon deposita en vuestras manos,
Y os manda derramar por las naciones
Esa vida, esa sed, esas pasiones.

Ved á la Europa en brazos del destino
Penetrando en los senos del Oriente,
Y volviendo la edad de Constantino,
El Asia remover con nueva gente:
Rasgar el velo al ignorado chino
Que tantos siglos ocultó su frente,
Y rota para siempre su muralla
De los pueblos llamarle á la batalla.

Volved la vista allá donde el hispano
Forzando al hado penetró en sus leños,
Y ved al revoltoso americano
A esta Europa fatal pidiendo dueños (*);
Y si tendeis al África la mano
Y renovais los bélicos empeños,
Os dirá el asombrado beduino
Que ceder á la Europa es el destino.

Todo el mundo es ya Europa. Nunca vieron
Destino igual al que en el mundo asoma,
Los siglos que en sus brazos sostuvieron
A Aténas muerta, moribunda á Roma.
Los pueblos ya la herencia recogieron
De Cortés, de Alejandro y de Mahoma,
Y en el fondo letal de sus cañones
Llevan el pensamiento á las naciones.

(*) El autor, que, demasiado jóven en aquella época para tener opinion sobre las cosas de la América española, expresó aquí la que, autorizada en Europa desde el congreso de Verona por un célebre escritor y hombre de estado frances, vino años más tarde á producir tan funestos resultados, tuvo entónces bastante ocasion de mostrar que no eran tales sus ideas, no habiendo corregido estos versos porque así son muy conocidos en aquellos países.

El cielo os mandará quien en el alma
El genio sienta arder que al triunfo os lleve,
Y á España, orlada de su antigua palma,
En alto asiento ante la Europa eleve.
Horas de paz y de ventura y calma
Este pueblo infeliz en tanto pruebe,
Y los triunfos oyendo á que os envia
Con su heredado orgullo se sonria.

Mas si quereis, soldados valerosos,
Coger los frutos de la paz amiga,
Y en los campos tranquilos y abundosos,
Conservando el laurel, sembrar la espiga;
Si de la alma quietud que hace dichosos
El fuerte pecho la esperanza abriga,
Y de los bosques preferir la sombra
De los combates á la ruda alfombra;

A esos nobles y libres vascongados
Tornad la frente que el laurel decora;
Labradores hoy ya, si ayer soldados,
Allí la paz como en su templo mora.
Al hogar de sus padres arrimados,
Cuando sonó de la hermandad la hora,
Lanzas que resistieron tantas pruebas
En arados volvieron y en estevas.

Allí al compás del tamboril sonoro
Que alegra hasta sus mismas alimañas,
Al redor del hogar que en lampos de oro
Tiñe la verde faz de sus montañas,

Guarda ese pueblo el primordial tesoro
De una inocencia que recuerda hazañas,
Y en sus antiguas leyes descansando,
Su Homero patriarcal está espirando.

Soldados ¿qué esperais, que á las mansiones
No correis de la paz ó en tierra extraña,
Ilustre con tan ínclitos blasones,
No tremolais el pabellon de España?
¿Qué nuevas, qué fatídicas pasiones,
Qué insensato furor, qué ronca saña,
Bramando y revolviéndose feroces,
Os están aturdiendo con sus voces?

Es la revolucion, es la anarquía,
Es el tumulto que sus olas mueve;
La estúpida y feroz soberanía
De que hablan los tribunos á la plebe;
La ambicion de la torpe medianía
Que á luchar frente á frente no se atreve,
Y de grandeza y porvenir escasa,
Su servil libertad con sangre amasa.

¿Dónde está pues la paz que conquistamos
Con sangre tan magnánima comprada,
Árbol hermoso que á tender sus ramos
Comenzó por la Iberia desolada?
¿Es ésta aquella paz ó viendo estamos,
Traidoramente del puñal armada,
Nueva guerra que á trances más sangrientos
Por las plazas trocó los campamentos?

Aquí está ya, que la ocasion espia;
Ha nacido del fango ese Briareo;
Sobre su frente escuálida y sombría
La envidia sopla el criminal deseo.
Su nombre demagogia; su energía
Fiebre fatal; y en su bastardo empleo,
Llevada como un niño de la mano,
Obedece á un tirano, á otro tirano.

Pigmeo, sí; mas el puñal aguza
Y le dejan criar brazos y brazos;
Pigmeo, sí; pero los brazos cruza
El fuerte atleta que enredó en sus lazos.
Como á un lebrel al populacho azuza
Leyes, trono y altar á hacer pedazos,
Y el precio que señala en su torpeza,
Un pedazo de pan cada cabeza.

Ya lanzará la Europa de su seno
Los demagogos, sus modernos hunos,
Y el pueblo llamará con voz de trueno
Enemigos del pueblo á los tribunos.
Mas ¿qué dirán los que hoy con noble freno
No acallan sus clamores importunos,
Si ésta que áun osan proclamar mezquina,
Si esta revolucion los asesina?

Soldados, no hagais cómplice á la gloria
Que hubisteis en tan ásperas batallas,
Del crímen fiero, de la atroz victoria
Que amenaza romper todas las vallas:

A la inocente víctima expiatoria
Sirvan de escudo vuestras nobles mallas,
Y que encuentre el fusil de los leales
Entre el pecho indefenso y los puñales.

¿Decis que no osarán? ¡Ay! que ya rugen
Esos tigres sedientos de matanza:
El trono tiembla, sus cimientos crujen,
Y en la sangre se ceba la venganza.
Como tromba infernal los ecos mugen
Del huracan que por el aire avanza,
Y sobre España vacilante ondea.....
Y ¿no será decis?..... ¡Ay! cuando sea.....

¡Ay de la libertad! Enardecidos
De alegría feroz sus ojos de hiena,
Lanza el demagogo sus aullidos
De los motines en la ardiente arena.
Y á pueblos en el mal prostituidos
Impondrá luégo un hombre su cadena,
Para el deber y la justicia ateo.....
¿No le veis?..... ¿No le veis?..... ¡Ah! Yo le veo.

Mas no será, que hondísimos cimientos
La libertad en nuestro suelo cria.
Es del pueblo y del trono. Sus acentos
No alcanza á ahogar ninguna tiranía.
Batida por contrarios elementos,
Se alienta y robustece en la porfía.
Santa, inmortal y en su victoria ufana,
¡Pueblos! la libertad es soberana.

¿Sabeis en dónde está? ¿Dónde se asienta?
¿Quiénes la conquistaron? ¿Quién la ampara?
¡Desde dónde ese sol que nos alienta,
Derrama por do quier su lumbre clara?
Volved la vista allá donde se ostenta
La reina que aclamasteis en Vergara.....
Calle, calle el furor; ceda el encono.
¡Pueblos! la libertad está en el trono.

A NAPOLEON

EN LA TRASLACION DE SU CADÁVER DE SANTA ELENA Á FRANCIA EN 1840.

(*Heraldo*: 4 Julio 1841.)

Vuelve: tu sombra en el Océano impera:
No hay tempestad: el Océano calla:
Él te conoce ya como si fuera
Tu bridon generoso de batalla.

¿No es éste el voto que elevaba al cielo
La voz de tu alma con su Dios á solas,
Allá en las noches de tu inmenso duelo,
Al solemne murmullo de las olas?

Vuelve, Napoleon; vuelve á esa Francia
Que tu ojo moribundo requeria:
Ya, ya se pierde en la brumal distancia
La roca del martirio y la agonía.

Gime el viento si suena, la onda gime,
Y el silencio otra vez. ¡Silencio y calma!
El mundo siente en su estupor sublime
La sublime presencia de tu alma.

¿Cuál són empero de repente agita
El velo que la mar cubre y el viento?
¿No lo conoces tú? ¿Ya no palpita
Tu inmóvil corazon al grande acento?

Es tu pueblo frances. Los santos lazos
Que la Europa deshizo atar le engrie:
Él te recibe en sus abiertos brazos
Y tu sombra magnánima sonrie.

¿Sonreir? Pero no. Cuando extendida
Bajo un dosel de palmas militares,
Mueve á tus piés tu Capital querida
El mar de sus olëadas populares;

Sí, sonando una voz en torno al ara
E interrumpiendo aplausos y armonías,
«¿Qué Francia es esa Francia?» preguntára,
Cadáver siempre vivo, ¿qué dirias?

Tú fuiste á despertar á un pueblo esclavo,
No temible á la Europa en su ignorancia;
Fuiste á decir al scita y al eslavo,
Tú les fuiste á decir: «Hay una Francia.»

Así, moviendo el corazon romano
A la alta empresa de su gloria un dia,
En sus oscuros bosques al germano
César le fué á decir que Roma habia.

Y el germano fué á Roma y en la tumba
De César se sentó. Vagando incierta,
Así la voz de las conquistas zumba
Y á los pueblos atónitos despierta.

Y ella les dice su destino. ¡Oh, cuánto
Los lentos siglos á la Europa tardan!
¿Quién las horas dirá de mudo espanto,
Quién dirá el porvenir que ellos le guardan?

¡Napoleon! ¡Napoleon! El dia
En que, temblando el ámbito europeo,
En el ocaso del destino hundia
Tu sol de gloria el disco giganteo:

En que, arrastrando el genio de la historia
Inmenso luto en generosa pena,
Fuiste á expiar el crímen de tu gloria,
Como el Luzbel de Europa, en Santa Elena;

En aquel entre todos triste dia
De sosiego y de asombro á las naciones,
Que tu gran corazon se enflaquecia
Y el águila se huyó de sus legiones;

En aquel dia en que, el silencio roto
Que guardaba la Europa en tu presencia,
La paz del mundo ejecutó su voto
Y firmaron los reyes tu sentencia;

¿Nó viste en tu vendido Capitolio,
Con aplauso y escándalo de Europa,
Trotar por las alturas de tu solio
De un Czar salvaje la salvaje tropa?

¿Qué extraño ya (la osada fantasía
Mira avanzar los genios del destino),
Qué extraño ya que emprendan otro dia
Las fieras hordas el fatal camino?

Allí do nuevos pueblos amanecen,
Allí está el porvenir. Y hoy cuando tornas
A este suelo francés do ya no crecen
Los lauros ¡ay! con que tu frente adornas;

¿No sientes, di, Napoleon no siente,
Aun de la muerte en la insondable estancia,
Que acaba de sonar en el Oriente
Un nuevo Waterlóo para la Francia?

¿No escuchas el rugido y los furores
Del leopardo que el piélago domina,
Y hace indignos de tí los Tres Colores
Y tambien en la tumba te asesina?

¿No oyes la voz de tu rival sangrienta
Que á los pueblos asiáticos asombra,
Y zumba en las Pirámides y ahuyenta
Tu águila excelsa y tu enojada sombra?

¡Qué paz es esa paz? ¿Qué Francia es ésa?
Mas ¡ay! que acaso se levante un dia,
Y renovando la tremenda empresa,
Ella misma se espante en su osadía.

Sí, que, aunque atados á la espalda lleva
Los brazos poderosos el gigante,
El suelo tiembla si á moverse prueba
Y la Europa se mira en su semblante.

Ya sonará la guerra. El gran momento
Por la oscura region del tiempo avanza;
La Francia, dando su estandarte al viento,
Soltará en las naciones su venganza.

¡Guerra aquélla será que el mundo llora
Con funeral presentimiento! Entónces
Cortará la segur niveladora
Cuanto dejen en pié marciales bronces.

Entónces ¡ay! al recordar la historia,
De quien tu Francia y tú nacisteis hijos,
Cubrirá las efigies de tu gloria,
En tí los ojos con espanto fijos.

Los tronos derretidos como cera,
Tronos y altares, leyes y blasones;
Los pueblos consumiéndose en la hoguera,
La Europa ardiendo como cien Iliones;

¿Ésta la dicha fué que allá en el dia,
Tribuno emperador, de tus hazañas,
A los pueblos incautos prometia
La hidra que te abortó de sus entrañas?

Tan negro porvenir finge la idea,
Por siniestros presagios combatida:
No hay salvacion para la Europa atea,
De los siglos que fueron desprendida;

Y al contemplar tan iracundos hados,
Dueños del mundo y de los hombres dueños,
A los ojos de sangre salpicados
Áun los Napoleones son pequeños.

Pequeño tú tambien. La fantasía,
Sin penetrar el formidable arcano,
Dignos de tu grandeza sólo via
Dosel el cielo, tumba el Oceäno.

Mas al cumplir tu voluntad postrera,
Cumple el destino sus ocultas leyes:
César tu Bruto fué la Europa entera,
Pero tú fuiste el Bruto de los reyes.

Vuelve pues, vuelve pues, donde presidas
La última saturnal de los esclavos:
Aquí como en tu roca ennegrecidas
Nubes te cercarán y mares bravos.

Que en esa tumba do á los pueblos quedan
El contagio y los triunfos de tu audacia,
Las tempestades de los siglos ruedan
Y estrellan contra tí la democracia.

Vuelve y tu crímen y el de Francia expía:
Cuando surja de nuevo la honda plaga,
Los prestigios que el mundo obedecia,
Humo serán que al viento se deshaga.

¿A qué invocar en el horrendo trance
Al nuevo Atila que en el Norte asoma?
No es menester que el Septentrion los lance:
Los bárbaros están dentro de Roma.

Vive, vive en tu tumba, en ella espera:
Dios al mirarte arruga el sobrecejo:
La historia, esa deidad tambien severa,
Te llama el Tamorlan de un pueblo viejo.

A DON JUAN DONOSO CORTÉS,

Á LA SAZON EMIGRADO EN PARÍS.

SOBRE EL MISMO ASUNTO.

> Y es fama que al ocaso se levanta
> Su grande sombra y oscurece el dia.
> . . . .
> . . . .
> «No hay más que yo. Dobléguense las leyes
> »Ante la ronca voz de mis legiones:
> »Romperé el aureo cetro de los reyes
> »En su espantada frente á las naciones.»
>
> Donoso Cortés.

1841.

Tú le cantaste ya..... Su grande sombra
Pasó por tu inflamada fantasía.....
Yo le he visto á tu acento que le nombra,
Alzarse, alzarse de la tumba fria.
¡Hombre fatalidad! Fueron su alfombra
Los pendones sin fin de la anarquía,
Y heredero del pueblo soberano,
Fué tribuno de Europa y fué tirano.

¿Qué le preguntas tú? Dime, ¿esa frente
No piensa ya? La Europa desvelada
Que, áun rendido ese brazo omnipotente,
Crëe sentir el amago de su espada,

Se acerca al monumento refulgente,
Del vencido Titan nueva morada,
Y parece inquirir su mano fria
Si hay alma en ese cuerpo todavía.

¡Gloria á Francia que llama á su regazo
Al hijo primogénito de Francia,
Al que fué grande en corazon y en brazo
Y en tentar de la suerte la inconstancia!
¡Baldon si, á la victoria dando un plazo,
Soñase en su fatídica arrogancia
Que á cebar sus belígeras naciones
Napoleon dejó Napoleones!

Pero el mármol cayó. Despues del hombre
Que alzó como el destino su cabeza,
Despues de esa epopeya que en su nombre
No se sabe si acaba ó si áun empieza,
¿Qué espectáculo habrá que nos asombre
En esta Europa, enferma en su grandeza,
Que á la tumba viviente en que se agitan
Los hados de la historia precipitan?

Morir la Europa siento. En su ruïna
Otra Europa, otro mundo alzarse debe;
Hácia el ocaso el sol que la ilumina
El disco torvo y tormentoso mueve.
¡Libertad santa! ¡Autoridad divina!
Ambas sucumbiréis al golpe aleve:
Raza de ateos que á luchar nacimos,
Luchamos contra el cielo y sucumbimos.

¡Dichoso aquel á quien la etérea llama
Del genio santo el corazon alienta,
Y léjos de los hombres que desama,
En sus alas magníficas se ausenta.
Él al férvido impulso que le inflama,
Sobrepujando la civil tormenta,
Del sol eterno el resplandor recibe
Y en los siglos futuros antevive.

Pero ¿qué es dado ver en la presente
Donde un momento reposar el vuelo?
¿Dónde está, Juan, el suspirado oriente
Del nuevo sol que regenere el suelo?
Soberbia y vanidad es hoy la mente,
El corazon inacabable duelo,
Y esta del siglo omnipotente ciencia
Impotencia no más, sólo impotencia.

Pregunta á ese cadáver y él te diga
Qué Europa dèjó en pos. Hijo del hado,
Él nació de un volcan, y en su cuadriga
Por la misma erupcion arrebatado;
Arrollándolo todo en su fatiga,
Lo presente á la par de lo pasado,
Fué sembrando volcanes que en su abismo
Le sepultaron sin piedad á él mismo.

En vano los monarcas y naciones
A cegar el gran cráter acudieron;
En vano los antiguos paladiones
Sobre la lava rëerigir quisieron:

Vivo y abierto á nuevas erupciones,
Vivo está ese volcan que á ahogar corrieron
Pueblos y reyes en confusa tropa:
Francia es el cráter del volcan de Europa.

Él lo dijo al caer: «Republicana
»Ó cosaca serás.» Sí, sí, ya asoma
El brazo de la fuerza soberana
Que en la tumba ¡oh Europa! te desploma.
La ley eterna de la historia humana;
Tras el César los Césares de Roma,
Y el Bajo Imperio en pos, el Bajo Imperio.....
¡Revolucion y guerra y cautiverio!

¡Ah! corre tú que por ventura igualas
Al genio de la humana inteligencia,
Otro genio más alto en cuyas alas
Dejas atras los vuelos de la ciencia;
La fe, genio del alma, en que te exhalas
Con raptos de magnífica elocuencia,
Conjurando al amigo que te escucha
A anonadar los monstruos con que lucha;

Corre á esa Roma que tu pecho ansiaba
Contemplar en su pompa y su grandeza:
Desde allí se ve el mundo; el que allí acaba,
Mundo antiguo detrás; el que allí empieza,
Moderno mundo que en la cruz se enclava,
Delante; entre los dos Roma en su alteza:
De allí con sus insignias y estandartes
Se ve la humanidad por todas partes.

Corre á la gran Basílica de Cristo
Y dime lo que ves..... No lo presente,
Que harto los ojos con dolor lo han visto
Y el rebelado espíritu lo siente.....
Dime si esta vision que yo resisto,
Mas que persigue sin cesar mi mente,
De la tumba de Europa en vez del sólio,
De lo alto no se ve del Capitolio.

Ahí mismo fué donde en igual momento,
Cuando Roma en el mundo no cabia,
Mas, ya perdido su pristino aliento,
En el lecho imperial languidecia,
Sonó la voz que en funeral lamento
«Se van, se van los dioses», repetia;
Voz que escuchó la humanidad doliente
De Norte á Sur, de Oriente al Occidente.

No, no eran Dios los dioses que se fueron
Y este Dios no se irá. Mas las tormentas
Que el nuevo Capitolio sacudieron,
Aun agitan sus alas turbulentas.
Dias vendrán cuál los que ya vinieron,
De hecatombes y lágrimas sangrientas:
Horas que en sus postreras agonías
Sólo salvan al mundo los Mesías.

En tanto, Juan, el formidable estrago
De esta fiebre del siglo en vano huimos:
No hay mente que resista al golpe aciago,
Y miéntras más robustos más sufrimos.

Luchamos, sí, con el terrible endrïago:
Mas vencidos estamos, y sentimos
En este vencimiento sin venganza
La desesperacion de la esperanza.

EL DESALIENTO.

Vén ¡oh genio feliz del idealismo
Que en el raudal de lo infinito bebes;
Tú que en el hondo abismo
De su aislamiento y soledad remueves
El alma audaz que al venturoso fuego
De tus rayos magníficos se inflama!
Vén, vén, mi voz te llama
¡Oh genio bienhechor! Vén y que al ciego
Revolver de la mente, á las sonoras
Cadencias de tu mágica armonía,
Se abrevie el curso de mis lentas horas,
Se aclare el sol de la existencia mia.
Su ingénita arrogancia
Recobre el alma solitaria y fiera,
Y su antiguo calor y resonancia
Bajo tu ardiente inspiracion adquiera.

Obedece á mi voz. ¿Quizá no erés
El mismo ya que mi dichosa cuna,
Presagiando tal vez mejor fortuna,
Coronabas de encantos y placeres?
¡Ah! no, ya no me llevas,

Sediento siempre de emociones nuevas,
Á buscar la ilusion en las mujeres
Ni á sembrar la amistad entre los hombres,
Prodigando con labios inocentes
En ímpetus fervientes
De amor y de amistad los dulces nombres.
Cayó deshecho en tierra
Aquel altar en que rendí mi culto,
Y el mundo sólo es ya campo de guerra
Donde como cadáver insepulto
Yacen muertas en flor mis esperanzas.
Pero te llamo yo. Sé que áun alcanzas
¡Genio feliz! á conmover mi pecho
Y á templar el ardor de mi suspiro:
A veces ¡ay! áun revolar te miro
Y con tus alas orear mi lecho.

Vén, vén. Esta pereza
Que en la tumba fatal de mi esperanza
Su frente adusta á levantar empieza,
Tu aliento solo á desterrar alcanza.
Vén, vén. Mi alma te implora.
¿Quién sino tu virtud inspiradora,
Tu exaltacion vivífica á este tedio,
Sombra de los placeres que se ausentan
Para nunca volver, será remedio?
Vén si áun al alma tu favor concedes;
Y, si el placer no puedes,
Dame, dame el dolor, dame el combate,
Y no la indiferencia y no el hastío
Que enervando mi espíritu lo abate
Y el mundo torna para mí en vacío.

¡Ah! ¿por qué yo con la ambiciosa mente
Aun no gozados devoré los goces,
Anticipando el curso al desengaño?
Triste y ansiosamente,
Ahondando cada vez dentro del pecho
Los puñales ocultos de mi daño,
Con fúnebre despecho
Contemplo ya desparecer veloces
Los genios que otras veces agitaba
Tu fervorosa inspiracion. Al mundo
Quiero en vano volver donde encontraba
Manantiales sin fin la sed interna,
Y aquella agitacion vaga y eterna,
Y el generoso instinto y la osadía
Con que el alma del cielo hasta el profundo
Las alas rutilantes extendia.....
Todo, todo pasó..... Todo..... Y en vano
Intento despertar el sobrehumano
Delirio hermoso, inenarrable, inmenso.....
Yo sentí, yo ideé, mas ora pienso.

Pienso y el alma inconsolable gime.
Tú eras la fe, divinidad sublime,
Tú eras la fe. Bajo zafíreos velos
En torno revolando
De mi inspirada frente,
Los mundos ¡ay!, los inefables cielos
Con tu soplo vivífico animando
Que en su afan de crear forjó mi mente,
¡Espíritu divino! donde quiera
Conmigo te llevaba,

Y una secreta voz que tu voz era,
Dentro de mí y en la creacion entera,
A solas con mi espíritu me hablaba.

Me hablaba y me decia:
«Corre y lo alcanzarás..... El alto objeto
»Que creó y adoró tu fantasía.»
Y un impulso magnánimo y secreto,
Emanacion de espíritu divino,
Sustentaba mi fuerza en el camino.
Si el ánimo tal vez desfallecia,
La voz me repetia:
«Más allá, más allá.» Celeste lumbre
A mis ojos brillaba de contino,
Y esperaba alcanzar en la alta cumbre
La conquista feliz de mi destino.
Ni yo dudé ni vacilé un instante,
Cual raudo navegante
Que entregado del mar al rumbo incierto,
Aun al rugir la tempestad sombría,
Tal vez ignora el puerto,
Mas el faro divisa que le guia.

Entónces ¡ay! cuando en mi hermoso cielo
Volabas tú con tu arrogante vuelo,
¡Genio de inspiracion y de osadía!
El imposible ante mi vista huia
Y hasta en la oscuridad vi resplandores.
Busqué el amor y su regazo abria,
Brotando para mí turbas de amores,
En su trono de rosas la hermosura,

Y en cantos me exhalaba de ternura
Y gozaba tambien en mis dolores.
Amé la soledad y el palpitante
Seno me abrió naturaleza amante,
Y al parecer la aurora,
Y al espirar el dia,
Y al extender la tempestad sonora
Su ala inmensa de nubes y aquilones,
Y al nacer y al morir las estaciones
Que á fecundar la tierra el sol envia;
Y en su genial belleza,
Y en su inmortal grandeza,
Y en la honda noche y en el claro dia,
Ora en la agitacion, ora en la calma,
A su hermoso lenguaje respondia
Lo mismo que una cítara mi alma.

¡Himnos de admiracion y de armonía!
¡Himnos del alma que á sentir empieza!
Felicidad el mundo me ofrecia
Y me hablaba de Dios naturaleza.
Pero elevóse un dia
Otro genio fatal, tocó en mi mente,
Su palabra falaz vertió en mi oido,
Y al volver otra vez á tí mi frente,
¡Arcángel de mi infancia! ya eras ido.
«La ignorancia es la fe», me dijo el mundo,
Y te huí con desden cuando volviste,
Y ora te llamo en mi dolor profundo
Y ya no vienes á alegrar á un triste.
Los himnos se acabaron,

Los cielos se cerraron,
Y de la vida en el umbral primero,
Hollando con mi pié todas las flores,
Me atormento con íntimos dolores
Y reclino la sien y desespero;
Y desdeñando aspiracion más alta,
Exclamo sin cesar: «La fe me falta.»

EL AQUILON.

Él es..... Él es..... Ya viene..... El polo cruje,
El sol se vela en la extension remota,
El mar se encoleriza y se alborota,
La tierra se estremece, el aire muge.
Ya viene, ya se acerca y silba y ruge,
La tempestad de entre sus alas brota;
Ya anuncia la agorera gaviota
La lluvia que áun resiste al alto empuje.
¡Aquilon! ¡Aquilon! ¡Lira sublime
De la naturaleza entusiasmada
Que en tí canta, en tí llora y en tí gime!
Vén y atruena la esfera al són turbada;
Tu vibracion al universo imprime
Y en los brazos me arrulla de mi amada.

EL FANTASMA.

Huye de aquí, deslumbrador fantasma
Que, mis pasos siguiendo á todas horas,
Te levantas conmigo en mis auroras,
Te sientas en mis noches junto á mí.
Huye, huye de mí. Sin tí la vida
La dicha y el placer sólo me ofrece:
Contigo todo en torno se oscurece:
Sólo en la sombra te distingo á tí.

Huye y no vuelvas más. En el regazo
De la mujer que adoro, en los salones
Del mundo, en las espléndidas mansiones
Donde reinan la gloria y la ambicion;
Cuando los goces que el mortal ansía
Como el único bien de la existencia,
Acuden sonriendo á mi impaciencia,
De la suerte propicia fácil dón;

En los momentos ¡ay! que al labio ansioso
rinda el beso feliz un labio amante,
se abre á mis abrazos palpitante
n corazon en que me siento amar;

En los momentos que el laurel que ansío
Va á coronar mis delirantes sienes,
U otros del mundo ambicionados bienes
Con la mano tal vez voy á tocar;

Tú allí, tú allí con tu implacable risa
A gozarte en trocar mi risa en llanto,
Tú allí con tu perpétuo desencanto,
Tú allí con tu fatídico esplendor;
Y no llevo una vez al labio mio
La copa de los goces de la vida,
Sin que sienta tu mano fementida
Entre el labio anhelante y el licor.

Eres hermoso, sí. ¡Ay, harto hermoso!
Tu celeste mirada me fascina;
No hay otra luz ante tu luz divina,
Desparece ante tí toda beldad.
Pero ¿qué importa, di, todo tu encanto
Si tu mismo delito es tu hermosura,
Y á lo que vienes con tu infiel ventura
Es á desencantar la realidad?

¿Qué importa, di, que tan hermoso seas
Si entre tí y entre mí no existen lazos,
Si te voy á abrazar y huyes mis brazos
Y huellas con tus piés mi corazon?
¿Qué importa, di, que á prometerme vengas
Una dicha y un bien que nunca pruebo,
Si la única ventura que te debo
Es la desilusion de mi ilusion?

El amor imposible, la imposible
Mujer, el imposible arrobamiento,
La imposible intuicion del pensamiento,
El sentido imposible del poder;
El laurel imposible de la gloria,
La imposible virtud, la fe imposible,
La suprema, inmortal, inaccesible
Sublimacion del universo sér.....

¡Oh impostura! ¡Oh crueldad! Y en vano, en vano
Los ojos con dolor cierro á no verte.....
Aquí estás, siempre bello, siempre inerte,
En mi mundo interior, dentro de mí.
Te llamo y no respondes; te persigo
Y en la vaga penumbra te retiras;
Mas con amor y con piedad me miras
Y vuelves otra vez..... ¿Quién eres? di.

¿Quién eres, dime, que la humana dicha
Se desvanece en tí, no se depura,
Y la escoria no más, la escoria impura,
Queda al pasar por tu fatal crisol?
¿Eres recuerdo de perdido cielo,
Como dijo un cantor de alta memoria,
Ó ya esperanza de futura gloria,
Présago lampo de futuro sol?

¿O eres tal vez..... Desesperada el alma
Se ceba en su profundo desengaño,
Y ahonda el cuchillo de su propio daño
Redoblando el dolor dentro de sí.....

¿Eres tal vez el implacable espectro
De la ambicion y la impotencia humana,
Que vienes con tu risa soberana
A apacentarte y á cebarte en mí?

¡Vision del cielo ó del infierno! habla,
Y dime la virtud que en tí se encierra;
Si me arrancas las glorias de la tierra,
Dame, dame otra gloria, otro placer.
Vén, acércate, ábrazame y el fuego
De mis sentidos y potencias calma;
Te doy mi corazon, te doy mi alma,
Mas vén y ensalza hasta tu sér mi sér.

Haz posible ¡oh fantasma! lo imposible,
Y sé la encarnacion de mi deseo:
El buitre infernal de Prometeo
Mi corazon despedazando está.
Sé materia ¡oh espíritu! ¡Oh materia!
Sé espíritu tambien y ¡completaos!
Sacad un nuevo sér del nuevo caos,
De este caos de la humana aspiracion.

Mas no, ¡vana ilusion, delirio vano!
¡Insensata ambicion del alma mia!
Un tiempo fué que en tu verdad creia
Y mi felicidad era tu fe.
Mas quise en vano á tí tender mi vuelo
Ó hacerte descender desde tu esfera:
Sé que no hay realidad en tu quimera
Y que nunca jamas te alcanzaré.

Huye pues, huye pues, y no oscurezcas
Mi vida con tu luz deslumbradora;
Con lágrimas de sangre el alma llora
La terrible impostura que hay en tí.
Huye y no pongas entre mí y el mundo
Tu belleza fatal, tu calma horrible.
¡Fantasma sin piedad de lo imposible!
Huye y no vuelvas más. Huye de aquí.

DON QUIJOTE.

ROMANCES.

I.

Despues de haber fatigado
Con cien batidas el monte
Y haber errado más tiros
Que hojas penden de estos robles;
Despues de matar hoy mismo,
En magnífica hecatombe,
Un jabalí portentoso
Y dos venados enormes;
—En cuya hazaña, sea dicho
Para gloria de mi nombre,
No tuve parte ninguna
Ó por novel ó por torpe,
Aunque tampoco hice cosa
De un héroe tan desconforme
Como cierto amigo tuyo,
Nuestro capitan prevoste,
Que apellida Extremadura
El Nemrod de sus Nemrodes;—

Despues, repito, de andar,
Lo mismo que un hotentote,
Dos dias de sol á sol
Por entre el monte y el bosque,
A las jaras y lentiscos
Repartiéndoles mandobles,
Hasta encontrar digno empleo
Al arcabuz y al estoque;
Miéntras al cabo esta tarde
Mis bravos comilitones,
La sien sudosa enjugando
Con laureles vencedores,
En un frondoso repecho
Con más espacio disponen
Albergue y viandas y pieles,
Y sus pellejos de aloque
Para comer y beber
Y dormir hasta que asome
El nuevo sol; yo, señora,
Libre el alma de prisiones,
No saciado el pecho mio
De estos saludables goces
De los campos á que nunca
Debió renunciar el hombre;
Entre dos tajadas peñas
Y de un arroyuelo al borde,
Viendo alzarse sobre mí
Cien y cien rocas inmobles,
Cual vasto conciliábulo
De sesudos gigantones,
Que discuten buenamente
Con silencio que da voces

Sobre si consigo mismos
Han de apedrear al orbe;
Contemplando al través de ellas,
Por limitado horizonte,
Sólo un pedazo de cielo
Como cortado á jirones,
Mas recibiendo en mis miembros
Despedazados é insomnes
De un sol otoñal de Octubre
Los confortables fulgores;
Aquí pues, en este sitio,
De esos que el alma disponen
A abandonar para siempre
Las moradas de los hombres;
Contemplando á pocos pasos
El esqueleto de un bosque
De adelfas que áun purpurean
Entre espirantes verdores;
Suelto el cuerpo en un peñasco
Y el alma en mis ilusiones,
Al rayo del sol que muere,
Y al són del agua que corre,
Y al soplo de auras cargadas
De campesinos olores,
Dulcemente te dirijo
Estos incultos renglones.

No esperes de mí, no esperes
Históricos pormenores
De esta venatoria gira
Que ya esculpirán los bronces.
Lo principal dicho está:

Lo demas,—incluso el noble
Torneo y paso de armas
De este Suero de Quiñones,
El cual en unos jarales
Se fingió un rinoceronte,
Y asesinó un mal rocin
Cargado de provisiones,
Culpando á unas antiparras
Con las cuales ve visiones,
Y que no debió llevar
Cuando ganó su renombre—
Todo será á nuestra vuelta
Grave asunto de razones
En esas de tu salon
Breves cuanto largas noches.
Entre tanto has de saber
Que no sé cómo ó por dónde
Han comenzado á asaltarme
Raras imaginaciones.
Yo no sé si por aquí
Llegó á pasar Don Quijote:
El buen Guadiana anda cerca
Con otros de aquella prole,
Caballeros y escuderos
Y trasgos y encantadores,
Con quienes él se trató
Allá en sus expediciones.
Ello es que toda esta escena
Que ojos y plantas recorren
Desde que salí de ahí,
De tal modo corresponde
Al teatro de las hazañas

De aquel de mundos mejores
Gran soñador, tal cual yo
Me lo fingí en mis trasportes,
Con júbilo cuando niño,
Con tristeza hoy ya de jóven,
Que en todas partes le veo,
Como el mundo le conoce,
Con su rocin y su lanza
Y sus reliquias de prócer,
En los repliegues del llano,
En las quebradas del monte,
Del camino en las revueltas
O de la venta en el porche;
Y en este instante aquí está
Tal cual era cuando dióse
A remedar á Amadís
Penando en la Peña Pobre.
La cosa es ya tan formal
Que lo he dicho á estos señores,
Por si tambien se han soltado
De mi juicio los gonces.
Yo sostengo que le he visto:
A lo cual ellos responden,
Primero, que no existió,
—Que no deja de ser óbice,—
Y que si existió murió,
—Razon tambien de razones;—
Mas yo digo á lo primero
Que es la calumnia más torpe
A la humanidad decir
Que no ha existido tal hombre.
¿Quién sino él fué quien hizo

Cuanta cosa de algun porte
Se hizo en el pícaro mundo
Desde Adan hasta estos postres?
Es verdad, yo no lo niego,
Ántes estoy muy conforme;
Fué un animal entusiasta
Que hasta por ser el más noble,
Es el más grande animal
Que existió nunca en el orbe:
Pero un animal *sui generis*
De sublimes propensiones,
Y el que no tiene algo dél
Es el más rüin de los hombres.
Quién dice que fué Cervántes,
Quién que la España de entónces,
Yo digo que ambos á dos
Para que nadie se enoje.
Lo que es Cervántes, la vida
Quijoteando pasóse
Desde Lepanto hasta Argel;
Y España ¡Dios la perdone!
Fué el Quijote de los pueblos
Y el pueblo de los Quijotes,
Y así vinieron yangüeses
Y nos molieron á coces.
Para mí todo esto es claro
Y está probado *à priori;*
Ademas que me lo ha dicho
Sancho, mi grande amigote,
Que es un crítico profundo
De estos que ahora se conocen.
En fin vélo á preguntar,

No sólo á los españoles,
A cualquier cristiano ó moro
Que por la Mancha se asome,
Y verás cómo es más fácil
Probar con demostraciones
Que no existió Napoleon
Que el que no hubo Don Quijote.

Esto en cuanto á si existió:
Cuanto á las otras cuestiones
Sobre su supervivencia
Hasta los tiempos que corren,
Tambien preguntélo á Sancho
Y me mostró hesitaciones.
«Yo», me dijo allá en los ratos
En que conmigo expansióse,
«Soy la humanidad plebeya,
»Mi amo la humanidad noble,
»Y entre los dos componemos,
»Él la testa y yo la mole.
»Por esta razon presumo
»Que si es que vive se esconde,
»Pues siempre anduvo de sobra
»Y ya no queda ni el molde.
»En cuanto á mí no hay cuestion:
»Yo no me muero y que conste:
»Voy á cursar la finanza
»Y á ser más rico que Rothschild.»
Esto me dijo el buen Sancho
Y estoy dado á los demontres,
Porque yo he visto á su amo
Y áun tengo con él entronques.

Mas supongamos que no,
Que no le he visto y murióse :
Yo he de sostener que sí
Porque adoro estos errores.
Y en fin desplómese el mundo
Y húndanse generaciones :
Si Don Quijote se ha muerto,
Yo voy á ser Don Quijote.

II.

Tomada está ya la heroica
Resolucion. ¡Dios me salve!
Ayer bajó el santo influjo
De aquel heroico romance,
Que dejó pendiente el hilo
Para colmo de mis males;
Viendo la aplacada sombra
Del gran caballero andante
Salir por entre las breñas
Á aplaudirme y saludarme;
Viendo ademas como agüero
De mis hechos formidables,
Cruzar en cerniente vuelo
Los estupefactos aires
Un büitre que, aunque no suele
Augurar sino un cadáver,
Es de lo más imperial
Que hay en el mundo volátil;
A las voces de la gente
Y al ladrido de los canes
Que me juzgaban ya presa

De los lobos circunstantes,
Acudí al lugar sagrado
Donde á la luz vacilante
Del sol que tambien queria
Cenar y refocilarse;
Sin más mesa ó más mantel
Sino el tomillo odorante,
Campeaba rústicamente
Copia excelsa de manjares,
Cuya vista en mí produjo
Tras la que pudo llamarse
Inspiracion del espíritu
La inspiracion de la carne;
Y allí á los ojos de Dios
Que no está por tafetanes,
Tendido en el santo suelo
Y de los cielos delante,
Despues de aplacar los fieros
Remordimientos del hambre,
No á lo Quijote, á lo Sancho
Panza que á Panza complace;
En la expansion y alboroto
Del Jerez vociferante
Notifiqué al gran concurso
Mis caballerescos planes.
Viéraslos al punto á todos
Abrir la boca tan grande
Y echarse al coleto un trago
Como para santiguarse;
Mirarse como diciendo
«Este hombre está de remate»,
Y pensar todos á una

En llevarme á los Orates:
Hasta que yo, vaso en mano,
Con la elocuencia tonante
Del licor, «Follones» dije,
«Malandrines y jayanes,
»Que siete sois, los mismísimos
»Siete pecados mortales;
»Que bajo todas las formas
»Manducables y potables,
»Hoy adorais en la gula
»Todas las divinidades;
»Sabed que soy Don Quijote,
»El mismo Quijote de ántes,
»Sólo que vengo esta vez
»Con pensamientos de sangre.
»No me hagais más aspavientos
»Que servirme en lo que os mande,
»Y he menester por el pronto
»Un Sancho y un Rocinante.
»Sanchos los siete lo sois:
»Presentad los memoriales
»Y tomaré á mi servicio
»Al que más me acomodáre.
»Rocinante no hay decir,
»No hay tampoco que buscarle:
»Nuestros caballos se fueron
»Con los árabes sus padres,
»Y al ménos por estas tierras
»Abundan los Rocinantes.
»Con que un Sancho y un rocin,
»Y dicho está y Dios os guarde.»

En suma; ¿en qué pensarás
Que han parado los debates?
Pues han parado en que todos
Estos varones feudales
Solicitan ya la plaza
Del Sancho Panza flamante,
Cual si fuera el vireinato
De las Indias ó de Flándes.
El más urgente de todos
Es tu animoso compadre:
Yo le he dicho que te escriba
Y que haré lo que mandares.
Sancho, el verdadero Sancho,
No viene por lo que sabes
De sus nuevas ambiciones
Y financieros arranques;
Mas éste puede suplirle
Y tal vez aventajarle:
Es socarron como él,
Hablador inagotable,
Liberalon, mas cristiano
Y con sus puntas de fraile.
Tiene ademas mucha hacienda,
Y hablándole yo de darle
El burro que ayer mató
Para que en él cabalgase,
Dice que él es Sancho en coche,
Y con boato y con auge,
A lo cual yo he respondido
Que revindico mi parte.

Ahora bien; ¿qué falta aquí
Para perla de este engarce?
Pues falta una Dulcinea,
El principal personaje.
No hay caballero sin dama
Y todo el mundo lo sabe;
Pero aquí es más esencial
Por razones singulares.
Pues qué, ¿acaso piensas tú,
Como estos nobles magnates,
Que yo me lanzo á una vida
De aventuras malandantes,
Para enderezar entuertos,
Ni para matar gigantes,
Ni para asaltar castillos,
Ni desagraviar á nadie?
Pues grande tu error sería
Si tal cosa imaginases:
Oficio de redentores
Siempre fué cosa de azares,
Y harto haré yo en este mundo
Si á rescatarme acertáre
A mí mismo de mí mismo,
Que soy mi mayor gigante.
Es por tener Dulcinea
Por lo que arrostro estos lances,
Y hasta ahora no hay candidata
A mis amores vacantes.
Yo soy aquí el candidato
Que tengo que presentarme,
Y si me dan calabazas,
Va á suceder un desastre.

En esta materia pues
Me resuelvo á consultarte,
Y puesto que entre los dos
Ha de haber sinceridades,
Comenzaré por decirte
Sin circunloquios ni ambajes,
Que mi eleccion está hecha
Y no es fácil apearme.
Mi Dulcinea eres tú.....
No te admires ni te enfades.....
Y por tí por quien á solas
En aquestos robledales
He formado estos proyectos
De adoracion militante.
Mira pues si quieres serlo
Y respuesta al punto dame;
Y áun bueno será que sepas
Lo que hay aquí de más grave.
Aunque tú no quieras serlo,
Aunque te opongas y rabies,
Mi Dulcinea has de ser,
Pésele á quien le pesáre.
Y áun digo más; si yo mismo
En lo mismo me empeñase,
Siempre lo mismo sería
Y no hay contra que buscarle.
Pues qué, ¿depende de tí
A tí misma destronarte
De este soberano trono
De mis bienes ideales?
¿Depende de mí tampoco
El llevarte ó no llevarte

Allá en la cúspide misma
De todo lo imaginable?
Nada, no, pueden aquí
Las humanas voluntades:
Ser Quijote ó Dulcinea
Es cuestion de talismanes,
Y sé es sin querer amado,
Y sé es sin querer amante,
Y de esto el mundo está lleno
En sus secretos anales.
Pero mejor es queriendo;
Sélo pues de buen talante,
Y verás cómo al poder
De una maga favorable
Que sólo esperando está
Que en tu nombre se la llame,
Un dichoso encantamiento
Ante nosotros se abre,
No caverna de vestiglos
Ni mansion de nigromantes,
Sino palacio divino
De humanas felicidades,
Realidad maravillosa
De los sueños inefables
Como nunca le tuvieron
En sus antiguas edades
Melisendras ni Orianas,
Palmerines ni Esplandianes.
¡Oh qué mundos! ¡Oh qué mundos
Para volar y explayarse
Esta loca fantasía
Que en ninguna parte cabe!

En fin, Doña Dulcinea,
Dí que aceptas y no tardes :
Entre tanto aquí está Sancho,
Haciendo sus memoriales;
Pero, si á tí te parece,
Dejemos á Sancho aparte,
Que en estas cosas de amor
No están bien las trinidades.
De vuelta estarémos pronto,
Ellos para reposarse,
Yo para volver contigo
Á estas vastas soledades.
Contigo, sí, pues yo quiero
No una Dulcinea estante,
Sino andante como yo
Y como yo cabalgante.
Ancas tiene mi rocin
Para tus miembros reales,
Ó te daré una hacanea
Con gualdrapa de diamantes.
Esto si quieres..... Si no.....
Dicho está..... no hay ya rescate
Para mí..... Del mismo modo,
Sólo en mi camino errante,
La Dulcinea serás
De mis bienes y mis males,
Porque para amar á solas
No se necesita á nadie.

LA ROSA.

Esta del nuevo Abril rosa primera
Que, pensando en el bien que me enamora,
A los rayos purpúreos de la aurora
Arranqué del rosal donde naciera;
A tí, mi venturosa primavera,
Primavera del alma que te adora,
A tí consagro yo, dulce señora,
Fresca aún del humor de la pradera.
Rozagante en color, fecunda en hojas,
Sin temor de los vientos que la ultrajen,
Confiando en su olor que es duradero;
Cuando en tu mano celestial la cojas,
Contempla en ella de mi amor la imágen,
Y ponla allí donde reinar yo quiero.

EL DIA DE OTOÑO.

Ya, ya aumentando la nocturna sombra
Abrevia el sol el término del dia;
Ya extiende el viento la movible alfombra
Al turbio otoño que la tierra enfria.
Tristeza al alma mia
Inspira el mundo ya. Tristeza al alma
Que respondiendo al estertor del mundo
Voz en este profundo
Silencio busca y vida en esta calma:
Al alma que en sí misma se repliega,
Que está del mundo en la tristeza triste,
Y á su dolor y soledad se entrega,
Y á sentirse penar dura y existe.

¡Oh, cuál la noche á las diurnas horas
Extiende ya su tenebroso imperio!
¡Cuán breve al fin la edad de las auroras
Desfallece en el huérfano hemisferio!
Desde el confin aërio,
Cual roncos leviatanes, desprendidos,
Los vientos de equinoccio voladores,
La pompa y los colores
Arrebatan al bosque entre bramidos;
Y el árbol que aún en hojas se circunda
Es con su verde pompa en tanto daño,
De la vegetacion ya moribunda
Postrer ofrenda en el altar del año.

Así engañado el corazon doliente,
Á cada sentimiento que prodiga,
Entre el mismo dolor que le arrepiente,
Con un recuerdo la existencia liga.
Pero ¡ay! ménos amiga
Al corazon renace la esperanza
Que al árbol y á la flor la primavera.
Si teme cuando espera
Y otro temor le duele cuando alcanza,
No respondan jamas al triste anhelo,
No respondan jamas las ilusiones,
Y vuelva el fruto y la verdura al suelo
Sin que vuelvan al alma sus pasiones.

¡Cuán dulce empero respirar los vientos
Que restauran la fuerza y dan la vida,
Y pisar de los bosques macilentos
La orgullosa guirnalda desprendida!
Triste, yerta, aterida,
Parece prorumpir naturaleza
En ayes de dolor. En cada hueco
Se aflige y llora un eco
Por la que fué magnífica belleza
De estacion más feliz. La escarcha oprime
Con lenta pesadumbre las campañas,
Y mustio el genio de la tierra gime
Recostado en su lecho de montañas.

Venid, cercadme ¡oh nieblas! Cubre el cielo
Vuestra fluctüante túnica de plata,
Y en leve lluvia de menudo hielo
Vuestro humor cristalino se desata.
En vano se dilata
Para abarcar la vista el horizonte
Que aëreo y vaporoso linde cierra:
Pero el mar y la tierra,
La selva despojada, el turbio monte,
Al través de vosotras contemplados
Apareciendo en vaga lejanía,
Formas les da de objetos increados
En su afan de crear la fantasía.

Que ama la mente en su ilusion liviana
Los seres y los mundos que están léjos,
Y dora siempre la region lejana
Un sol de idealidad con sus reflejos.
Así como en espejos
De un etéreo cristal se nos ofrece
La imágen inmortal de lo pasado,
Y es más dulce esperado
El dulce bien que el ánima apetece:
Que todo la ilusion se lo figura
Sin la mancha de mal que el bien afea,
Y las cosas miradas con la idea
Por el lado se ven de la hermosura.

Venid, cercadme ¡oh pálidas neblinas
Del oscuro crepúsculo del año!
Extended vuestras alas argentinas
Y ayudad á mis ojos en su engaño.
En panorama extraño
Y en confusion fantástica perdidos
Los objetos del mundo en la distancia,
Con bella extravagancia
En los aires parecen suspendidos:
Y en honda sensacion el alma herida
Que lo aéreo y vago y lo dudoso anhela,
Como en alas de un genio suspendida,
Allá en la inmensidad se pierde y vuela.

Otras palabras dadme, y lo que aprende
Os podré yo decir, lo que á sí misma
Se dice el alma, si su vuelo emprende
Y al cielo sube ó en el caos se abisma:
Inexplicable prisma
Los objetos le pinta: un gran sentido
De más alto poder se mueve en ella:
Vuela, y cual blanca estrella
Que, el quicial de diamante sacudido,
Se pierde en las atmósferas del cielo
En pos de las esencias inmortales,
El alma, astro más puro, de su vuelo
Va trazando en el éter las señales.

Y vuela y vuela y vuela. Lo infinito
Es siempre más allá. Del que la oprime
Lazo vil de materia, al alto grito
De una voz inefable se redime.
La inspiracion sublime
Sus alas son, la inmensidad su esfera,
Las potencias creadoras su alimento.
El puro sentimiento
De lo que áun ántes de los siglos era,
Un gran poder que á comprender aspira
Parece despertar en su memoria,
Y en sus raptos magníficos respira
Aire de exaltacion, aire de gloria.

¡Ah! Dadla mundos que abarcar. Colores
Dadla que pinten la insondable escena,
Multiforme, confusa, de creadores
Genios é instintos inmortales llena.
Ni la intuicion serena
De la primer beldad que amor inspira,
El casto amor del éxtasi halagüeño;
Ni el arrogante ensueño
Que forja la ambicion cuando delira;
Cuanto en la tierra esperanzó la mente
En su alterno vaiven de orgullo ó calma,
Nada es igual á lo que el alma siente
Cuando se pierde en lo infinito el alma.

De informes, vagos, mágicos objetos
Á la incansable animacion asiste:
Los mundos son brillantes esqueletos
Que ella en su luz y con sus formas viste.
Cuanto existió y existe
Y lo posible y lo imposible encierra
En el mundo infinito que imagina,
Y vuela y determina
Los confines extremos de la tierra;
Y parándose en noble señorío
A contemplar de léjos su morada,
Ve rodar por los cauces del vacío
Raudales de materia hácia la nada.

Y corre las tristísimas regiones
Por donde el caos se dilató primero,
Y de los rudos vientos las mansiones,
Agitadores del brumoso enero.
Y al templo placentero
De la alba primavera el vuelo tiende,
Del céfiro risueño engendradora,
Y á la tranquila aurora
En su lecho de púrpura sorprende,
Y se posa en la luna; y más audaces
Las alas inmortales alza luégo,
Y en la candente zona á las voraces
Serpientes ve circunvolar del fuego.

Ve la creacion que nace y que fenece,
Al tiempo ve con el semblante austero,
Ve el caos que nunca mengua y nunca crece,
Cuna y sepulcro al universo entero.
Ve el rápido sendero
Por do, las fauces hórridas abiertas,
Su carrera los siglos precipitan;
Y el antro donde habitan
Las potencias del mal siempre despiertas.
Mundos sin aire y luz, de potestades
Infinita mansion; y ve los senos
Donde aguarda á que mueran las edades
La hora final entre inflamables truenos.

Y siempre más allá. Mundos y mundos
Y torrentes sonoros de armonía,
Y astros sin fin y gérmenes fecundos,
Animándose al soplo que los guia.
Y ni noche ni dia
Ni luz ni oscuridad. Y un ancho velo
De inexplicables mágicos colores,
Y en vivos resplandores
Bañado el aire, centellando el cielo.
Y en los inmensos páramos vacíos
Con solemne compas y eco sonoro,
Astros y astros sin fin nadando en rios
De olas fulgentes de amaranto y oro.

En mitad de los mundos, sosteniendo
El curso igual y la alta pesadumbre,
De los soles el sol está ciñendo
Su corona inmortal de viva lumbre.
Allá la excelsa cumbre
Brilla en nuevo esplendor donde las palmas
De eternidad y eternidad florecen.
Allí las rosas crecen,
Alimento y perfume de las almas.
Y el espíritu vuela; y allí olvida
La mansion terrenal del ente humano,
Bebe el licor de inacabable vida
Y aprende de los cielos el arcano.

Así el arcángel del primero dia,
Obedeciendo á su inmortal destino,
Con las alas flamígeras se abria
Por la noche del caos largo camino.
Artífice divino,
La inspiracion de Dios alimentando,
Por la desierta inmensidad volaba:
La nada que abrazaba
Con el soplo hacedor iba animando;
Y de la eterna cítara á los sones
Llevado en la region opaca y sola,
Bajo su pié brotaban las creaciones
Y alumbraba los mundos su aureola.

Tambien el alma se remonta y crea
Y entónces es el alma. No vencida
Por terrena pasion, no el alma atea
Que se agita en las redes de la vida.
Libre, restituida
Á su alteza primera y su albedrío,
La dulce patria que perdió recobra,
Y es ya de un Dios la obra,
No el fatal menester de un hado impío.
¡Honda contemplacion, sublime grito
Que resuenas del alma en lo profundo!
Yo de un Dios para mi alma necesito
Y encuentro á Dios cuando abandono el mundo.

Hélo allí. En las purísimas regiones
Que alcanzaron las alas de mi mente,
Aquí está. En los nublados y aquilones
Cuya sombra y furor la tierra siente.
Pero no el Dios que miente
Él humano terror. El Dios que adoro
Es la inmortalidad, es la esperanza:
Espacios de bonanza
Los cantos llenan del eterno coro:
La lira, estremeciéndose en mis manos,
Voces sonando en mi interior secretas,
Siento en mí con delirios sobrehumanos,
Siento la inspiracion de los profetas.

¡Ah! ¿Por qué, por qué yo del alto objeto
Á que siempre aspiró mi fantasía,
Con rabia interna y con dolor secreto
Aparto sin cesar la mente mia?
¡Oh mundos de poesía!
¡Oh divinas imágenes! Si acaso
Me arrastran á vosotras un momento,
La que en el alma siento
Sed de ilusion y el fuego en que me abraso,
Yo mismo, como torpes ligaduras,
Los lazos de mi sér rompo yo mismo,
Y en mi entusiasmo y mi ilusion locuras
Y en mi mundo ideal hallo un abismo.

Alas cobré para subir al cielo,
Yo no quiero subir. Hunda el poeta
Su frente altiva en la hediondez del suelo
Y refriegue en la duda el alma inquieta.
Mentira es la secreta
Voz que á objetos magníficos le llama,
Y la celeste inspiracion mentira:
El genio que le inspira,
No con rastrero estímulo se inflama.
El mundo está para los vulgos hecho;
Es humo la ilusion, la gloria un nombre;
Ahoga ¡oh poeta! el cántico en tu pecho,
Y aprenda el hombre la verdad del hombre.

Vosotros ¡ay! los que sabeis la vida,
Decidme cuáles son vuestros caminos,
Y la hermosa ambicion prostituida,
Conquistemos más fáciles destinos.
En lazos más mezquinos
Aprisionado el ánimo, se asombra
Del soñado imposible que desea;
Que nuestro mundo sea
El círculo no más de nuestra sombra.
Abandonando mis pueriles sueños,
Sepa yo al fin vuestro lenguaje hablaros;
Miéntras más os contemplo más pequeños,
Despreciándome aprendo á despreciaros.

Y en tanto en honda soledad perdido,
Por el campo al azar mi planta yerra,
Ni aquí me turba al ménos el ruido
Del gárrulo tropel que el mundo encierra;
Todo en la muda tierra
Me parece que sufre. Gozo en esta
Sensacion de dolor que el orbe exprime:
Naturaleza gime
Y en su lecho de invierno se recuesta:
Devasta el aquilon las hojas frias;
La pompa de la selva ya no existe;
Duerme ¡oh vegetacion! Más tristes dias
Vendrán aún en estacion más triste.

¡Oh pura, oh inmortal, oh deliciosa
Naturaleza de los campos! Lleno
De tí, y el alma de abrazarte ansiosa,
Me arrojo yo gozándome en tu seno.
Ó que retumbe el trueno,
Ó que suspire el céfiro, ó que vierta
Su copa abril ó su huracan octubre;
Ó si el hielo te cubre,
Ó engalana el jardin la rosa abierta;
En tu furor, tu luto ó tu hermosura
Mis ojos por tu faz con ánsia llevo;
Y sólo tu espectáculo ¡oh natura!
Siempre grande á mis ojos, siempre nuevo.

Soplad ¡vientos oscuros! Levantaos
Sobre los bosques donde otoño impera;
Mi frente donde siento hervir el caos,
Los restaurantes ósculos espera.
Antes que el himno muera
Y enmudezca su voz mi poësía,
Acordaré mi lira á vuestros sones,
Y en salvajes canciones
De los campos dirá la musa mia.
Nunca imploré la soledad en vano;
Solaz en su regazo y calma siento;
Y ¡oh! ¡quién pudiera con su propia mano
Arrancar de su frente el pensamiento!

Á LA REINA DOÑA ISABEL II

EN SU CUMPLEAÑOS.

(Primer número del *Sol*: 19 Noviembre 1842.)

Miradla..... Yo la veo.....
Mustia la faz, rompida la armadura,
El manto imperatorio en sangre tinto;
Sin gloria, sin reposo, sin trofeo,
El raudal de sus lágrimas apura
La soberbia nacion de Cárlos Quinto.
Vagó por su recinto
Silencioso el leon que en mar y en tierra
Mundo y mundo en sus garras sostenia;
Y si, emulando un dia
Del vencido Muslim la heroica guerra,
Ella sola entre atónitas naciones
Abrió la tumba del mayor guerrero;
El hado ó iracundo ó justiciero
Vuelve á lanzar el trueno en sus mansiones;
Vuelve; y de espúreos hijos larga tropa
Moviendo, alimentando en sus entrañas,
Es ludibrio y escándalo de Europa
La España que pobló mundos de Españas.

¡Ah! léjos de la lira
Los que borrar quisiera odiosos nombres
De su libro inmortal la torva historia.
La voz no acostumbrada á la mentira,
Si proscribiesen el deber los hombres,
No ensalzára del crímen la victoria.
A tí cuya memoria
Con recuerdos é imágenes de espanto
Desde el nacer se alimentó en la cuna;
A tí, de la fortuna
Víctima amamantada con el llanto;
A tí, rama del árbol de los reyes
Por crudos vientos sin cesar batida;
A tí que áun eres símbolo de vida
En el violado altar de nuestras leyes;
A tí se vuelve con semblante ufano
La España esperanzada y en tí adora;
Que en la cumbre real del solio hispano
Del sol del porvenir eres la aurora.

Naciste y á tus ojos
Remedaron cien míseros pigmeos
Al Titan de los pueblos conjurados.
Creciste y avarientos de despojos,
Como nunca lo fueron de trofeos,
Empuñaron tu cetro unos soldados.
¿Quién sabe si los hados
No lo ordenan así y altas lecciones
Con tan injusta adversidad te inspiran?

Los ojos que te miran
Traspasan de dolor los corazones.
Pero reinas aún; y hoy mismo, hoy mismo
Que en derredor del trono en que te asientas,
La usurpacion procaz abre un abismo
Y llama sobre tí nuevas tormentas;
Hoy mismo, puestos en la infiel balanza
El cetro, el sable con audacia impía,
El nombre de Isabel es la esperanza
É invoca el dictador la monarquía.

Duerme el último sueño
¡Oh reina! de tus años infantiles,
¡Oh niña! de tu inmensa desventura.
Duerme; si el hado te mostró su ceño
De tu edad en los tétricos abriles,
La dicha ya con el poder te augura.
Cuando en la noche oscura,
Corriendo, el alma de pavor transida,
De tu régia mansion las soledades,
El ánimo persuades
Al largo azar de tu naciente vida,
¿No has visto alzarse en animadas sombras
Sobre fondo de vivos resplandores,
Las banderas del mundo por alfombras,
La familia imperial de tus mayores?
¿No has escuchado, di, su augusto acento
Que áun de la historia en los sepulcros zumba,
Presagiarte cercano el gran momento
Que ilustres el blason que orna su tumba?

Las lises, no teñidas
En España con sangre, aquí señalan
De tu estirpe borbónica el imperio.
Las águilas, al sol del Austria uncidas,
De otra España en los ámbitos se exhalan
Que redujo la Europa á cautiverio.
Más allá..... ¿entre el misterio
No la ves de otra edad?..... Rendidos, mudos
Los leones al pié, la cruz al pecho,
Al cetro en nudo estrecho
Lazados de cien reinos los escudos.....
¿No la ves, ostentando la corona
De la beldad tambien, cuál se adelanta,
Hembra sublime, valerosa y santa,
De los reyes de España la matrona?
Ella tu nombre dice; tú su nombre;
«¡Isabel! ¡Isabel!» Nunca en la historia
Pudo mejor imaginarse el nombre
La inocencia abrazada por la gloria.

Ella cual tú en la infancia,
Ella en la juventud lloró amarguras
Y tocas de orfandad vistió en su duelo.
Ella su frente armada de constancia,
De un trono disputado en las alturas,
De discorde ambicion opuso al vuelo.
Ella con noble anhelo,
Ante la hispana y la extranjera gente,
Simbolizando un inmortal destino,

A los triunfos previno
Vengada religion, patria naciente.
Ella, soplando espíritu de hazaña
En la española juventud guerrera,
A la sombra feliz de su bandera
Con cien coronas fabricó una España.
Aquella España rebosó en su seno
Como el mar bajo el cúmulo del dia,
Y el mundo vió de sus grandezas lleno
Que en ella un mundo antípoda cabia.

Tambien, tambien tú vienes
¡Oh segunda Isabel! cual la primera,
En tiempo á reyes y á naciones vário.
Bajo el escudo que en tus brazos tienes,
De sus siglos magníficos espera
Tu gran nacion el grande aniversario.
¿Piensas que al temerario
Genio de Europa que en tenaz empeño
El universo atónito sondea,
Única España sea
Nacion que duerma inacabable sueño?
Mira á todas las playas: ¿sus regiones
Ignotas hallará la raza aquella
Que no pondrá su pié sino en la huella
¡Oh segunda Isabel! de sus Colones?
El Asia; allí un camino. En donde el moro
Aun llora de Granada la alta hazaña,
Otro camino. En la region del oro
Cien caminos allí para la España.

¡Oh, cuántas al torrente
Que la concordia universal fecunda,
España mezclará fulgentes olas!
¡Oh, cuál los pueblos dueños del tridente,
En la extension que el piélago circunda,
Sulcos verán de naves españolas!
Tú ¡oh Reina! que tremolas
Del solio castellano en la alta cumbre
El hermoso pendon á cuyo abrigo
De un porvenir amigo
Vierten los genios prósperos su lumbre;
Tuyo el blason de recordar al mundo
Que, aquende los cerrados Pirineos,
Aun existe aquel pueblo sin segundo
Cuya historia es un templo de trofeos;
Y si otro tiempo de la gente extraña
Fueron sombra y terror sus pabellones,
Que al ménos hoy la renaciente España
De la Europa se cuente en las naciones.

Tal el despojo augusto
Que la acerba expiacion de lo presente
Legará á la española monarquía:
Con las naciones y los reyes justo,
En tamañas catástrofes se siente
La mano de aquel Dios que las envia.
Luzca por fin el dia
Que esta triste nacion ve no remoto,
Más robusta Isabel tras sus dolores;

Que ni ella ni tú llores,
Que ella cumpla tu voto, tú su voto.
Entónces, desde el trono congregando
Tus hijos todos á pesar de algunos,
La libertad enseña á los tribunos
Y á los reyes enséñales el mando.
¿Qué tiemblas, Isabel? ¿Sientes acaso
Surgir bajo tu pié nuevas traiciones?
No, no; la usurpacion toca á su ocaso:
El cielo no nos dió Napoleones.

Mas ¡ay! di, ¿por qué oculta
Tu sien despavorida en su regazo
La hermana que á llorar contigo existe?
¿Qué objeto de terror allí se abulta,
Que apartarlo quisieras con tu brazo,
Y tu vista á mirarlo se resiste?
¡Oh niña! ¡Oh reina triste!
Al pié del trono que áun el golpe siente,
Sangre un cadáver sin cesar derrama;
Y en vano, en vano llama
Tu labio en tu favor la Madre ausente;
Acércate, Isabel, que ese guerrero,
Que esa víctima inulta no te asombre;
Él fué tu más glorioso caballero,
Y el héroe vive aunque perezca el hombre.
Tu excelsa Madre á quien España implora,
Cuando tú reines, tornará por verte;
Y ella que al bravo de los bravos llora,
Te dirá de su vida y de su muerte.

Tormentas te mecieron
Al nacer ¡oh paloma! El rayo, el rayo
Hirió á tus padres y abrasó tu nido.
Mas ya las auras tu gemido oyeron,
Mas ya comienza á alborear tu mayo,
Mas ya ornan rosas tu pensil querido.
Levántate al florido
Soplo de la lozana primavera
Que á tus arrullos lánguidos sonrie:
Con tu poder te engrie
Y águila sé de la encumbrada esfera.
Águila sé: nadando entre arreboles
Por donde nace y donde muere el dia,
Blande sobre las gentes todavía
El cetro de dos mundos y dos soles;
Y cuando Europa de dictar sus leyes
Dé á nacion y á nacion la investidura,
Arroja en el congreso de los reyes
El blason español desde la altura.

LA TRIBULACION.

Hay un Dios, me lo dice el alma mia,
La tierra de otro mundo es el camino;
Para el hambre y la sed del peregrino
El desierto arenal la palma cria.
Yo tengo sed y hambre. La alegría
Por siempre huyó del corazon mezquino,
Y ya no pido á mi cruel destino
El bien que allá en mis sueños le pedia.
Deshechas ya mis ilusiones veo
Como pedazos ¡ay! de mis entrañas,
Y ni temo ni espero ni deseo.
¡Oh tú que en mi aislamiento me acompañas!
¿En quién he de creer si en tí no creo,
Y á quién me he de volver si tú me engañas?

EL ALCÁZAR DE SEVILLA,
Ó LAS DOS ESPAÑAS.

AL EMINENTE POETA Y LITERATO
DON JOSÉ MARÍA TORRES CAICEDO,
MINISTRO DE NUEVA GRANADA EN PARÍS Y EN LÓNDRES

1842.

Arpa feliz de mis antiguos cantos,
Vén conmigo otra vez á estos pensiles,
Eden de huríes, pabellon de encantos,
Donde allá de mi infancia en los abriles
Mi tierna fantasía,
Como rojo clavel que arder se siente,
Al sol resplandeciente
De la risueña inspiracion se abria.

Todo, todo habla aquí..... Naturaleza
Toda luz, toda amor, toda armonía,
Prodigando á torrentes su belleza
Bajo el cielo feliz de Andalucía,
Por el genio oriental hermoseada
En esta melancólica morada

Y abriendo al sol su maternal regazo
En voluptüoso abrazo,
Al brillo junto aquí de sus colores
Los portentos del pórfido y del oro,
Los primores del arte á sus primores,
Los tesoros del arte á su tesoro.

Mas ¡ay! que no es su voz la que, turbando
De esta apacible soledad la calma,
Los siglos en sus tumbas despertando,
Viene á arrancar de su quietud al alma.
¿No es éste ya del musulman imperio
Alcázar, trono de su gran victoria,
Padron de nuestro antiguo cautiverio,
Despojo al fin de nuestra inmensa gloria?
Sí, sí, todo habla aquí...... Mas la que siento
Es voz de destruccion, voz de lamento,
La voz de dos Españas soberanas,
Enemigas las dos, las dos hermanas.
¡Hermanas ¡ay! que separaba un templo
Y de eterno rencor dieron ejemplo!
La vencida cayó..... La vencedora
¿Dó está que el mundo la temió señora,
Y rendida despues su hercúlea clava,
Hubo quien quiso contemplarla esclava?
Tú ¡España de Almanzor! desparecistes,
Y tú ¡España del Cid! tampoco existes.

No existis, no existis; pero yo os veo.....
Al tibio albor de macilenta luna

Que parece llorar vuestra fortuna,
Un espectro, otro espectro giganteo
Ante mí se levanta,
Y en voz que el alma azora,
Altas hazañas canta
Y altas tragedias llora.

Desde aquí, desde aquí con voz ingente
Del fiero Islam á la progenie inquieta
En la Arabia gritar se oye al Profeta:
«Hijos de Agar, á Oriente y á Occidente:
»Que vuestro brazo por la Europa arrostre
»Y ante el Corán la Cristiandad se postre.»
Y el árabe obedece,
Y la tierra al impulso se estremece:
Y á par que sus falanges
Del Nilo extiende al Gánges,
Y doma la abrasada Palestina,
Y á Bizancio infeliz infunde miedo
Hasta encontrar junto á Salen divina,
Paladin de Jesus, á Godofredo;
Como el leon hircano,
Desciende por el ámbito africano,
De España ve las puertas
Por la traicion y la venganza abiertas,
Halla á Rodrigo en brazos de la Cava,
En Guadalete con el godo acaba,
Y, atrás dejando el conturbado Estrecho,
Se dilata á Pirene y á Moncayo,
Hasta que allá en Leon siente en su pecho
La punta de la espada de Pelayo.

¡Oh epopeya magnífica! ¡Oh momento
Solemne aquel en que, los dos movidos
De un impulso mayor que el de la gloria,
Exclamando los dos en su ardimiento:
«No hay más Dios que mi Dios», y enrojecidos
Con la sangre más noble de la historia,
Hollando con el pié de sus bridones
Sepulcros de naciones y naciones.
El hijo de Mahoma,
En la liza mayor que el mundo ha visto,
Al hijo viene á disputar de Cristo
El gran cadáver de la antigua Roma.
—Aquel de cuyos miembros giganteos
Nacerán los imperios europeos—
Hasta arrancar de su yaciente mano
El cetro soberano
De África y Asia, y en la antigua cuna
De Aníbal y Yugurta alzar un sólio,
Y su aurea Media luna
Plantar en el segundo Capitolio
Del universo aquel que fué latino,
La Bizancio imperial de Constantino!

Entónces, cual dichoso encantamiento,
Entónces te alzas tú, gran monumento;
Entónces los feudales
Castillos á emular, las catedrales
Sobre cuyos cimborrios y techumbres,
De un misterioso espíritu al conjuro,
Su ala inmensa de sombras y vislumbres
Tiende del Septentrion el genio oscuro,

En contraste feliz por los espacios,
A elevar sus moradas orientales.
Con sus manos de perlas y topacios,
Desciende entre aromáticos raudales
La hurí de los edénicos palacios:
Entónces, al estruendo de infinitas
Lides y al eco de infinitas zambras,
Se levantan en Córdoba mezquitas
Y se levantan en Granada Alhambras:
Entónces los de guerra y los de amores,
Cantos de los valientes trovadores
A vencer con el són de su armonía,
Vuela desde sus cielos carmesíes
La hurí de Alá, la hurí de las huríes,
La santa hurí de la oriental poesía;
Entónces con temprana
Aurora, entre las nieblas de Occidente,
Despuntan en la España musulmana
Las ciencias, hijas de la humana mente,
Las artes, hijas de la industria humana:
Entónces la magnífica palmera
Del imperio de Alá con la altanera
Copa que desparrama al mediodía
De la conquista el huracan fecundo,
Cubrirá con su sombra medio mundo,
Medio mundo que cubre todavía;
Entónces el turbante
Del califa andaluz brilla más alto
Que las altas coronas, y un instante
El mundo dudará con sobresalto
Si el nuevo genio que la aurora envia,
Del Septentrion al genio en la porfía

Va á vencer; y si, al ronco
Rugir de los arábigos leones,
El desgarrado tronco
De la vencida Europa y sus naciones
Cuyo sol de victoria se amortigua,
Como el del Héctor de la Ilion antigua,
En torno á los Iliones
De los pueblos atónitos cristianos,
Arrastrado será por los bridones
De los nuevos Aquíles mahometanos.

II.

Mas no, que no será. Dios lo previno.
Siglos la lucha el musulman prolonga,
Mas España es de Cristo y de los godos;
Que no á rendir su pabellon divino
Se levantó Pelayo en Covadonga
Contra el poder de los destinos todos.
¡Estirpe generosa de Alarico!
¡Hija de Teodorico
Que ya, al alzar la frente
Entre los turbios vahos
De aquel humano caos,
Mostrabas en tu oriente
La aureola de luz de las naciones
Que Dios destina á ser Dominaciones!
De tí el rescate espera
La Cristiandad entera:
De hierro son, de hierro esas montañas,
Y de ahí nacerán muchas Españas.
La guerra no es la muerte,
Es la vida del fuerte.
¡Guerra y más guerra á la morisma impía!
Y qué, ¿tambien un dia,

Carlomagno inmortal, padre de Europa,
Con incauta doblez en són de hazaña,
Tú con tus Pares y tu franca tropa
Vendrás á herir el corazon de España?
¡Carlomagno! traspon los horizontes
Si no buscas aquí tu mauseolo:
Huye y combate tú tras esos montes;
Huye, mas huye avergonzado y solo.
Huye, que ya los vascos,
Trepando á sus peñascos,
Aun sin las armas que á su esfuerzo bastan,
Desde la cumbre aplastan
Hombres, caballos, flámulas y cascos.
Su cántico guerrero
Será tu mensajero:
Tumba de francos á sus ferreas plantas
Serán esas gargantas;
Y el cuerno de Roldan en Roncesvalles,
Sonando por los montes y los valles,
Dirá con su terrífica elocuencia,
Entre aquellos mortíferos trofeos,
Que de entónces serán los Pirineos
Columnas de la hispana independencia.

Mas ¿cuál entre pirámides de espadas
Roja cruz allá asoma
En la Roma que fué y es siempre Roma?
¿No es la cruz inmortal de las Cruzadas?
¡Alzaos, alzaos, naciones!
Corred, ¡oh campeones
De la guerrera Cristiandad naciente!

Y resguardad con vallas
De petos y de mallas
La otra puerta de Europa allá en Oriente.
Nosotros en España pelearémos
Y al desierto el Coran arrojarémos.
No sólo en nuestras cotas y pendones,
En nuestros corazones
Esa cruz está ya. ¡Cruz de victoria!
¡Cruz de la humana y la divina gloria!
Hé allí el apóstol, capitan y guía
Que el cielo nos envia:
Hé allí á Santiago en su caballo blanco
Con la espada de luz que Dios bendijo,
De la hueste muslim romper el flanco,
Atropellando moros en Clavijo.
¡Santiago, cierra España!
¡Muslim, á la campaña, á la campaña!
En vano, España mora,
Dinastías tendrás de Abderramanes
Que inunden á la Europa en resplandores:
En vano, en mala hora
Vendrán como huracanes,
Como el Simun de Alá, tus Almanzores;
Alfonsos hay aquí que son mayores;
Fernandos hay á manejar aceros;
Y si no bastan ya reyes guerreros,
España se hará hombre
Y el Cid será su nombre;
Y en el mar de penachos tremolantes
De los de aquella edad siglos gigantes,
De la Europa de Cristo meteoro,
Sobresaldrá del Cid el yelmo de oro,

¿Qué importan tantos siglos de porfía
Ni á nuestra sangre abiertos
Tan anchos cauces desde Uclés á Alarcos?
Cada siglo en la historia es solo un dia,
Y nosotros tambien de cuerpos muertos
Sabemos levantar triunfales arcos.
Luchemos pues, luchemos
Y en el nombre de Dios os vencerémos.
¡Lucha sin tregua y sin piedad!..... En tanto
El usurpado manto
De aquella generosa monarquía
Que de montes á mares se extendia,
El manto que entre góticos escombros
A Rodrigo arrancasteis de los hombros,
A vosotros ahora nuestro brazo
Pedazo tras pedazo
Irá arrancando hasta arrancarlo entero.....
El gran Pelayo os arrancó el primero,
Y Astúrias fué y Leon..... Y allá en la franca
Frontera otro pedazo se os arranca.....
Pedazo que será la gran corona
De Aragon y Navarra y Barcelona.....
Y otro pedazo aún donde la silla
Se alzará de Castilla.....
Castilla, madre de la España toda,
Libre otra vez como la España goda.

¡Oh espléndidas visiones
De timbres y blasones!
¡Oh de las dos Españas
Valor, constancia, hazañas,
De otra España mayor alto comienzo

Y presagio feliz de su fortuna!
Él es, él es..... como en el noble lienzo
De mi paterno hogar junto á mi cuna
A mi vista asombrada parecia,
Y en silenciosa voz que áun mi alma siente,
Ceñudo y sonriente
Las glorias de mi patria me decia.....
Esculpido en mi frente aquí le llevo,
Y amor y admiracion á un tiempo pruebo.....
Él es, él es..... La veneranda sombra
Del monarca más grande de Castilla,
Conquistador de la imperial Sevilla.....
Manto azul, blanco armiño, roja alfombra.....
Alfombra de banderas fluctuantes
Y lunas y turbantes.....
El yelmo su corona..... En la siniestra
Mano y manopla muestra
La cruz de Hermenegildo y Recaredo
Que á los hijos de Agar infunde miedo,
Y á defenderla en la invencible diestra
La espada de los cielos bendecida
Que al infiel dará muerte, á España vida.
Altísimo trofeo,
De la conquista y la venganza arreo,
La armadura en sus miembros centellea
Que á sustentar la secular pelea
Dió el mismo Dios á la alta dinastía
Que de Astúrias fundó la monarquía.....
Tú ¡gran padre de España! la llevabas
En Covadonga..... Alfonso allá en las Navas.....
Otro Alfonso, otro Alfonso denodado,
La llevará tambien en el Salado,

Y al cabo de ocho siglos no abollada
La ostentará Isabel allá en Granada.
¡Gran Reina! ¡Grandes reyes! ¡Grandes hombres!
¡Gloria, gloria sin fin á vuestros nombres,
Restauradores del paterno suelo!
¡Gloria á tí, gloria á tí, tercer Fernando,
De quien es templo España, tumba el cielo!
A tus plantas guardando,
En mora sangre tinto,
De Muza y de Tarif las cimitarras,
El leon español está esperando
La aurora de Isabel y Cárlos Quinto
Para tener al mundo entre sus garras.

Mas ¡ay! que áun tarda el venturoso dia.
¿Cuál otro bulto entre la luz sombría.....?
Otro monarca...... Tras el gran guerrero
El gran legislador..... Alfonso el Sabio,
El inmortal autor de las *Partidas*.....
Aun suena aquí su acento lastimero,
Aun el sollozo de su anciano labio
Repiten estas auras doloridas.....
Este alcázar le vió con su astrolabio
El curso señalar de las estrellas
Y exhalar, ya sin trono, sus *Querellas*.
¡Oh noble y triste y colosal figura
Que ningun corazon contempla inerte!
Ser grande en el fracaso de la suerte
No es tener pedestal, sino estatura.
¿Por qué no ser tambien Alfonso el fuerte,
Y aquella España que antevió futura

No legar á los godos en su muerte?
¿Por qué, por qué á deshora
Soltar la que él tambien blandir sabía,
Espada vencedora
Que á Granada y al triunfo conducia?
Genio fué de la paz, no de la guerra:
Él quiso combatir otro islamismo
Y por tierra cayó..... mas no por tierra.
Con el monstruo luchó del feudalismo,
Y vencido venció, le abrió el abismo.
Coloso de la humana inteligencia
En la vasta penumbra de la ciencia,
De la estirpe de aquellos precursores
Que son entre los grandes los mayores;
En láminas grabando diamantinas
Sus *Tablas Alfonsinas*,
Por cima de su siglo se levanta,
Lucha, sucumbe, canta,
En su dolor se encierra
Y llena de sus lástimas la tierra.....
Mas España ¡oh Alfonso! te maldijo,
Y contra tí prevaleció tu hijo.

¡Sancho!..... Allí está..... Ganoso de pelea,
Bajo la cruz al infanzon alista,
Y hácia el campo muslímico espolea
El heroico bridon de la conquista.
Otra sombra..... ¡Fernando! Por él vela
María, la rival de Berenguela;
Que ¡oh cara patria! en tus gloriosos dias,
Para que al mundo con tu genio asombres,

Si grandes hombres por azar no crias,
Las mujeres serán tus grandes hombres,
Y tendrás Berenguelas y Marías.
Mas no, que no se acaba
Esa raza inmortal de hombres de hierro
Que del mísero amante de la Cava
Rescatan ¡ay! el primitivo hierro.....
Vedle..... ¡Otro Alfonso! ¡Nombre de victoria!
El Salado es su página en la historia.
Y así como un Alfonso allá en su dia,
Cuando el cimiento de la España abria,
La comenzaba con eterna loa
Plantando sus pendones en Lisboa,
La comenzaba por la patria hermana,
La patria lusitana;
Este Alfonso, el postrer, apresurando
Del sol de la conquista el lento giro,
Á Gibraltar cercando,
Á Gibraltar mirando,
Rendirá su alma á Dios con un suspiro,
Ambos trazando á siglos venideros
Los mal guardados límites iberos.

III.

Mas ¡ay! ¿qué dolorida
Beldad suprema de supremo encanto
A la noche y al viento y á las flores,
De un velo funeral la sien ceñida,
Viene tal vez á confiar su llanto
Y el eterno rubor de sus amores?
¡Oh beldad soberana de Castilla!
¡Oh hermosa, oh hermosísima Padilla!
Tú á fuerza de ternura y de belleza,
Como á Pedro, á la historia enterneciste,
Y, si no como un ángel de pureza,
Cual ángel de bondad apareciste.
Mas ¡ay! es él..... tu maldecido amante.....
El tigre humano, el tigre carnicero.....
No imprimas, no, tu labio en su semblante.....
La sangre que hay en él borra primero.
¿No los ves? Dos espectros..... Doña Blanca
«¿Qué te hice yo sino adorarte en vano?»
Clama y un ¡ay! del corazon arranca.
El otro..... «¡Hermano, hermano.....
»En Montiel nos espera Don Enrique!.....»
¿Quién es? Es Don Fadrique.....

¡Atridas ¡ay! de la española historia!
Y qué ¿hay tambien para los monstruos gloria
Y la imparcial posteridad no miente?
Él con el brazo ingente,
Agitando el puñal ó las cadenas,
Quebrantará la frente,
Desangrará las venas
Del gigante feudal que con su maza
La frente de los pueblos amenaza:
Él, al caer como Fadrique un dia
A sus plantas caia,
Se alzará con indómita arrogancia,
Maldecirá á la Francia,
Y allá en la venidera
Edad será para la gente ibera
Espectro soberano
Del fiero patriotismo castellano.
Él de bárbara edad bárbaro atleta,
Tendrá su gran poeta:
El pueblo lo será que es un Homero;
Y al querer en sus páginas juzgarle,
La historia no sabrá cómo llamarle:
Pedro el *Cruel* ó Pedro el *Justiciero*.

IV.

La historia es un gran crímen;
El crímen de los pueblos y los reyes:
Los que oprimidos son y los que oprimen,
Y la cuchilla el cetro de las leyes.
No se oye más que el ¡ay! de los que gimen,
El ¡ay! fatal de las opresas greyes,
Y otro ¡ay! tremendo de mayor encono,
El ¡ay! del opresor sobre su trono.
Pasad ¡sombras! pasad..... Y que á lo ménos
Cubra ante mí la historia
Con el manto esplendente de la gloria
De su miseria y corrupcion los senos.
La sangre de la espada es noble y santa,
Mas ¡cuánta sangre vil! Y ¡oh, cuánta, cuánta
Miseria que no es sangre y que es miseria!
¡Grumos ¡oh humanidad! de tu laceria!

Pasad ¡sombras! pasad. Llega ¡gran dia
De Isabel y Colon! Por los verjeles
Vagó tambien mi planta
Donde bajo magníficos doseles
De granados y mirtos y laureles
La Alhambra con sus torres se levanta.
Pero no, no sus cármenes de flores,

Ni sus auroras de amaranto y oro,
Ni sus bosques, mansion de ruiseñores,
Ni de su vega el perenal tesoro
Fué lo que vi..... Se descorrió en mi mente
El espejo ideal de lo pasado,
Y en vision esplendente,
La Sultana oriental del Occidente
Vi apercibirse á contrastar el hado.
La vi, la vi..... Cercado de vestiglos
El áureo trono de la España mora,
Del combate fatal de tantos siglos
Llegada ya la postrimera hora,
Cerrados mar y tierra,
Castilla al pié con su pendon de guerra,
Yo vi, yo vi á Granada
En la fatal jornada,
El estandarte del Profeta alzando,
Congregar del Profeta la falange,
Y el bridon del Profeta demandando,
Y del Profeta el consagrado alfanje,
Bajar al llano, y con terrible acento
Encendiendo en redor los corazones,
Romper por los cristianos escuadrones
Y caer en el campo sin aliento.
La vi, en rugidos de furor trocados
De su antigua victoria los lilíes,
Chorrear de sus miembros desgarrados
Sangre de Abencerrajes y Zegríes:
La vi, su rostro de pabor cubierto,
Maldiciendo á su Alá que la abandona,
Un pueblo de héroes á sus plantas muerto,
Arrojar al cristiano su corona;

La vi en el cautiverio
Perder aquel imperio
De quien fuiste ¡oh Sevilla! ilustre cuna,
Que en Córdoba veia
À los cielos subir la Media luna,
Y en el tremendo dia
En Granada, en Granada sucumbia.
«Cayó, cayó Granada»
Clamó Sierra Nevada,
«Cayó Granada» repitió Occidente
Con himnos de alegría;
«Cayó Granada» resonó en Oriente
Con voces de agonía.....
Cayó Granada..... Su cadáver yerto
Se volverá al desierto.....
Leones y panteras
Serán sus plañideras:
Y Boabdil, y Boabdil, el rey postrero,
Impotente á embotar en su coraza
La sentencia de Dios contra una raza,
Terror ayer del universo entero,
En tierra la rodilla,
Recordando sus huestes y sus naves
De su baldon al apurar la copa,
Entregará á la Reina de Castilla
Las llaves de Granada, aquellas llaves
Que son tus llaves ¡libertad de Europa!
Que son tus llaves ¡religion de Cristo!
Y por fallo de Dios, sólo previsto
De un hombre entre los hombres sin segundo,
Son tus llaves tambien ¡oh Nuevo Mundo!
Las llaves de la América.

Perdona
¡Sombra de aquella España musulmana
Que fué España tambien! si el labio mio
Himnos sin fin de adoracion entona
Á aquella refulgente soberana,
A aquella gloriosísima matrona,
Que, en Dios depositando su fortuna
Y en el fuego del alma enardecida,
De la Alhambra arrancó la Media luna
Y á Europa se la dió rota y vencida.
¿Vencida?..... Pero no..... que al otro lado
De aquel mar con la sangre purpurado
De cuanto ha sido entre los hombres gloria
Mediterráneo Mar, Mar de la historia;
En la ciudad que se erigió aquel dia
En que, rendidos los robustos brazos
De sostener el mundo, en dos pedazos
El coloso romano se partia;
Allá en Bizancio, en la segunda Roma
Que la otra Roma, al declinar su solio,
Intentó consagrar entre las gentes
Trono de los tres viejos continentes
Y del Dios del Calvario Capitolio;
De nuevo al mundo asoma
El terrible estandarte de Mahoma,
Y la hueste de Cristo amenazada
Pone en nuevo temor mano á la espada.
Mas no, mas no, que en tanto,
Tambien en sangre mahometana tinto,
Del África amagada en el recinto,
Ardiendo de Isabel al estro santo,
Pasará por el mundo Cárlos Quinto.

Y allá, y allá, bien pronto,
En los dorados mares
Donde, al són de su cítara marina,
La sirena gentil del Helesponto
Se consuela evocando en sus cantares
A la Grecia triunfante en Salamina;
Del cielo el alma de Isabel bajando,
Y en otro heroico nieto
Con su celeste espíritu inflamando
La santa inspiracion del santo objeto;
Verá la Cristiandad alborozada,
Libre otra vez su corazon de espanto,
Del nuevo Jérjes con su nave armada
El turbante flotar, flotar el manto:
Verá la cruz que refulgió en Granada
Reflejarse en las aguas de Lepanto,
Y entusiasmadas pregonar las olas
El triunfo de las armas españolas:
En un trono verá de querubines,
Más que la luz del sol resplandeciente,
Cercada de sus bravos paladines,
La aureola de Dios por yelmo ardiente,
A la reina Isabel en los confines
Aparecer de Oriente y Occidente,
Cubrir la Media luna con un velo,
Y volverse otra vez, volverse al cielo.

V.

¡Oh Isabel! ¡Oh Isabel! Tú eres España,
La España que existió, no la que existe;
La que criaste en tu materna entraña,
Y á tus pechos maternos la nutriste;
Aquella á quien tras siglos de campaña
A campaña mayor apercibiste;
Y la cruz en la paz, la espada en guerra,
Fué su casa y su hogar toda la tierra.

¡Oh! no; del patrio amor no es vanagloria,
No es falaz ilusion de lo pasado:
Memoria igual á tan feliz memoria
Hombres, razas y siglos no han guardado.
¡Fábula, sí, nuestra pasada historia
Que la fábula antigua no ha igualado!
¡Fábula de portentos que fué hazaña!
¡Fábula que hizo realidad España!

¡Vosotros entre todos los más grandes
Que, no contentos ya con los caminos
Del África y del Asia, Italia y Flándes,
Desdeñando los piélagos vecinos,

Del Misisípi á los remotos Andes.....
Más acá..... más allá..... nuevos destinos,
Mares serenos, aúreos continentes,
Otros mundos abristeis á las gentes!

¡Los que de un siglo en la inmortal carrera
Que eclipsó con su luz los siglos todos,
Tomando la gloriosa delantera
Que el cielo os dió por tan excelsos modos,
No un pueblo ya, la humanidad entera
Llevabais en la nave de los godos;
Y el Oceäno se volvió fecundo,
Y el *Non Plus Ultra* se borró del mundo!

¡Los que, más reyes que los altos reyes
De la gloria en el trono soberano,
Alzasteis tantas infelices greyes
A la santa hermandad del gremio humano!
¡La España que, enlazando con sus leyes
Al continente el continente hermano,
Civilizó más mundo en paz y en guerra
Que todas las naciones de la tierra!

Y ¡una vana y procaz filosofía,
Sujetando la historia á molde estrecho,
Emplaza ante la historia en su osadía
A la grande nacion que un mundo ha hecho!
Grande fuíste entre todas, patria mia,
Y el mundo entero proclamó á despecho
De la ignorancia y la pasion extraña
El Siglo Diez y Seis Siglo de España.

¿Fué que en el drama del destino humano
Dios, en su providencia escrutadora,
Á cada gran nacion con hondo arcano
Señaló su mision, fijó su hora?
O ¿España al cabo con su férrea mano,
Con aquel cetro que aspiró en mal hora
A ser el cetro de la Europa entera,
Quiso al mundo parar en su carrera?

Un dia fué que de luchar cansado
Vióse, dejando el ámbito europeo,
Al Gigante de España desangrado
Caer del lado acá del Pirineo;
Quedar en largo sueño sepultado,
Ceñido aún su imperatorio arreo,
Y á su sueño arrancar doblez extraña
Lisboa y Gibraltar que son España.

En vano, en vano áun le proclaman dueño
Del Occidente y del Oriente zonas;
En vano áun dicen su frustrado empeño
Terrestres haces, marineras lonas;
El temido Gigante guarda el sueño
Entre esparcidos cetros y coronas,
Y sólo tras dos siglos le despierta
La voz de Napolëon que está á su puerta.

¿Será España otra vez? Siempre es España:
Su valor, su constancia, su osadía:
Pero la agobia la ambicion extraña
Y la vende la interna tiranía.

¡Oh vergüenza mezclada á tanta hazaña!
¡Oh crímen de la Europa que en el dia
De las grandes naciones te desdeña
¡Oh España siempre grande! por pequeña!

Y tú, noble ismaëlita que en tu duelo
Te volviste á tu desierto primitivo
Donde, como en el mar, como en el cielo,
Se refleja de Dios el rostro vivo;
En cuya inmensidad como en un velo
Al mundo entero te ocultaste esquivo,
Y vives, libre el cuerpo, libre el alma,
Como en tiempo de Abrahan, bajo una palma;

Cuando, al morir el sol, bajo la tienda,
En el oásis que en verdor florece,
Al rendido corcel suelta la rienda,
La hurí de los ensueños te adormece,
¿No lloras, di, tu arrebatada prenda,
Ni la imágen de España te aparece,
Ni el fiero corazon se te desgarra,
Ni te habla de volver tu cimitarra?

Ó ¿acaso ya, cuando en tu pobre quilla
Cruzas el mar donde reinó Cartago,
No oyes sonar desde la opuesta orilla
De la voz de tu España el eco vago;
Ni entre los cantos que guardó Castilla
Del antiguo señor en dulce halago,
Los que entre sorbos de embriagante copa
Himnos de libertad entona á Europa?

Pero ¿qué á tí la libertad? ¿Quién libre
Como tú, como el hombre primitivo,
Ni el de la antigua libertad del Tibre,
Ni el del Eurotas que paró en cautivo?
Ni ¿quién, quién sabe si, por más que vibre
Al santo nombre el corazon altivo,
El mundo no se apresta en estos dias
A nuevas y más grandes tiranías?

¿Quién sabe si tras tanta y tan hermosa
Esperanza de bien que el alma encierra,
En tanto que la mente se reposa
En sueños de hermandad para la tierra;
Mas cuando el cráter del volcan rebosa
Lava y más lava de discordia y guerra,
Y anuncia el són del subterráneo trueno
El incesante hervor del ígneo seno;

Quién sabe si en los siglos del futuro,
Cumpliéndose de Dios altos misterios,
Abierto de la Europa el seno impuro
Al estupro de nuevos cautiverios,
De pasadas edades al conjuro
Volarán como arenas los imperios,
Y renovando vuestra antigua hazaña
¡Hijos de Sem! áun volveréis á España?

Pero no..... Dios es Dios..... ¡Astro fecundo
De la naciente edad! luce sin velos;
Vive y alienta ¡libertad del mundo!
¡Sol de la humanidad! sube á los cielos.

El gérmen que en la tierra está profundo
Ni estivos rayos secarán ni hielos:
Árbol dará de inmarcesible sombra,
Del gran pueblo de Dios dosel y alfombra.

Y esta España será que hoy se levanta
Con la memoria de sus tiempos claros,
Por más que aherrojen su robusta planta
Hados áun de su grandeza avaros,
La que irá con su enseña sacrosanta,
Al fondo del desierto irá á buscaros,
Y, juntos en un sol nuestros dos soles,
Seréis por siempre España y españoles.

EL DESCOTE.

Fulana, di á Fulana, pues tú has sido
De nuestras confidencias confidente,
Que en efecto por ella últimamente
Sintió mi corazon cierto latido;
Mas, al mirarla en el salon henchido
Lucir ese descote irreverente,
Brindando á las miradas de la gente
Las prendas del favor correspondido;
Como amor es curiosidad al cabo,
Y he visto ya sus rutilantes pechos,
Y no se trata de feriar un pavo;
Mis votos se dan hoy por satisfechos:
Y, si cual nunca su belleza alabo,
Renuncio por pudor á mis derechos.

A LAURA.

Laura, Laura, soy yo. Mi triste acento
Vaya esta vez á lastimar tu oido;
Eco desgarrador, hondo lamento
Del amor y el placer desvanecido.

Laura, Laura, soy yo. Y el alma mia,
Tras el bien ideal siempre corriendo,
Con su nunca engañada simpatía
Que áun te acuerdas de mí me está diciendo.

Que, si amor suele unir los corazones
Con guirnaldas que el céfiro arrebata,
Tambien tiene cadenas de eslabones
Que la tumba quizás no los desata.

Yo arrastro esa cadena. Y tú que un dia
Á cuya última luz morir debimos,
Tu alma sintió lo que sintió la mia
Y un alma sola para amar tuvimos;

Cuando anheles la dicha, cuando hastiada
De tanto bien como halagó tu vida,
Vuelvas la planta atras por la encantada
Region feliz de la ilusion querida;

Por mustias que halles las antiguas prendas,
Las flores muertas, los verdores secos,
A mí te llevarán todas las sendas
Y de mí te hablarán todos los ecos.

Mas no, no, que soy yo. Laura, es el niño
Tímido, silencioso, enamorado
Que llevaba en su pecho tu cariño
Como esencia purísima encerrado:

Es aquel niño que en el lento fuego
De ignorada pasion se consumia,
Y alucinado y delirante y ciego,
Adorado imposible te veia:

Que en su misma ilusion embebecido,
Sin osar hasta tí tender su vuelo,
Como en las alas de su amor subido,
De tu divino amor se halló en el cielo:

Aquel que tu alma desgarró mil veces
Con celos, con rigores, con agravios,
Que apuró la pasion hasta las heces
Pendiente de tus ojos y tus labios.

Laura, ¿lo escucharás? ¡Cuánto recuerdo
A tu existencia y tu hermosura unido!
¡En cuáles mundos de ilusion me pierdo
De tu nombre no más, Laura, al sonido!

Ora es la noche, el solitario monte,
El moribundo sol y el viento blando,
La alba luna que argenta el horizonte,
Tú y yo en la soledad gozando, amando.

Ora ya el sol con su primer mirada,
Cuando los campos á dorar empieza,
Y en su lecho de flores reclinada
Despertando al placer naturaleza;

Y yo aspirando en mi ilusion de amores
Las brisas de ámbar de la blanca aurora,
Y tú conmigo entretejiendo flores,
Mi dulce Vénus, mi brillante Flora.

Ó ya en las selvas bajo el rayo estivo,
Entre alamedas de verdura y sombra,
Al són del arroyuelo fugitivo
Adormecidos en la blanda alfombra;

Cual dos pastores de los siglos de oro
De Arcadia ó de Amatunta en las florestas,
De los goces del campo el gran tesoro
Apurando los dos en largas siestas.

¡Oh Laura! hasta los ecos balbucientes
De la musa infantil de mi poesía,
Hasta aquellas imágenes rientes,
Olimpo de mi tierna fantasía;

Sí, todo, todo cuanto fué mi gloria
En aquel tiempo por mi mal pasado,
Revive y se levanta en mi memoria
Al poder de tu nombre idolatrado;

Y cuando considero lo presente
Y esta ausencia infinita considero,
Pienso que de mí mismo estoy ausente
Y nada ya de la existencia espero.

Mejor fuera olvidar. Mas ¡ay! en vano
Quiero borrar del alma ilusionada
Aquel país de resplandor lejano
Donde siempre te encuentro á mí abrazada.

¡Ah! ¿Por qué no es así toda la vida?
¿Por qué la dicha misma se convierte
En sombra de dolor al alma asida
Con recuerdo tenaz hasta la muerte?

¿Por qué, al dejar con nuestra edad primera
El palacio de encantos é ilusiones
Donde se agota por la vida entera
El raudal de las puras emociones;

Por qué al pisar del mundo los umbrales,
Cuando vais á espirar, horas dichosas,
Por qué no se nos clavan cien puñales
Donde al ménos muramos entre rosas?

¡Ah! ¿por qué el corazon, copa vacía
Del licor de la fe, del entusiasmo,
No se nos cäe del pecho ¡oh Laura! el dia
Que en sus heces gustamos el sarcasmo?

¿Por qué llega en la vida un fiero instante
Que, áun del amor que verdadero ha sido,
Sólo queda un recuerdo agonizante
Cual la luz de la tumba del olvido?

¿Por qué, por qué tambien el tiempo corre
En lo que nunca se soñó pasado,
Y esto te escribo yo sin que lo borre
Sangre del corazon despedazado?

¿Por qué al primer amor sobrevivimos,
Al primer dios, á la primer creencia,
Y altares á otros dioses erigimos,
O sólo queda un dios, la indiferencia?

Pero no temas, no, que yo marchite
De tus dulces creencias los objetos;
No temas, no, que en tu presencia agite
De mi seca razon los esqueletos;

Que áun de tu vista y de tu voz lejano,
Como en la aurora de mi amor yo siento
El noble freno de tu hermosa mano,
El blando influjo de tu blando acento.

Reconóceme, Laura, soy el mismo:
Un inmenso volcan mi fantasía,
Mi mente abismo, inmensurable abismo,
Y tuya, siempre tuya, el alma mia.

Y ¡oh! ¡si áun pudiera reclinar mi frente
En el seno feliz de tus hechizos,
Y sentir agitar tu mano ardiente
De mi sien juvenil los blondos rizos!

¡Oh! ¡si á mis ojos áun velar pudieras
Con la venda feliz de tus halagos
De esta imaginacion, toda quimeras,
El devorante fuego y los estragos!

Pero no puede ser. ¡Dulces amores!
¡Única dicha cuanto breve cierta!
Aunque volvierais con las mismas flores,
Vuestro sol era el alma y está yerta.

¡Oh sueños! ¡oh memorias! ¡oh alegrías!
¡Oh ya lejana cuanto dulce historia!
Laura, no volverán aquellos dias;
Pero inmortales son en mi memoria.

EL OSO.

Á MODO DE SÁTIRA.

1843.

Que no, digo que no, que no repito:
No ha de ser exclusivo privilegio
De tu sexo y de tí, mujer ingrata,
Decir que no..... Repito que no quiero.
No quiero escribir versos en tu álbum;
Primero, porque es álbum y detesto
Los versos de álbum yo, que en serlo solo
Son el gran pamplinismo de los versos;
Y es tu álbum mismo con sus claros nombres,
Gloria del Pindo y del Parnaso ibero,
La mayor coleccion de tonterías
Que se escribió ni en español ni en griego.
Segundo, porque no es en ese libro
Siempre á una plebe de salon abierto,
Colmena de golosos literatos,
Más que de tu hermosura monumento,
Donde yo lo que siento he de decirte,
Donde yo he de decirte lo que pienso;
Y, si se trata de llamarte hermosa,

Hay un álbum mejor, y es un espejo.
Tercero en fin, porque en el caso mio
Salir yo ahora echándote requiebros
En estilo oficial de circunstancias,
Sería para mí tanto trofeo
Como si un mal galan en un mal drama,
Llegado el catastrófico momento,
Al compas de la silba del concurso
Se pegase á sí mismo un palmoteo.

¿Qué soy yo para tí? Segun tú dices
Y repite una cáfila de memos,
Soy el niño mimado de tu tribu,
Tu favorito soy, tu ojo derecho,
Y áun hay quien cree que mi privanza llega
Hasta el zenit de tu encumbrado cielo.
Mas, segun la opinion de hombres más graves
Y mujeres tambien, gran voto en esto,
Y en fin, segun yo mismo que me fundo
En mis propios fehacientes documentos,
Lo que soy es tu oso, un oso blanco,
Porque no soy siquiera un oso negro.
Un oso blanco, sí, no ya criado
Al calor de estos climas donde hay fuego,
No ya nutrido en el hermoso clima
Del sol de tus favores y embelesos,
Sino un oso polar, un pobre oso,
Ayuno y lacio y aterido y yerto
Bajo el clima glacial de tus desdenes,
Vagando entre las nieves y los hielos
De tu hiperbóreo corazon...... En vano

La llama de un volcan llevo aquí dentro;
Me descuelgas tus témpanos encima
Y tirito de amor, no ya me quemo.

Repito pues que no. Di lo que quieras:
Di que soy montaraz..... Así es más cierto
Ese símil del oso..... Á todo el mundo
Di que soy brusco, antisocial, grosero,
Que en vano quieres tú civilizarme,
Que el mundo no entra en mí donde yo entro,
En fin que soy un oso..... Me persigue
La palabra fatal..... Y es que, en efecto,
Un oso es lo que tú quieres que sea,
Un oso es lo que há tiempo estoy yo siendo,
Un oso por las calles y las plazas,
Un oso en los teatros y paseos,
Un oso de esos osos que te cercan
A quienes, como al oso verdadero,
Les cuesta más trabajo en dos que en cuatro
Patas andar..... En fin un oso de esos,
Émulos del venado y del marido
Y de otros animales inmodestos
Que, abdicando las armas naturales
Y usurpando la insignia y privilegios
À aquel otro animal que es en España
Emperador de los circenses juegos,
Y que áun más que el leon á ser comienza
Símbolo y prez del castellano pueblo,
Lo que llevan y lucen y tremolan
Desvergonzadamente en el testero,
Es..... ahora sí que te me pones fosca.....

Es..... ahora sí que tus remilgos tiemblo.....
Es..... ¿á qué no lo digo?..... ¿á qué lo digo?
Es un frontal de inmarcesibles cuernos,
Y colgado del morro por tu mano,
Nuevo toison de oro, un buen cencerro.

Pues bien, ya se acabó. Yo no soy oso:
Te destierro ¡canario! de mi imperio:
Ni me amenaces con enviarme el álbum
Porque sin más ni más te lo devuelvo;
O si tal vez la tentacion me vence
De la inmortalidad que en ello pierdo,
En vez de usar las rosas y azucenas,
Y las perlas y el oro y los luceros,
Y toda esa infernal farmacopea
Que para convertir en adefecios
Las buenas mozas como tú, autoriza
Más que otro alguno el español ingenio;
En vez de embadurnarte como estampa
De bodegon en colorines viejos;
De par en par el corazon me abro,
Te encajo una verdad mayor que un templo,
Y un escándalo habrá que se hunda el mundo
O tendrás que quemar el libro entero.

¿Qué verdad? dirás tú. Pues qué, ¿no sabes,
Monstruo de iniquidad y embaucamiento,
Más mala que Eva, tu difunta abuela,
Que al cabo fué leal con su cortejo;
Pues qué, no sabes tú, más que yo mismo,
Que estoy enamorado?..... No me atrevo

A decir como un bestia, y sin embargo
No hay palabra mejor para el concepto.
Te amo pues como un bestia..... No te enojes.....
La fórmula es fatal..... Si yo no tengo
Ni educacion civil de esta que ahora
Aprenden los que nunca la tuvieron,
Ni esa otra sábia educacion que enseña
A versiculear..... ¡Mira qué verbo
Tan indigno de tí, de la Academia,
Del sentido comun que voy perdiendo!
Ni ¿cómo osára yo manchar tu álbum
Con esta pluma que parece un bieldo?.....
Si doy á lo mejor un estampido.....
Si soy oso tambien bajo este aspecto.....
Si sé bien que tus tímpanos taladro
Y te causo fenómenos de nervios
Cuando en este lenguaje inverecundo
Prorumpo á lo mejor como un zopenco.....
Mas yo me enmendaré..... Cuestion de guantes.
Ya les pondré yo guantes á mis versos,
Y hasta en los labios me pondré yo guantes.
Cuando te dignes concederme un beso.

Digo pues que te amo y que te adoro;
Que te amo como un ángel..... Esto es bueno.....
Que te amo como un ángel á otro ángel.....
¡Canario!..... Esto es mejor..... Esto es muy bello.
Ya, ya sé yo que el néctar es tu vino
Y aquí tengo un tonel del más añejo.
Y ¡qué par, qué par de ángeles entrambos!
Pero nada de broma, hablo muy serio.

Repito que te amo y que te adoro,
Que no soy ya de mis potencias dueño,
Que lo conoces tú, que me consientes
Y sin piedad me desengañas luégo;
Que tu táctica sé y á pesar mio
Hago el papel más vil del universo;
Que del género humano los silbidos
En las orejas retumbarme siento;
Que en tu mismo dominio envanecida
Y mi yugo en guirnaldas envolviendo,
Tocas mi corazon como un piano
(Sólo que con frecuencia me destemplo);
En fin que para colmo de ignominia,
Con ser y hacer el oso no contento,
Soy oso como Otelo y como Heródes,
Soy el oso terrible de los celos.

¡Qué escenas, santo Dios! ¡Qué gran payaso
Voy á salir de aquí, divinos cielos!
Delitos hay en que el derecho falta
Para llevar á un tribunal á un reo,
Y basta y sobra para asarle vivo
Como cuentan del pobre San Lorenzo.
Uno de esos delitos es el tuyo,
Uno de esos derechos mi derecho,
Y si yo no te mato es porque hay horca,
O porque al cabo conquistarte espero.
Cuando recuerdo la funesta noche
De mi última funcion, hasta sospecho
Que yo ya no soy yo, que soy ya otro
O que soy cuando más mi propio espectro.

Y como en fin me da por lo sublime
Y trato á los romanos y á los griegos,
Recorro las tragedias más famosas
Y ningun paso comparable encuentro.
Entro yo..... Tú en el trono..... Al pié del trono
Los magnates y sátrapas del reino......
Sorpresa mia, que me llevo un chasco
Y que no sin motivo me lo llevo.....
Miradas de tí á mí de indiferencia.....
Miradas de mí á tí de alto desprecio.....
(Y aquí la traduccion de las miradas
Para escarmiento de osos. Yo comienzo):
—«Infiel, me has engañado.—Usté está loco.
—»Aquí la prueba de tu crímen tengo.—
—»¿Qué prueba ni qué crímen?—Tu billete.
—»Y ¿qué dice el papel, que no me acuerdo?
—»Decir, lo que es decir..... no dice nada.
—»Pues á qué esos mohines y aspavientos?
—»Es que lo que no dice en sus renglones,
—»Está bien claro por debajo de ellos.
—»En fin no dice nada.—Dice..... dice
—»Que usté es una coqueta.—Y usté un necio.
—»Señora, mire usted que la asesino.
—»Silencio y vaya usted mucho á paseo.»

Hasta aquí las miradas..... Y ahora sigo.
¿Has visto esas funciones de muñecos
Que dan por Navidad en honra y gloria
Del de Belen providencial misterio,
En que sale furioso á echar discursos
De oposicion un Lucifer grotesco

Que por escotillon se va y se viene
Y por boca y nariz vomita fuego?
Pues si ántes no le viste y me miraste,
Ya has visto á un Lucifer de nacimiento;
Sólo que no me hundí porque no habia
Escotillon allí para el infierno.
¡Santo Dios de Abrahan! Aun me parece,
Aun me parece que en el trance horrendo
Viéndome estoy y que mi propia sombra
Huye de mí de puro desconsuelo.
Ser una bomba y reventar quisiera
(Al fin no reventé y ahora me alegro);
Por el salon donde en tu gloria imperas
Como un tigre de Hircania me paseo,
Contemplo con pavor los demas osos,
Se me antoja un rival cada uno de ellos,
Sobre el primer malsin que hallo delante
El huracan de mi elocuencia suelto,
Hablo frances para mayor desdicha
Porque el mozo es de allende el Pirineo,
(Mi frances que equivale á una pedrea)
Y en efecto lo tumbo y tergiverso;
Acudes presurosa en su defensa,
Me intimas que me largue ó poco ménos,
Te hablo como el Tetrarca á Mariene,
Como el Moro á Desdémona te increpo,
Me proclamo señor de horca y cuchillo
Y triunfo en mi furor..... Mas ¡oh funesto
Poder de una reaccion!..... Súbitamente,
(No sé si fué que en el cristal frontero
Me vi la noble frente endiademada
Con los ya mencionados instrumentos,

O que tal vez tus iracundos ojos
Cayeron sobre mí cual dos braseros
De escandecientes ascuas)..... es el caso
Que se me doblan mis cobardes nervios;
Quiero disimular mi desventura
Y un aria de Rossini tarareo.....
Mas el hado cruel lo tiene escrito,
Y vista y tacto y voluntad perdiendo,
Como al anochecer colado buho,
Haciendo giros y pegando vuelcos,
Sin saber dó poner ni piés ni manos,
Dando tras un tropiezo otro tropiezo,
Voy á dar con el cuerpo endemoniado
En aquel velador, ara del templo.
Rueda á mis piés el insolente trasto,
Chinas, sevres y conchas van al suelo,
Los del Japon magníficos tibores
Se tumban con glorioso campaneo,
Viene en fin la catástrofe más grande
Que recuerdan los fastos europeos,
Y yo, yo mismo ya busco un cuchillo
Para ofrecerme en holocausto al cielo:
Mas la reaccion á la reaccion sucede,
Un dragon infernal se irgue en mi pecho,
Y al ver aquella plebe amotinada
Cercarme en són de ajusticiar á un reo,
Como el gran Sardanápalo allá en Nínive,
Como Neron en el romano incendio,
Como Manolo en el sainete insigne
Al volcar otra mesa y otros tiestos,
En vez de echarme á tus divinas plantas
Y tu gracia implorar con mis lamentos,

Bramo, rujo, relincho, y como hollando
Las rüinas ya del universo entero,
Parezco proclamar á los mortales
Que soy el Antecristo y que están muertos.
¡Aplauso, aplauso al oso, al oso grande,
Al oso mastodonte y megaterio!
¡Al oso épico-trágico, al más oso
De toda la creacion!

Y todo esto
Delante del rival de mis rivales,
De ese gran personaje, de ese necio
Monsieur ó Mister, Mandarin, Burgrave,
Embajador de yo no sé qué imperio,
Que es más oso que yo y áun por fortuna,
Para la integridad de mi pellejo,
Aunque mozo de tanta valentía,
Es más valiente que él su propio miedo:
Que si no con los pinchos de que habla,
Sin contar sus castillos pirotecnios,
A juzgar por las ganas que me tiene,
Como un melon me perforára el cuerpo.
Y ésta es otra ¡canario! Y ésta es otra......
Vivir un hombre sano en este riesgo
De que por tí sin compasion le trinchen.....
Y al cabo lo del cuerpo es lo de ménos.....
Para eso es cuerpo..... Pero el alma..... el alma
Es cuestion de muchísimo momento,
Y si muero por tí como presumo,
Sin más apelacion se va al infierno.
Ni te encargo tampoco que me reces,

Porque ángel eres, pero no ángel bueno,
Y me han de valer más tus oraciones
Con Satanas que con el Padre Eterno.
En fin esto es vivir como la patria,
Siempre en peligro.....

Y ahora el tema nuevo
De que yo no sé hacer versos bonitos,
Que me escapo por valles y por cerros,
Que me vas á mercar una trompeta
Para cuando me da por trompetero,
Y volviéndome voy más lacrimoso
Que toda una ciudad de cementerios.
Búrlate, infame, búrlate..... Prefiere
Los versos de cualquier titiritero.
No es ésa mi desdicha..... Pero entónces
¿A qué cifrar tan mujeril empeño
En que yo te desluzca con mi nombre
Ese vanaglorioso documento
Donde tanto loor más de tu gusto
Los vates españoles ya escribieron?
Pero ¡insensato preguntar! Tú quieres
Por la misma razon que yo no quiero,
Porque, puesto que no el mayor poeta,
Soy el oso mayor de todos ellos,
Y una vez declarado el oso en prosa,
Quieres que me declare el oso en verso.
El oso, siempre el oso..... Soy el oso
Más oso de los osos de estos tiempos.....
Y al fin los grandes osos de la historia,
El oso Marco Antonio, por ejemplo,

Fueron osos de temple y de coraje,
Fueron osos heroicos, carniceros,
Miéntras yo sólo soy un oso herbívoro
Que de miel cuando más un sorbo pruebo,
Y hambriento en torno de mi infiel Cleopatra,
En vez de devorar, papamosqueo.
¡Ah coqueta! ¡coqueta! ¡gran coqueta!
Sí, ya yo sé que se te frunce el ceño
Cuando te llamo así siquiera en broma
Porque broma verdad es tiro al pecho.
En fin yo soy un oso, soy tu oso,
Oso convicto soy, oso confeso.....
Y áun á veces estoy por resignarme.....
Porque así como así, por lo que observo,
El oso..... ¿Qué es el oso?..... Sólo una
Variedad más grotesca del gran género
Del animal-mampara, buenamente
Destinado á encubrir el hurto ajeno,
Danzando al són del organillo fuera
Miéntras el crímen se comete dentro.
Fué ademas, segun consta de la historia,
Principal personaje en todos tiempos,
Y así como en amor, tambien hay osos
En todo rango, profesion y empleo.
Lo que es aquí en Madrid no hay más que osos.
Pues ¿adónde has de ir que no estés viendo
Al oso de salon ó al de teatro,
Al oso de palacio ó al del pueblo,
Al oso militar que es todo plumas
En su espada mirándose al espejo,
Al miliciano nacional, un oso
De patria y libertad que es oso y medio,

Al oso literario, melenudo
El romántico, el clásico sin pelo,
Calvo, quiero decir, éste por fuera,
Calvos los dos, calvísimos por dentro?
Pues ¿y el oso político?..... ¿No hay osos
Más osos que en el monte en el Congreso,
Ni es cosa de causar ningun asombro
Ver osos Presidentes del Consejo?
¿Y el oso diplomático, el más oso
De toda la creacion? Y si no apelo
A mi digno rival, á ese que quiere
Trincharme con su estoque, á ese mostrenco
Que, cada vez que me habla de la Europa,
Se me quitan los celos y bostezo.....
Asunto es éste de importancia suma,
Y un «Tratado del Oso» escribir pienso,
Donde resolveré muchos problemas
De los siglos que son y los que fueron.

En suma yo no sé qué hacer contigo:
Tal vez te mate aún, pero no quiero
Que me suceda á mí ningun percance;
Le pediré á un romántico un veneno.
Por otra parte, si verdad obliga,
¿Por qué lo he de ocultar? no desespero:
La esperanza es un sol que no se pone
Y el amor es por sí merecimiento.
Pero no..... En cuanto al álbum no transijo.....
Ni ¿cómo osáras demandar más versos?
Éstos son ya más largos que la muerte,
Más malos que mi humor que no es muy bueno,

Tal vez el canto de mi pobre cisne,
Segun lo antipoeta que me siento;
Y si es que áun otros á exigir te atreves
Por consignar la obstinacion del sexo,
Inspíramelos tú con tus verdades
Cual tus mentiras me inspiraron éstos.
Inspíramelos tú..... Bien sabes cómo.....
Hiéreme aquí donde en mi amor te llevo,
Y ya verás cómo los hago entónces,
No de la bílis azorada engendros,
Sino cual tú con tu primor los amas;
Versos del corazon, versos del cielo,
Versos que sean copas de ambrosía,
Urnas de esencias, nubes de recuerdos,
Raudales de deleite y de ternura,
De la dicha ideal puros reflejos,
Dignos de tí que por tenerlo todo,
Demonio celestial, tienes talento.
Mas nada de entusiasmo ó de blandura:
De potencia á potencia tratar debo:
Que áun siendo celestial eres demonio,
Y á santos de allá abajo yo no rezo.
Resúmen pues de cuanto llevo dicho
En este romanzon de siglo y medio:
Seré y haré cuanto en el mundo quieras,
Pero ten compasion de mi tormento;
Y si á eterna ignominia me condenas,
Allá va mi epitafio: UN OSO MÉNOS.

A CLIO.

TRADUCCION DE HORACIO.

ODA XII DEL LIBRO I: *Quem virum aut heroa lira*, etc.

¿Cuál varon ó cuál héroe con la lira,
Ó aguda flauta á celebrar ¡oh Clío!
Vas? ¿O cuál Dios á cuyo nombre suene
Eco festiva en la garganta umbrosa
De Helicon, en el Pindo, el Hemo frio,
Donde las selvas en tropel siguieron
A Orfeo invocador cuando en maternas
Artes los saltos de los raudos rios
Y los vientos veloces suspendia,
O arrobadas al canto las encinas
Llevaba en pos con las canoras cuerdas?
¿Á quién ántes daré digna alabanza?
¿Á quién sino al gran Padre que el destino
De hombres y dioses, mar y tierra y mundo,
Del tiempo contrapesa en la balanza?
Nada mayor, segundo ó semejante
A Jove se engendró. Ni audaz en lides,
Baco, te callaré. Ni á aquella vírgen,
Enemiga á las fieras. Ni á tí ¡oh Febo!
Con la certera flecha. Diré á Alcídes
Y á los hijos de Leda, insigne el uno
En domar un corcel, famoso el otro

En la atlética lid; cuya alba estrella
No bien al nauta resplandece, cuando
Las crespas aguas de las rocas fluyen,
Los vientos calman, los nublados cejan,
Y la onda amenazante al blando influjo
Se recuesta en el Ponto. ¿Cuál memoria
Evocaré despues? ¿Rómulo acaso,
Ó de Numa el pacífico reinado,
Ó de Tarquino las soberbias haces,
Ó de Caton la valerosa muerte?
A Régulo tambien y á los Escauros,
Ó acosado del Peno á Paulo Emilio,
De su alma grande pródigo, en insigne
Canto dirá mi musa. Y luégo á aquellos
Que á la austera pobreza, al heredado
Fundo arrancó de entre apacibles lares
La guerra; aquel Fabricio, aquel Camilo,
Y Curcio el de la intonsa cabellera.
Cual crece con la edad árbol fecundo,
Crece la fama de Marcelo en tanto;
Y cual la luna entre menores luces,
La estrella de los Julios resplandece.
¡Oh tú, Jové Saturnio, de la humana
Gente padre y tutor! A tí los hados
Dieron velar por César. Reina y sea
César segundo á tí; y al sojuzgado
Parto que al Lacio amaga en justo triunfo
Ora trayendo, ó al indiano y sera
Sujetando en los términos de Oriente,
Por tí rija él el orbe. Con tu carro
Tú el Olimpo haz temblar y á las violadas
Selvas los rayos de tu enojo envia.

Á PÓSTUMO.

TRADUCCION DE HORACIO.

ODA XIV DEL LIBRO II: *¡Eheu! fugaces, Postume, Postume, labuntur anni*, etc.

¡Cómo, oh Póstumo, Póstumo, los años
Se deslizan fugaces! No retarda
A la instante vejez con sus arrugas
Ni áun la piedad, ó á la indomada muerte.
No con trescientos toros cada dia
¡Oh amigo! aplacarás al implacable
Pluton que á Ticio y á Gerïon triforme
Retiene en la onda tétrica que todos
Cuantos sustenta de la tierra el frutò,
Rey ó pobre cultor, surcar tenemos.
Vano es huir el sanguinoso Marte
Ó de Adria ronco las rompidas ondas:
Vano del otoñal austro maligno
El cuerpo resguardar. El tenebroso
Cocito con su lánguida corriente
Errar hemos de ver, y de Danao
La infame prole, y al castigo eterno
Sísifo, hijo de Eölo, condenado.

Casa, heredad, consorte cara, es fuerza
Dejar, y de estos árboles que crias,
Dueño fugaz, sólo el cipres odioso,
Sólo el cipres te seguirá á la tumba.
Más de ellos que tú digno, tu heredero
Los cécubos que hoy guardas con cien llaves
Gozará en abundantes libaciones :
Licor más generoso en el soberbio
Pavimento vertiéndose á raudales
Que en las cenas corrió pontificales.

LA VIDA DEL CAMPO.

TRADUCCION DE VIRGILIO.

FINAL DE LA SEGUNDA GEÓRGICA: *O fortunatos nimium, sua si bona norint, agricolas*, etc.

¡Dichosos veces mil los labradores
Si su bien conocieran! Apartados
Del tumulto civil y sus furores,
Del seno maternal frutos preciados
La tierra á su sudor rinde sin tasa.
No es, no; no es, no, su casa
La alta mansion cuyas soberbias puertas,
De par en par abiertas,
Vomitan de los ámbitos ingentes
Olëadas de clientes
Que del alba al rayar salutaciones
Ofrecen al patron. Sus ambiciones
No son columnas de carey talladas,
Ni las vestes de piedras recamadas,
Ni las estatuas que esculpió Corinto,
Ni en la púrpura asiria el vellon tinto,
Ni el aceite dorado

Con indio cinamomo adulterado:
Mas aquella segura bienandanza
Que ignora de la suerte la mudanza,
Rica con tu riqueza,
¡Oh gran naturaleza!
Pero los ocios vagos
En los tendidos fundos,
Los repuestos profundos,
Las vivas fuentes y los limpios lagos;
Mas del Temple la frígida floresta,
El mugido del buey, la blanda siesta
En la florida alfombra
De un árbol á la sombra,
Tales sus bienes son. Allí el salvaje
Montüoso matorral y el antro oculto,
De la fiera hospedaje:
Allí la juventud sobria y robusta,
Y de los dioses el temor y el culto,
Y la paterna autoridad augusta:
Allí su última huella en este suelo
Estampó la justicia al irse al cielo.

¡Ah! denme á mí las soberanas musas
Cuyo culto feliz mi pecho encierra
Y en cuyo inmenso amor siento inflamarme,
Sobre todas las dichas de la tierra
Su divino favor dígnense darme.
Plégueles revelarme
Del cielo los caminos
Y el rodar de los astros cristalinos;
Los eclipses del sol, y cómo alcanza

A la luna tambien igual mudanza;
De dónde el terremoto;
Por cuál poder ignoto
Los mares se levantan,
Sus cárceles quebrantan
Y vuelven en su seno á reposarse;
Porque el sol invernal corre á bañarse
Más pronto al Oceano
Y la noche es más breve en el verano.
Mas, si mi sangre helada
No acude al corazon y de natura
No alcanzo á penetrar los hondos senos,
Plázcame de los campos la morada,
Y entre selvas y arroyos mi ventura
Ignorado buscar. ¡Prados amenos!
¡Valles tesalios que el Esperquio baña!
¡Verde Taigeto, espléndida montaña
Que ves en sus campestres ceremonias
Las vírgenes danzar lacedemonias!
¿Quién ¡ay! quién ¡ay! me diera
Del Hemo en la ladera
Reposar y mis sienes ardorosas
Oreär con sus ramos protectores?

¡Feliz aquel que pudo de las cosas
Las causas conocer, y á los terrores
De la muerte, y al hado empedernido,
Y al avaro Aqueronte y su ruido
Firme pecho oponer! ¡Quién los favores
De los dioses del campo tutelares,
El Pan universal, Silvano el viejo

Y el hermanal cortejo
De las ninfas gozó! Ni populares
Fasces ni mantos de supremos reyes,
Ni la discordia atropellando leyes
Y á hermano contra hermano enardeciendo,
Ni el Dacio descendiendo
Del Istro conjurado,
Ni Roma misma debelando imperios
Con muerte y cautiverios,
Turbarán su quietud : no condenado
A ser testigo con envidia ó pena
De la opulencia ó la indigencia ajena.
Coge el fruto que el árbol y el sembrado
Espontáneos le dan. Ni férreas leyes,
Ni el foro y sus archivos y sus greyes
Vió jamas. Otros á los mares ciegos
Lánzanse y los combates,
O bullen en los atrios palaciegos
De reyes y magnates :
Éste arrüina comarcas y penates
Por beber en un cáliz de zafiro
O arroparse en la púrpura de Tiro :
Aquél, perpétuo hacinador del oro,
Se acuesta en el monton de su tesoro :
Al uno ante los rostros le embebece
La popular arenga en los comicios,
O en los anchos teatros se enardece
Cuando la resonante galería
Plebeyos y patricios
Asordan con aplauso y gritería :
A otro el furor de las facciones lleva,
Y en la sangre civil teñido el hierro,

Trocando el dulce hogar por el destierro,
Busca bajo un sol nuevo patria nueva.

En tanto el labrador con corvo arado
Abre la tierra donde el grano emplea,
Y allí comienza su anual tarea.
De allí el sustento le será otorgado
A la patria y los tiernos nietecillos,
Al pacífico buey y á los novillos,
Esperanza y promesa del ganado.
Ni cesa en la fatiga
Hasta que el fértil año se corona
Con frutos de Pomona,
Y bala el recental, cuaja la espiga,
La miés se avienta en la tendida era
Y se hinche la panera.
Viene el invierno, y so la dura piedra
La oliva exprime que Sicyon envia:
Del encinar do la bellota medra,
Vuelve el cerdo gozoso á la alquería:
Purpurëa en los bosques el madroño,
Y los aüreos racimos y morados,
Colmando las riquezas del otoño,
Se maduran al sol de los collados.
Del hogar en los puros regocijos
Penden del cuello paternal los hijos:
Castidad y pudor su techo cubre:
De la vaca la leche de su ubre,
Y los corderos tiernos
Triscan y ensayan los nacientes cuernos.
Y él tambien tiene sus festivos dias

De nuevas alegrías:
Tendido en la pradera,
Rodëado de sodales placenteros,
Que en torno de la hoguera
Los vasos de licor llenan enteros,
Con sobrias libaciones
Entona ¡oh padre Baco! tus canciones:
Miéntras adiestra al mayoral gallardo
El olmo á herir con el certero dardo,
O á ejercitar desnudo
Los duros miembros en combate rudo.

Ésta la vida fué de los sabinos,
De Remo y del mayor de los Quirinos:
Así el seno de Etruria fué fecundo:
Así fué Roma el esplendor del mundo
Y en su muro encerró siete colinas:
Así tambien, primero
Que el cetro justiciero
De la broncínea edad Jove empuñase,
Y una raza funesta se avezase
A devorar el degollado toro,
Vivió Saturno en las edades de oro;
Cuando el clarin de guerra
No escuchaba en sus ámbitos la tierra,
Ni en el yunque macizo golpeada
Sonar y resonar la ardiente espada.

LA MUERTE DE PRÍAMO.

TRADUCCION DE VIRGILIO.

ENEIDA, LIBRO II: *Forsitan et Priami fuerint quæ fata requiras*, etc.

Acaso ¡oh Reina! inquieras cual la suerte
De Prïamo fué. Cuando invadida á Troya
Vió, y del alcázar el umbral por tierra,
Y dentro ya del penetral al griego,
¡Ay, harto anciano! á los temblantes hombros
La armadura circunda abandonada
Por largo tiempo; el hierro inútil ciñe,
Y entre el denso enemigo á morir corre.
En medio del alcázar, bajo el arco
De los cielos desnudo, una ara ingente
Fué, y un lauro antiquísimo á su lado
Recostándose encima y los Penates
Con su sombra amparando. Allí agrupadas
Cual banda de palomas que la oscura
Tempestad precipita, Hécuba estaba,
Y sus hijas con ella, los altares
Rodëando en torno y abrazando en vano
Los simulacros de los dioses. Luégo

Que de su juventud cinto en las armas
A Prïamo vió: «¿Qué tentacion funesta»,
Clama, «mísero esposo, te ha impelido
»A colgarte esas flechas?..... ¿Dónde corres?.....
»De auxilio tal, de defensores tales
»No se ha menester ya..... Ni mi Héctor mismo,
»Si Héctor viviese..... Oye mis ruegos..... Esta
»Ara nos salve ó morirémos juntos.»
Dice: al anciano hácia el altar impulsa,
Y allí le sienta en el lugar sagrado.
En el instante aquel Polites, uno
De los hijos de Priamo, los golpes
De Pirro huyendo y derramando sangre,
Pórticos luengos y desiertos atrios
Por entre dardos y enemigos cruza;
Mas Pirro al verle desangrar le acosa,
Y ya la mano extiende, el asta esgrime,
Cuando él, llegando entre los suyos, cae
A los piés de sus padres, y la vida
Lanza entre olas de sangre. Al verle Prïamo,
Tambien luchando con la muerte, en voces
Prorumpe de furor: «Por tal hazaña,
»Por tanta atrocidad dente los dioses
»(Si hay alguno en el cielo que esto mire)
»Digna merced..... á tí, por quien mis ojos
»Ven la muerte de un hijo y de sus padres
»Manchas el rostro con su sangre..... Aquíles,
»De quien tú mentidor te dices hijo,
»No fué tal para mí; mas respetando
»El derecho y la fe de un suplicante,
»El cuerpo exangue de Héctor dió al sepulcro
»Y á mí á mi reino me volvió.» Y un dardo

Le arroja imbele sin herir que al punto
El ronco bronce rechazó y en medio
Del redondo broquel quedóse hincado.
«Ve pues, responde Pirro, y á mi padre,
»Al hijo de Peleo, sé tú mismo
»Portador de estas nuevas..... Dile, dile
»Mi indigna accion y encarecer no olvides
»Cuál degenera Neoptolemo..... Ahora
»Muere.» Y temblando, y en la propia sangre
Resbalando del hijo, á Prïamo arrastra
Hácia el altar; con la siniestra mano
Del cabello lo prende, y con la diestra
La relumbrante espada desnudando,
En su costado la escondió hasta el puño.
Así el destino se cumplió de Prïamo:
Tal, á Troya incendiada contemplando
Y derruido á Pérgamo, tal muerte
Deparó el hado á aquel en otro tiempo
De tantos pueblos y comarcas tantas
De Asia soberbio reinador. El tronco
Yace ingente en la orilla, y la cabeza,
Cadáver ya sin nombre, separada.

MONÓLOGO DE HAMLET.

TRADUCCION DE SHAKSPEARE.

HAMLET, ACTO III, ESCENA IV: *To be, or not to be, that is the question*, etc.

Ser ó no ser..... Tal la cuestion..... Del hombre
Cuál es accion más digna, si los tiros
Sufrir y dardos de ultrajante suerte,
O armarse contra un mar de adversidades
Y hacerles frente y acabar con ellas.
Morir..... dormir..... no más..... y por un sueño
Terminar la ansiedad, los mil dolores
Que herencia natural son de la carne.....
Objeto es éste de anhelarse digno.
Morir..... dormir..... ¿Dormir?..... Soñar acaso.....
¡Ay! el punto está aquí..... Porque esta idea.....
Que sueños en el sueño de la muerte
Puedan venir cuando soltemos este
Envoltorio mortal..... rémora al cabo
Es y tormento de tan larga vida.
¿Quién sino los azotes, los escarnios
Aguantara del mundo, la injusticia
Del opresor, la afrenta del orgullo,

Del amor despreciado las torturas,
De la ley los aplazos, la insolencia
De la turba oficial, y las que alcanzan
Al mérito paciente indignidades,
Si uno mismo su paz darse pudiera
Con un puñal desnudo? ¿Quién tal fardo,
Sobre esta vida ya que es tan pesada,
Sudando y renegando llevaria,
Si el temor de algun algo tras la muerte,
Ese país por explorar de cuyos
Lindes no ha vuelto aún ningun viajero.....
La voluntad no confundiese, y males
Nos hiciese sufrir que conocemos,
Más bien que á otros correr desconocidos?
Así nos hace la conciencia á todos
Unos cobardes; el vivaz semblante
De la resolucion con su incoloro
Tinte la reflexion torna enfermizo,
Y las empresas de mayor momento
Tuercen su curso y hasta el nombre pierden
De ejecucion..... Calmémonos ahora.....

LA MUERTE DEL REY DUNCAN.

TRADUCCION DE SHAKSPEARE.

ESCENAS SACADAS DEL MACBETH.

MACBETH Y LADY MACBETH.

ACTO I.

ESCENA V.—LADY MACBETH sola.

Ronco hasta el cuervo está, ronco está el cuervo
Que del rey Duncan la fatal entrada
Gröajando anuncia bajo el techo mio.
Venid, venid ¡oh espíritus! vosotros
Que á las empresas presidis de muerte;
Arrancadme mi sexo aquí, ahora mismo.
Venid, y de la punta del cabello
A la punta del pié toda llenadme
De crueldad que rebose. Sí, mi sangre
Espesad. Toda entrada, todo acceso
En mí el remordimiento halle cerrado;
Que las visitaciones compuncivas
De la naturaleza en mi terrible.
Proyecto á hacerme vacilar no vengan,
Y que entre el acto y él no haya reposo.

Mi pecho de mujer henchid, mi leche
Trocad en hiel, ministros de matanza,
Do quiera que en sustancias invisibles
Las negras tentaciones acechando
Estais del corazon. Vén, noche espesa;
Del infierno en el humo más maldito
Envuelta vén; que mi puñal no vea
La herida que haga, y ni áun los cielos puedan,
Al traves de la capa de las sombras,
Escudriñarme ni gritarme «tente.»

(A Macbeth que entra.)

¡Oh gran señor de Glamis y de Cawdor!
¡De dictado más alto en adelante
Por la comun aclamacion! Tus letras
Me han trasportado á lo que áun no es presente,
Y en este instante lo futuro siento.

MACBETH.

¡Oh esposa de mi amor! A este castillo
Duncan llega esta noche.

LADY MACBETH.

¡Y cuándo parte?

MACBETH.

Mañana, segun piensa.....

LADY MACBETH.

Ese mañana
Nunca lo verá el sol. Pero tu rostro
Es un libro, señor, donde las gentes

Pueden leer preocupacion extraña.
Ocasion es aquésta de alegría:
No la desmientas tú. Mano, ojos, lengua
Por do quier vayan bienvenidas dando.
A la flor inocente te asemeja
Con la sierpe debajo. Cuanto al huésped,
Yo á todo proveeré y en mí descansa
De los graves cuidados de esta noche;
La sola—óyelo bien—que para todas
Nuestras noches, señor, y nuestros dias
Poder, dominacion, nos asegura.

MACBETH.

Ya hablarémos despues.

LADY MACBETH.

Mas no te engañes.
Regatëar la ocasion es tener miedo.
De todo lo demas yo me hago cargo.

ESCENA VII.—MACBETH solo.

Si hecho estuviese hecho, bueno fuera
Hacerlo al punto..... Si el asesinato
Los casos todos precaver pudiera
Y su éxito ser él mismo, si este golpe
El principio y el fin fuese de todo.....
Mas de aquí, de este banco, este bajío
De la vida saltamos á otra vida,
Y aquí mismo en la tierra hay un juicio.
Sangrienta accion sobre su autor recae.

Con mano igual á todos la justicia
Nos obliga á probar los ingredientes
De nuestro propio envenenado cáliz
Con nuestro propio labio..... Dos, dos veces
Sagrado es aquí Duncan..... Ante todo
Soy súbdito y soy deudo, cosas ambas
Que hacen mayor mi crímen. Huésped mio
Es ademas, y yo que deberia
Cerrar la puerta al matador, yo mismo
Alzo el cuchillo contra él..... Y luégo.....
Este, este Duncan tan humano ha sido,
Tal en el trono fué, que sus virtudes
Como ángeles con lenguas de clarines
Acusarán tamaña alevosía,
Y la piedad cual un recien nacido
Niño cruzando el aire en carnecitas,
Cual querubin del cielo cabalgando
Del aire en los corceles invisibles,
Irán por donde quiera pregonando
Mi atrocidad, é inundará la tierra
Un diluvio de lágrimas..... La sola
Espuela que me aguija en este intento,
Es aquesta ambicion desatentada
Que salta por encima de sí misma
Y sobre él va á caer.

(Á Lady Macbeth que entra.)

¿Tú aquí? ¿Qué traes?

LADY MACBETH.

Está acabando de cenar. Mas ¿cómo
La cámara dejaste?

MACBETH.

¿Ha preguntado
Por mí?

LADY MACBETH.

Pues claro está que ha preguntado.

MACBETH.

No hay que hablar nada más en este asunto.
Me está honrando ahora mismo, y con las gentes
Tan valiosa opinion he granjeado
Que me quiero gozar en sus primicias
Y no tan pronto despojarme de ella.

LADY MACBETH.

Dime ¿estaba borracha la esperanza
Cuando con ella tú te engalanaste,
Y ha dormido despues y ahora despierta
Para mirar tan pálida y mohina
Lo que ántes con tal brío? Desde ahora
Tal juzgo yo tu amor. ¿Temes acaso
Ser en ejecutar tan valeroso
Cual fuiste en proponer? ¿Así prefieres
La estima de los otros, ornamento
Para tí de la vida, y un cobarde
Ser en tu propia estima, aventurando
Que yo me atreva, sí, que yo me atreva
Á no satisfacerme con deseos
Como el gato del cuento?

MACBETH.

¡Por Dios! calla.
Yo soy capaz de cuanto lo es un hombre,
De más no lo es ninguno.

LADY MACBETH.

¿Qué diablo
Te hizo pues tu proyecto confiarme?
Eras un hombre cuando osabas, cuando
Por ser más de lo que eras, más que un hombre
Te arrestabas á ser. No eran aquéllos
Ni tiempo ni ocasion: tales empero
Tú con tu voluntad quisiste hacerlos:
Ellos vienen ahora y no parece
Sino que á tí al hacerse te deshacen.
Yo por mí que mi leche di á este niño,
Me he acostumbrado á acariciarle tanto
Que, cuando más me hubiese sonreido,
Ya hubiera mi pezon de sus encías
Sin dientes arrancado, ya le hubiera
Aplastado los sesos si jurado
Lo hubiese como tú.

MACBETH.

Mas ¿si fallimos?

LADY MACBETH.

¿Fallir? Pon alma y corazon al trance
Y no hay aquí fallir. Luégo que Duncan
Al reposo se rinda, más profundo
Con la jornada de hoy, sus dos guardianes,

Hartos por mí de vïandas y de vino,
El guardian del cerebro, la memoria
Tendrán ahumada y la razon inerte;
Y cuando duerman como dos lechones
De la embriaguez el mortecino sueño,
¿Qué hacer con Duncan solo no podrémos?
¿Qué no achacar á sus vinosos guardas?
¿Quién con el crímen cargará sino ellos?

MACBETH.

No paras hijos tú sino varones:
Tu indomable sustancia sólo machos
Debe engendrar. ¿Crees tú, crees tú en efecto
Que, si á esos dos durmientes que en la régia
Cámara están con sangre los manchamos
Y de sus mismas dagas nos valemos,
Á ellos se achacará?

LADY MACBETH.

Pues ¿quién osára
Otra cosa creer cuando nos oigan
Con dolientes clamores y alaridos
Su muerte lamentar?

MACBETH.

Estoy resuelto.
Enteros van, derechos cuerpo y alma
Al terrible atentado. ¡Plaza! ¡Plaza!
Cubra el interno afan plácida risa:
A falso corazon falso semblante.

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.—MACBETH solo.

¿Es un puñal el que delante veo,
El mango hácia mi mano?..... Un puñal eres;
Vén, vén y te asiré..... Pero no puedo.....
Y no obstante ahí estás..... Como á la vista
¿No eres, vision fatal, sensible al tacto?
¿Ó eres sólo el puñal de la conciencia,
Falsa creacion de mi febril cerebro?
Mas ahí estás, y en tan palpable forma
Como este que aquí saco. ¡Ah! sí, tú vienes
A servirme de guía, señalando
Camino é instrumento..... Y ó mis ojos
De los otros sentidos son juguete,
Ó todo yo soy ojos..... Y áun te veo,
Y gotas hay de sangre en tu hoja y mango
Que ántes no habia..... Pero no hay tal sangre :
Es lo sangriento de mi empresa misma
Que se infunde en mi vista. Ésta es la hora
Que como muerta en la mitad del mundo
Natura yace, y lúgubres visiones
Van á inquietar el sueño entre tapices;
Que á la pálida Hecate alzan ofrendas
Las brujas, y el medroso asesinato
(Por centinela el lobo y sus aullidos
Por voz de alerta), de Tarquino á ejemplo,
Con sordo tranco y atentada huella
A su designio como sombra avanza.

¡Oh tú, inconsciente, inconmovible tierra!
No oigas mis pasos por do van, no sea
Que hasta las mismas piedras me delaten,
Y arranca, arranca la presente hora
Del tiempo que la träe. Miéntras yo amago,
Él vive, él vive...... En cuanto llegue es muerto.
Dando está la señal esa campana:
Duncan, no la oigas tú, que su sonido
Te está llamando al cielo ó al infierno.

(Entra en el palacio.)

ESCENA II.—LADY MACBETH sola.

Lo que á ellos los tumbó me da á mí brío:
Lo que á ellos los heló me da á mí fuego.
¿Qué sonido?..... escuchemos..... quieto todo.....
Es el canto del buho, pregonero
Fatal de unas terribles buenas noches.
Él está consumándolo, las puertas
De par en par, y los ahitos guardas
Atienden á su cargo con ronquidos.
Tal la bebida les mezclé con drogas
Que la vida y la muerte disputando
Están si han de ser muertos ó ser vivos.

MACBETH. (Dentro.)

¿Quién está ahí? ¿Qué es eso?

LADY MACBETH.

¡Ah! Temerosa
Estoy de que los haya despertado

Y de que hecho no esté. No, no en hacerlo,
En intentarlo en vano está el peligro.
Á ver..... oigamos..... coloqué las dagas
En sitio que él las encontrase al punto.
¡Ah! si en su sueño Duncan con mi padre
No semejanza tal tenido hubiese,
Yo le hubiera matado..... ¡Mi marido!

(Sale Macbeth.)

MACBETH.

Hecho está..... ¿Oiste un rüido?

LADY MACBETH.

Al buho y al grillo
Oí graznar y chillar. Y tú, ¿no hablaste?

MACBETH.

¿Cuándo?

LADY MACBETH.

Ahora.

MACBETH.

¿Al bajar?

LADY MACBETH.

Sí.

MACBETH.

Di, ¿quién duerme
En la segunda estancia?

LADY MACBETH.

Donalbain.

MACBETH.

¡Horrible vista es ésta!

(Mirándose las manos.)

LADY MACBETH.

¡Qué simpleza
Llamar á eso horrible vista!

MACBETH.

El uno
Reia durmiendo. El otro «¡Al asesino»
Gritó y se despertaron uno á otro.
Paréme y escuché. Luégo rezaron
Y el sueño á recobrar se disponian.

LADY MACBETH.

¿Estaban juntos?

MACBETH.

«Dios nos da su gracia»,
Dijo uno..... el otro *Amén*..... cual si estas manos
De verdugo mirasen. Al oirlos
Quise decir *Amén*, pero no pude.

LADY MACBETH.

No pienses más en ello.

MACBETH.

Pero ¿cómo
Decir no pude *Amén* cuando más siento
Necesidad de orar y la palabra
En mi garganta se estancó?

LADY MACBETH.

Estas cosas
No han de mirarse, no, por tales modos:
Volverse loco lo demas sería.

MACBETH.

Y una voz creí oir que «No más sueño,
»Macbeth al sueño, al inocente sueño
»Asesina», gritaba. «Al sueño, al sueño
»Que del cuidado la enredosa trama
»Desenmaraña, cuotidiana muerte,
»Baño al trabajo duro, al alma herida
»Bálsamo, de la gran naturaleza
»Funcion segunda y nutridor supremo
»Del festin de la vida.»

LADY MACBETH.

¿Qué profieres?

MACBETH.

Y así á las gentes del castillo todo
«Despertad, despertad» iba diciendo.
«Glamis al sueño ha asesinado...... Cawdor
»No dormirá ya mas..... Macbeth» seguia,
«No dormirá ya más.»

LADY MACBETH.

Pero ¿quién era
El que gritaba así? Tu ánimo fuerte,
Dueño y señor, con tan pueriles miedos
No dejes flaquear. A nuestra estancia

Vé por un poco de agua, y de tu mano
Lava con ella el sucio testimonio.
Pero ¿cómo esas dagas te has traido?
Allá es donde han de estar. Vé, vé á llevarlas,
Y á ambos durmientes con la sangre misma
No te olvides de untar.

MACBETH.

No, yo no vuelvo:
Me espanta lo que he hecho y no me atrevo
A volverlo á mirar.

LADY MACBETH.

¡Animo flaco!
Trae acá esas dagas. Muertos y durmientes
Pinturas son. Los niños los que temen
Al diablo pintado. Las heridas
Aun sangrando estarán y con la sangre
Les mancharé la cara. (Entra con las dagas.)

MACBETH.

¿Dónde llaman?
¿Cómo estoy que me asusta cualquier rüido?
Y ¡qué, qué manos éstas! ¡Ay! Los ojos
Arrancándome están. ¿Será bastante
Todo el grande oceano de Neptuno
Esta sangre á lavar? No, más bien ellas
Los mares á teñir innumerables
Trocando en rojo su verdor bastáran.

LADY MACBETH. (Volviendo á salir.)

Tambien son ya de ese color mis manos;
Mas vergüenza mayor me causaria

Tener tan blanco el corazon de miedo.
A la puerta del sur están llamando;
Retirémonos pronto al aposento:
Un poco de agua y acabóse todo.
Verás qué fácil es. Tu fortaleza
Te ha faltado esta vez. ¿No estás oyendo?
Los golpes vuelven á sonar. Vén pronto:
Ponte el ropon de noche y el momento
De mostrar nuestro celo y vigilancia
Podrémos acechar. No te acobardes:
No te abrumen así tus pensamientos.

MACBETH.

¡Ah! tú sabes mi crímen, tú lo sabes:
Por no saberlo yo ¡cuánto daria!
¿Despertarán á Duncan esos golpes?
¡Ay! ¡Ojalá que despertar pudiera!

MITOLOGÍA.

1851.

Te devuelvo tu libro. Es un portento:
Placentero cual tú, cual tú elegante:
Un modelo de gusto y de talento:
Digno en fin de una dama tan brillante:
Con cuyo gran motivo
Los que antaño ofrecí versos te escribo.

¡Himnos sin fin! ¡Encantador poema!
¡La antigua, la gentil mitología!
¡El bien supremo, la beldad suprema!
¡El mundo, no cual es, cual ser debia!
Por mí..... lo niego en vano.....
Su esplendor me deslumbra y soy pagano.

Ni en vano tú que la belleza adoras,
Este cuadro magnífico prefieres:
Un poco material á ciertas horas,
Pero todo venturas y placeres.
Y aunque parezca incienso,
¿Por qué te he de callar lo que yo pienso?

Si en la edad de los dioses por ventura,
Tal como te hizo Dios, nacido hubieras,
¡Cuánta hicieran por tí, cuánta locura
Aquellos inmortales calaveras!
Con sonreir un poco
Al Olimpo gentil volvieras loco.

Ni al mundo por su mal viniera entónces
Aquella gran cuestion de las tres diosas,
Que á poco más le arranca de sus gonces
Y orígen fué de tan tremendas cosas:
A tí de mejor gana
Te diera Páris la fatal manzana.

A tí Minerva en gracia y en talento,
En esbeltez y en arrogancia Juno,
Y en belleza y dulzura y sentimiento
Vénus de cien Olimpos, no de uno:
A tí que en lid de hermosas,
Tú sola eres una de las tres diosas.

Ni ardiera Troya ni á lucir saliera
Tanto héroe griego de feliz memoria,
Ni hubiera Partenon, ni Roma hubiera.
¡Mira tú qué mudanzas en la historia!
Ni por un fementido
Lo pasára tan mal la pobre Dido.

Pero no, ¡vive Dios! Pésele á Troya,
Por quien sospecho yo que no te inquietas,
Plácete en ser de nuestra edad la joya,
Que, por más que digamos los poetas
Con llantos y clamores,
Tiempos hubo en el mundo algo peores.

Sí, sí, mejor que entre nosotros vivas:
En nacer y en morir siempre es temprano;
Más bien que entre las ninfas fugitivas
En tu salon te quiero mano á mano:
Y al cabo allá en el Pindo
No encontraras jamas libro tan lindo.

Tómalo pues. Y si por dicha acaso,
Allá soñando en solitarias horas,
Vuelas por el Olimpo y el Parnaso
Recorriendo estas hojas tentadoras,
Y arde tu fantasía
Y sientes sed de néctar y ambrosía;

Yo que áun pruebo el arpon de ese Cupido
Que en tu pecho hermosísimo se esconde,
Yo que en mi corazon siento un latido
A que tal vez tu corazon responde;
Yo en fin que veces tantas,
Esclavo en tu beldad, besé tus plantas;

Yo siempre sé, como en los breves dias
De tu antiguo capricho y mi quimera,
Donde allá, so las bóvedas sombrías
Del templo del misterio, nos espera
¡Dulcísima pagana!
De los dioses la dicha soberana.

Á SALVADOR.

RECUERDOS.

1851.

Pasaron ¡ay! pasaron
Y ya no volverán. ¡Verdes riberas!
¡Claro Guadalquivir! ¡Cielo de oro!
¡Bosques do nuestros cantos resonaron!
¡Vergeles de naranjos y palmeras
Donde vierten los cielos su tesoro!
¡Oh Eden, oh Eden del moro
Donde áun entona su africano canto
La hurí de las celestes melodías!
Todo está ahí con el antiguo encanto.....
Mas ¿dónde están nuestros hermosos dias?

Pasaron ¡ay! pasaron
Y ya no volverán..... Tus versos leo,
Tus versos, Salvador, que amé cual mios;
Y vida y alma y corazon vibraron,
Y alzarse, alzarse en mi memoria veo
Recuerdos ¡ay! en su dulzura impíos.

Secos están y frios
Los senos de las lágrimas ardientes,
De la pasion y del placer despojos;
Mas vienen las imágenes dolientes
Y de verlas llorar lloran mis ojos.

Lloran con ese llanto
De la humana impotencia que no alcanza
Á volver el pié atras un solo dia.
Adios ¡bella ilusion! Adios ¡encanto!
¡Arrogante y magnífica esperanza
Que en nubes de oro el porvenir fingia!
¡Musa de la poesía,
Y vosotras tambien, Julias y Lauras,
De nuestro amor y nuestros cantos diosas!
Ya no oireis nuestros nombres en las auras,
Ni nuestra mano os ceñirá de rosas.

¡Ah! Salvador. En esta
Vida febril de agitacion sin nombre
Donde la hermosa juventud ha huido;
En este circo de ambicion funesta
Do el hombre abraza para ahogarle al hombre
Y el más fuerte tal vez yace rendido;
¿Acaso entre el mentido
Alborozar de la fulgente orgía
Y los rostros con máscara halagüeños,
Nunca oiste una voz que te decia:
«No hay más felicidad que aquellos sueños?»

Al ménos con la idea
Volvamos otra vez á aquellas horas
De esperanzas que fueron alegrías.
Guadalquivir á nuestros piés ondea:
Discurren por do quier auras sonoras
Y entona el ruiseñor sus melodías.
Como en los bellos dias,
El soñoliento sol manda á la tierra
Sus tibias, vagas, ondulantes luces,
Y por la orilla con nosotros yerra
La musa de los campos andaluces.

Vuelve á cantar, poeta;
Canta la primavera y su guirnalda;
Canta, canta al amor, canta á tu amante.
Y si tiendes tal vez la vista inquieta,
Mira allí alzarse la oriental Giralda
Como airon de un magnífico turbante.
Hé allí, hé allí al gigante
Del fiero Islam cantando su victoria
En el alcázar de la gran Sevilla.
Vén y cantemos del Patron la gloria
Y el amor de don Pedro y la Padilla.

O ya cuando la aurora,
Tendiendo los cendales del rocío,
Dore los firmamentos orientales,
Y aquel solano de la sirte mora
Venga á turbar la majestad del rio
Y la paz de los bosques inmortales;

Allí á los desiguales
Salvajes ecos de su bronco acento;
Como al són de una lira soberana,
Cantarémos con férvido ardimiento
Los versos de Gallego y de Quintana.

Volemos ¡ay! volemos
Á aquellos campos de la edad primera:
Naturaleza nos dará un abrazo:
¿Quién sabe, Salvador, si áun no hallarémos,
Flor de aquella celeste primavera,
Palpitante de amor algun regazo?
Mira el feliz ribazo,
Los bellos sauces, la enramada umbría,
La barca leve, las serenas olas.
¿Qué falta allí de cuanto fuera un dia
Sino ellas dos con nuestro amor á solas?

Sombra, silencio, calma,
La blanca luna, Asnalfarache al léjos,
Y el aura que recorre las colinas.
Amor, misterio, inspiracion..... El alma,
Como al traves de mágicos espejos,
Ve pasar en las ondas cristalinas,
Fantásticas, divinas,
Las que tanto invocó grandes visiones
A embellecer nuestra futura historia:
Los genios, coronados de ilusiones,
De amor y ciencia y libertad y gloria.

¿En dónde están, en dónde?
¡Ay! todo, todo en derredor lo mismo,
Mas no ya el mismo el corazon que siente.
Eco ninguno á nuestra voz responde:
El genio celestial del idealismo
Sus alas apartó de nuestra frente.
Tal vez la refulgente
Vision delante de mis ojos veo,
Mas no, no es ya la de los bellos dias:
Las tocas del dolor serán su arreo
Y tormentos sin fin sus armonías.

Mírale..... ¿le conoces?
Es el cadáver del amor primero,
Del solo amor feliz de la existencia.
Pasad, ondas, pasad, pasad veloces:
Huye de mí, que ni áun mirarte quiero,
Maldecido esqueleto de la ciencia.
Y ¡oh escarnio, oh impotencia!
Otro cadáver más..... El de la gloria
Cuyo laurel se nos tornó infecundo.
Y otro que ayer ensordeció á la historia.....
La libertad, la libertad del mundo.

¿Qué queda ya en la copa,
Salvador, de los años juveniles
Sino la hez que es tósigo enemigo?
Esa postrer divinidad de Europa,
Santo amor de los pechos varoniles,
La postrera ilusion lleva consigo.

¡Oh escándalo! ¡Oh castigo!
Todos pusimos nuestra mano en ella
Y sembramos de sal su santuario:
Sigamos ¡ay! la ensangrentada huella
Del nuevo Jesucristo á su Calvario.

¡Castigo, sí, tremendo!.....
Ella lo mereció, mas ella alienta
Bajo el puñal que sus entrañas hiere:
Viva, viva en su tumba la estoy viendo:
Sol envuelto en la lóbrega tormenta
Que de sus polos arrancarla quiere,
Se eclipsa, mas no muere.....
¡Así volviera con su hermosa calma
El primer luminar de la existencia!
Sí, que esta fe nos fortalezca el alma.....
Dios y la humanidad son mi creencia.

Á MIRABEAU.

EN SU MUERTE.

Silencio ya, silencio. ¡Oh de los reyes
A un tiempo Ciceron y Catilina!
Silencio ya, que la hora se avecina
En que no es el mortal quien dicta leyes.

Ambiciosa de víctima tan grande,
De tu vida espiando el movimiento,
Temerosa de oir el noble acento
Que su inflexible voluntad ablande;

El ángel de la muerte se adelanta
En silencio terrible hácia tu lecho:
Se inclina sobre tí, hiere tu pecho
Y oprime con su mano tu garganta.

¡Fiera inmovilidad! ¡Vedle cuál pliega
El ceño aterrador! El hombre fuerte
Frente á frente mirando está la muerte,
Y hasta parece que la dice: «llega.»

Llega, sí, y no temprano, no á deshora,
Pues mañana tal vez tarde sería:
Que si murió la antigua tiranía,
Otra en su pedestal se alzó señora.

Pero ¿qué objeto ves? ¿qué voz escuchas?
¿Es tu alma que se ceba en tus despojos,
Que saltan en sus órbitas tus ojos
Y de tu lecho en arrancarte luchas?

Como el són de la selva, como el seno
Del mar que empieza á alborotar el noto,
Como al soltarse en el confin remoto
El sordo retemblor del primer trueno;

Allí donde en el ánsia que te agita
Se clavan como arpones tus miradas,
Allí suena un rumor que crece á olëadas
Y á olëadas hácia tí se precipita.

Tribuno, es tu fantasma. Es él que viene
A dejar en su tumba al grande hombre;
Él que un momento al escuchar tu nombre
A la voz de la muerte se detiene.

Es el pueblo, tribuno. Por ventura
¿No le conoces ya, no le conoces?
¿Las oyes murmurar? Son sus mil voces.
¿Esa sombra no ves? Su gran figura.

El pueblo, el grande, el solo hombre de estado
De la revolucion..... Él que no sabe
Adónde va, mas la crujiente nave
Entrega á Dios y á su ministro el hado.

El pueblo que embriagaste en tu elocuencia,
El ídolo á quien aras erigias,
El monstruo santo de los grandes dias,
El gran tribuno de la Providencia.

Pregúntale, pregúntale si es hora
Ya de vivir ó de morir..... Pregunta
Si la aurora de sangre que despunta
Es de la libertad la blanca aurora.

Pregunta si al oir como solia,
De su gran Mirabeau la voz tonante,
En la senda fatal que está delante
Su planta colosal se detendria.

«No», te responderá, «soy del destino:
»Yo ya ni ante el abismo me detengo:
»Yo no sé adónde voy, de dónde vengo,
»Pero sigo hasta el cabo mi camino.

»Un trono voy á alzar, la guillotina;
»El nuevo trono de las nuevas leyes;
»El nuevo trono de los nuevos reyes;
»El trono de la Francia Jacobina.

»Desde él quebrantaré todos los yugos;
»A él subirá la antigua monarquía;
»A él tambien subirán, reyes de un dia,
»Sus jueces subirán y sus verdugos.

»Y tú, fulminador de los tiranos,
»Tú que al pueblo su fuerza le enseñaste,
»Y el hacha que en sus manos colocaste,
»Pretendes arrancar hoy de sus manos;

»Y tú, que hoy contra mí quieres ser fuerte,
»¿Quién el primero sino tú sería
»De esa desventurada dinastía
»De la revolucion y de la muerte?

»Muere pues hoy con tu insensato empeño:
»La guillotina te reclama hambrienta:
»Muere, y á Dios, no á mí, pídele cuenta:
»Dios solo es ya de mis acciones dueño.»

Muere, sí, Mirabeau, que ya no hay brazo
Capaz de sujetar á ese gigante:
Marchará, marchará siempre adelante
Y hundirá una nacion de cada hachazo.

Su propia sangre verterá á raudales;
Mas marchará, mas marchará hasta el dia
Que, abrazado el terror con la anarquía
En lecho de impotentes saturnales,

Suceda ante la Francia ensangrentada,
Sin Dios, sin ley, sin paladion ninguno,
De la palabra al inmortal tribuno
El inmortal tribuno de la espada.

¡Mirabeau! ¡Napoleon! ¡Oh! ¿cuál más grande?
¿Quién la revolucion meció en su cuna,
Ó el que, heredero de su gran fortuna,
Sus pabellones por el mundo blande?

Tëatro es la historia en cuyo gran proscenio
Ofuscan de la espada las vislumbres;
Pero Dios, solo Dios, mide las cumbres
De esas montañas que se llaman genio;

Y era voz de tu genio la arrogancia
Con que en las horas del dolor sombrías,
«Venid, cercadme, sostened», decias,
«La cabeza más grande de la Francia.»

Grande, sí, Mirabeau. Mas no en liviana
Pueril ostentacion la sien corones
De epicüreas guirnaldas y festones,
Indignos ¡ay! de la grandeza humana.

Muere—que harto es morir—como quien sabe
La que dejas detras terrible herencia,
Y que tu absolucion ó tu sentencia
El porvenir en tu sepulcro grabe.

¿Dónde la libertad? Tras largos dias
Volvió de Europa á iluminar los cielos,
Mas áun la cubren funerarios velos
Y ella misma engendró cien tiranías.

En tanto en los dos altos frontispicios
De ese desmantelado monumento
Que un gran siglo en su noble atrevimiento
Erigió con tan prósperos auspicios;

Sus linderos guardando de consuno
Como dos centinelas inmortales,
Os alzais en robustos pedestales
El grande Emperador y el gran Tribuno.

Áun levanta su frente en el espacio
Con moles de triunfante simetría
El excelso edificio que debia
Ser de la humanidad el gran palacio:

Mas de los vientos se soltó la tropa:
La soberbia armazon yace desnuda,
Y el mundo al contemplarlo tiembla y duda
Si es ése el templo ó el panteon de Europa.

A QUINTANA

Cuando al rayar el dia,
Allá de mi lejana adolescencia,
El dios de la armonía,
Que es el dios de la humana inteligencia,
Su inspiracion ardiente
Vertió en mi corazon, vertió en mi frente,

Sonó, sonó en mi oido
De patria y libertad un eco santo
De insólito sonido;
La voz del vate, del profeta el canto
Que al rüido de tus olas
¡Patrio Guadalquivir! canté á mis solas.

No era, no, ya la Musa
Que triscando por riscos y por faldas
Tonos femíneos usa,
Y del dios del placer entre guirnaldas
Frívola adoradora,
Dios, hombre, mundo, humanidad ignora.

Era la gran Poesía;
La que del mundo en las remotas partes,
Como en la Grecia un dia,
Fué madre de las ciencias y las artes,
Voz del cielo en la tierra,
El himno de la paz y de la guerra.

Era la voz de un siglo
Que al nacer y al morir luchó iracundo
Con el feroz vestiglo
De la que fué supersticion del mundo,
Y en generosa saña
«Sé España, ¡España!» le gritaba á España.

Era tu grande acento,
¡Quintana! era tu voz que, en la sombría
Cárcel del pensamiento
Sonando y resonando, removia
Con versos como espadas
De España las entrañas ulceradas.

Pelayo, ardiente rayo
Contra el Islam y el oriental Califa,
El Cid, nuevo Pelayo,
Guzman, Bruto de España, allá en Tarifa,
Padilla en sangre tinto,
A tu gloria fatal ¡oh Cárlos Quinto!

Las del Pantëon hispano
Del austriaco Escorial turbadas sombras
Que á España dan en vano
Las banderas del mundo por alfombras,
Si tu ïgnea fantasía
En ellas sólo ve la tiranía;

Aquellas sombras tristes
Del grande emperador, del rey prudente
Que al tribunal trajistes
De una infeliz generacion que áun siente
Rodar por el vacío
La España, su esplendor, su poderío;

El infecundo nieto
De ellos en pos que la corona ingente,
No rey, sino esqueleto,
Deja caer de la caduca frente,
Y á los Borbones fia,
Esqueleto como él, su monarquía;

El pensamiento humano
Que, arrebatado de ambicion inmensa,
Arcano tras arcano
A los cielos robándoles, condensa
La palabra del hombre
En monumento que á la edad asombre;

España en fin, España,
Sacudiendo dos siglos de desmayo,
Y con la antigua saña
Blandiendo en las Termópilas de Mayo
La espada de Pavía
Que la herrumbre del ocio carcomia;

Tal fué tu gran poema.....
¡Himno de las batallas! ¡Armonía
De muerte y de anatema
Que de Bailén á Waterloo seguia
Con eco sobrehumano
De la Europa vengada al gran tirano!

¡Himno de las batallas!
De aquellas ¡ay! donde la fuerza blande
Sus bronces y sus mallas,
Y de aquellas tambien do en lid más grande
Despliega su violencia
El guerrero sin paz, la inteligencia.

En la memoria mia
Nunca olvidados, no, mas confundidos
En la honda lejanía
De los años en pos desvanecidos,
Tus cantos hoy se elevan
Y el entusiasmo juvenil renuevan.

Mas ¡ay! ¿qué dejo amargo
Posa en mis labios el licor ardiente?
¿Por qué de su letargo
Quiere en vano salir mi torva mente,
Y enluta el alma mia
Nube de funeral melancolía?

Triunfó la independencia
Y la Europa triunfó; pero á la España
Se le arrancó la herencia
De la que fué su inmarcesible hazaña,
Y envuelta en sus pendones
La postrera quedó de las naciones.

Triunfó tambien un dia
La libertad; pero la Europa entera,
Cual vasta alcahicería,
Como inmenso taller do el oro impera,
Fabrica ciudadanos
Que están pidiendo y que tendrán tiranos.

¡Oh! si la musa heroica
Que cantó con trasportes sacrosantos
La libertad estoica
De Grecia y Roma en inmortales cantos,
Volviese á la armonía;
Con su lira de bronce, ¿qué diria?

¿Acaso contemplados
A la tétrica luz de lo presente
Los siglos ya pasados,
Aquella España en cuya altiva frente
Tu rayo se blandia,
La misma maldicion te arrancaria?

El fanatismo odiaste:
¡Pluguiese á Dios que áun fanatismo hubiera!
El himno que entonaste
Un fanatismo fué que en su carrera
Abrió cielos y abismos:
¿Qué es ¡ay! la humanidad sin fanatismos?

Ninguno ya, ninguno
Existe ya; ni el que ensalzó al monarca,
Ni el que inflamó al tribuno:
Un Dios brutal el universo abarca
Desde el altar deshecho,
El Dios de la materia, el Dios del hecho.

Y en vez de aquella santa
Familia de los pueblos soberanos
Que, libre la garganta
De los yugos de todos los tiranos,
Imaginó el deseo,
El Bajo Imperio de la Europa veo.

Así en la acobardada
Roma Horacio cantó miéntras la lengua
De Ciceron clavada
En los rostros guardados á tal mengua,
Tu última arenga hacia
¡Romana libertad! en tu agonía.

¡Oh ilusion venturosa
De una generacion que se derrumba!
Nosotros, su ingloriosa
Posteridad, junto á su ilustre tumba
Pasamos sonriendo,
Su generoso error escarneciendo.

Nosotros, los espüreos
Hijos del desengaño que trocamos
Por mantos epicüreos
La toga consular que despreciamos,
Y, á toda patria ajenos,
Sabemos más, pero valemos ménos.

Y qué, ¿será mentira
Cuanto el hombre esperó? ¿Será delirio
El genio que le inspira,
La virtud y el valor vano martirio,
Y el Dios que al hombre cria
El Dios de una perpétua tiranía?

¡Oh! no: vendrá la historia
Y, al legar á los siglos sus anales,
Dirá al fin tu victoria
¡Oh raza de tribunos inmortales!
Pueblos, guardad su herencia:
La fe en la humanidad fué su creencia.

Y tú que el vate fuiste
De esa tribu inmortal ¡noble poeta!
Y tú que enmudeciste,
Vencido no, mas desdeñoso atleta,
Y en sombra refulgente
Velas hoy con rubor tu anciana frente;

Si áun vive aquella musa
Que tú alentaste al despuntar su dia,
Cuando con voz confusa,
Vagando en el pensil de Andalucía,
Cantaba la infelice
Tragedia de Pausanias y Cleonice;

No temas que abandone
Las santas cumbres donde á ver se alcanza
El sol que no se pone;
Sol de la humanidad y la esperanza,
El sol que el hombre implora,
El sol del porvenir que está en su aurora.

UN DIABLO MAS,

ESPECIE DE POEMA

Ó SEA COLECCION DE EPÍSTOLAS

Á

DON JUAN DONOSO CORTÉS,

MARQUÉS DE VALDEGAMAS,

EN 1851 Y 1852.

PRÓLOGO, PRIMERA PARTE Y TROZOS PUBLICADOS.

Yo digo lo que veo
Y no lo que deseo.
. . . .
. . . .
Yo le canto á la Europa agonizante,
Hollando con mis piés su cuerpo inerte,
De un Virgilio infernal mísero Dante,
La DIVINA COMEDIA de su muerte.
Yo de esta tumba universal delante,
Vate de un Dios sobre los mundos fuerte,
Clamo á los pueblos que su brazo alcanza :
Lasciate ogni speranza, ogni speranza.

(POEMA.)

PRÓLOGO.

Julio de 1868.

Lector, yo soy amigo del diablo:
No te asustes, lector, de véras hablo:
Le conocí de niño,
Me cobró algun cariño,
Y en ciertas conferencias amistosas,
Merced á su dialéctica oportuna,
Me enseñó á no aprender cosa ninguna
Y á juzgar á mi modo de las cosas.
Y fué consejo aquél de grande aplomo:
Yo sé más que Brijan sin saber cómo.

Ademas de este amigo otro tenía
(Y es mucho tener dos en este mundo),
Otro amigo, lector, de alta valía;
Talento colosal, genio errabundo
Por cuanto de ancho y de alto y de profundo
Abarca en su universa monarquía
La cristiana y gentil filosofía.
Hoy en Europa con razon famoso,
Se llamaba este amigo Juan Donoso.

Éramos pues los tres grandes amigos,
Donoso, el diablo y yo. ¡Buenos testigos
Son las paredes de la antigua casa
Que hoy con harto dolor tras larga ausencia,
Recorriendo á Madrid, contemplo al paso,
Donde al calor de la flamante brasa,
Del café inspirador á la influencia
O al són tal vez de chaparron no escaso,
Contándole los bienes y los males
De ciertas aventuras mundanales,
Pasaba yo con el amigo tierno
Noches de un largo inolvidable invierno!

Mas no casos de amores,
Otras cosas mejores
Trataba nuestro ilustre triunvirato
Para pasar el rato.
Era Donoso la disputa misma:
Jinete en la razon ó en el sofisma,
Al pobre contrincante acorralaba
Con altibajos y mandobles prontos,
Y amaba la disputa y disputaba
Sólo por disputar, como los tontos.
Yo que del mismo mal adolecia,
Yo en mi favor tenía,
Á falta de su ingenio soberano,
El botar y el rugir de un tigre hircano:
Y era tal el estruendo y vocerío
Que de enero una noche en lo más frio
Cierta noble beldad de estos Madriles,
Entónces en la flor de sus abriles,

Y que hoy ya, si se mira en este espejo,
Se encontrará su rostro un poco viejo;
Vencido por el susto su recato,
Salió al balcon para tocar rebato,
Creyendo buenamente
Que en la mansion de enfrente
Se estaba cometiendo asesinato.
Ni tiento allí ni modo:
Armábamos disputa sobre todo,
Y, cosa de notar, nunca supimos
En qué sí ni en qué no disconvinimos.
«Te digo que la paz y que la guerra.....
»Te digo que el Oriente y Occidente.....
»Te digo que los cielos y la tierra.....
»Te digo que el fenómeno del ente.....
»Te digo que Confucio.....
»Te digo que está huero tu occipucio.....»
Tal, buen lector, tal era
Nuestro modo y manera,
Y el dïablo que á la plática asistia,
En dïablo se reïa.

Desde luégo, lector, das por supuesto
Que asunto principal en todo esto
La maldita política sería.
A Donoso y á mí la suerte adversa
Que los hombres y cosas tergiversa,
Por capricho especial lanzado habia
A aquel partido, hoy ya desvencijado,
Que se llamó en España moderado.
Y de aquí entre los dos nueva disputa:

Al que de acuerdo está se le refuta.
Por lo que hace al diablo, nos decia
Que, allá en los tiempos en que Dios queria,
Él profesó tambien sus opiniones
Sobre gobernacion de las naciones:
«Pero amigo», añadia,
«Años y desengaños
»Causan terribles daños:
»Tras vanas entidades
»Corrí mil tempestades,
»Y hoy, náufrago en la playa,
»Dudando hasta que el mar se tenga á raya,
»Hoy vivo en la más santa indiferencia:
»La política es ciencia sin conciencia.»

Tal se explicaba el dïablo
Al tiempo de que hablo,
Y nada en sus facciones desmentia
La profesion que hacia;
Pero Donoso concibió sospechas,
Le echaba unas miradas como flechas,
Hasta que al cabo un dia,
Él, en estos juicios tan discreto,
Emplazándome aparte, me decia:
«Gabriel, este sujeto
»Es un conspirador, es un espía.»
Lo que más á Donoso le emperraba,
Puesto que al fin del dïablo se trataba,
Era que el signo de la cruz le hacia
Y él con gran devocion se persignaba.
Mas turbada amistad es vidrio roto;

Devoto ó no devoto
El diablo salió al fin de sus casillas,
Fueron á punto de volar las sillas
Y Juan Donoso prorumpió: «*Abrenuntio:*
»*Nulla inter nos conjunctio.*»
A lo que el diablo respondió: «¡Canario!
»No vuelvo á saludar á un doctrinario,
»Y me voy por anverso y por reverso
»A democratizar el universo.»

En efecto salióse tan girocho
Y urdió con su infernal perseverancia
La del año de Dios cuarenta y ocho
Santa y feliz revolucion de Francia.
¡Momento aquél de universal sorpresa
Cual la primer revolucion francesa!
¡De alta esperanza y general espanto
Momento al mundo aquél! Donoso en tanto,
Profeta de aquel vasto cataclismo,
Pero aterrado al contemplar su abismo,
Como el condor del Ande allá lejano,
Trono del continente americano,
Que la cumbre glacial do fué su nido
Siente titubear al repetido
Golpe y temblor del convulsivo trueno
Que le desgarra el seno,
Y oye allá dentro con creciente arrobo
La voz de las catástrofes del globo,
Que ve á sus piés en las crujientes rocas
El volcan interior abrir cien bocas,
Y como el fuego subterráneo sube

En torrente de lava, de humo en nube,
A raudales vertiendo en las campañas
La nieve secular de las montañas,
Miéntras la ígnea cimera
Tiñe en luz espectral la cordillera;
Y se remonta al cielo
Pidiendo en su alarido
Otra cumbre, otro nido
Donde posar su vuelo;
Donoso así, Donoso,
Aquella inteligencia sin reposo,
Zozobrante bajel de humana ciencia
Que su puerto buscaba en su conciencia;
Atónita la mente
Ante la ola creciente
Que arrasaba los santos paladiones
De las viejas naciones,
Y avanzaba á tragarse los altares
De los cristianos lares;
En alas de su espíritu se lanza
Pidiendo á Dios venganza,
Anuncia á los mortales
La suma de los males,
Y blande contra el nuevo paganismo
La cruz de un vengador catolicismo;
Y luego ya que en la tribuna hispana
Fulminó aquellas bíblicas arengas,
Triunfo mayor de la elocuencia humana,
Que hoy corren tierras y naciones luengas,
Soltando en los turbados parlamentos
De nuevas tempestades nuevos vientos;
Hácia París corria

A ver cómo subia,
En los hombros del pueblo soberano,
Al trono de la antigua monarquía,
El imperio romano.

Pero no anticipemos
Lo que contar tenemos.
Donoso pues, el exicial Donoso,
Despues de aquella espléndida campaña,
De nuevos espectáculos ansioso,
Se fué á París de embajador de España.
Con lo cual, y en el tónico ejercicio
De tan sublime oficio,
Su ya noble intelecto
Tornóse más perfecto
Que miéntras lo redujo á peroratas:
Pues—sábelo, lector—los diplomatas,
Acostumbrados á mover los mundos,
Son siempre muy profundos.

Y aquí entra lo mejor del cuento mio.
En tiempo áun más lejano cuya fecha
Con santo horror el corazon desecha
Entre espeluznos de calor y frio;
Por los años allá, segun la cuenta,
De ochocientos cuarenta;
Cuando la Francia liberal de Julio,
Émula de Caton y Marco Tulio
En gloria y majestad parlamentaria,
Trajo á Napoleon de Santa Elena,

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] la Europa [illegible] En su ruina
Otra Europa, otro mundo alzarse debe:
Hácia [illegible] que la ilumina,
El [illegible] se mueve.
[illegible] Autoridad divina!
Ambas sucumbiréis al golpe leve:
Raza de ateos que á luchar nacimos,
Luchamos contra el cielo y sucumbimos.»

Buenos, malos, medianos ó perversos,
Tales eran, lector, aquellos versos;
Y ni entónces ni ahora yo sabia
Lo que decir queria:
Pero Don Juan los aprendió de coro,
Y en tono que el sonido
Recordaba á mi oido
De aquella voz de púlpito y de foro,
Su gran voz de orador que parecia
Una campana de oro,
En una de sus cartas familiares,
Entre otras muchas cosas singulares,
Ahora me copiaba

La furibunda octava,
Repitiéndome en términos diversos:
«Gabriel, caro Gabriel, vuelve á haçer versos.»

Éranse ya los postrimeros dias,
Éranse las instables agonías
De aquella infiel república que al cabo
Pasó, pasó cual saturnal de esclavo.
Y por cierto, lector, que ántes con mucho
Que Monsieur Thiers, en parlamentos ducho,
De lo alto de su trípode lanzase
Aquella estoica frase
Que corrió por el mundo tanto trecho,
«El imperio está hecho»,
Donoso con su dón de profecía
Una vez y otra vez me la decia.
Y es fácil que Donoso la inventase,
Que en frases de sentido
Á Donoso jamas nadie ha excedido:
Mas tambien es posible otra sospecha;
Áun es más facil que naciese hecha,
Pues cosas hay de tan gentil donaire
Que las frases se cuajan en el aire.

Bajo este pues desolador influjo,
En hora para mí desventurada,
Cuando de la atra-bílis el reflujo
Saca al rostro tal vez la risa airada,
De su impotencia aparatando el lujo
La mente contra el cielo rebelada,

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] á la muerte me veda
Y cuando digo todo,
Lector, advierte que hasta en todo hay modo.
Y que todo, es decir, su propio abismo,
No se lo dice el hombre ni á sí mismo;
[illegible] pues de esta locura
Que sólo á fuerza de ímpetu se cura,
Y cabalgando ligero en el tema
De aquella hora suprema,
Tal como en anatómico anfitëatro,
Al rezagar de la cuchilla obnoxia,
Quirúrgico doctor en dos por cuatro
Descuartiza el cadáver de una autopsia;
Yo así, blandiendo con presteza suma
El lápiz ó la pluma,
Tras epístola epístola escribiendo,
Por aquí tropezando, allí cayendo,

Iba en fortuitos de papel retazos
Arrojando con rabia los pedazos
De esta, difunta ya de su dolencia,
Insensata y sensata inteligencia:
Resultando á la postre en pocos dias,
Sin consorcio ninguno con las musas,
Una sarta de coplas y folías
Burlescas, estrambóticas, confusas,
Y áun más dignas de escarnio y vituperio
Cuando dan en tomarlo por lo serio;
Resultando, repito,
Cual cuerpo del delito,
Un diforme centon epistolario
Sin ningun parentesco literario,
Un embriön, un feto de gigante
Sin cabeza, sin miembros, sin semblante,
Un monstruo en fin de proporciones vastas,
Todo piés, todo cola, todo astas,
Que hoy que se trata de ponerle nombre,
Aunque el gremio académico se asombre
Y contra mí fulmine su anatema,
Poema llamaré ó Antipoema:
Y éste es, lector, su verdadero apodo;
No ya el Antipoema, el Antitodo.

¡Oh perdicion! ¡Oh vínculos funestos!
¡Oh vil complicidad! No, no eran éstos,
No eran éstos ¡ah! no, los que pedia
Altos versos, magnánima poësía,
Aquel ilustre y elocuente amigo,
De mi primera inspiracion testigo.

Otro canto, otra alteza, otra armonía
Esperaba él de mí..... Pero ¿qué digo?
¿Soy yo acaso el autor de tal portento?
El dïablo, el dïablo fué ¡Dios me es testigo!,
El que forjó y aderezó este cuento.
Él que, á pesar de la anterior querella,
No abandonó mi huella;
Él que en su torpe ubicuidad leïa
Las cartas que Donoso me escribia,
Y aprovechando el tentador momento,
Su hálito me inspiró pecaminoso,
Sólo por dar á su rencor sustento,
Sólo para vengarse de Donoso.
Si tú, lector piadoso,
De tu sana intencion no te arrepientes,
Y osas leer las páginas siguientes,
Ya verás cuál desde el comienzo mismo,
Con aire triunfador y altiva cresta,
El buen señor del susodicho abismo
Otra vez ante mí se manifiesta;
Verás cómo, fingiéndose el extraño
Y sin hacer mencion de lo de ogaño,
Él es, él es quien el asunto elige
Y en dómine se erige;
Quien charla, quien diserta, quien discurre,
Quien con su eterna digresion me aburre,
Sin ser yo más aquí ¡Dios me dispense!
Que un simple amanuense;
Quien en lo más violento
De aquel providencial revolvimiento
Que armó el tropel y desarmó la tropa,
Inaugura su atroz divertimiento

Con el asesinato de la Europa;
Como de las políticas regiones
Se encarama despues á otras esferas,
Y entierra y desentierra las naciones,
Y comete dos mil profanaciones
Con sus desventuradas calaveras;
Sus modos de traer al retortero
Y en términos tratar patibularios
La gente principal del mundo entero,
De la historia los altos dignatarios,
Reyes, emperadores,
Cónsules con lictores,
Vivos, muertos, antiguos y modernos,
Lo mismo oposiciones que gobiernos;
Su pérfida influencia
En esta universal efervescencia;
Su tono entre burlesco é iracundo,
Los puntapiés que le descarga al mundo;
Los trances, los sucesos
Que provoca este infiel con sus excesos;
Sus raras tëologías,
Sus, digámoslo así, filosofías;
Sus vuelos y escarceos,
Sus viajes y paseos
Por los mundos visibles é invisibles,
Posibles é imposibles
Del sér y del no sér; como en resúmen
Este sulfúreo númen,
Con su naturaleza tormentaria,
Y sin que ruego ni piedad le ablande,
Arma la más tremenda maquinaria
Y afronta la catástrofe más grande,

Inclusas las pasadas y presentes,
De que hay recordacion entre las gentes.

«Y bien», te oigo exclamar, lector profundo,
«Los versos de este siglo tremebundo
»No son ya los de Lope ó Garcilaso;
»Son versos de más peso y más fracaso
»Que cuando la infantil literatura
»Era cosa de juego y confitura,
»Y la misma poesía
»Ignoraba su gran categoría.
»Todo hasta aquí fué embrïon inverecundo,
»Hasta este siglo no comienza el mundo,
»Y si ya se murió la Diosa Astrea,
»Hoy tenemos la Diosa de la Idea.
»Ahora bien; aplicando ese criterio
»Á este diaboliquísimo Misterio,
»Pase por su archi-bárbara incoherencia,
»Pase por su sarcasmo é ironía,
»Pase por su impudencia,
»Porque este vicio es la virtud del dia;
»Pero diga el autor, diga en conciencia,
»Si él tambien la conciencia no ha perdido,
»¿Cuál la moralidad, cuál el sentido
»Que nos vela esa máscara irrisoria?
»¿Cuál es el ideal preconcebido?
»¿Cuál en fin el objeto de esa historia?
»¿Qué leyes ó qué arcanos
»Les viene á revelar á los humanos?»
—Lector, eso es pensar, mas te protesto
Que, supuesto el papel ó no supuesto
De confidente, zagalon, comparsa

Que me ha tocado hacer en esta farsa,
No sé si por modesto ó inmodesto,
Yo nada me he propuesto,
Pues si cosa formal me propusiera
Otros versos ó prosas compusiera:
Y en cuanto al dïablo creo
Que, al hacer de su ingenio tan mal uso,
Tampoco se propuso,
Como término y fin de su deseo,
Levantar ningun muro ciclopeo.
¡Cosa de puro azar, vil matrimonio
De mi musa infeliz con el demonio!
Como quiera, lector, yo me remito
Á cuanto ese precito
Discurre allá en sus tésis y teoremas
Sobre poëmas, sobre no poëmas;
Y así en estos asuntos literarios,
Como en otros muy raros y muy varios
Que saltan de contino
Cual piedras del camino,
Lo mismo en las materias
Burlescas que en las sérias,
Ora explore los páramos eriales
De estas pobres comarcas terrenales,
Ora corra en sus vuelos errabundos
Por los mundos, ex-mundos y post-mundos;
Oirás con qué desden ó qué soflama
A cada paso exclama,
Como argumento y conclusion supremas
De sabios y filósofos al coro:
«Mi sistema son todos los sistemas;
»El sistema de Dios es el que ignoro.»

Del mundo en la memoria
Grabada está la historia
De la postrer revolucion de Francia,
Ocasion de esta torpe extravagancia.
El genio de la guerra
A la Europa, á la tierra
Se apareció otra vez, y aquel consorcio
Que presagiaba al suelo
Un siglo en paz y en libertad fecundo,
Trocaron en sacrílego divorcio
La autoridad del cielo,
La libertad del mundo.
Esforzado campeon de la fe antigua,
Cuyo sol en la tierra se amortigua
Al par que un himno de impiedad se escucha,
Cayó Donoso, sucumbió en la lucha,
Abrazando al morir la cruz sangrienta:
Despareció el condor de la tormenta.
Despareció, y de un vuelo
Fuí á buscar en el cielo
Paz, gloria, fe, inmortalidad..... Yo en tanto,
Presa de un miserable desencanto,
En el fondo arrojé de unos cajones
Aquellos jeroglíficos borrones,
Y en ellos han dormido
El sueño del olvido,
Sin acordarme ya ni por asomo
De Apolo, de las Musas, ni de Momo,
Hasta que hoy, con asombro de mí mismo,
Me vengo á hallar por desventura extrema,
En el fondo otra vez de tanto abismo,
Escribiéndole un prólogo al poema.

Más de tres lustros ya, diez y seis años
Pasaron ya con su glacial torrente,
Pasaron con su hoz de desengaños,
Pasaron escribiendo en nuestra frente
La sentencia de Dios..... ¡Cuánta memoria!
¡Oh de mi corazon última historia!
Y ¡cómo en mis menguantes horizontes
Desciende el sol tras los confusos montes!
Pero no vengas tú, melancolía,
A enlutar con tu sombra el alma mia.
¡Dichoso el que sin cuitas ni negocios
Tiene un poema en que emplear sus ocios,
Jardin..... mas no jardin..... aquí no hay flores.....
Campo sin artificios ni primores.....
Campo ancho y solitario en cuyos senos
Se respira á lo ménos
Este, impregnado en saludable esencia,
Aire de libertad é independencia,
Que tanto han menester ciertos pulmones
Para no reventar en ocasiones!
¡Un poema al cabo embrïon, al cabo feto,
Pues á dicha mayor está incompleto,
Un poema todo rüido y anarquía,
Espejo de este siglo de behetría,
Donde al cabo no soy toro embolado,
Por las reglas del arte enmaromado,
Sino ántes toro en plaza
Que jinete y caballo despedaza,
Y al caer en la arena
Lleva en el cuerno heroico sangre ajena.

¿A qué estoy pues en balde discurriendo?

Al poema ¡vive Dios! y que haya estruendo,
Al poema del infierno. ¿Acaso en esta
Soledad de la mente, la más honda
De todas las humanas soledades,
Cuando ya nada al corazon le resta,
Cuando nada hay en él que ya responda
Del mundo á las esclavas vanidades;
La terrible vision, el sueño horrendo,
No me está más que nunca persiguiendo
De una Europa que en torno se derrumba?
Lector, este poema es una tumba
Donde tiempo hace ya que muerto vivo,
Y desde ella te escribo:
Pero no pienses, no, que estoy yo solo
En este mauseolo:
Dios en esto excepciones no consiente,
Y conmigo lo habita mucha gente:
Ni tengo á esta mansion que convidarte,
Pues tampoco tú estás en otra parte.
Sí, insensato lector, tenlo por cierto,
Tú tambien estás muerto:
Ni, á poco que avizores,
Posible es que lo ignores:
Y si es que por el mundo andas tan serio
Ocultando el misterio,
—Perdóneme, lector, tu reverencia—
Te habrán dado licencia.
Al poema, al poema pues, y complemento
Demos á este orgulloso monumento,
Cuyos desmesurados materiales
Son las piedras y ruinas funerales
Que se van sin cesar desmoronando

De este que están batiendo y arruinando
De Dios los misteriosos aquilones,
Formidable edificio de naciones.
Pero aquí no hay más luz que la tiniebla;
Todo, todo, hasta el alma ella lo puebla:
Abro y abro los ojos y no veo:
Voy á sentar la planta y titubeo:
Espectros se levantan
Que mi ánimo quebrantan,
Y no sé del diabólico arquitecto
Verificar el infernal proyecto.
¿En dónde, en dónde está mi antiguo guía?
¿Cuándo más requerí su compañía?
A veces imagino
Que le llevo á mi lado en mi camino,
Que no me abandonó ni un solo instante,
Que siempre va detras ó va delante.
Mas á él en vano en la ocasion acudo
Y de él maldigo y dudo.
¿Dónde está el dïablo, dónde?
Mas héle que responde:
«Aquí está el maese Pedro del retablo:
»Hoy se duda de Dios, no del diablo.»

Con esto pues, y con la santa ayuda
De su terrible majestad cornuda,
Me propongo dar término y remate
Á este superlativo disparate.
Grave asamblea de fervor castalio
Recibióle al nacer con cruz y palio,
Y algun amigo con sangriento gozo

Se aprendió de memoria más de un trozo:
Mas Donoso..... Donoso..... ¿qué dijera
El terrible Donoso si lo viera?
Un trozo sério publicado entónces,
La funesta cancion del nuevo Atila,
Vió y halló digno de grabarse en bronces,
De esculpirse del sol en la pupila.
Mas la obra irreverente,
El monstruo de la mente,
La sandia, la brutal bufonería,
Amasada con sangre á sangre fria,
Donoso no la vió y el vilipendio
Me ahorré de un vasto incendio.
Parto impuro de impuras circunstancias,
Temerario aluvion de extravagancias,
Yo mismo, léjos de juzgarle bueno,
Yo mismo le condeno;
Ni sé si ya resistirá la prueba
De época y gente nueva;
Mas tú sabes, lector, lo que es un vicio;
Un suplicio gustoso, aunque suplicio,
Y obramos tantas veces contra el gusto
Que hacerlo alguna vez no es más que justo.

Y ahora, lector nefando,
Hasme de permitir que en tono grave
Este prólogo acabe,
Perdon de tanta culpa demandando,
No á tí, pobre lector, tonto ó discreto,
A quien yo no conozco ni respeto,
Sino á cierta encantada Dulcinea,

Eterno culto de mi eterna idea.
Es cosa—bien lo sé—que hoy no se usa,
Resabio de mis clásicos estudios,
Es una invocacion á aquella Musa
Que presidió mis métricos preludios,
Allá en aquellos moros
Campos, de vida y de beldad tesoros,
Donde el Bétis retrata en sus raudales
Orillas de naranjos y rosales,
Y á la cual ¡oh tardío, oh infecundo
Dolor que hoy más el corazon me hiere!
Traté con el desden con que en el mundo
Tratamos la mujer que bien nos quiere.
Pero ¿dónde está ya? Tambien por ella
Han pasado quizá los raudos años;
El dolor en su faz plantó su huella,
Y apagaron su voz los desengaños.
Mas no, que no es humana la hermosura
De aquella de mi cielo criatura.
Héla, héla allí, que las esferas hiende,
Héla, héla allí que sobre mí desciende
De su mundo ideal.....

¡Oh, tú, de esencias
Inmortales formada, de esplendores
Infinitos vestida, que naciste
En el seno de Dios, y las potencias
Sabes de la creacion, y en sus albores
Como en tu misma cuna te meciste!
¡Inteligencia, oh, tú, de inteligencias
Que, vibrando en la diestra iniciadora

La antorcha de la luz reveladora,
Y en himnos saludando de alegría
Al primer hombre en el primero dia;
Desde las cumbres de los sacros montes,
Desde la orilla de los santos rios,
Abriendo fuiste ante él los horizontes
De la tierra en los páramos vacíos,
Trazándole su historia,
Sembrándole su gloria;
Que en las ignotas vias
De tu arpa al són le guias
De las cumbres del Émodo remotas
Y la orilla del Éufrates y el Indo,
A las cumbres fulmínicas del Pindo
Y la orilla de adelfas del Eurotas!
¡Tú, que en hora más grande al iracundo
Fragor del trueno en el Oreb oiste
Al Dios del mundo revelarse al mundo,
Y en el Calvario viste
Al Dios del hombre revelarse al hombre
Y exultarse los pueblos en su nombre!
¡Tú que en la gran tragedia
Que dos mundos promedia,
Aquel que en Roma acaba
Y el que en Roma empezaba,
Tumbadas ya las águilas latinas
Al pié de sus colinas,
A los nuevos señores de la tierra,
El godo, el galo y el sajon y el huno,
Proclamaste en los campos de la guerra
Una la humanidad como Dios uno,
Sacando de aquel cäos la soberana,

De naciones nacion, nacion cristiana!
¡Tú que, áun surcando por do quier torrentes
De sangre humana, el holocausto eterno,
En la moderna edad las nuevas gentes
Inflamas con interno
Ardor, instinto, presentir divino
De un inmortal destino,
Y tiendes á sus piés los continentes,
Y rindes á su voz los oceänos,
Y prometes en sueños esplendentes
El dominio del mundo á los humanos!
¡Tú empero, tú que á su mayor victoria
Mezclas un són de imperturbable duelo,
Que recuerda hondamente á su memoria
Su impotencia ante el cielo!
¡Musa eterna del hombre, excelsa Musa,
Tú, de la humanidad! ¿Quién, quién ha osado
Decir que el genio tu favor rehusa,
Y que el mundo de tí desencantado
No volverá á escuchar el noble verso,
La impávida armonía
De aquella gran poësía
Que es la grande intüicion del universo?
No, Musa, no; ni enmudeció tu canto,
Ni argumento mayor nunca ofreciera
Otro pueblo ni edad que la presente.
¿Por qué yo que he sentido el estro santo,
Aunque como Faetonte sucumbiera,
No levanté las alas de mi mente
A mirar frente á frente
Aquel sol cuya luz única y sola
El ánimo acrisola?

No tú, Musa feliz del entusiasmo
Que los vientos del mundo desafia,
La musa fué del bacanal sarcasmo,
La musa del escándalo y la orgía,
La que estos versos me dictó..... Perdona.....
De otros será tu celestial corona.
¡Dichoso yo sí, cuando tú un momento
De tu olímpico ceño te despojas,
Una mirada arrojas
Sobre este infaustosísimo argumento,
Y hallas en estas hojas
Digno de tí algun són, algun acento!
Yo siempre en mí te siento:
De ráfaga divinà
Mi frente se ilumina;
Mi corazon, mi mente
Se abren á tu vision resplandeciente:
El Dios que es Dios, la humanidad que llora.....
Ésta es la hora del vate..... Ésta es la hora
En que Virgilio canta:
«Nueva aurora de siglos se levanta.»
Éstos los santos dias
Que oyeron de Judá las profecías:
Sí, sí; ya se adelanta
El que la tierra implora,
Del humano rescate aniversario:
Se levanta en los cielos otra aurora,
Se levanta en el mundo otro Calvario.

HIMNO Ó INTRÓITO.

Diciembre de 1851.

Yo soy el viento que en mis alas traigo,
Traigo la muerte de los pueblos..... yo.....
Yo soy el viento que en los pueblos caigo
Cuando su instante postrimer llegó.

Yo soy el viento que en el trance horrendo
Precipitaba al querubin Luzbel;
Yo soy el viento que expulsó gimiendo
A Adan y á Eva del feliz verjel.

De entónces fué mi perenal destino
Sobre la triste humanidad rugir,
Lanzar los pueblos al fatal camino
Y ante sus plantas el abismo abrir.

Ya lüengos siglos reposé en mi tumba:
Mas hoy de nuevo sobre el mundo soy:
Oidme, oidme, que mi voz retumba:
Buscando un pueblo moribundo voy.

Yo soy el viento que abrasé á Sodoma,
Que á Egipto, á Grecia, á Babilonia hundí;
Yo soy el viento que soplaba en Roma
Cuando Alarico se acercaba allí.

Sonó una voz que me decia «vuela»,
Y yo las alas sacudí á esa voz:
Yo el viento soy que la historia asuela,
Yo soy, yo soy el Aquilon de Dios.

Yo soy el viento que el postrero dia
Traerá á la triste humanidad su fin:
El viento de la culpa y la agonía;
Manda ¡oh Señor! Yo soy tu Querubin.

Yo soy el viento á cuya diestra airada
Hasta los cielos á su vez caerán:
Soy el viento del cäos y de la nada:
Manda ¡oh Señor! yo soy tu Leviatan.

PRIMERA PARTE.

EPÍSTOLA PRIMERA.

LA REVOLUCION DE 1848 EN FRANCIA.

Setiembre de 1851.

Cuatro años há, Don Juan, y áun no cumplidos,
Que en medio de una paz octaviana,
Reposados del sueño los sentidos,
Amaneció la Europa una mañana.
Luis Felipe, aquel rey prudente y sabio,
Luis Felipe era Octavio,
El Octavio de Europa. Con cien llaves
Cerrado el templo de la guerra habia,
Para dicha comun de cielo y tierra,
Y, merced á unas pócimas suaves,
Tambien bajo su férula tenía
A otro monstruo mayor que el de la guerra.

El nombre de este monstruo horrendo, insano,
Gran compinche del pueblo soberano,
Nombre fatal, tempestuoso nombre,
Fascinacion y vértigo del hombre,
Ya le adivinas tú. Segun se cuenta,
Allá en el año treinta,
Lafayette, aquel héroe de retablo,
Mal cantor de políticas folías,

Acabando á la postre de sus dias
Por huzmar que el tal monstruo era el diablo,
Logróle adormecer con un conjuro,
Y luégo que le tuvo bien seguro
Y que pasó lo fuerte del chubasco,
A Luis Felipe se lo dió en un frasco;
Y el rey de la triunfante mezocracia,
Dándole tantas gracias por la gracia
A aquel infelicísimo belitre,
Lo guardó con gran tiento en su pupitre.

Allí estuvo en conserva. Pero un dia
Que, segun al principio te decia,
Amaneció muy claro y muy sereno,
Sin amago de rayo ni de trueno,
De aquellos dias en que Dios potente
Se burla de los hombres grandemente,
Yo no sé qué violento
Ademan ó impensado movimiento
Fué á hacer el Rey, que la fatal botella
Se cayó, se quebró y allí fué ella.
El diablo en persona.

De repente
Ardió París, la fragua de Vulcano
De las grandes tormentas europeas:
Turin retiembla sobre el Alpe ingente,
Se vió bambolearse el Vaticano,
Y las ondas arder partenopeas:
Milan tudesca revivió lombarda,

Un nuevo Etna reventó en Sicilia,
Y el leon de San Márcos su alabarda
Apercibió en magnánima vigilia.
La Italia, dando el estandarte al viento
Donde grabó sus inmortales nombres,
Quiso animar con generoso aliento
El grande sueño de sus grandes hombres;
Y en las tumbas de Borja y de Hildebrando,
Y del gran Gibelino de Florencia,
Voces se oyeron resonar clamando:
«Libertad, libertad é independencia.»

Ni sola Italia fué. Madre futura
De una nueva Alemania que se agita,
Cual feto gigantesco, en sus entrañas,
Invistióse Francfort la investidura
Que ya Berlin á quien el genio incita,
Disputaba á Viena en las campañas;
Y envolviendo en sus fórmulas extrañas
Un mundo de ambiciones giganteas,
La Alemania que fué fábrica de hombres,
Ya convertida en fábrica de ideas,
Un concilio juntó de otros Luteros
Que, emulando y venciendo á los primeros
En la gran rebelion que inauguraron,
Nueva ley, nueva ciencia,
Otro dogma, otro Dios, otra existencia
A la Europa y al mundo promulgaron.

Más allá..... ¿No le veis? Donde el Danubio,
Rio de dos mundos de diversa gente

Que parten el Oriente y Occidente,
Aun recuerda aquel bárbaro diluvio,
Diluvio humano, universal tragedia,
Que se llama Edad Media,
Sepultando en su légamo las mallas
De homéricas batallas,
Di, di, ¿qué nuevo pueblo se levanta,
Qué nuevo campeon mueve sus tiendas,
Y desnuda su espada y se adelanta
A dirimir de Europa las contiendas?
¿Quién es, quién es que al mundo amedrentado
Se anuncia ya cual dictador del hado?

Pero ¿adónde voy yo? Don Juan, ¿qué es esto?
¿En qué almöhadon de nubes me recuesto
Que, atras dejando montes y laderas,
Remontándome voy por las esferas?
¿Dónde iba yo á parar? Sí, ya me acuerdo.
Ni á caballo ni en verso hay hombre cuerdo.
En suma lo que yo decir queria
Con esta horripilante algarabía,
Era que el diablo se soltó y que en vano,
Echando bendiciones con la mano
Y fuego y llama viva por los ojos,
Guizot y Thiers y algunos otros cojos
Se soltaron tras él á todo escape:
El diablo corre más, no hay quien le atrape.
Y tal traza se dió que en media hora,
Ó si es mucho correr en hora y media,
Armó toda èsa bárbara tragedia
Que con voz más augusta y más sonora
Que á tan pedestre asunto convenia,

Despertando á deshora
Al cabo de diez años que dormia,
Mi altisonante musa te decia.

El caso fué, Don Juan, sin redundancia,
Que todo eso pasó; que ardió la Francia,
Que ardió de sus resultas media Europa
Y la otra media se tostó la ropa:
Que obra fué del diablo condenado
Que se soltó en la hora del pecado,
Y que cosa mejor sin duda fuera
Que en vez de suceder no sucediera.
Mas bien..... ¿Y qué? fué un susto,
Un susto pasajero.—Justo, justo.
Señor, que arde la fragua.
—Pues venga un cubo de agua
Y adios, incendio.—Lamartin sonoro
Con aquel pico de oro
Que nos recuerda el de Platon en Sunio,
Adormeció á los cíclopes, y en Junio
Acertó Cavaignac con tal remedio
Que anduvieron á gatas siglo y medio.
El buen Radetzky á la infeliz Italia
Un grillete le planta por sandalia,
Los magiares se tienden en el surco
Y Bem polaco degenera en turco.
Viena vuelve á los tiempos meternicios,
Y, en vez de andarse en juntas y comicios,
El monarca prusiano
Pinta y retoca por su propia mano
Una decoracion de feudalismo

Que hiciera reir á Federico mismo.
—Señor diablo, se acabó la danza:
Ahora estamos mejor si es que hay mudanza.

¿Qué importa que el prudente
Rey y que el rey valiente,
Lumbreras de Orleans y de Saboya,
Hayan dado consigo en una hoya?
¿Qué importa este tumulto de demonios
Que, dando de su furia testimonios
En Novara, Hermanstad, Nápoles, Roma,
Como el ángel de Dios allá en Sodoma,
A puro cañonazo
Le han partido á la Europa el espinazo?
¿Quién osa ya mentarnos esos nombres
De sangre y destruccion? ¡Paz á los hombres!.....
. . . .
. . . .
El drama se acabó. La Europa antigua
El huevo aplasta de la Europa nueva;
La luz del vasto incendio se amortigua
Y no hay ya por el mundo quien se mueva.
¡Gran solo de violon! Y sobre todo,
El viejo Metternich ha hallado modo
De volver á encerrar en su redoma
Al diablo maldito de la broma.

Esto dicen, Don Juan, y ya no hay crísis:
La Europa es una égloga estos dias:
Doña Revolucion muerta de tísis,

Doña Reaccion tocando sinfonías.
Mas, Don Juan, yo quisiera equivocarme:
Esta cosa no acaba de gustarme,
Y me atrevo á apostar algunas libras
De este mi venturoso escepticismo,
Contra un mínimo adarme
De ese grandilocuente dogmatismo
Con que tú en esos aires te equilibras
Cuando los rayos de tu mente vibras;
Don Juan, á que esta cosa
No ha de parar aquí. Todo reposa
En paz, en blanda paz. Pero tú sabes
La frase aquella que con modos graves
En diarios, folletos y revistas
Acostumbran usar los periodistas
Cuando hablan de una paz que no les gusta:
Es la paz de Varsovia, paz que asusta.
La Europa duerme en paz á la hora de ésta:
Mas ¿quién negar osára que mañana
Quinientos mil demonios con su orquesta
Le diesen una murga soberana,
De éstas que siempre oyeron con visajes
Ciertos hoy preteridos personajes,
Y á cuyos sones ya no se extasía
Su inventora, la santa burguesía?
¡Demonios! ¡Mal vocablo!
Que demonio es sinónimo de dïablo,
Y el dïablo fué, como al principio dije,
Quien de la oreja nos colgó este dije.
Pero ¿á qué tal ambaje y tal rodeo?
En secreto, Don Juan, con gran reserva:
Yo sé por dónde anda este Asmodeo

De la revolucion. Yo sé qué hierba
Pisa..... La otra mañana,
Saliendo á distraer el tedio mio
Por las orillas de este pobre rio,
Ludibrio de la Musa castellana,
Yendo yo muy temprano y muy despacio
Por esta en embrion plaza de Oriente,
Allí junto á palacio
Me vi, Don Juan, un ente
De antipática y rara catadura,
Que con aire procaz echaba el lente
A aquella de monarcas de escultura
Muda pero elocuente dinastía,
Que por razon del viento ¡oh ironía
En estos tiempos de tan gran trabajo!
En vez de estar arriba están abajo.
Me miró, le miré y ¡oh parasismo!
¿Quién dirias que era? El diablo mismo:
El que á la Europa remontó en sus cuernos,
El diablo de todos los infiernos.

Díjele:—Buenos dias.—
Y él respondió con graves cortesías:
—Dios guarde á su merced.—¡Estilo antiguo!
Cada vez que me acuerdo me santiguo.
—Vuesarced me conoce á lo que veo.
—¿Cómo no en esta patria de Asmodeo?
Mas diga, buen hermano,
¿Qué viento sobrehumano,
Cuando ya se le hacia en los profundos,
Nos le vuelve á traer por estos mundos?

—Voy y vengo á mi antojo
Y me doy á sembrar cuando no cojo.
—¿Y qué siembra en Castilla?
—Lo que siembro en Europa, una semilla.—
Y fué sacando del coleto de ante
Unos polvos de un mixto fulminante
Que entre sus mismos dedos se encendia,
Y en derredor de sí los esparcia.
—Compadre ¡vive Dios! ¿qué cosa es ésta?
—Mas me dió la callada por respuesta,
Y repentinamente,
Estirando una pata sorprendente,
Así como quien anda y se pasea,
Se plantó del palacio en la azotea;
Volvió á sacar su lente,
A Madrid contempló tranquilamente,
Me volvió á saludar con mucho aplomo
Y desapareció sin saber cómo.

Don Juan, fuera de broma,
Algo va á suceder. No hay ya redoma
Capaz de contener á este tremendo
Espíritu de fuego y de violencia
Que, áun sin subir más alto en su ascendencia,
Ora las nobles formas revistiendo
De Graco y Ciceron y Catilina
En aquel gran tribuno de la plebe,
Tonante Mirabeau de voz divina;
Ora la imperatoria
Espada del gran César reblandiendo
En aquel otro César de la historia

Que está esperando en su entreabierta tumba
A esta Europa que en torno se derrumba;
Monarca nuevo de la Francia nueva,
Triunfador de la paz, Néstor de Europa,
En aquel Orleans que hoy tambien prueba
De los hados borbónicos la copa;
Verdugo de la sangre de una idea
En aquel Satanas humanitario
Que con una cuchilla y una tea
Transformó una nacion en un osario;
Más tarde gran sectario
Del parlamentarismo protestante
En aquella gran pléyada triunfante
Que renace en la espléndida Corina
Y que en Guizot con majestad declina;
Voltaire con su sarcasmo,
Rousseau con su entusiasmo,
En Chateaubriand novísimo profeta,
En Lamartin dulcílócuo poeta,
Negacion antipática y profunda,
Segundo tomo y edicion segunda
De Voltaire en Proudhon; hoy dogma ó ciencia,
Mañana libertad é independencia;
Hoy forma, transaccion, liberalismo,
Mañana socialismo;
Hoy política pura
Y mañana infernal literatura;
Clase alta, clase baja, clase media,
Hëroe de comedion ó de tragedia,
Dictador de la espada y de la pluma,
Periódico, vapor, industria, en suma,
Proteo universal, grave ó ligero,

De cuantas formas revestir le plugo,
Desde gran pensador hasta coplero,
Desde conquistador hasta verdugo;
¡Ay! ¡ay! ese diablo, ese vestiglo,
El mundo trae revuelto hace ya un siglo.
En vano, en vano le negamos todos;
Por várias artes y en diversos modos
Todos somos sus cómplices. Tú mismo,
Agustin y Bossuet del siglo ateo,
Que quieres confundir en el abismo
El gran delito de que el mundo es reo;
Tú mismo en los arcanos de tu ciencia
Su incontrastable omnipotencia adoras,
Cuando otra omnipotencia
Para vencer su omnipotencia imploras;
Cuando con tu elocuencia soberana
Llamas á un Dios airado y fulminante
A que en el mundo atónito levante
Vasta hecatombe de la estirpe humana.
¡Ah! yo que siento el natural imperio
De tu genio y tu voz, al gran misterio
Huyo tocar..... Ante la faz divina
Mi mente osada con pavor se inclina.
Pero confiesa en tanto
Que este espíritu audaz de risa y llanto
Que á un tiempo horror y admiracion inspira,
Genio de la verdad y la mentira;
Este horrible gigante, este pigmeo,
Tántalo eterno, eterno Prometeo;
Éste es el hombre que se agita y piensa,
Ésta es la humanidad, ésta es la historia
Con su contradiccion eterna, inmensa,

Pero tambien con su infinita gloria
Y su infinita aspiracion. En vano
Le dirás que se tenga en su camino:
Impulsado de un viento sobrehumano,
No sabe adónde va, de dónde vino,
Pero marcha triunfante á su destino.
Satanas de la humana inteligencia
Y Luzbel de la humana rebeldía
Que, agotado el raudal de una creencia,
Al cielo y al infierno desafia;
Mefistófeles tétrico y sombrío
De la desolacion de un siglo impío,
Agitador, profanador, blasfemo;
Otros le aclaman bienhechor supremo,
Futuro autor de venturosos dias,
Moisés, Jesus, legislador Mesías
Que por los siglos y los mundos vuela,
Dios que otra vez al mundo se revela.
Sí, y hay momentos en que Dios parece
Que á las mudas naciones se aparece,
Y con el brazo que forjó el destino,
Empujándolas siempre en su camino,
Mostrándoles su ceño ó su sonrisa,
«Más aprisa, les dice, más aprisa»,
Y en sus alas de fuego arrebatado
Sepulta bajo sombras lo pasado.

EPÍSTOLA II.

EL DOS DE DICIEMBRE.

Diciembre de 1851.

El diablo, Don Juan, aquel diablo
De la primera vez, que tanto sabe:
Enciende cuatro velas al retablo
Y encomiéndate á Dios, que el caso es grave.

Pues, señor, va de cuento:
Paseábame yo por mi aposento
Dando vueltas al mundo acá en mi mente,
Observando tal vez cómo este viento
Que de esa Francia resoplar se siente,
Va con su brusca irregular marea
Remudando esta atmósfera europea,
—Y áun te debo observar que era de noche
Para evitar hasta el menor reproche;—
Cuando héte aquí que sin razon ni aviso
Muere la luz, y en su lugar diviso
Dos luces, no ya una, pero tales
Como allá en las regiones infernales
Te figuras el lívido reflejo
De algun planeta que se cäe de viejo.

Báñase al punto en resplandor sombrío
El aposento mio:
Forma vaga, indistinta,
En la pared se pinta,
Que por virtud oculta
Condénsase y se abulta:
Primero informe objeto,
Lineamiento despues, luégo esqueletò,
Materia en fin que se modela en torno
Como el metal cuando salió en el horno,
Y va mostrando relacion lejana,
Si de hombre no, como de cosa humana:
Vacilo, titubeo,
Rezo, que en la ocasion no hay hombre ateo:
En fin pasó aquel susto,
Y con inmenso gusto
En mi presencia pavonëar veo
Al ilustre señor Don Asmodeo.

Ilustre..... Y ¿por qué no? Yo bien me fundo.
¿Acaso no es ya ilustre todo el mundo?
Por lo demas..... convengo..... anomalías:
Hasta el diablo es ya otro en estos dias.
Allá en la España antigua
El diablo era una especie de estantigua,
A modo de escribano ó de corchete,
Con su correspondiente gallardete
De plumas en la gorra milanesa:
Nariz roma, ojo bizco, ceja espesa,
Equivocable edad, risa burlona,
Cojo para beldad de la persona,

Famosas antiparras,
En los piés y en las manos sendas garras,
Su coleto, su estoque, su muleta,
Y siempre del color de la etiqueta;
Pues, si el dïablo aleman de colorado,
El diablo español vistió de negro:
En fin nos le trasmiten retratado,
Si como un padre á Dios, á él como á un suegro.
Mas hoy ya ¡cuán mudado
En este siglo que por él se pierde!
La otra vez que le vide un pisaverde,
Y ora ¿cómo dirás, Juan, que se porta?
La persona la misma, poco importa:
Pero el traje..... ¡qué traje
Tan nuevo, tan flamante, tan moderno
Para este asendereäado personaje
Que ántes no lo era más que en el infierno!
Casaca azul arremendada de oro,
Y por mayor decoro,
Paramentando la gentil casaca,
Una placa, otra placa y otra placa:
Calzon á la rodilla,
Media de carnes, escarpin de hebilla,
Encaje en la chorrera,
Corbata con su lazo,
Afeite en la testera,
Tricornio bajo el brazo,
Y para colmo, Juan, de maravilla
Hasta el guante inmoral de cabritilla:
En fin yo dije al verle: «Ó estoy ciego,
»Ó el dïablo se ha metido á palaciego.»

Juan ¡vive Dios! que á falta de otra cosa
La musa se me muestra generosa
En punto á hilar renglones y renglones:
Nunca me ha dado á mí por descripciones:
Mas no, que la pintura al caso hace,
Y luégo esto me place.
Digo pues que, plantado Su Excelencia,
Su Excelencia el diablo, en mi presencia,
En metro vil más malo que la prosa,
Algo indigno de facha tan airosa,
Pero no sin las ínfulas del arte,
Se descolgó por la siguiente parte.

—Compadre, por las lenguas de la gente
Ha llegado á sonar en mis oidos
Que en boca me tomais irreverente
Sin los respetos que me son debidos.
Pronósticos que os hice incautamente
Decis que el tiempo los sacó fallidos;
Ni era de vos de quien temer debia
Que me negase el dón de profecía.
Vengo pues como amigo ó enemigo,
A dirimir con vos ciertas cuestiones:
Vengo á probar si deshacer consigo
De esa imaginacion los nubarrones.
Cosas que yo hago ó cosas que yo digo,
Se fundan en razon más que en razones,
Y hëos de probar con la verdad completa
Que el diablo es profeta y muy profeta.—

Echó este exordio por aquella boca
Con tal prosopeya y retumbancia,

Que con ventaja aventajó no poca
Los oradores de Inglaterra y Francia.
A España no la miento
Porque, aunque aquí tambien hay parlamento,
De España no hay que hablar..... Ni áun oradores.....
Tú, Juan, un animal de los mayores.
Es cosa muy sabida
Que España ha sido siempre una perdida,
Y todo lo que hicimos en el mundo
Pura ignorancia y fanatismo inmundo.
El profundo Guizot, aquel maestro,
Lo dijo ya con el fervor del estro,
Y es ya propia opinion, no sólo extraña,
No vale nada España.
Viniendo pues al caso,
Y dejando á la España con su atraso,
Digo que el diablo pronunció este exordio
Con aquel diapason de manucordio
Que hoy rige en la política parlancia:
Tal vez en su arrogancia
Iba á echarme un discurso de ministro,
De aquellos que escuchábamos há poco
Con entusiasmo loco
Del Sena al Manzanáres y áun al Istro:
Mas hubo de pensar sin duda alguna
Que por lances de azar y de fortuna
El parlamentarismo decaia,
Que los años atras prevalecia;
Y trocando su homilia
En parla de familia,
«Sentémonos», me dijo,
«Ser grave es ser prolijo»,

Y diciendo y haciendo fué y sentóse,
En la butaca opípara esponjóse,
Terció la pierna y se tentó la panza
Como uno de estos pollos sin crianza
Que se estilan agora por el mundo,
Y con desden profundo,
En vez de gafas como antiguamente,
Calando un vidrio de color bizarro,
Despetacó un cigarro
Y se puso á fumar tan grandemente.

—Compadre, vamos claros, sois un tonto.—
—Gracias, compadre.—Convendréis bien pronto.—
Luégo siguió.—¿Con que creeis de véras
Que no van resultando verdaderas
Las palabras que os dije este verano,
Y que dió tan lejano
Del blanco mi bohordo,
Cuando preví cercano
Un trueno gordo, retumbante y gordo?
¡Oh animal imperfecto
Este que llaman hombre! Y en efecto,
¿Hasta teneis la avilantez supina
De decir que el diablo es un tontina?
¡Ah! no, eso no. Lo que á mi fama atañe
No sufro que se empañe.
¿Qué le queda al diablo ¡vive Cristo!
Si se le quita la opinion de listo?
Quitarle esa opinion es suprimirle
Y aun me tiene aquí Dios para servirle.

—Compadre, dije yo, que al tratamiento
Quise corresponder ¡Dios me perdone!
A par del alma siento
Que vuestra real merced se desazone;
Pero, amigo, es lo cierto
Que no hallo gran concierto
Entre aquellas tormentas proudhonianas
Que me anunciasteis vos allá en Setiembre,
Y este viento que corre estas mañanas
Desde principios del actüal Diciembre.
El dïablo no sois vos, compadre, el dïablo
Es Luis Napoleon y os ha vencido.
Yo con franqueza os hablo:
El drama, vuestro drama, es concluido.

—Compadre, eso es hablar perlas y oro:
Alzad un himno y empinad la copa.
Decid ¿por qué no entrais en ese coro
Que todos los sochantres de la Európa,
El trueno de Diciembre por orquesta,
Cantan á la hora de ésta,
Dando gracias á Dios que está tan alto
Y que nunca les fué tan complaciente,
Por el tremendo salto
Que el mundo ha dado atras tan de repente?
Porque, si no me engaño, esto es en suma
Lo que hoy se reza con palabra y pluma.

—Así es verdad, compadre, y si faltára
Otra prueba mayor en vos la hallára.

—¿En mí? Pues es curioso.
—Compadre, no es razon que yo haga el oso.
—A ver, decid, amigo.
—Vamos claros, os digo
Yo tambien á mi vez. ¿Por cuál ventura,
Vos que andabais haciendo el demagogo,
Más mugriento y hambron que un perro dogo,
Habeis aderezado la figura
Con tanta gentileza y hermosura,
Y os echais á rodar por los palacios,
Hecho un sol de diamantes y topacios?
—Compadre, es maña mia
Y cuestion de mi gran guardaropía.
Como en fin ya es bien largo mi abolengo,
Allí guardadas tengo
Vestimentas asaz de cada era,
Desde la hoja de higuera
Con que Adan se tapó las pantorrillas,
Hasta las mezocráticas trabillas.
Éste me hallé hoy á mano, éste me puse.
—Compadre, no se excuse:
Mirad por cuál prodigio
No topasteis más bien un gorro frigio.
¡Ah! compadre, compadre, francamente:
Ántes dudé, mas por creerlo acabo:
Ha mudado de capa la serpiente:
Vos no sois un Caton, sois un esclavo.
Dicen bien los que cantan esa copla:
El viento que soplaba ya no sopla:
Vos trocasteis el club por la antesala.
¿Quién al diablo en estrategia iguala?

—¿Me conoceis, compadre?—Ya lo creo.
—¿De véras lo decis?—Sois Asmodeo.
—Soy la revolucion, el socialismo,
Soy casi todo lo que acaba en *ismo*,
Fatal terminacion que he propalado
Para hacer más científico el pecado.
—A lo ménos lo fuisteis, que es lo cierto.
—Os juro por las aguas del Mar Muerto,
Puesto que el lago Estigio
Perdió ya su prestigio,
Que eso que siempre fuí soy este dia:
Nada de anfibologia ó neologismo:
A los hombres dejad la apostasía,
Que el diablo no reniega de sí mismo:
Soy el gran capitan de la anarquía,
Soy el gran demagogo del abismo.
—No os enfadeis, compadre, no os injurio,
No os quiero reprochar ningun perjurio.
Mas ¿qué extraño sería
Que, disuelta la antigua cofradía,
Como otras muchas gentes respetables
Que visten togas ó que arrastran sables,
Por cuestion de aficiones ó intereses
O cualquier otro grave compromiso,
Hubierais pasteleado en estos meses
Y llegado por fin al paraíso?
—Os digo pues que, áun admitiendo el caso
De ser yo, *verbi gratia*, un palaciego,
Yo por notas equívocas no paso,
Que ni al poder ni al interes me apego.
—Compadre, el catonismo es lo que niego.
—En fin, compadre, la cuestion no es ésa;

No armemos tempestad en una artesa,
Que á hombres formales regañar no abona:
La cuestion es aquí si en este instante
La Europa anda hácia atras ó hácia adelante,
Y por la parte que hace á mi persona,
Si ejerzo dignidad ó hago servicio
Contrario á mi carácter ó á mi oficio.
Ahora bien, infeliz, bajo el influjo
De tanto y tanto doctrinario brujo
Como yo llevé siempre del cabestro
Y que hoy ya me reniega por maestro,
Lo que tú buenamente te figuras
Es que en estas postreras aventuras
Que han la Francia otra vez descuadernado,
El buen Napoleon me ha saludado
Con cierta admonicion irreverente
En la parte postrera de Occidente:
A lo cual digo yo que te equivocas
En suponer con presunciones locas
Que entre este personaje que aquí tienes
Y ese mozo de tanta bizarría,
Aparte diplomáticos desdenes,
Ni existe, ni existió ¡por vida mia!
Sombra de oposicion ni antipatía;
—¿Cómo por ahí salís?—Por aquí salgo.
—Compadre, á fuer de hidalgo,
Que si tonto os creí más tonto os creo.
Decidme, Don Luzbel, Don Asmodeo,
Quien quiera que seais, trasgo ó vestiglo,
¿Conmigo lo tomais por lo burlesco,
Y venis á fingirme un parentesco
Con ese dictador que todo un siglo

De tormenta social y de anarquía
De un puntapié para el abismo envia?
Ea, dejadme en paz.—Calma, compadre;
Hablad en tono que mejor nos cuadre;
Ni miento, ni me burlo, ni desbarro;
Prosigamos en paz, vaya un cigarro.
Es de un cajon que destapó Cleopatra,
De gran virtud contra la bílis-atra.
Ea, fuera recelos,
Que tabaco mejor no hay en los cielos.

Pienso haber dicho al comenzar mi obra,
Y es cosa que ademas aquí no sobra,
Que, apagada la luz de mi aposento
Por yo no sé cuál hálito de viento,
Con dos luces me hallé, no solo una:
Mas no era aquél el sol, no era la luna;
Dígolo con terror. Aquellas luces
Que áun me están alumbrando á mi despecho,
Eran dos ojos, Juan, que áun me hago cruces,
Clavados en mi frente y en mi pecho
Como dos apuntados arcabuces.
Los ojos de Luzbel. Don Juan, dos ojos
Cuyas miradas de inmortal desvelo
Se clavan en las carnes como abrojos
Y queman enfriando como el hielo.
Ojos cuya fantástica pupila
Es un sol de dolor y está tranquila:
Ojos que á veces sorprendeis llorando;
Ojos que están contínuo revelando
Con elocuente y formidable modo

Que lo han visto ya todo, todo, todo:
Ojos que se abren en el caos eterno,
Ojos para los cuales no hay arcano,
Ojos que han visto el cielo y el infierno,
Ojos que ven el corazon humano
Que es infierno tambien. Ojos que aterran,
Que quisieran cerrarse y no se cierran,
Ojos ¡ay! que á los ojos que los miran
El dón fatal de su intuicion inspiran,
Y con lenguaje aterrador, tremendo,
«¡Malditos los que ven!» están diciendo.
Pero ¿á qué se ennegrece
Con este nubarron mi fantasía,
Cuando al cabo el asunto no merece
Sino jácara y tunda y batería?
¿Será, Don Juan—y atiende á la pregunta—
Que cuando uno se junta,
Cual yo me junto y hablo,
Con el señor diablo,
Siempre, áun llevando la conciencia en calma,
Queda un poco de tizne allá en el alma?
Yo no lo sé, pero los tales ojos,
Negados al fulgor del entusiasmo,
Fijos y ardientes, lívidos y rojos,
Raudales de desden y de sarcasmo,
Fascinado á tal punto me tenian
Que, áun con esto de echarla de hombre fuerte,
A mi vista azorada parecian
El espejo empañado de la muerte.
Tomé pues el cigarro,
Fumé, le hallé bizarro,
Y como el vicio es cosa que extravía,

Y es tan dada á historiar la mente mia,
Y el nombre de Cleopatra me abrió gana,
Me dí á pensar en la imperial gitana
Que, segun la infernal cronología,
Hasta el capricho de fumar tenía.

Pero ¿dónde la lira? ¿Dó la trompa?
¿Dó la voz de huracan ó de torrente,
Que las tinieblas de la Europa rompa
Y este grande espectáculo le cuente?
¿Dónde la inspiracion de tanta pompa,
Dónde el Apolo está grandi-locuente
Que me ayude á cantar con estro santo
La epopeya magnánima que canto?
Aquí de esos fulmínicos poetas,
Aquí de esos filósofos profundos
Que del mundo moral son los atletas
Y á Dios le ayudan á tener los mundos.
Aquí los estadistas de hondas tretas,
Aquí los publicistas sin segundos
Que ni en versos ni en prosas infelices
Saben decir dó tienen las narices.
¡Oh vision tremebunda y fulminante!
¡Oh caso más sangriento que el de Atreo!
¡Oh asunto digno de Virgilio y Dante!
—«Lucifer, ¿dónde estás, que no te veo?»
Y es fuerza ¡vive Dios! que yo lo cante.
«¿Dónde estás, que no vienes, Asmodeo?
Ahora te he menester, habla, responde.
—Aquí estoy, compañero.—Pero ¿dónde?

Traeme al instante aquí los siete sabios;
Träeme todas las musas y las hadas;
Träeme tus telescopios y astrolabios
Y disponme en el aire unas posadas.»—
El caso fué que apénas de mi labio
Salieron las primeras bocanadas
Del humo de aquel haz de tabaquera,
Cigarro, talisman ó lo que fuera.....
Mas no puedo seguir. Es vano intento,
El terreno es fatal y no me arraigo,
Aquí no basta el númen ni el talento;
Lucifer, unas alas, que me caigo.
—Aquí están, aquí están. Voy al momento.
—Lucifer, date prisa.—Aquí las traigo.
—Pues vamos, ponme un ala en cada hombro.
Ya comienzo á volar. ¡Jesus! ¡qué asombro!
Y ¿ha de ser en octavas?—En octavas.
—Repara que la silva es mi tesoro.
—Trátalas como un turco á sus esclavas
Y saldrán del troquel como onzas de oro.
—Ya surco de este mar las ondas bravas;
Adios, compadre, adios, tierra del moro.
Ya soy un aquilon, soy un cometa:
Aquí quiero yo ver á un mal poeta.

El humo aquel que por los aires sube
No en volátil vapor se desvanece,
Sino, girando en abundante nube,
Sube y se espacia y se condensa y crece:

De ante mi vista el infernal querube
Y el turbado aposento desparece,
Y, como Ayax homérico, me veo
Envuelto en un nublado giganteo.
No erupcion natural de algun Vesubio,
Erupcion del infierno parecia,
Diluvio precursor de otro diluvio
Que en su vientre de fuego el globo cria:
De Ausonio al Sund, del Bétis al Danubio
La Europa de sus sombras se cubria,
Y de fatal presentimiento esclava
«¿Qué será, qué será?» se preguntaba.
Los pueblos al pronóstico tremendo
Se miraron con miedo en el semblante:
Se alzó, el asta de Atila reblandiendo,
Del Norte helado el scítico gigante;
Vióse de nuevo al aleman bruñiendo
La coraza de Arminio relumbrante,
Y de naves sin fin ciñó su tierra
La Cartago de Europa, Ingalaterra.
Al pié del Alpe do subir no ha osado,
Vióse aquella nacion que Dios olvida,
El cuerpo de dolor descoyuntado
Y la faz de dolor descolorida;
Y siempre á la defensa el brazo armado
Y á renovar su historia apercibida,
Golpëó la España en el Pirene rudo
Del gran Viriato el inquebrable escudo.
En tanto de un sol triste que semeja
Lámpara de una tumba de naciones,
A la luz entre lívida y bermeja
Se alzan de una ciudad los pabellones.

Acicalada como torpe vieja,
La edad va demudando sus facciones:
Sorda, estridente aclamacion se oia,
Y la voz de Luzbel que me decia:
«Ésa es París, la nueva Babilonia,
»De vuestra antigua Europa cementerio:
»Ahora presenciarás la ceremonia
»De la promulgacion del nuevo imperio.»
¡Profetas de Salen, Vates de Ausonia
Que visteis en su lóbrego hemisferio
Eclipsarse el gran sol de otras naciones!
Entonad otra vez vuestras canciones.
Álzase en medio á la ciudad tremenda
Monumento de bárbara escultura,
Cadalso colosal, enorme tienda,
Imposible á la humana arquitectura:
Emúla con su máquina estupenda
La insensata Babel de la Escritura,
De tanta y tan satánica osadía
Que de toda la Europa se veia.
Era un trono, era un trono fabricado
Con pedazos de tronos..... Suena entónces
El popular aplauso redoblado,
Crujir de parches, retumbar de bronces:
Y del gran panteon de lo pasado
Regirando las puertas en sus gonces,
Los hierros de la muerte se quebrantan,
Los muertos de sus tumbas se levantan.
Luis Diez y Seis, el mártir de la historia,
Ofrenda de la antigua monarquía;
Cárlos Diez, que de un pueblo á la victoria
Opone su derecho y en Dios fia;

Orleans que en la paz cifró su gloria,
Principio y fin de excelsa dinastía,
Y allí Napoleon la frente asoma,
Moderno César de moderna Roma.
¿Quiénes sois, que la mente encenagada
En el negro Aqueronte del sarcasmo,
¡Oh sombras de la Europa antepasada!
Siente al veros pavor y siente pasmo?
Vuelva á elevarme á su inmortal morada
El águila feliz del entusiasmo;
Torne á agitar su inspiracion severa
La santa musa de mi edad primera.
¿Ó vosotros tambien, juguete y muestra
Del azar que gobierna á los humanos,
Que la fortuna y la desdicha vuestra
Juguetes fueron de la suerte vanos;
Que rotas visteis en la gran palestra
Cuatro cetros de arista en vuestras manos,
Mirais con ojos de irrision profunda
La tragedia de Europa moribunda?
Iban á hablar, pero en aquel momento
Soltóse de la sirte soberana
El soberano incontrastable viento
De la infeliz fatalidad humana:
Él del mundo moral el firmamento
Desencaja tal vez cual teja vana,
Y al impulso de su ála aterradora
El mundo corre un siglo en una hora.
Sopló, y á su asperísimo bramido
Ondearon con ímpetu creciente
El nublo de los polos suspendido
Y el Oceano de la humana gente.

Y cual si fuera el funeral sonido
Señal y anuncio de que Dios consiente,
Alzóse un grito popular, guerrero:
«¡Napoleon, Napoleon Tercero!»
Redobla entónces el marcial estruendo,
Redobla la espantosa gritería,
Y entre la muchedumbre apareciendo
Un hombre de heredada valentía,
Y del suelo á su paso recogiendo
Una corona que en el suelo habia,
Subió al tablado y en el mismo punto
Callaron cielo y tierra todo junto.
Y allí, ante aquellas conturbadas greyes
Que doblan al mirarle la rodilla,
En presencia de príncipes y reyes
Que ignoran si los salva ó los humilla,
De pié sobre el cadáver de las leyes
Cuyo cuello áun ostenta la cuchilla,
Exclamó con magnánima arrogancia:
«Yo soy Proudhon, Emperador de Francia.»

Profunda, estrepitosa
Carcajada se oyó; volví la vista
Y vi á mi coronista,
El cual con cierto són:—¿Qué tal la cosa?
Apuntadla, compadre, en el registro
Y censurad agora mi inconstancia:
Si él es Proudhon, Emperador de Francia,
Yo soy su chambelan y su ministro.
Y áun algo más. ¡Secretos de los hombres!

No os pareis en la mutua jerarquía:
Ministro..... Emperador..... cuestion de nombres;
La principal persona aquí es la mia:
Con reserva, compadre:
Napoleon es mi hijo y yo su padre.
—Compadre ¡qué vision! ¿Quién lo creyera?
¡Qué prodigios se ven en esta era!
Mas yo con todo el mundo me equivoco.
—Y ¿quién es todo el mundo? Un tonti-loco.
Sí, yo bien sé que á la presente hora,
Al sentir este vuelco inesperado
De un mundo que en escombros se derrumba,
Como alma en pena que en el limbo mora,
Como espectro que vivo se há soñado
Porque anda dando vueltas á la tumba,
Alza la Europa antigua la cabeza
Y lo pasado á restaurar empieza.
La edad de los Gregorios y Leones
Exhuma ya sacerdotal teocracia;
La Europa colosal de los barones
Piensa reedificar la aristocracia;
La antigua, la soberbia monarquía,
Vencido ya el dragon de la anarquía,
Resucitar la era
De Luis Catorce ó Cárlos Quinto espera.
Sí, es verdad. Todos estos personajes,
A modo de vestiglos
Que estuviesen durmiendo un par de siglos,
Y hoy, despertando con sus viejos trajes,
Proclamasen delirio y fantasías
Cuanto ha pasado en los modernos dias,
De nuevo se levantan y se alientan,

Y armándose de rayos y de truenos,
Anonadar lo acontecido intentan,
¿Qué me se yo? desde Lutero al ménos.
¡Error! ¡tamaño error! ¿Qué ven ó han visto
En este dictador de nuevo arte
Que tanto con su imperio los congracia?
No, no, yo de mi tema no desisto,
Compadre, id y decidles de mi parte
Que éste es Proudhon, que ésta es la democracia.
Con que adios os quedad. Paz os deseo.
—¿Os vais, Don Asmodeo,
Ahora que empiezo á columbrar el fondo
Del maremagnum infernal que sondo?
¿Ahora que llego á sospechar lo intenso
De ese talento colosal, inmenso?
¿Os vais?—Me está aguardando
Napoleon. Estamos preparando
Los dos en paz y en gloria
El telon de esta escena imperatoria
Que por gracia especial á un ente humano
Habeis vos presenciado de antemano.
—Compadre, tantas gracias por la gracia,
Mas mi mente es reacia:
Proudhon emperador, éste es el hecho;
Pero, ¿y la explicacion?—A lo hecho pecho.
—Compadre, eso es indigno:
Ya sabido lo más, no me resigno.
—Pues bien, un pacto harémos
Y veréis qué poema componemos
Tan bestial, tan absurdo, tan omnicio:
La política es sólo el frontispicio.
Pero aún falta política y no poca.

¿No ois ese esquilon que á muerto toca?
Y lo contrario fué que con el humo
Del talisman, desapareció en lo sumo.

Don Juan, si Su Excelencia persevera,
Aun tendrás una epístola tercera:
Con lo cual, ya es razon, por hoy concluyo:
Memorias de Luzbel. Yo siempre tuyo.

EPÍSTOLA III.

CADÁVERES.

Diciembre 1851.

Ea, Don Lucifer, vamos siguiendo—
La lógica es, Don Juan, á lo que entiendo,
En el mundo ideal de la teoría
Lo que la línea recta en geometría.
Ahora bien, caro Juan, merca una vara
De medir ú otro invento
Que sirva para el caso :
Échate al campo raso
Y ponte muy atento
A medir la terrena superficie :
Que no es plana verás ni la planicie.
Este animaluchon paciente y bobo
Que llaman los geólogos el globo,
Y que ya pesará sus veinte arrobas,
Todo él está lleno de jorobas.
Por aquí, *verbi gratia*, un Chimborazo
A modo de espinazo;
Por allá una hondonada, nimia cosa;
Un mar le cabe dentro y no rebosa;
Y como por decencia anda en camisa,

Se le ve la película tan lisa
Que, si echas á correr por cualquier parte,
Te expones, caro Juan, á desnucarte:
Siendo ésta la razon, segun discurro,
Por que la humanidad que, como un burro,
Se revuelca en sus plácidas llanuras,
Toda ella llena está de mataduras.
¡Oh vil embrïon! ¡Oh máquina imperfecta!
¡Oh impotencia del hombre! ¡Oh ciencia escasa!
¿Dónde está, caro Juan, la línea recta?
No es llana ni la sala de tu casa.

Pues bien; esto que pasa
Tocante á la escabrosa periferia
De este mundo brutal de la materia,
Esto pasa tambien en la eminente
Esfera del espíritu y la mente
Donde tiene su patria el idealismo.
Tambien cumbres allí, tambien abismo:
En el mundo moral tambien hay montes
De altísima eminencia,
Que cortan los humanos horizontes
Y detienen las alas de la ciencia;
Antros donde la mente se confunde,
Senos do toda luz en sombra se hunde;
Anchos, profundos, procelosos mares
Que conmueven del mundo los pilares;
Mares que al turbio sol de óptica oculta
Parecen ofrecer fácil camino

Del espíritu humano á la impaciencia;
Mares ¡ay! donde acaso se sepulta,
A la voz de un Moisés que es el destino,
Maldecido Faräon, la inteligencia.

Sí, Juan, la mente, la ambiciosa mente,
Este Luzbel que su impotencia siente,
Pero que mueve á Dios eterna guerra;
La mente, como el cuerpo que se arrastra,
En el seno cruel de esta madrastra,
Madrastra, madre no, que llaman tierra;
Siempre, siempre en su marcha vacilante,
Siempre encuentra el obstáculo delante.
La misma mano ha escrito
La ley de lo finito y lo infinito;
Y así como no es dado á la atrevida
Mano que el mundo esclavizar desea,
Sujetar al nivel de una medida
La extension desigual que le rodea,
Así tampoco es dado al iracundo
Espíritu que al cielo desafía,
Encontrar la gran fórmula del mundo
Y el alma reducir á geometría:
Y ¡ay! ¡ay del hombre si lo logra un dia!

¿Qué importa, di, qué importa
Que el mísero esqueleto
De lo pasado de la tumba evoques,
Y con mirada absorta,
Y con terror secreto,

Lo palpes y lo vuelvas y lo toques;
Qué importa, di, que invoques
De cuanto pueblo fué las sombras juntas,
Si no te han de decir lo que preguntas?
Mañana, sí, mañana en nueva guerra
Se alzará el Leviatan del Oceano,
Y entre las ondas flotará en la tierra,
Tu cadáver final, último humano.
O ya tal vez inesperado, horrendo,
Vagabundo cometa apareciendo,
Llegará de la tierra á los confines,
Sacudirá las flameantes crines,
Extenderá los brazos,
De entrambos polos soltará los lazos,
Y el globo desprendido,
Como vaso rompido,
Se deshará en pedazos,
O cual metal fundido
Correrá derretido;
Y retornando á la primer materia,
¡Mundo infeliz! ni áun quedará tu nombre.
Miseria, sí, miseria,
Miseria son la humanidad y el hombre.

Volvió pues otro dia
Luzbel y así decia:

—Tétrico estais, compadre, y yo protesto.
¡Voto á San Lucifer, mi propio santo!
¿Cuál os perturba así, genio funesto,

Para llorar y compungiros tanto?
No, no; no os quiero yo tan descompuesto;
Pues si llega á saber el pueblo avanto
Que hemos hecho amistades estos dias
Y usamos discutir filosofías,
Dirá que yo os inculco esos principios
Y abrenuncio de tales participios.
¡Y yo que hice de vos mi confidente,
Honra que ambicionaba tanta gente,
Veniros á encontrar tan gemebundo
Corriendo tras la lógica en el mundo!
¡Oh vil filosofía!
La lógica fué siempre tu manía.
¡Lógica! ¡Grave ciencia! ¡Excelso arte!
Pues venis ¡vive el cielo! á buena parte.
Yo, á fuerza de tener supervidencia,
La anti-lógica soy por excelencia.
La lógica en el mundo es sólo un nombre;
La lógica está en Dios, no está en el hombre.—

Y el diablo en mí clavaba
Aquellos ojos en que Dios hablaba,
Y luégo se reia,
Y al cabo proseguia:

—Ni achaqueis á ignorancia
Esta mi valerosa petulancia.
Yo tambien he cursado las escuelas
Y al peripato le encendí candelas.
¡A mí con laberínticos modismos!

¡A mí con pretensiones de talento!
Una vez le hice al sol dos silogismos
Y á poco más se cäe del firmamento.
Y los hago tambien con consonantes:
Hé aquí un par de ellos de los más flamantes:
«Potencia implica ciencia:
»No así ciencia potencia:
»El hombre no es ni ciencia ni conciencia:
»Ergo..... la consecuencia.....
»El triunfo de la humana omnipotencia.
»Mundo es motin interno
»De temporal y eterno:
»Motin, motin lo inferno y lo superno:
»Ergo..... váyanse á un cuerno
»Doña Revolucion y Don Gobierno.»

—Compadre, usted se mofa.
¡A mí con silogismos de esa estofa!
—Compadre, no me mofo:
Es que tengo el cerebro un poco fofo,
Y esta enjundia del seso
Me causa mucho peso.
Mas en juicio me adelantan pocos
Y no soy yo quien llegará á perderlo:
Los tontos son los que se vuelven locos,
Que los que no lo son lo están sin serlo:
Y tambien es locura
La sobrada cordura.
En fin, viniendo al caso,
Compadre, yo me encuentro en un mal paso.

Ya sabe usted la parte que he tenido
En este movimiento fementido
Del golpe atroz de estado
Que Napolëon ha dado.
Napoleon y yo, ya usted me entiende,
Pues yo soy aquí el duende.
Os juro ¡vive Dios! que obré en conciencia:
Porque, segun mi ciencia,
No hay más que dos partidos en el mundo:
El partido de Dios y el del diablo:
No he menester decir cuál es el mio.
Mas yo cosas con cosas no confundo,
Y aunque al tenor de los partidos hablo,
De tanto error y ceguedad me rio.
En fin, compadre mio,
Soy un gran pastelero
Y estoy por la fusion del mundo entero.
Llegó pues la catástrofe febrüaria,
Vino en pos la república pecuaria
(Ya explicaré el epíteto otro dia),
Y con ella triunfó la gente mia.
Triunfó, triunfó mi gente,
Y fuí en realidad el Presidente:
Pero juzgué la situacion y dije:
¡Canario! sólo dura el que transige.
Hagamos un pastel. ¿De qué se trata?
De una simple fusion. Oro con plata.
Lo vivo es lo moderno,
Pero siempre en el fondo está lo eterno.
Pastel, pastel, repito
(Lo dije para mí, no á voz en grito),
Pastel y más pastel. ¡Santo criterio!

Aquí está ya el pastel. ¿Qué es el imperio?
La república misma con corona
Y la simple adicion de una tizona:
Cada cual la mitad de su derecho
Y queda todo el mundo satisfecho.
Con estas altas miras,
Dignas á fe de las dantescas liras,
Fuí á Napolëon y todo se hizo
Que aquello fué un hechizo.
Hubo un poco de sangre, cosa escasa,
Y la historia sin sangre no se amasa.
Mas ¡oh suerte traidora!
¿Qué, qué diréis que me acontece ahora?
Con esta mala fama, patrimonio
De este pobre demonio,
Desde la misma hora,
Cuando yo me gozaba en mi ventura,
El señor Napoleon, mi propia hechura,
De su fiel consejero desconfía
Y cercado estoy ya de policía:
Huyo y busco un refugio entre dos luces,
Y el partido de Dios me hace cien cruces:
Corro á ver si áun prospero entre los mios,
Y me llaman traidor los muy bravíos:
Salgo, trepo, me escurro como un duende,
Llego á usted, compañero, y no me entiende.

—Al reves,—respondíle,—lo que veo,
Señor Don Asmodeo,
Por vuestro propio hablar que juzgo franco,
Es que desde el principio dí en el blanco:

Que no sois de los grandes patriotas
Del Tibre y del Eurótas,
Y cifrais vuestros ínclitos laureles
En amasar pasteles.
El compas esta vez habeis perdido
Y andais del batacazo algo molido.
—No hay batacazo ni lesion ni giba:
Compadre, yo me caigo para arriba.
—Travieso sois, travieso,
Y el tal Napoleon obra con seso
En desconfiar de vos.—Pues fué una broma
Por más que á entrambos nos resulta en mengua.
¡Esta maldita lengua
Que no sabe poner punto ni coma!
Estábamos comiendo
Y el sabor de unas trufas discutiendo,
Y se habló de los pueblos macedonios
Y atlánticos y ausonios,
Y allí, entre copa y copa,
Dije yo buenamente que á la Europa
Se la iban á llevar cien mil demonios.
Él respondió que no, que él la guardaba,
Y que segura estaba:
Que costas y fronteras cerraria
Á la invasion de tanta gente mia:
Que de demonios uno
Y éste ya era importuno,
Con otras indirectas de ruibarbo.
Yo repliqué con dignidad y garbo:
«Pues váyase usté á un cuerno,
»Que me vuelvo al infierno.»
Y con gentil talante

Tomé luego el portante.
Él me pidió perdon del arrebato,
Dijo que no era ingrato,
Y así quedó..... pero le guardo encono
Y he de minarle el trono.

— Compadre, yo no apruebo esos rencores;
Los hombres han de ser algo mejores,
Y tras tanta amistad.....—¡Qué tontería!
En donde todo es falso no hay falsía.
En política, amigo, no hay amigos:
Todos son enemigos.
—Mas ¿quién sois y qué sois?—Pues ¿yo lo oculto?
La pregunta no más es ya un insulto.
Lo que yo soy, compadre, y os suplico
Que esta vez me deis crédito..... un borrico.
Es decir, lo que he sido..... En adelante
Voy á ser un grandísimo tunante:
Voy á cambiar de copla y de estribillo,
Porque el rey de la época es el pillo.
¡Canario y recanario!
Soy un conspirador patibulario
Á quien ni rey ni emperador aterra:
Soy el conspirador de cielo y tierra.
--Pues adios os quedad, que yo me largo.
—Compadre, hágase cargo
De que obro con buen fin. Despues de todo,
Y de crucificarme á puro apodo,
Soy todo un infeliz, un buen sujeto
Que llevo relicario y amuleto
Y no estoy mal con Dios..... muy al contrario.

¿Qué sabe usted si soy su secretario?
—Pues por su santo amor, compadre mio,
Otra sola pregunta me permita:
¿A qué debo el honor de esta visita
Si todo esto es hablar en el vacío?

—Pues á hablar he venido y á eso solo.
En poniéndome á hablar soy un Pactolo.
Hablo, y hablo, y más hablo, y siempre hablo,
Y hablo más que el diablo:
Hablo en fin como aquel que piensa poco;
Es decir, mucho y sin sonarme el moco.
Pero teneis razon y ahora hablo serio.
Compadre, aquí se oculta un gran misterio.
(Y ahora entre paréntesis..... Cuidado
Con dejar trascender al pueblo osado
Que hay el menor resentimiento acerbo
Entre Napoleon y vuestro siervo:
Y grandemente importa
Ó todo el plan aborta:
Por lo demas, en apariencia al ménos,
Seguimos tan amenos
Y la empresa valiente consumamos.)
—¿En qué quedamos pues, en qué quedamos?
—Un poco de paciencia. ¿Por fortuna
Ha llegado hasta vos noticia alguna
De ese bravo cadáver cejijunto,
Ó bien ya de cadáveres conjunto,
Al cual en nuestra plática aludimos
La otra vez que nos vimos,
Y que diz que á favor de esta balumba

Se ha escapado muy serio de la tumba?
Ya sabeis vos cuál es..... la Europa antigua,
Un carcax, una momia, una estantigua.
La gente se ha empeñado
En que ha resucitado,
Y este áun no ungido emperador de Francia
Da al absurdo rumor cierta importancia.
Hemos ido á la tumba y..... ello es cierto.....
No está en la tumba el muerto.
Yo pienso sin embargo buenamente
Que la desenterró su propia gente,
Sin otro plan ni intento
Que un embalsamamiento.
Ni fuera de sufrir tal desacato:
Si la Europa no ha muerto, yo la mato.

—Compadre, no la he visto,
Y queriendo con Dios estar bienquisto,
Lo que es yo no delato
Para un asesinato.
Mas decidme,—añadí,—si en vos me fundo,
Debo creer que áun anda por el mundo
Una porcion de gente divertida
Que, al reves de esa Europa fementida
De quien diz que horadó la catacumba,
Pasó por muerta en la postrer rebumba.
El parlamentarismo,
El asendereado socialismo,
Con toda la prosapia y parentela
De nuestra ilustre abuela,
La gran revolucion de ochenta y nueve.

¿Qué es lo que en la cuestion pensarse debe?
—Compadre, es una cosa
Asaz dificultosa
De responder. Cuando sostengo y juro
Que está difunta la pasada Europa,
Y que no bastará ningun conjuro
A restaurarle un pelo de la ropa,
No reclamo exencion ni privilegio
Para ese sacratísimo colegio;
Antes bien tengo atisbos y barruntos
De que hay otra comparsa de difuntos
Que, por comodidad y economía,
Ó se han ido ó se van á esa sombría
Bóveda de sarcófagos y fosas
Donde duermen en paz hombres y cosas.
Compadre, me entristezco
Cuando en tales materias me embebezco.
Odio de muerte el meditar profundo
Y ésta es cuestion que á meditar provoca.
Por regla general en este mundo
Se muere cada cual cuando le toca,
Lo mismo que los hombres
Con sus sonoros nombres
Y sus aspiraciones giganteas,
Esas nobles matronas,
Ceñidas de magníficas coronas,
Reinas del universo, las ideas.
Viniendo pues al caso, yo podria,
Siguiendo la escolástica manía
Que nos viene otra vez del siglo nono,
De la sublime inteligencia al trono
Trepar y encaramarme de un respingo,

Y haceros tambalëar con un distingo.
Mi mente es para el caso soberana;
Mas no me da la regalada gana.
Corto aquí la cuestion y Dios me asista.
Apuntad otro muerto en esa lista.
—¿Cuál?—El liberalismo. Y de repente.....
Con toda su familia.—Es mucha gente.
—Alguna más sería
Contando desde Adan hasta este dia.
Compadre, no hay que hacer, el viento muda:
Cosas son de quien manda en los gobiernos:
Murió, no cabe duda,
Pues vengo de dejarle en los infiernos.
Adios, parlamentarios infelices,
Ayer tan arrogantes y briosos;
Os pondrán un candado en las narices
Y danzar os harán como á los osos.
Parlamento..... parlar..... ¡oh! ¡qué embeleso!
Ya está todo parlado y con exceso.
Y vosotros, señores socialistas,
Secta de un gran colegio de sofistas,
Que en los delirios vanos
De vuestra infanda ciencia
Arrancabais á Dios de entre las manos
El cetro de la humana providencia;
Vosotros, Satanases de falacia
Que esperasteis tal vez en vuestra audacia
Mover la humanidad, el mundo entero
Cual retablo de un vil titiritero,
Mirad por cuáles sorprendentes muestras,
En el trance y el modo inesperado,
Se revelan al mundo amedrentado

Las utopias de Dios, mas no las vuestras.
—Todo lo que decis será estupendo,
Mas habeis de saber que no lo entiendo.
—Pues ¿qué lengua hablo yo?—Turco ó eslavo.
Por un lado decis que ese hombre bravo
Que en Francia se ha ceñido la corona,
Es Proudhon en persona,
Y por otra matais el socialismo.
Compadre, ¿quién entiende este embolismo?

—Por centésima vez, sois un gran bestia.
¡Y yo me estoy tomando esta molestia
Y uñas y dientes contra vos no vibro!
La lógica de Dios no es la de un libro:
Dios sabe más de lo que el hombre piensa,
Y en la grandeza inmensa
Del soberano todo
¿Qué importan la ocasion, la forma, el modo?
Libertad, tiranía,
Imperio, monarquía,
Repúblicas, comicios, tribunados,
Colegios y senados,
Esas que apellidais instituciones
Con sus lauros y timbres y blasones,
¿Qué son en la obra magna del destino?
Moldes no más donde al calor divino
De un sol providencial que los abrasa,
Como vivo metal incandescente,
Se van fundiendo en gigantesca masa
Las grandes razas de la humana gente.
Romped el molde que teneis delante:

La masa quedará, que es lo importante.
El molde aquí es un trono, es un imperio:
En la masa, en la masa está el misterio.
Él será un dictador advenedizo,
No un monarca de aquellos que Dios hizo.
Ni hay que culpar su venturosa audacia:
La Europa al gran designio le conjura:
La sociedad se ha vuelto democracia
Y el gobierno se vuelve dictadura.

—Compadre, bien se ve, sois el demonio:
Vuestro ingenio da de ello testimonio;
Pero al fin no es Proudhon ese mancebo.
—Compadre, un Proudhon nuevo.
—Pase, pues no es el viejo. Ya me alegro.
Yo tengo más de hereje que de santo,
Pero ese hombre me causa un humor negro,
Y, aparte su talento que no es tanto,
Por pura antipatía
De un árbol como á un Júdas le ahorcaria.
Perdonad, que no sé lo que me digo:
Proudhon es vuestro amigo.....
—Ahorcadle si quereis. Yo no me opongo:
Ya cumplió su mision y es como un hongo.
—Pues entónces lo apunto.
—Apuntad, apuntad: Proudhon difunto:
Pero enterradle bien por más que grite,
No sea que resucite.
Y ¿apuntasteis la Europa?—Mas ¿tan cierto
Estais de que se ha muerto?
—Solo falta el entierro.—Eso es muy grave.

Un cadáver tamaño aquí no cabe.
—Bien, bien, lo enterrarémos otro dia.
Y ¿quién más dije yo que se moria?
—Todo el mundo, compadre. Ya ¿qué falta?
—La indignacion, la indignacion me asalta.
Sí, su cadáver es..... Es cierto, es cierto.....
La libertad, la libertad ha muerto.
Ella, como magnánima Agripina,
Cuando la hora funesta se avecina,
Madre tambien culpable é infelice,
Ferite ventrem á sus hijos dice:
Sus hijos los Nerones,
Sus hijos, el baldon de las naciones;
Mirad, mirad qué hermosa.....
Al cabo es la ilusion más generosa
De esta infeliz humanidad.....—

Y ¡oh pasmo!
Le entró al diablo un arranque de entusiasmo,
Y comenzó á pegar unos berridos,
Que retumbaron páramos y egidos,
Y por lo alto arremangó las piernas,
Y en fin dió otras externas
Pruebas de su quebranto.

—Compañero,
Díjele yo cuando pasó lo fiero
Del paroxismo aquel. Bien se barrunta
Que vuestro mucho amor á la difunta
Fué causa de aquel lance,

De aquel desdichadísimo percance
Que os sucedió allá arriba,
Cuando la danza por los cielos iba.
—Pues eso mismo prueba
Que la historia es nueva
Y que viene de allá. Siempre lo mismo:
Me metí á predicar el socialismo,
Lo averiguó el gobierno,
Tomé la posta y emigré al infierno.
Ni extrañeis que la bílis me retoce:
Soy un liberalon del año doce,
Y en siendo liberal todo está dicho:
Ni se puede ser tonto ni mal bicho.....
No me mireis así..... ¿Quién? ¿Yo burlarme?
Compadre, soy capaz de suicidarme
Lo mismo que Caton. Venga un acero:
Se ha de ver al varon de ánimo fuerte:
Veréis amotinarse al mundo entero:
Pueblos de Europa ¡libertad ó muerte!
Venga otra espada que mejor se porte,
—Y señalaba un espadin de córte.—
¿No hay espadas aquí? Venga una lira:
Yo he de armar un grandísimo solfeo:
Los hipocondrios me retiemblan de ira:
Tiranos, pereced. Yo soy Tirteo.
Y exclamó con acentos tronadores:
¡Himno á la libertad! ¡Bombo y tambores!

Hija santa de Roma y de Grecia,
Veinte siglos dormiste en la tumba;
Mas de nuevo tu acento retumba
Y la Europa se mueve en tu prez.

Renaciente en la antigua Lutecia,
Te proclama la estirpe latina,
Mas tu sol en su oriente declina
Y tu rostro se vela otra vez.
¿Dónde están, libertad, tus tiranos,
Que mi brazo contra ellos se vibre,
Y la Europa renazca más libre
Y palpite tu gran corazon?
¿Esos pueblos dó están soberanos
Que ante el cielo juraron tus leyes?
Ellos son, libertad, no los reyes,
Ellos solos tus déspotas son.
¿De qué sirve el antiguo coraje,
Si es el pueblo el que engendra el tirano?
¿De qué sirve el puñal catoniano,
Si á los pueblos no mata un puñal?
Vuelve, vuelve á la choza salvaje,
Libertad, de los pueblos nacientes:
Ilumine tu sol nuevas frentes,
Libertad, libertad inmortal.
Allí suena la voz de un Terpandro,
Allí está la barbarie fecunda
Que la Europa insultó moribunda,
Con su inmenso desden insultó.
Es la Grecia del Magno Alejandro,
Es de Atila la impúdica Roma,
La Bizancio infeliz de Mahoma,
Es el pueblo que Dios olvidó.
O allá tiende tus vuelos seguros
Do en la cuna de América infante
La sirena feliz del Atlante
Canta el himno del sol que vendrá:

Ese sol de los pueblos futuros,
Ese sol de los pueblos hermanos,
Y ni siervos habrá ni tiranos,
Y un gran pueblo la tierra será.
Deja en tanto á la Europa espirante
Apurar de su infamia la copa:
Libertad, pereciste en Europa:
Sí, los pueblos tus déspotas son.
Vela en nubes tu augusto semblante,
Y maldice á estas viles naciones:
Sólo reinan en Roma Nerones,
Cuando cada romano es Neron.

. . .

—Callad, callad, por Dios, Don Asmodeo,
Exclamé yo á este punto enfurecido:
Eso no es ser Terpandro ni Tirteo,
Eso es ser un pöetastro descreido;
Eso es desesperar de los humanos
Y hacerles la olla gorda á los tiranos.
—Verdad que la cancion es algo aviesa;
Mas ¿qué queréis? La inspiracion es ésa.
Si estos malditos pueblos no responden
¿Dónde están, dónde están? ¿A qué se esconden?
En fin, no canto más. Me pongo ronco
Y consiste en lo mucho que me abronco.
Ni creais que por eso
Hay en mi liberalismo retroceso.
¿Tiranicos á mí y en estos dias?
Compadre, no habrá riesgo que no arrostre,
Y se verá á la postre:

Pero estoy ensartando tonterías.
¡La libertad! La libertad no es nada.
Figuraos á la plebe amotinada
En la Puerta del Sol ó en cualquier parte,
Más furiosa que Marte,
Y amenazando descargar de recio.
¿Qué hacer para embaucar á tanto necio?
Sueltan al punto un globo lleno de humo,
Se remonta á lo sumo,
La gente de la plaza
«Bien, bien», y se solaza
En ver con qué donaire
Se va contoneando por el aire,
Y cómo entre la sombra desparece
De la noche que crece.
Mas hé aquí que Don Pueblo ya bosteza
Y que la silba empieza.
A la sazon el fuego que va dentro,
Del globo allá en el centro,
Dice «aquí estoy»; la noble maquinaria
Acaba en rutilante luminaria,
Y entónces, más que al comenzar la fiesta,
Vuelve á sonar la popular orquesta:
Entónces el jaleo,
Entónces lo mejor del palmoteo.
Vos diréis que ese pueblo es un gran bobo:
Yo que la libertad es ese globo.
—Compadre, yo me pasmo:
A veces esos raptos de entusiasmo,
Y luégo ese asqueroso escepticismo.....
—Compadre, todo cabe en el abismo,
Y el abismo soy yo. — Pues á lo ménos

No me hagais apurar tan en mi daño
Ese cáliz fatal del desengaño
En que nunca se agotan los venenos.
¡Oh libertad olímpica y triunfante!
¡Oh vision de la edad que está delante!
¡Tierra dichosa, humanidad sin dueño!
¿Os vais á disipar? ¿Erais un sueño?
—Así exclamaba entre mortales hipos
El gran Bruto en Filipos.
—Mas ¿qué es lo que intentais?—Yo sólo intento,
Pues os va á consumir tanto ardimiento,
Probaros que, por más que han presumido
Del poder y el alcance de su mente,
Hombre y humanidad siempre han tenido,
Individüal y colectivamente,
La cabeza de más.—Pues os declaro
Que contra tal verdad busco un amparo,
Y ó mi mente es escasa
O no ha pasado nunca lo que pasa.
—¿Que no ha pasado nunca? ¡Oh desconsuelo!
¿Para esto os eduqué de pequeñuelo?
Vén acá, vén acá, cabeza vana,
Cuando, al albor de la razon temprana,
Esta inmensa catástrofe leias
De la Francia y la Europa en estos dias,
En vez de confundirte y de admirarte,
¿Acaso con desden no te decias:
«Yo he leido esta historia en otra parte»?
Pues era la verdad. La tal historia
De niño la aprendiste de memoria;
La misma que con labios infantiles
Mamaste en académicas *Selectas*;

La misma que en los años juveniles
Bebiste en las jurídicas *Pandectas;*
La misma, sin quitar punto ni coma,
Que la historia de Grecia y la de Roma;
La misma con las mismas peripecias,
No ya sólo de Romas y de Grecias,
Sino de todo cuanto á ver se alcanza
En la humana penumbra y lontananza,
Pues, viniendo otra vez más descansado,
He de subirme hasta el primer pecado,
Orígen de este caso tan tremendo.
Mas por hoy quede aquí. Y atras volviendo,
Tú que acaso en el aula prematura
Frecuentaste esos clásicos autores,
En cuya elocuentísima escritura
Humanistas añejos y doctores
Sólo alcanzan á ver literatura,
Pero donde el lector alto y profundo
Siente el crujir del estertor de un mundo;
¿Tan tonto te me has vuelto
Desque te dejo suelto,
Que ni sientes ni oyes ni conoces
Lo que el mundo te está diciendo á voces?
¡Nueva esta escena en la tragedia humana!
¿Pues no hubo ya revolucion romana,
Y ántes que ella dos mil revoluciones
Que dieron al traves con las naciones?
Pues al decir revolucion francesa,
Juzga y compara y la verdad es ésa.
Como un huevo á otro huevo,
Se parece á lo viejo esto que es nuevo:
La Europa, como Roma,

Del pedestal antiguo se desploma :
Mirabeaux, Cicerones,
Césares, Napoleones,
Los mismos son, los mismos personajes,
Con diferentes trajes.
La hora pasó de los civiles Gracos,
Mas vendrán los sociales Espartacos.
¿Vendrán? Ya están ahí. Nadie me arguya.
Este imperio de ahora es obra suya.
Y luégo..... cosa cierta.....
La podredumbre de la carne muerta.
Se complica la trama
Del gigantesco drama,
Pero el drama es el mismo, el drama humano:
El principio y el fin son un arcano :
Mas siempre, siempre el mismo :
Una farsa entre el cielo y el abismo :
Farsa que se repite eternamente,
Porque el hombre á hacer otra es impotente.
Una farsa..... ¿Lo ois? Un desatino.....
Dos bufones, el hombre y el destino,
Dios que los mira con la frente airada,
Y el diablo que se rie á carcajada.
Ése soy yo, compadre.

—Oh Dios ¡qué trueno!
Exclamé yo á este punto.—Bueno, bueno.
—¡Qué bueno ni qué porra!
¿Quién levanta en el aire esta camorra?—
Y me lancé corriendo á la ventana.
Era ya entre la noche y la mañana,
Y en efecto la música seguia :

Placidísimo són, vaga armonía,
Así como de dos ó tres millones
De morteros y obuses y cañones:
En suma parecia
Que toda la celeste artillería,
A la voz del arcángel de la guerra,
Nunciaba una catástrofe á la tierra,
Si, cual juzgan tal vez testas con calva,
No era aquello una salva
Al reinado inocente
De la paz permanente.
¡Jesus! ¡Jesus! ¡Qué asombro!
Clamaba yo cuando sentí en el hombro
La mano de Luzbel.—¿No os lo decia.....
Que la mísera Europa se moria?
Ahí la traen entre algunos de los mios
Con todos sus mortuorios atavíos:
Mirad esas funestas luminarias:
Escuchad esas fúnebres plegarias.
¡La gran tragi-comedia!
¡La gran comi-tragedia!
Venid, venid conmigo y consolaos;
No hay más bello espectáculo que el caos.—

Y pasó una cohorte de vestiglos
Con un ataud encima de los cuernos,
Y un bulto en él con ropas de otros siglos;
Y les dijo Luzbel: «A los infiernos.»
Y noche á ser volvia,
Y el cielo como un ascua se encendia,
Y era el aire en sus ámbitos ardientes

Un volcan de tinieblas trasparentes.
Y pasaron cual igneos leviatanes
En formas de serpientes y caimanes,
Y aullaban y bramaban y rugian:
«El huracan», decian,
«El huracan que las naciones barre!
»¡Gran bruja, al aquelarre, al aquelarre!»

Y pasaron en tumbos y á torrentes
Como animado mar de olas vivientes;
Y en medio del espanto y la agonía
Carcajada brutal sobresalia;
Y lanzaban blasfemias y alaridos
Y voces de estrambóticos sentidos:
«Las dos, las dos barbaries,
»El cuchillo y la cáries.
»Ábrase el cementerio
»A este descomulgado megaterio.
»No hay principio ni fin. El todo es todo.
»Hay principio y hay fin. El modo es modo.»
Y una gesticulante calavera
En la punta de un palo por bandera:
Y haciendo gestos de dolor eximios
Una grotesca multitud de jimios:
Y el jefe con baston de mayordomo,
Pregonando á chillidos: *¡Ecce Homo!*
Y en medio, bajo un palio relumbrante,
¡Ecce Deus! ¡Ecce Deus! Un elefante.

Y pasaron en tropas y escuadrones
Haciendo á Lucifer genuflexiones:

Y pasaron con grita y barahunda:
«Que se hunda, que se hunda.»
Y en la tartárea roca
Se abrió una inmensa boca;
Y allí por dentro y fuera se agolparon
Y de lo hondo clamaron:
«—¿Dónde, dónde, maestro,
»Lucifer, señor nuestro,
»En dónde la ponemos?—Bien abajo.
»—¡Al trabajo! ¡Al trabajo!
»Y comience la triste ceremonia;—
»Y de risa y dolor grandes extremos.
»—Maestro, ¿la ponemos
»Donde está la vetusta Babilonia
»Con la gente persiana, asiria y meda?
»—Ahí donde se pueda.
»—Es que está encima la egipciana esfinge,
»El Nilo atravesado en la laringe.
»—Pues bien, encima, encima.
»—Está la pobre Grecia que da grima.
»—Pues encima.—Está Roma.
»—Pues encima de Roma.—Ande la broma.
»—¡Viva, viva la muerte!
»Que sople el viento fuerte.
»Quitadle hasta la ropa.
»Duerme en paz, pobre Europa, pobre Europa.»

Y apiñada á la cima inmensurable
Aquella multitud innumerable;
Y gritos y zambombas y cencerros,
Y el gran ceremonial de los entierros;

Y á coces y á porrazos
El inmenso ataud hecho pedazos;
Y ellos aderezando las personas
Con mantos y con cetros y coronas;
Y yelmos y dalmáticas y espadas
Por allí en derredor desparramadas;
Y entre escenas de cínica impureza,
Medio en cueros el cuerpo y sin cabeza;
Y un diablo muy formal de pelo tonso
Cantando un macarrónico responso;
Y otro diablo jadeante y zafio
Grabando el epitafio;
Y toda, toda la trahilla junta
Tirando de los piés á la difunta.
Éste escupe, aquél pincha, el otro azota,
El otro «á la pelota»,
El otro «nada de eso,
»¡Al tieso, al tieso, al tieso!
»Venga, venga la vieja prostituta
»Con todos sus blasones;
»Venga aquí donde el amo la diputa,
»Que aquí tambien se entierran las naciones.
»Más vieja era que el caos
»Y áun andaba en banquetes y en saraos.
»¡Ea, ruede la copa
»A la salud de la difunta Europa!»

Y los grotescos jopos
Sirviéndoles de hisopos,
Con menjurjes el cuerpo rociaron
De un negro calderon que allí sacaron;

Y nueva gritería,
Y un diablo pregonero que decia:
«Muera lo antiguo, viva lo moderno,
»¡Gran condecoracion! ¡La órden del cuerno!
»Ea, ¡el último salto!
»Tirémosla por alto,
»Y que baje ella misma
»Y que se rompa al descender la crisma.»
Y el mísero cadáver agarraron,
Y hasta el mismo cenit lo remontaron,
Y el cadáver cayó, calóse al fondo,
Y el zarpazo sonó todo en redondo.

Y sonó un gran gemido en Occidente,
Y se desvaneció la horrenda tropa,
Y quedó una gran losa solamente:
AQUÍ YACE EL CADÁVER DE LA EUROPA.

¡Anatema! ¡Anatema!
¡El prólogo no más de este poema!

TROZOS YA PUBLICADOS DEL POEMA.

I.

EL NUEVO ATILA.

(*Diario Español*: 3 *de Abril* 1852.)

Diciembre de 1851.

Yo la vi, yo la vi. No ya en su frente
La corona feudal resplandecia
Que el gran progenitor del Occidente,
Carlo Magno inmortal, ciñóla un dia.
Otra Europa era ya. La Europa anciana
De veinte siglos que hasta Dios llegaron,
Siglos Titanes de la audacia humana
Que en su inmensa caida la arrastraron.
Ella dió libertad á las naciones
Y nueva esclavitud llamó á su puerta.
Ella al mundo lanzó Napoleones
Y sangre brota aún su llaga abierta.
¡Los Tribunos! ¡Los Césares!..... En vano
Llamó á un monarca á sosegar la Francia:
El pueblo de los pueblos soberano
Adora entre sus dioses la inconstancia.

¿No la visteis caer? «¡Pàz á la tierra!»
Desde París decia:
Mas la voz de los hados «Guerra, guerra,
»Revolucion y guerra» respondia,
Y el pacificador desparecia.
Y ardió la Francia. Desde el Alpe al Tibre
Se alzó la Italia italiana y libre;
La grande Hermania de la edad futura
Se vistió su magnífica armadura;
Y en la region donde el Danubio ingente,
Padre inmortal de esclarecidas razas,
A los héroes de Oriente y Occidente
Vió en su lid inmortal blandir sus mazas,
Heraldo y paladin que Dios envia,
Su sable de oro desnudó la Hungría.

Más allá..... ¿No le veis?..... ¡Hércules nuevo!
¿Qué clava es esa clava que levantas,
Que yo á medirte con mis ojos pruebo
Y con tu inmensa magnitud me espantas?
¡Alarico! ¡Timur!..... ¿Ó eres Atila,
Cuya guedeja hirsuta,
Cuya férrea armadura mal enjuta
Áun la sangre magnánima destila
Del romano universo debelado?
¿Quién eres, di, que, apresurando el trote
Del salvaje bridon que el ocio inquieta,
Muestras al universo amedrentado
En tu pecho la cruz del sacerdote,
En tu frente la llama del profeta,
En tu diestra la llama del soldado?

¿Quién eres, di, conquistador, azote,
Rayo del cielo, intercesor divino,
Bardo, caudillo, atleta del destino,
Arcángel de la paz ó de la guerra,
Que se postra á tus piés muda la tierra?
¿Quién eres? ¿Dónde vas? ¿Adónde, adónde
Llevas en pos tu innumerable tropa?
¿Quién eres?

—«Soy el esclavon», responde,
«Soy el genio esclavon y voy á Europa.
»Sí, sí, yo soy Timur, soy Alarico;
Sí, yo soy Gengiskan, soy Genserico;
Y Atila, Atila soy, el más tremendo
De aquella osada estirpe de gigantes,
No á los otros humanos semejantes,
Que la mano de Dios fué sacudiendo
Por el gran firmamento de la historia,
Cometas del estrago y la victoria.....
Sí, su heredero soy..... El descendiente
De aquellos más que hombres, más que reyes,
Debeladores de infinitas greyes,
Hijos de Dios y padres de la Europa,
Que, al rebosar la copa
De la ira omnipotente,
Sobre la haz de imperios y naciones,
Como la tempestad, se desplomaron;
Y amarrado á los piés de sus bridones
Por las tierras de Oriente y Occidente
El cadáver de Roma pasearon.
Sí, Atila soy; de donde Atila vengo;

Como él un mundo entre mis manos tengo.
Atila, Atila soy. Hé aquí mi clava.
Cuenta las flechas de mi inmensa aljaba;
Mira el noble bridon que huella imperios,
Oye esta voz que anuncia cautiverios
Del Septentrion á la distante aurora.....
¡Hijo de Europa! póstrate y adora.

»Di, ¿me conoces ya? Soy aquel mismo
Que tú, generacion amamantada
A los pechos enfermos de la Francia,
Arrastrándote al borde de un abismo,
La mente con delirios embriagada,
Y encubriendo el temor con la arrogancia
Bárbaro apellidaste
Y á infancia, á noche eterna condenaste.
Bárbaro soy..... Mas la barbarie mia
No es la decrepitud, no es la agonía,
No es tu barbarie. ¡Eunuco de un serrallo
Que áun se llama la Europa! Di, ¿qué hiciste
De la alta herencia que del cielo hubiste?
¿En dónde está tu Dios? ¿Dónde tus reyes?
¿En dónde están tus aras y tus leyes?
Clamas «soy libre» y eres mi vasallo:
Clamas «no hay Dios» y adoras mi caballo.
¡Ah! sí, yo el huno soy que resucita,
Y el vándalo y el godo y el escita.....
Mas tú, latino infame de Ravena,
Griego vil de la vil Constantinopla,
Yo te voy á aherrojar con mi cadena,
Y te voy á aplastar con mi manopla.

Yo soy un pueblo de la tumba alzado
Que á conquistar y á dominar camina;
Tú un pueblo por los siglos encorvado
Que la cerviz hácia la tumba inclina.
Yo soy el porvenir, tú lo pasado;
Se levanta mi sol, tu sol declina;
Tú, con tu manto de oro, un Bajo Imperio;
Yo, con mi piel de lobo, un cautiverio.

»Descendiente de Dios, hijo del polo,
Siempre entre dos inmensidades solo,
La frente entre las brumas de mi cielo,
La planta entre las nieves de mi suelo,
De ignorados destinos impaciente,
De lo alto una voz me dijo un dia:
«Allí tienes un sol», y alcé la frente
Del témpano de hielo en que dormia:
«Allí hay pueblos sin Dios», y diligente
Requerí mi bridon, le hinqué la espuela,
Díjele: «Vuela al Occidente, vuela.»
Crucé las selvas, traspasé los montes,
Como el águila hendí los horizontes,
Y aquí estoy otra vez. Sí, soy Atila:
Hé aquí en mi mano el rayo que aniquila.
Atila soy. Bajo mudables nombres,
Al traves de los tiempos desplegados,
Dios revuelve en la urna de los hados
Las mismas cosas y los mismos hombres.
Recuerda pues mi formidable historia:
¿Ó acaso tu memoria,
Acosada de fúnebres vestiglos
Y al eco de mi voz atormentada,

Huye evocar la imágen expiatoria
De aquella que la Europa ensangrentada
Vió durar y durar siglos y siglos,
Alta, tremenda, funeral tragedia?
¡Oh Europa! yo te traigo otra Edad Media.

»Óyeme. Yo te hablo
En el nombre de Dios. ¡Dios!..... No hay vocablo
Para Dios más que Dios. El que adoraste,
El que luégo olvidaste,
El que los mundos con sus brazos cierra,
El que á los pueblos entregó la tierra,
Y tiene mares de furor que aneguen
Á los pueblos ingratos que le nieguen.
Sí: tiembla, tiembla al escuchar mi nombre:
Todo ante mí como ante Dios vacila:
Soy más que Atila yo, soy más que un hombre,
Soy el Atila eterno. Antes que Atila,
Nabucodonosor el babilonio,
Ciro el persa, Alejandro el macedonio,
Y el griego Agamenon. Antes que á Roma,
Destruí á Babilonia y á Sodoma,
Las esfinges de Egipto hice pedazos,
Tuve á Grecia espirante entre mis brazos,
Y Roma al fin, del mundo emperadora,
Cayó á mis piés en la tremenda hora.
Tú de tantas naciones heredera,
Tú, Babilonia y Nínive altanera,
Tú, Egipto portentosa,
Tú como Grecia hermosa,
Tú como Roma fuerte,
Tambien vas á morir. Yo soy tu muerte.

»Mas ¡ay! ¿Qué siento en mí? ¿Qué genio ardiente,
Nuncio de la palabra omnipotente,
Me arrebata en sus alas celestiales
Y me lleva á las cumbres inmortales
Del Calvario inmortal? Desde su cumbre,
Radiante en viva lumbre
De majestad y eternidad y gloria,
Todo el mundo se ve, toda la historia,
Toda la humanidad. Yo la contemplo.....
Su principio, su fin..... La cuna, el templo,
La tumba de los pueblos..... Como el dia
Del dolor y la culpa y la agonía,
Se levanta un pontífice sublime
Y del ara sangrienta los redime:
Como la humanidad en su carrera
Por su mismo dolor se regenera:
Como Dios junta en el supremo instante
A la nacion caduca el pueblo infante.
Así el bravo Oceano
De la barbarie antigua
Junto al muro de Roma se amortigua:
Así el tremendo azote, el gran tirano,
Atila, Atila, el ascendiente mio,
Rinde á los piés del sacrosanto anciano
Espada y brazo, corazon y brío:
Así en la larga edad de las edades
Se calman las humanas tempestades,
Y se descorren los celestes velos,
Y se oyen resonar las profecías,
Y se abren las puertas de los cielos,
Y bajan á la tierra los Mesías.

»No, los pueblos no mueren. Levantaos,
¡Apóstoles, profetas,
Mártires, héroes! Levantaos ¡atletas
De la enervada humanidad! Las frentes
Alzad, alzad, ¡oh espectros refulgentes
De los imperios que en la tierra han sido!
¡Sombras de lo que fué! ¡Santas visiones
De aquello que será! ¡Generaciones
Que yaceis en la noche del olvido!
Y vosotros ¡espíritus sin nombre
Que en su morada acompañais al hombre!
¡Cielos, tierras y mundos! Animaos:
Venid á ver cómo al humano caos
Desciende Dios..... Miradle..... Yo le veo:
Ya se ciñe su yelmo de diamante:
Ya asoma entre las nubes su semblante,
Ya camina á la tumba el pueblo reo.
Y qué, ¿no hay salvacion? ¡Oh Europa! llora,
¡Gran prevaricadora!
Arrepiéntete y llora. Dios te mira;
Yo su instrumento soy. Profeta armado,
Siento en mi corazon rugir su ira
Y su mandato espero arrodillado.

»—¡Señor, Señor! ¿Es hora de combate?
¿No es hora de piedad y de rescate?
¿No es ya verdad que el salvador misterio
Va á cumplirse otra vez?—Y él dijo: Sea.—
Y llenó su palabra el hemisferio
Y se volvió á su Dios la Europa atea.

»Y á su Dios se volvió. Dios no me envia
¡Oh nacion por tu mal degenerada!
A destruirte ya, sino á salvarte.
Vén, vén. Yo soy el fuerte. El Asia es mia.
Cetro de cien imperios es mi espada,
Lábaro de cien Romas mi estandarte.
Yo, más que Constantino congregando
Las grandes razas de la humana gente,
Mis tiendas sobre el Bósforo sentando,
El Occidente juntaré al Oriente.
Sangre habrá, llanto habrá; que todavía
El ángel de la guerra
No abandonó la tierra.
Pero Atila no es ya la horda salvaje
Que con tremendo ultraje
Se lanza desde incógnitas regiones
A segar con su hoz generaciones.
Tú, nueva Roma, en tu grandeza impía
No eres tampoco la feroz bacante
Que en medio al Capitolio vacilante
Desnuda espera al huno en larga orgía.
Yo traigo de mis bosques primitivos
El crisma redentor de las naciones:
Tú aprendiste del tiempo en los archivos
La ciencia, sus arcanos, sus creaciones:
Tú eres la inteligencia,
Yo soy la fe, yo soy la providencia:
El mundo es de los dos. Ya el astro asoma
De la edad renaciente. Atila y Roma
Sobre el sepulcro del antiguo mundo
Que sustentó la humanidad esclava,
Engendraron la Europa en que se acaba;

Tú y yo sobre otro pueblo moribundo,
En el nombre de Dios nos juntarémos,
Y otra Europa, otro mundo engendrarémos.

»Adios. Yo vuelvo adonde fué cuna.....
Los nobles bardos de la gente mia
Pregonan mi esperanza y mi fortuna
En cantos de magnífica armonía.
Son profetas de Dios, voz del destino.
Con resplandor divino
Dora el gran sol del porvenir sus frentes.....
Adios. Yo volveré. Voy por mis gentes.»

Dijo y desapareció. Mas su mirada,
En Occidente sin cesar clavada,
Cual ígneo meteoro, entre la densa
Bruma del turbio Septentrion oscila;
Y áun escucha la Europa amedrentada
Sonar, sonar por la llanura inmensa
El galope veloz del nuevo Atila.

II.

A DANTE.

1852.

Sagrado Homero de la antigua Europa
Que apuraste en tu ardor hasta las heces
De la suprema inspiracion la copa;

Dante inmortal que con los siglos creces,
Y al rudo són de tu salvaje canto
A las generaciones estremeces;

Tú que en las alas de tu genio santo
El cielo recorriste y el infierno,
Mansiones de la luz y del espanto;

¿Por qué la voz del hombre es ese interno
Lamento de dolor, hondo, infinito,
Inenarrable, inacabable, eterno?

¿Por qué la voz del genio es ese grito
Que resuena del mundo en la memoria
Como el ¡ay! de Luzbel al ser maldito?

Canta Moises, y la tremenda historia
Canta del cielo y del Eden vedado,
Y al hombre despojado de su gloria.

Canta de los profetas el sagrado
Coro, y sus misteriosas armonías
La historia son del primordial pecado.

Llora con llanto eterno Jeremías,
David ve á Dios ceñudo é iracundo,
Tiembla Jerusalen ante Isaías.

Y Job, de su miseria en lo profundo,
A decir su dolor no encuentra nombres,
Y lanza un ¡ay! que áun estremece al mundo.

Canta Homero, profeta de los hombres,
Si los otros de Dios, el que esa lira
Te dió ¡gran Dante! con que al mundo asombres.

Canta y canta de Ilïon la inmensa pira,
Y del Aquivo el funeral trofeo,
Y de los dioses la tremenda ira.

Canta Esquilo y nos canta á Prometeo,
La roca insuperable del destino,
Y el eterno buitre del deseo.

Prosigue el hombre su fatal camino,
Y cuando el mundo con su peso oprime
El Capitolio del poder latino,

Canta Virgilio, y cuando en voz sublime
Canta de nuevos siglos nueva aurora,
Roma asombrada con su canto gime.

Mas ¡ay! ya viene el que en los cielos mora,
El que el Oriente y Occidente espera,
El que la triste humanidad implora.

¿Dolor? ¿Siempre dolor? En su carrera
El Hombre Dios exhalará un gemido
Que oirán todos los vivos cuando él muera.

Y será el Evangelio prometido
La historia ¡oh Dios! de la miseria humana,
Escrita con la sangre de tu Ungido.

Y en vision iracunda y soberana
Verá San Juan ante sus turbios ojos,
Del caos humano y de la muerte hermana,

En la hora de los últimos despojos,
La Bestia Apocalíptica triunfante
Del mundo apacentarse en los despojos.

Sucumbe Roma, la nacion gigante,
Y corre desde el mudo Capitolio
Al Gólgota inmortal la Europa infante.

Cesa el canto inmortal y el ritmo eölio.
No hay Moises, no hay Homero. Dante sube
De la suprema inteligencia al solio.

Su canto oid. Arrebolada nube
De robusta y magnífica armonía
Le circunda la sien como á un querube.

Acaso ya tras la hecatombe impía
El hombre va á escuchar por vez primera
Un himno de esperanza y de alegría.....

Ya alza los ojos á la ardiente esfera,
Ya resuena en su voz y en su alma late
La voz y el alma de la Europa entera.

Ya va á cantar el inspirado vate,
Ya retiembla la lira entre sus manos,
Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate.

¡Oh de la vida y de la muerte arcanos!
¡Oh terrífico adios á la esperanza!
¡Oh sentencia fatal de los humanos!

¡Oh venganza de Dios, oh gran venganza
Cuyo eterno cuchillo de diamante
Ninguna mano á desclavar alcanza!

Tu infierno es este mundo ¡oh padre Dante!
Encima del dintel de nuestra vida
La tremenda inscripcion ya está delante.

El mal hizo en la tierra su guarida:
El bien no es más que idealidad suprema
Entre oscuros crepúsculos perdida.

Víctima de un recóndito anatema,
Huérfana de su Dios abandonada,
Como las sombras de tu gran poema;

De caminar y caminar cansada,
Un círculo de círculos corriendo
Como esos que corrió tu planta osada;

El eterno Cocito circuyendo,
Por ver si un soplo de aquilon divino
Mueve la onda letal del lago horrendo;

Preguntando á la sombra su destino,
Sin más luz que la sombra que le espera
Como al principio al fin de su camino;

La humanidad ¡óh Dante! desespera;
La humanidad, la humanidad y el hombre,
Que el hombre es ¡ay! la humanidad entera.

Edipo no halla de su enigma el nombre:
Por los infiernos de su infierno gira,
Y no hay vision allí que no le asombre.

Por eso ¡oh Dios! la humanidad suspira,
Y el genio que es su voz cuando la canta,
Ayes arranca á tu funesta lira.

Por eso hasta esa Musa sacrosanta
Del bien supremo donde está el arcano
Que en sus alas divinas te levanta;

Esa Musa de acento soberano,
La excelsa y refulgente teología,
Tambien es musa del dolor humano.

¡Oh vírgen celestial de la poesía!
Ni es ella sola, no. Mira á la ciencia,
La ántes pura y genial filosofía;

Mírala revolcarse en su impotencia:
Carnal matrona de infecundo seno,
Jamas pudo engendrar una creëncia.

De ella está el mundo con sus siglos lleno:
Lo sabe todo pero al hombre ignora,
Y al remediar su mal le da veneno.

Y cuando suena la tremenda hora
De esas tormentas cuya voz retumba
Sobre esta Europa que en tinieblas llora;

Cual vil sepulturera, abrir la tumba
Del pueblo que murió dado le es sólo,
Y llorar en la inmensa catacumba.

La Europa va á morir. Tú, sacro Apolo
Del Parnaso de Cristo, dime un canto
Que resuene en su vasto mauseolo.

Tú la cantaste ya cuando aureo manto,
Malla feudal, sacerdotal tiara,
Ostentaba en el trono sacrosanto.

Yo idolatrando la veré ante el ara
El espectro del oro y la fortuna,
De inspiracion y de entusiasmo avara.

Entónces como ahora, allá en su cuna,
Y en el lecho fatal de su agonía,
El fantasma tremendo la importuna.

Cantemos de la Europa la elegía:
Sol de la humanidad, de sus regiones
La idealidad se aleja cada dia.

En vano entre magníficos blasones
Renacerá, renacerá en su hoguera
El fénix inmortal de las naciones.

El hombre ¡padre Dante! desespera,
Dobla la sien en la doliente mano,
Y abandona el timon á la onda fiera.

No inquiere ya el arcano. No hay arcano.
No pide ya venganza. No hay venganza.
No hay más que el himno del dolor humano
Y el sempiterno adios á la esperanza.

III.

HIMNO AL MESÍAS.

1852.

Baja otra vez al mundo,
Baja otra vez ¡Mesías!
De nuevo son los dias
De tu alta vocacion;
Y en su dolor profundo
La humanidad entera
El nuevo oriente espera
De un sol de redencion.

Corrieron veinte edades
Desde el supremo dia
Que en esa cruz te veia
Morir Jerusalen;
Y nuevas tempestades
Surgieron y bramaron,
De aquellas que asolaron
El primitivo Eden.

De aquellas que le ocultan
Al hombre su camino
Con ciego torbellino
De culpa y expiacion;

De aquellas que sepultan
En hondos cautiverios
Cadáveres de imperios
Que fueron y no son.

Sereno está en la esfera
El sol del firmamento:
La tierra en su cimiento
Inconmovible está:
La blanca primavera,
Con su gentil abrazo,
Fecunda el gran regazo
Que flor y fruto da.

Mas ¡ay! que de las almas
El sol yace eclipsado:
Mas ¡ay! que ha vacilado
El polo de la fe:
Mas ¡ay! que ya tus palmas
Se vuelven al desierto:
No crecen, no, en el huerto
Del que tu pueblo fué.

Tiniebla es ya la Europa:
Ella agotó la ciencia,
Maldijo su creencia,
Se apacentó con hiel;
Y rota ya la copa
En que su fe bebia,
Se alzaba y se decia:
«¡Señor! yo soy Luzbel.»

Mas ¡ay! que contra el cielo
Yo tiene el hombre rayo,
Y en súbito desmayo
Cayó de ayer á hoy;
Y en són de desconsuelo,
Y en llanto de impotencia,
Hoy clama en tu presencia:
«Señor, tu pueblo soy.»

No es, no, la Roma atea
Que entre aras derrocadas
Despide á carcajadas
Los dioses que se van:
Es la que, humilde rea,
Baja á las catacumbas,
Y palpa entre las tumbas
Los tiempos que vendrán.

Todo ¡Señor! diciendo
Está los grandes dias
De lutos y agonías,
De muerte y orfandad;
Que del pecado horrendo
Envuelta en el sudario,
Pasa por un Calvario
La ciega humanidad.

Baja ¡oh Señor! no en vano
Siglos y siglos vuelan;
Los siglos nos revelan
Con misteriosa luz

El infinito arcano
Y la virtud que encierra,
Trono de cielo y tierra,
Tu sacrosanta cruz.

Toda la historia humana
¡Señor! está en tu nombre:
Tú fuiste, Dios del hombre,
Dios de la humanidad.
Tu sangre soberana
Es su Calvario eterno:
Tu triunfo del infierno
Es su inmortalidad.

¿Quién dijo, Dios clemente,
Que tú no volverias,
Y á horribles gemonías
Y á eterna perdicion,
Condena á esta doliente
Raza del sér humano
Que espera de tu mano
Su nueva salvacion?

Sí, tú vendrás. Vencidos
Serán con nuevo ejemplo
Los que del santo templo
Apartan á tu grey.
Vendrás, y confundidos
Caerán con los ateos
Los nuevos fariseos
De la caduca ley.

¿Quién sabe si ahora mismo
Entre alaridos tantos
De tus profetas santos
La voz no suena ya?
Vén, saca del abismo
A un pueblo moribundo:
Luzbel ha vuelto al mundo
Y Dios ¿no volverá?

¡Señor! En tus juicios
La comprension se abisma;
Mas es siempre la misma
Del Gólgota la voz.
Fatídicos auspicios
Resonarán en vano:
No es el destino humano
La humanidad sin Dios.

Ya pasarán los siglos
De la tremenda prueba;
Ya nacerás ¡luz nueva
De la futura edad!
Ya huiréis ¡negros vestiglos
De los antiguos dias!
Ya volverás ¡Mesías!
En gloria y majestad.

APÉNDICE.

LA NUEVA INSPIRACION.

Agosto de 1867.

¡Montañas solitarias
Que del cenit en pos
Una tras otra cumbre
Lanzais en la extension,
Cual pedestal inmenso
Del falleciente sol,
Ó inmensa escalinata
Del gran templo de Dios!
Héme aquí en vuestro seno,
Héme aquí con veloz
Planta y ansioso pecho
Salvando la inferior
Distancia hasta la cúspide
Donde, del viento al són,
Aun reposar parece
El genio que os formó,
Y los ardientes ojos
Tendiendo en derredor
Tras más hermosos mundos
Que el que á mis piés quedó.

¡Oh súbita alegría!
¡Oh inesperado ardor!
¡Oh celestial momento
De hermosa exaltacion!
¡Oh ya, no de la tierra
Que Julio arideció,
Sino del cielo mismo
Soplo restaurador;
Aura que es luz y esencia,
Lampo de vivo sol,
Rayo de excelsa gloria
Que en santa emanacion
Siento bajar del cielo
Y orlarme en su fulgor,
Y electrizar mi alma,
Y arrebatar mi voz
En un sublime cántico
De admiracion y amor,
Como en los bellos dias
Del tiempo que pasó!

Soplad ¡vientos de ocaso!
Y sed mi lira..... Y vos,
¡Arreboladas nubes
Que en vaga ondulacion
Cruzais los puros senos
Del éter temblador,
Como un postrer incienso
Que envia en oblacion
Al astro fugitivo
La tierra que alumbró!

¡Cielos del occidente
Que en gloria y esplendor
Os abris como pórticos
De un colosal pantëon,
Osada arquitectura
De un soberano Hechor,
A ese inflamado arcángel
De esta inmortal creacion!
¡Sol que, al seguir el curso
Que Dios te señaló,
Pareces reposarte
Un punto en la extension,
Y prometer un nuevo
Dia de paz y amor
Al mundo que te envia
Su eterna bendicion!
Y tú ¡sol de la noche!
Tú ¡de los tristes sol!
Luna, surgiente luna,
Que de otro sol en pos
Vienes sobre la tumba
Del dia que espiró,
A derramar un rayo
De misterioso albor;
Habladme aquel lenguaje,
Que el alma no olvidó,
La voz que es forma y cifra
De toda comprension,
La gran voz del silencio
Del universo voz;
Hablad, dictadme modos
De santa admiracion,

Y cantaré en fervientes
Arranques de loor
El himno de los himnos,
El universo y Dios.

¡Ah! sí, me reconozco,
Soy otra vez, soy yo;
Soy yo que resucito
A la alta inspiracion.
Siempre amé las montañas
Con un salvaje amor,
Siempre en su vasto seno
Mi sér se redobló;
Siempre, al pisar sus cumbres,
Sentí la pulsacion
Del águila que tiende
El vuelo vencedor,
Y águila fuí de aquella
Region donde sólo osó
La empírea mente humana
Que es águila de Dios.
Mas ¡ay! la santa musa
Mi cielo abandonó,
Y hoy ya, tras tantos años
De olvido y estupor,
A mí que ayer cruzaba
El mar con su aquilon,
Y ni los ojos vieron
Ni el corazon sintió,
¿Quién ¡ay! quién me dijera
Que un rapto de fervor

A mi alma volveria
La antigua vibracion,
Y á mi temblante acento
El ritmo superior
Que es entre Dios y el hombre
Lengua, palabra y voz?

Vuelve ¡deidad sublime
De aquella aspiracion
Que mis primeros años
De Olimpos rodeó!
Vuelve ¡adorado genio
De alta contemplacion
Que el mundo hermoseabas
En tu ideal crisol!
¿Por qué me abandonaste
En el primer albor
De aquel hermoso dia
Que luégo se nubló?
Mas no, no tú, yo mismo,
Yo fuí quien de tí huyó
Por los falaces dioses
De un mundo tentador,
Y hoy, agotado el cáliz
De la humana ilusion,
Hasta el placer postrero
Y hasta el postrer dolor,
Cuando mi sol se pone
Cual se pone ese sol
Y el horizonte mio
Se estrecha en derredor;

Cuando el amor es sombra
Y sombra la ambicion,
Y sombra cuantos bienes
El mundo me ofreció;
Hoy, hoy á tí me vuelvo
Como á un postrero Dios
En este pobre mundo
Donde extranjero soy.
Sombra..... mas no, mi alma
No es sombra, es luz, es sol,
Sol para el cual hay nubes,
Pero occidente no:
Sol en que se reflejan
Con ideal fulgor
Las múltiples creaciones
De esta genial creacion:
Mundo donde resuenan
En concertado són
Las grandes armonías
Del arpa del Creador.
Lo inmenso, lo infinito,
Lo eterno, ancha mansion
De aquel sér, de aquel puro
Éter germinador,
En cuyo vasto seno
De empíreo tornasol,
Cual perlas en sus nácares,
Astros y mundos son;
El mundo donde el hombre
A conquistar nació
La misteriosa patria
De su alta vocacion;

La humanidad, los pueblos
Atravesando en pos
Cual procesion de sombras
De un sueño de terror;
El indomable espíritu
Que el lazo que le ató,
Rompe..... ¡Divina Musa!
¿No es ésta la mansion
Do desplegar amabas
En tu pristino hervor
Las alas de amaranto
Que un ángel te ciñó?
Vuelve, vuelve á ceñírtelas,
Y cuenta la vision
De aquel Luzbel soberbio,
Del mundo agitador,
Que áun en su frente lleva,
Cual inmortal padron,
La cicatriz terrible
De la espada de Dios,
Y hoy de su inmensa culpa
En la inmensa expiacion
Lanza por vez primera
Un grito de dolor.
Vén, vén y descifremos
Las que él mismo esculpió,
Allá en lejanas noches
De honda recordacion,
Cuando en humana forma
A mí se apareció,
Páginas de diamante
Con su fulmíneo arpon.

Contemos, sí, contemos,
Como él nos la contó,
La sempiterna historia
Del sempiterno error.
Retémplese mi alma,
Lata mi corazon,
Vuelva á sentir mi mente
Tu ingénito favor.
Al fatigado espíritu
Será delectacion,
A los recuerdos tristes
Balsámico sopor.
Vén, y mi mano pulse,
Cual otro tiempo usó,
La triple cuerda de la santa lira,
La humanidad, el universo y Dios.

Á DON ANTONIO ROS DE OLANO.

Marzo de 1871.

Madrid y Marzo, año setenta y uno;
Segunda aparicion de Atila el Huno.
Al noble Don Antonio Ros de Olano
En Launde, del reino valenciano,
Donde aquilata su virtud preclara,
Salud y bendicion : GABRIEL TASSARA.

Desahuciado en Sanlúcar y en Carmona,
De mi signo actual digna corona,
Muerto electoralmente, y casi muerto,
Aunque esto no es tan cierto,
En la parte carnal de mi persona;
Tus letras macarrónicas recibo,
Siendo tal de mi cólera el tesoro,
Que desgarro el papel cuando te escribo,
Como ya se contó de Tarfe el Moro.
. . . .

¡Dichoso tú que en el repuesto abrigo
De tu heredad campestre sin testigo,

Las pasiones del mundo removidas,
De Senados y Cámaras te olvidas,
Y de elecciones hablas
Cual de las *Doce Tablas*.
¡Dichoso al ménos tú que en libros piensas,
Donde abrir anchos cauces
A esos que erumpen por las ígneas fauces
De tu volcanizada fantasía,
Manantiales sin fin, fuentes inmensas
De alta y honda poesía!
Yo ¡vive Dios!, aunque á las veces vibro
Los rayos de este bárbaro trisulco,
Yo no serví ni para hacer un libro,
Yo no serví ni para abrir un sulco
En el campo comun. ¡Oh caro Antonio!
Ni me hables del Poema del Demonio.
Estos dos largos siglos, que no años,
De dolores tamaños,
Corroyendo el metal de mi intelecto,
Han venido á acabar con mi proyecto
De dar fin á este Oficio de Difuntos
De la Europa y sus pueblos, todos juntos.
¿Ni qué añadir podria
Si cumplida está ya la profecía?
¿Si vino Atila, si murió la Francia,
Si tras la Francia morirá la Europa,
Si mi estómago es todo repugnancia
Al ver en su cadáver esa tropa,
No ya de las germánicas legiones,
Sino de comediantes y de histriones,
Bárbaros femeninos,
Que son los verdaderos asesinos,

Y hoy danzan en la Francia mortuoria
El can-can de la historia?
¡Ah! sí. ¡La Europa muera!
¡Muera la vil ramera!
¡Sea Neron romano
Rey del género humano,
Y yo le haré un buen himno, prosa ó verso,
Si como á Roma incendia al universo!

Versos tremendos son éstos que hoy hago:
La bílis causa en mí bárbaro estrago,
Y salen mis palabras como hebras
De sapos y culebras.
Mundano como soy, en mí yo tengo,
No sé por cuál fantástico abolengo,
Cierta pasion que á mi pesar me inflama:
Amo á la humanidad como á una dama,
Y, cuando acaso meretriz resulta,
La ofensa queda inulta,
Y la vuelvo á querer y más la quiero.
Yo bien sé que un antiguo caballero,
Al ver su dama infiel, la mataria:
Mas por la dama mia
Yo en pasion infinita me embebezco,
Y de matarla en vez la compadezco.
Todo mi gran poema
Estriba en este tema,
Y nada, no me curo,
Por más que lo procuro.

¿Qué quieres pues que me suceda hoy dia
Cuando, acabado de perder el jüicio,
Ébria bacante, desgreñada arpía,
Viéndola estoy correr al precipicio,
Cabalgando con séquito de furias
En el monstruo de todas las lujurias?
¿Cuando, al cabo de mil calaveradas,
Materia de las crónicas pasadas,
Y entregando á los vientos
La memoria de tantos escarmientos,
Viendo, viéndola estoy con estos ojos,
De llanto y sangre rojos,
A sus hijos los pueblos y naciones,
En vez de darles útiles lecciones,
Sólo enseñarles guerras y matanzas
Con otras áun peores enseñanzas
Y delante de sí, pues ella es fuerte
Y hará esperar la muerte,
Uno tras otro desgajando ramos
Del gran tronco de Adan que veneramos,
Sin percatarse de sermon ni homilia,
Enviar al Campo Santo la familia?

¡Ah! Mentira parece,
Y es síntoma del mal que nos empece,
Y que delata la comun miseria,
Que tratemos de risa esta materia.
¡Y nosotros, los bravos liberales,
Decretamos los pueblos inmortales!
¡Y llamóse retórica y poesía

El decir que la Europa se moria!
Pues digan ¡vive Dios! qué es lo que pasa
En la vecina casa.

. . . .
. . . .

Éste es el primer duelo
De los que guarda el cielo,
Y al paladin latino
Le arrancaron la espada del destino.
Ciega ella y ciegos todos
Por diferentes modos,
Francia cayó, la vencedora Francia.....

. . . .
. . . .
. . . .

Italia, libre y una,
En la cumbre mayor de su fortuna,
Tropieza en la vastísima ruina,
Rüina humana y divina,
De aquella institucion que fué su cuna
Y que tumba será de todo un mundo,
Mas no tumba de Dios..... España, España,
Cuyo amor yo con otro no confundo
Como aquestos modernos Fenelones
Que en sus humanitarias religiones
No tienen patria ya, la fiera España,
La entre todas potente monarquía
De aquel siempre glorioso Cárlos Quinto
Que, feliz en la paz y en la campaña,
Esta Europa católica erigia
Cuyo trono en Sedan hoy se desploma;
España tambien sufre la sentencia

Que condena á incurable decadencia
Las hijas primogénitas de Roma.
Adios ¡grandeza del latino suelo!
Y qué ¿no habrá venganza contra el cielo?
Pero la hay, caro Antonio,
Y ésta sí que no es broma.—Mi demonio
Que en su mefistofélica ascendencia
Con la gente tudesca se acomoda,
Y ha establecido ya su residencia
En Alemania, la nacion de moda,
En frente del palacio culminante
Del nuevo Cárlos Quinto protestante,
Que esto es el alto Emperador en suma
En los campos de Francia proclamado,
La estatua colosal ha levantado
De aquel que hizo esta espada con su pluma,
De Hegel que, embozado en su misterio,
Es un Voltaire más serio,
El Voltaire de Alemania. Y no te asombres
Que yo junte estos nombres,
Por más que algun filósofo encrespado
Proteste contra tal analogía:
Dejemos los filósofos á un lado,
Que más que ellos sé yo filosofía.
Voltaire que destruyó el catolicismo,
Hegel que destruirá el protestantismo,
La misma Iglesia, aunque distinta secta,
Filiacion de Luzbel por línea recta,
Voltaire es de la Francia el asesino
Y Hegel lo será de la Alemania.
¡Grandes asesinatos del destino
Que atestiguan la insania

De las que el mundo modelar queremos
A los libros que hacemos,
Y, náufragos de un viento soberano,
Predicamos su error al Oceano.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

¡Ah! ¡La patria otra vez, la patria cara
Que, á la merced del popular sufragio,
A optar hoy se prepara,
Como entre el rudo escollo y el naufragio,
Entre la dictadura y la anarquía.....
. . . .
¡Oh! Si áun volviese á amanecer aquella
Que de la Europa iluminó un momento,
De paz y libertad dichosa estrella,
El limpio firmamento!
Mas se eclipsó en su aurora,
Y no es de libertad ni de ventura
El astro funeral que alumbra ahora
La ya casi entreabierta sepultura
De esta Europa infeliz. Ésta es la hora,
Por Dios y por los hombres maldecida,
En que, al cumplirse los fatales plazos,
Los pueblos van cayéndose á pedazos
Como carne podrida:
En que las desatadas muchedumbres
Engendran de sus mismas podredumbres
Monstruos de una bestial bufonería

Que hacen de ellos despues carnicería.
¡Tiempos de honda irrision, tiempos malignos
En que los dignos son los más indignos,
Y en que dictan la ley á los humanos
Los reyes del cadáver, los gusanos!
Ni ¿qué pueden aquí voces humanas?
Levantaos, tempestades soberanas,
Y extended vuestras alas giganteas
Cual sudario final. Precipitaos,
Fúnebres vientos del humano caos
Que sobre las naciones europeas
Os cernis otra vez como en los dias
Del mundo indiano y del romano mundo;
Vuestro eco gemebundo,
La voz de la sentencia,
Es la única elocuencia
Que hoy á la triste humanidad conviene:
La voz de la expiacion que sobreviene.
Hora es ésta de Dios, hora suprema
Del último anatema,
Y aquí toda palabra está de sobra:
Dios no habla, sino obra.

Mas lleguemos al fin, si esto fin tiene;
Porque esta Musa mia,
Tan cierta en la ocasion como tardía,
Agota los raudales de Hipocrene
Cuando le llega de cantar el dia.
Lo mejor es que, cuando así te escribo,
Lo que hago en puridad, segun percibo,
Es al poema retornar de antaño,

Con cuyo dulce engaño
Veinte años en la vida retrocedo:
Librarme de ellos es lo que no puedo.
Pero está bien patente el testimonio:
Tan encarnado en mí llevo al demonio
Y es tal nuestra amistad y simpatía,
Que, supuesta la histórica abastanza
Que me dió en aquel tiempo su privanza,
Y mi averiguacion honda y completa
De su influjo en las cosas del planeta,
¿Quién sabe ¡voto á Dios! si todavía
Este pobre mundillo que él decia,
(Hablando solamente
De Oriente y Occidente,
Y Norte y Mediodía,
Porque por lo demas él no es tan necio
Que ose al mundo tratar con menosprecio);
¿Quién sabe, digo yo, si, renovadas
Las memorias pasadas,
Este pobre mundillo (y lo repito,
El diablo, que á su modo es un bendito,
Al explicarse así sólo incluia
Los hombres, las mujeres
Y el resto de los seres,
Pues él, en vez de profesarle grima,
Al mundo siempre tuvo en mucha estima,
Y á veces, en señal de acatamiento,
Hasta solia darle tratamiento);
Pues bien, digo y prosigo,
(Y no sé dónde estoy ni lo que digo);
En fin, ¿quién sabe, Antonio,
(Y éstos sí que son versos del demonio),

Si, volviendo á pesar de los pesares
A mis viejos relatos familiares,
Este mundo, mundillo ó lo que fuere,
Esta Europa ya muerta ó que se muere,
Merced á tanto médico tan sabio,
No ha de tener aún la inmensa gloria
De escuchar de mi labio
La peregrina historia,
La historia verdadera
De este gran calavera
Cuyos secretos con terror poseo,
Satanás y Luzbel, más que Asmodeo?

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Pero tengamos calma:
No te me insurjas, alma,
Que, pues disciplinar el cuerpo quiero,
Tu disciplina he menester primero.
Calma, y pongamos la soberbia á raya:
Calma, y lleguemos á la dulce playa.
Aliento, corazon, y recobremos,
Ya que no las humanas ambiciones,
La fe, la fuerza, la salud perdida:
Aliento y conquistemos
Los valles que áun nos guarda en sus regiones
El país del ocaso de la vida.
Sí, caro Antonio, al ménos
Dado me será hallar campos amenos,

Templos de la viril melancolía
Que es del alma serena la alegría:
Está tan accesible en su grandeza,
En su noble abandono tan hermosa,
Casta, pura, genial, naturaleza,
De mi imaginacion eterna esposa,
En cuyo almo regazo
Y á cuyo tierno abrazo,
El dicho repetir de mi Asmodeo:
«Compadre, sé que hay Dios porque lo veo.»

Á LA INSIGNE POETISA

DOÑA CAROLINA CORONADO DE PERRY.

Ginebra, Agosto de 1871.

Entre las grandes sombras
De Calvino, aquel fiero
Sectario, más Lutero que Lutero;
De Descártes, que á escombros reducia
El trono de la antigua teología;
De Voltaire y Rousseau, sus sucesores,
Y como ellos tambien demoledores
De esta feudal, de esta papal Europa
Que hoy apura las heces de su copa;
De Corina inmortal, Musa del siglo,
De Byron, aquel héroe, aquel vestiglo
De esta desoladora descreencia
Con que hoy lucha en el mundo la conciencia;
Entre estos genios cuyos grandes nombres
Aun suenan en la mente de los hombres,
Dominando con eco prepotente
Las tempestades de la edad presente,
He pasado la noche..... Ésta es Ginebra:
Aquí el gran cetro de la fe se quiebra:
Verdadero volcan del pensamiento
Que de la Europa quebrantó el cimiento.
Todos, sí, todos por aquí pasaron

Y á otra generacion desde aquí hablaron.
Y de mí levantáronse delante,
Y «¿dónde, les grité, dónde va el mundo?»
Y ellos me respondieron? «Adelante.»
Y fiero y errabundo
Por los fronteros montes
Que cortan estos vastos horizontes,
Cruzó Guillermo Tell cual si mirára
Esta Helvecia que él hizo con su flecha
A ser antemural de tres naciones,
Como uno de sus témpanos deshecha
En las que el cielo vengador prepara
Tormentas nuevas, nuevos aluviones,
Incendios nuevos de la Európa..... Y luégo.....
¡Oh gigantes, no hombres!
¡Oh formidables nombres
Que la historia escribió con sangre y fuego!
Aníbal, es Aníbal en la cumbre
Que oprimió con su heroica muchedumbre
Veinte y tres siglos há, que se levanta
A contemplar cómo en aquellos dias
El duelo á muerte, el holocausto horrendo
De pueblos y de razas, y extendiendo
Ambos los brazos, uno al Oceano
Donde impera Albion con su tridente,
Otro al confin lejano
Donde se juntan Septentrion y Oriente,
Cual si ya viese el venidero estrago,
«¡Otra Roma!» prorumpe, «¡Otra Cartago!»
Y otro, otro Aníbal..... Napoleon..... ¡Oh pena!
Apagado á sus piés el sol de Jena,
Y cubierto de un velo mortecino

El gran sol de la historia, el sol latino;
De sus ojos atónitos delante,
Con la espada germánica en el seno,
Rendida, desangrada, palpitante,
Y ya arrancado de su flanco el Reno,
Aquella Francia que en triunfantes sones
La gran nacion llamaron las naciones;
Napoleon con su inmortal tristeza
Contempla á Europa, dobla la cabeza,
Y ahogando el ¡ay! del pecho diamantino,
Exclama en su impertérrita agonía:
«Fuí un ciego instrumento del destino
»Y cumplida está ya la profecía.»

Tales versos surgieron en mi mente
Al llegar Carolina á estos lugares,
Cual brota de entre peñas un torrente
Que arrastra los que encuentra en su vertiente,
Piedras, troncos y aludes seculares.
No son ¡ah! no, primaverales risas,
No son panales de estival colmena,
Jugos de flores, hálitos de brisas
Cual los que liba Extremadura amena
Del labio seductor de sus poetisas.
Mas es la sola voz que algo responde
A lo que aquí en mi espíritu se esconde,
Y, pues antigua deuda á tí me obliga,
Tuyos son y á tí van, mi dulce amiga.
Ni ¿cuáles para tí fueran mejores,
Si á la raza genial de las Corinas
Familiares le son como las flores

Del pensamiento humano las espinas?
Y aquí hay flores tambien. Éste es un valle
Que se abre en larga y anchurosa calle
Entre los brazos del famoso Jura
Con el lago de Léman por cintura.
Detras, aquí á mí espalda,
Como almohadon de rústica esmeralda,
De sombrío verdor, de tinta oscura,
Con la risa del sol risueña ahora,
Una extensa montaña en cuya falda,
Despierto como el ave con la aurora,
Bebo el aire y la luz del nuevo dia
Cual si fuera una copa de ambrosía.
En derredor y enfrente,
Donde vi alborear al sol naciente,
Otro monte, otra sierra, no cual ésta,
Toda ella de boscaje engalanada,
Mas de terriza y cejijunta cresta,
Con pellones de nieve salpicada;
Y otras y otras detras, y otras encima
En escala que al cielo se sublima,
Reverberando con su hielo eterno
El sol de estío como el sol de invierno,
Y formando en los ámbitos distantes
Platëadas y doradas cordilleras
Coronadas de nubes flameantes,
Cual los petos y cascos y cimeras
De un ejército inmóvil de gigantes.
¡Los Alpes con sus altas pesadumbres!
¡Los Alpes cuyas cumbres son las cumbres
De la historia de Europa! Alguna, alguna
¡Oh ley que el mundo apellidó fortuna!

Áun está reflejando las vislumbres
De aquellos napoleónicos cañones
Con que ya no habla Francia á las naciones.
Y el San Bernardo allí..... ¡Gloria más alta!
La tempestad que al peregrino asalta,
La nieve con su sordo precipicio,
El santo monje, el religioso hospicio,
La esquila en el silencio resonando,
El heroico mastin simbolizando
Le caridad de Dios.....

¡Oh Carolina!
¡Qué cuadro para tí! Mas, ¿y las flores?
Baja conmigo de la cumbre alpina
Y las verás. A mi derecha mano,
Allá donde el fogoso meridiano
Vierte todo el raudal de sus fulgores,
Ginebra, de colinas rodeada,
Cual la náyade antigua reclinada,
De auras y de olas al sonoro halago,
En las orillas de su hermoso lago:
Su lago que se extiende al pié del Jura
Cual la cinta de un ramo de verdura,
Y ensanchándose el Bóreas con los montes
Se confunde en los vastos horizontes:
Y el valle con sus senos y sus lomas,
Y su floresta de variadas tintas,
Y sus vides y mieses alternadas;
Y entre calles de albérchigos y pomas
Limpias aldeas y lujosas quintas
Blanquëando por do quier como bandadas
De palomas posadas;

Y, el arte aderezando la natura
En aquesta mansion en donde moro,
No ya feudal, anti-feudal castillo,
De una colina en la modesta altura,
Con galás de selvático decoro
Como afiligranado canastillo,
Ó ya cual canapé voluptuoso
De la divinidad de estos lugares,
Convidando al deleite y al reposo
En las horas del sol caniculares;
Vasta terraza en derredor cercada
De elegante y marmórea balaustrada,
Donde en lechos y arrïates opulentos
Que recuerdan las fábulas idalias,
Asoman con rubor los pensamientos,
Se esponjan de placer las frescas dalias,
Irgue el clavel su frente
Como el amor ardiente,
Y con regio ademan dicen las rosas
Que ellas y ellas no más son las hermosas;
Donde la sangre de la madre tierra,
Manando á borbotones de la sierra
En perenne raudal, mantiene viva
La vária copa de la flora estiva,
Miéntras teje el otoño la corona
De la antigua Pomona;
Donde á templar la atmósfera sedienta,
Limpiando con su lluvia del verano
La veste aridecida y polvorienta,
En nubes que se tocan con la mano,
Pasa como un buitre la tormenta;
Donde en fin, Carolina, entre acopados

Álamos y otros árboles mayores
Que el suelo brota ó que la industria cria,
Brillan en flor arábigos granados
Que, aunque en ellos no cantan ruiseñores,
Me recuerdan mi ausente Andalucía.

¿Qué más te he de decir? Malgrado mio
Que con su ardiente sol prefiero á España,
Luchando por vencer á esta alimaña
Que me priva de gusto y albedrío,
Aquí me tienes lo que dure estío;
Y cuando allá en Diciembre ó en Enero,
Si ya en balde no espero,
Junto á esa tu amigable chimenea
Que, siendo tan moderna cual tú eres,
Guarda algo aún de aquel hogar antiguo
Ante el cual con amor yo me santiguo
Como el ménos moderno de los seres;
Cuando allá en nuestras noches discutamos
Si es viejo el mundo ó si áun está en la infancia;
Te diré de las cosas de esta Francia
Que ayer todos cual ídolo adoramos
Y de quien hoy ya todos renegamos
Cual Pedro del Señor..... ¡Oh Carolina!
De esta Francia que ayer fué la heroína
Y hoy es la mártir de la grande idea.....
Yo tuve este cruel presentimiento,
Y en vano á su terrible cumplimiento
Engañarse el espíritu desea.
Apénas á París llegado habia,
Una imágen fatal me perseguia,
Y la reciente historia recordando,

La planta en su vagar me fué llevando
A la plaza do estuvo el monumento
De la antigua victoria, hoy vencimiento.
Alta noche era ya. París dormido
Parecia lanzar como un quejido;
Llegué, y mis ojos sin querer se alzaron,
Pero ni estátua ni columna hallaron;
Sólo en la oscuridad se distinguia,
Fiero, mudo, solemne en su tristeza,
Áun de pié el pedestal. Me parecia
Que á mis plantas tenía
La Francia sin cabeza.....
Pero allí estaba él..... Él, el que en vano
Lanzar intentarán de su memoria
Rebeldes pueblos ó proscriptos reyes:
El que de un pedestal más soberano
No podrán derribar, el de la historia,
Civiles turbas, militares greyes:
El que en los Alpes levantarse veo,
El que por todas partes se levanta
Del siglo en la cerviz puesta la planta:
Aquel, no el grande, el solo, el Prometeo
De la Europa caduca..... Y de repente
Volvió París á arder, volvió el germano
Cañon á resonar, y á los fulgores
De aquellos incendiados monumentos
Que, como espectros con funéreas teas,
Proyectaban sus luces ciclopeas
Sobre los campos de Sedan sangrientos,
Y al són de aquella ronca artillería
Que nuevas guerras á Occidente augura;
En el desierto pedestal volvia

A alzarse aquella típica figura,
No de corona imperatoria orlada,
No del manto cesáreo ataviada,
Mas de aquel traje militar ceñida,
Como en la mente le quedó esculpida
A Francia, á Europa, al universo entero,
Con el cincel de su fulmíneo acero.
Se alzó y «¡Oh Europa!» prorumpió, y callado
Todo quedó como si hablase el hado:
«¿No recuerdas mi voz cuando al bramido
»Del Ponto equinoccial que en Santa Elena,
»Cual fúnebre sirena,
»Acompañaba mi postrer gemido,
»Eco ya de otra voz más soberana
»Que en mi postrera soledad oia,
»Serás republicana
»O cosaca serás, te repetia?
»Medio siglo fué el plazo,
»Y el plazo y la sentencia se han cumplido:
»El monstruo que se engendra en tu regazo,
»Descubriéndote irá todo el sentido.
»¡La eterna ley! Así desaparecen
»Los imperios del mundo. Así perecen,
»No sólo las naciones,
»Las civilizaciones.
»Yo te puse ¡oh Europa! en el camino.
»¿De qué me sirvió ver lo que veia?
»Fuí un ciego instrumento del destino,
»Y cumplida está ya la profecía.»

AL NATALICIO DE CERVANTES.

Abril de 1872.

Pasaba por la plaza del Congreso
Y le dije á la estatua de Cervántes
(Esto con vénia y humildad bastantes
Á graciarme un varon de tanto peso):
«Pídenme, sëor Miguel, al gran suceso
»De vuestro natalicio himnos triunfantes;
»Mas las musas están recalcitrantes,
»Y he menester que me aviveis el seso.»
«Decid», me respondió con faz severa,
«En limpios mas desnudos estrambotes
»Que, si aquestas vegadas yo naciera
»En que lleva el honor tantos azotes,
»Quijotes como antaño no escribiera,
»Escribiera más bien Anti-Quijotes.»

FIN.

ÍNDICE.

Páginas.

ERRATAS.

Página.	Verso.	Dice.	Léase.
3	15	su.	tu
9	3	su.	tu
14	1	lo.	la
18	22	las.	la
26	13	da.	das
38	5	un.	en
Id.	8	la. . . . . , , ...	te
43	18	pesados.	terribles
55	16	que.	en que
56	4	corre.	corra
58	8	la tristeza..	en la tristeza
71	11	infunde.	infunden
73	16	horas serenas..	de horas serenas
80	15	otros colores.	otras regiones
96	3	sobre el.	junto al
98	4	no..	ni
109	13	Garnica.	Guernica
111	22	Lleva ante sí..	Arrollaban
112	2	esa..	ese
Id.	7	laureles.	doseles
123	6	su planta..	la planta
130	18	sus naciones.	á las naciones
133	6	trono.	tronco
153	5	Miradle.	Miradla
155	2	a.	en
187	15	Lanza..	Lanza ya
191	20	sus..	tus
197	11	naciones	pasiones
244	18	de Europa.	á la Europa
250	12	Tu sien despavorida en su regazo. .	Su sien despavorida en tu regazo
254	3	junto.	junta
270	29	pabor.	palor
277	6	á tu.	al
Id.	28	á Europa..	Europa
282	9	Mas no, no, que soy yo. . . .	Mas no, que no soy yo.
318	18	Y su éxito ser él mismo. . . .	Y ser su éxito él mismo
327	3	loco.	locos
331	18	Una de las tres diosas.	En una las tres diosas.
370	31	zagalon.	trujaman
382	7	Yo el viento soy.	Yo soy el viento
433	13	Ni..	No
Id.	14	No.	Ni
Id.	21	un..	su
446	30	llama..	espada
454	4	cuna.	mi cuna
464	2	Yo.	No
470	10	de..	del
483	1	las..	los

